

NA: 325804

R.: 56.758



UNIVERSITATE
CEU

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

GM/390

HISTORIA
DE LA VIDA Y DEL PONTIFICADO
DEL PAPA PIO VII,

Compuesta en frances

POR EL CABALLERO ARTAUD,

Y TRADUCIDA CUIDADOSAMENTE AL CASTELLANO.

MADRID:

IMPRESA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA,
calle del Leon número 21.

1837.

HISTORIA

DE LA VIDA Y DEL PONTIFICADO

DEL PAPA PIO VII,

Compuesta en francés

POR EL CAVALIERO ARTAUD,

Y TRADUCIDA CUIDADOSAMENTE AL CASTELLANO.

MADRID:

IMPRESA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA,

calle del Leon número 21.

1827.

Ex libris Josephi de Vides, Præ.
Hispaniæ 3-III-1927.
Dos tomos

PROLOGO DEL AUTOR.

*Non est in iudicio veritatis iniquum,
sed fortitudo, et regnum, et potestas, et
majestas, omnium oevorum. Benedictus
Deus veritatis.*

Esd. Lib. III, cap. IV, v. 40.

VEINTE y cinco años he estado reuniendo los documentos oficiales é inéditos que necesitaba para componer esta obra; de los cuales van insertos en ella cerca de doscientos, sin contar los que ya se habian publicado, y algunos fragmentos traducidos de las Memorias del cardenal Pacca. Concluidas estas operaciones preliminares, se me ocurrieron dos métodos diversos para la continuacion de mi trabajo.

Despues de un lijero proemio, podia analizar mis papeles, apropiarme las espresiones mas pintorescas que contuvieran, y seguir, en fin, las fáciles huellas de muchos escritores que se han propuesto trasmitir á la posteridad los he-

IV

chos de algun hombre célebre. Mas no me hallaba yo en el caso de aquellos historiadores cuyas mas bellas páginas contienen discursos que les ha sido preciso inventar para ponerlos en labios de sus personajes; yo tenia á la vista las frases orijinales de los mios, y era forzoso que me atuviera escrupulosamente á ellas.

Pero aun se me ofrecia otro rumbo mas ventajoso. He hecho repetir á los actores de mi historia lo que en efecto dijeron; he recordado sus negociaciones, y copiado sus cartas, discursos, memorias, billetes y recriminaciones. A cada uno he conservado su verdadera fisonomía. El soldado habla y firma primitivamente como Bonaparte, luego como Napoleon; el Pontífice responde siempre al nombre de *Pius PP. VII.* que le sirve de firma. Despues del soldado aparece el rey lejítimo, cuyos documentos llevan en sí el vigor característico que podian prestarle los derechos de su autor; vuelto á su capital el santo Padre, se restituye á la tranquilidad pontificia, y discute y enseña segun la paz y el evangelio. Cuando no hablan los jefes se presentan los ministros en persona.

Quedábame, pues, que poner en orden la série de tantos y tan diversos actos, y me he limitado á este modesto trabajo. Pero no quiero

v

decir que me haya guardado de aventurar mi dictamen, manteniendo una insensibilidad increíble, mientras contaba acontecimientos de inmenso interés; antes al contrario, he mostrado no ser un mero eco pobre y frío de cierto tema concebido en la abnegacion, el servilismo y la insuficiencia. Quizá habré interrumpido alguna vez á los interlocutores, creyendo usar de mi derecho, y porque aunque yo fuese simple hombre de guerra, no siempre podia abstenerme de tomar parte en la lid; pero frecuentemente deslumbrado por el resplandor de la gloria guerrera, conmovido y lleno de veneracion ante la virtud apostólica, enternecido por las escenas de una vuelta inesperada, he sabido dejar al lector de juez supremo del campo.

No es pues, este libro, rigurosamente hablando una obra mia; pero yo acepto la plena responsabilidad de los hechos que cuento y de los juicios que acerca de ellos pronuncio, y deseo responder sólo de ellos, sin comprometer la alta jerarquía de personas á quienes hubiese podido dedicar mi obra.

Debo advertir que no es mi ánimo dirigir el menor insulto á nadie, ni al grande hombre que ha sido largo tiempo caudillo de la Francia, á cuya nacion dotó de sin igual renombre, ni á sus

parientes ni á sus amigos. Sin embargo, cuando se hallaba su persona unida al desarrollo de importantes fases históricas, cuando han sido necesarias la claridad y la precision, cuando la historia ha tenido que pasar su antorcha por los hechos, y bañarlos libremente con su luz, no he vacilado en decir: "Allí estaba é hizo lo que sigue."

He hablado con honor de la augusta familia que ha dado tantos reyes ilustres y tantos héroes á la Francia, porque la amo, y la reverencio. No he faltado al respeto debido á los príncipes extranjeros, porque creo que sea el hacerlo así un deber de nuestra civilizacion; y porque es mi dictámen, que ni aun las circunstancias de la guerra, autorizan las declamaciones é injurias de que suele hacerse uso.

Me he complacido constantemente en dar realce á las altas cualidades de Pio VII. Ha ecsistido un hecho, que duraria quince minutos, y al referirlo, sentí mas que nunca que me era forzoso decir la verdad. No se deben omitir una ó dos hojas por ostentar cierta reserva aparentemente caritativa. Aquel cuya nombradía se ha querido mancillar, á virtud de un documento acusador, salió bien pronto del estado de aniquilamiento en que la enfermedad le habia puesto

y volvió á aparecer súbitamente admirable y celestial. Si me hubiese obstinado en guardar un silencio inútil, no hubiera tenido motivo para celebrar despues la accion mas heroica, y uno de los arrepentimientos mas gloriosos que ha cubierto el Señor de bendiciones y que tan grande alegría causan en el cielo. Mis informes acerca de este punto, los he tomado de las Memorias de aquel santo cardenal, Dean del sacro colejio, que mejor instruido que el cardenal Consalvi, nos ha trasmitido cuanto sabia de este reinado.

Ha llegado el caso de disculparme respecto á una parte principal de mi obra que puede suponerse la mas vulnerable. Sea lo que quiera lo que yo piense, nada puede indicar en mí el olvido de la patria, aun cuando penetre, al traves de mis juicios y de mis opiniones, un sentimiento profundo de ternura por la ciudad de Roma. No diré que una atraccion irresistible me ha hecho volver siete veces á ella; ni recordaré los esfuerzos que han consumado por verla de nuevo cuantos ya la conocían; ni repetiré siquiera la frase del emperador Alejandro: “*¡Cuanto no me alegraría yo de ser por algun tiempo mi propio embajador en Roma!*” Pero citaré un ejemplo de la vida de un español, el caballero de Vargas, lleno de gravedad, y antiguo amigo mio; era fidelísimo á su corte, y mere-

ció que se le diese el título de *Marqués de la Constancia*. Un día recibió la orden para volver á Madrid de ministro de Estado; se despidió tristemente de nosotros, y partió para obedecer. Llegado á Burgos se encontró un despacho que le mandaba apresurar su viaje. Entonces se le ocurrió hacer la última tentativa para ecsonerarse de su empleo, escribió que no era apto para semejante elevacion: y que sería mas útil en Roma que en Madrid. Tan bien escribió, y con tanta elocuencia, que al fin logró su libertad. Encontrábase á la sazón el caballero de Vargas en el centro de Castilla la Vieja, á poco mas de cuarenta leguas de Madrid, y á cerca de cuatrocientas de Roma, por causa de los rodeos que la guerra hacia necesarios. Pero no bien hubo recibido su orden, cuando pidió caballos de posta, y de Burgos se vino rápidamente á Roma á donde le vimos llegar lleno de alegría y y de felicidad.

INTRODUCCION

A LA

VIDA DE S. S. PIO VII.

Hace mucho tiempo que á pesar de la importancia que la Europa, y en particular la Francia, daban á las ideas revolucionarias, conocimos su impotencia para rejuvenecer las sociedades. Esta idea, que fue en el principio vaga en nosotros, llegó á convertirse en acsioma, luego que ecsaminamos de cerca la sociedad francesa, tal cual la revolucion la habia formado. Penetrados entonces de esta verdad, que para nosotros lo era de hecho, comenzamos á indagar el motivo por qué

A

las ideas que habian causado los trastornos que en el último siglo conmovieron el antiguo mundo, eran tan débiles para organizar, cuando fueron tan poderosas para destruir sistemas autorizados por el respeto de tantas jeneraciones. Una de las cosas que por mas tiempo han ocupado nuestra atencion fue esta, y no ha sido sino despues de un largo periodo cuando hemos llegado á concebir un sistema, que con mucha satisfaccion nuestra hemos visto jeneralizarse. No tenemos inconveniente en decir que lo hemos visto jeneralizarse, porque la creencia en la insuficiencia de las ideas del viejo liberalismo ó de la escuela revolucionaria para restablecer el órden, se ha estendido tanto, que forma la base de todas las teorías políticas que produce nuestro siglo. Asi es que hoy se hace la crítica de las ideas de Rousseau y de Voltaire, como estos dos filósofos y sus discípulos criticaron la antigua organizacion y el cristianismo; á la crítica seguirá el triunfo, como á la de aquellos siguió la revolucion; y al triunfo la paz, fin primordial de los hombres en la tierra.

Estas ideas, que forman el objeto mas importante de la ciencia de nuestra época, se han desarrollado al fin en nuestra patria, y hacen en ella diariamente prosélitos, estinguendo fe en los

sistemas revolucionarios, y las esperanzas en las mejoras conseguidas por las revoluciones. La aurora del orden reina entre nosotros, y todos debemos esperar que á ella subsiga el día de nuestras glorias y el término de padecimientos tan intensos. Persuadidos de la importancia de este estado, y seguros que en él terminarian los huracanes que nos han combatido, hemos procurado, por cuantos medios han estado á nuestro alcance, ilustrar la opinion para hacer que llegásemos mas facil y seguramente á puerto de salvamento. Uno de los medios mas eficaces para este objeto nos ha parecido la publicacion en nuestra lengua de la vida de un Papa que ha simbolizado en ella, el triunfo pacífico de las ideas organizadoras contra las revolucionarias, á pesar de su prestigio y del torrente impetuoso de su fuerza. S. S. el Papa Pio VII puede decirse que fue colocado en la silla de san Pedro para manifestar al mundo el poder del principio del Evangelio y la impotencia del filosofismo cuando quiso luchar contra su poderío é influencia. Encerrado en los calabozos que guardaban los ministros ilusos del siglo XVIII, triunfó, no por las armas, sino por la verdad del principio que defendia y el poder irresistible de sus doctrinas. El encierro, la proscripcion y la violencia, empleados para destruir el poder del cris-

tianismo, fueron vencidos por la constancia de un Papa, que lleno de sumision, opuso á aquellas el sufrimiento como Jesucristo la cruz á la furia de las pasiones y las demasías del infierno. Pio VII, desposeido de sus estados, privado de ejercer su autoridad evangélica, de dirigir la palabra de paz á los fieles del mundo católico, sin recursos capaces de imponer al capitan del siglo ni á las ideas que representaba, triunfa, y triunfa solo por la influencia del principio, cuyo símbolo será, y por la veracidad de la doctrina que defendia. Este es el cuadro mas grandioso que ofrece la vida de este pontífice respetable, y el mas interesante para la tendencia organizadora de nuestro siglo; y ciertamente, ¿no es admirable ver á el principio revolucionario que habia usurpado los tronos de tantos reyes humillarse ante la firmeza de la tiara, para devolverle, porque le era imposible obrar de otro modo, sus estados y su prestigio, y dejar libre su autoridad y su influencia? ¿Y no es mas admirable aun, ver postrarse al guerrero de la revolucion ante el vicario de Jesus para recibir su bendicion, y ser unjido en nombre del Dios cuyos ministros habia oprimido?

Es preciso confesarlo: el siglo anterior, tan fecundo en hechos y acontecimientos, no presenta nada tan importante como los sucesos que compo-

nen la vida de este Papa; y no puede menos de conocerse al leerla, la nulidad de los principios del siglo pasado, cuando se comparan con la verdad de los de la religion que profesamos. Combatida por todas partes la esposa del cordero y la barquilla del pescador, parece que iba á sucumbir á tantos contratiempos y adversidades, como las tempestades revolucionarias contra ellos habian conjurado. La virtud y la constancia del piloto las hacen triunfar, y al través de los peligros salen victoriosos para presentarse á los ojos de los fieles adornadas de nuevos é inaccesibles laureles.

Si la verdad del principio católico que representa el pontífice romano necesitase nuevas pruebas para ecsigir de los fieles el respeto y veneracion que le es tan debido, los fecundos acontecimientos de la vida de Pio VII las ofrecerian tan robustas, que jamas podrian desmentirlas la calumnia ni la superchería. Ajitada la Europa por el empuje revolucionario de las ideas que combatian la tradicion, la autoridad y los tronos, no ha fijado su atencion en la importancia de estos sucesos, ni en la influencia ulterior de sus deducciones. Luego que las pasiones conmovidas aun se calmen, no podrán las jeneraciones menores que conocer el influjo civilizador de Roma y

el vigor benéfico del principio que á su voz se desarrolla. No dudamos que los sectarios de las ideas del anterior siglo juzgaran esta proposicion como evidentemente falsa, y ya apoyados en la metafísica del viejo liberalismo ó en las doctrinas canónicas que mas ó menos de cerca han seguido el protestantismo, levantarán una voz enronquecida para contrariarla. Pero impotentes sus dogmas para gobernar y hacer la felicidad de los pueblos, en medio de la ceguedad de sus pasiones, si quieren arrancar las sociedades de la anarquía, no tienen mas medio, que imitando á Napoleon, humillarse y recibir la bendicion del que heredó la palabra de paz y la cruz de Jesucristo. En medio de tanta teoría política como abortaron las revoluciones; en medio del ruido de las victorias, y cuando los triunfos políticos y de las armas parece que nada dejaban que desear á sus partidarios; pues hasta los despojos de los tronos habian desaparecido de la faz de las naciones, entonces fue cuando las ideas que se hallaban entronizadas conocieron su vajeidad, y cuando descendieron desde la cumbre de su grandeza para postarse ante el principio de verdad eterna. Este hecho solo, consignado en la vida de Pio VII, es por sí suficiente para llamar la atencion y fijarla en su ecsamen, que ó ya nos pondrá en el cami-

no lójico de analizarlo ó calmará las pasiones que nos arrastran á los escesos.

Es cierto que no todos dan un mismo motivo á el suceso de que hablamos, y que los apasionados del viejo liberalismo, miran este acto de Napoleon como una humillacion indigna de un hombre que pudo haber obrado de otro modo: es por lo mismo necesario ecsaminarlo detalladamente para juzgar despues sus consecuencias é importancia.

El valor de las ideas revolucionarias en Europa es la piedra de toque por donde hemos de conocer, si el hecho de que nos ocupamos pudo suceder del modo que aconteció, ó de otra manera diferente: es preciso pues para ello fijar la atencion en el estado moral que produjo la revolucion francesa, para conocer bien el modo de considerarlo. Combatida la sociedad Europea por las vicisitudes que los acontecimientos de los siglos xvi y xvii habian producido, y agoviadas las clases menesterosas con tantos sacrificios como en todas partes se les ecsijian, para sostener rencillas particulares, y querellas estériles, buscaban con empeño un alivio en medio de tanto infortunio, y una posicion politica mejor y mas dulce. La reforma relijiosa que arrastraba la sociedad al individualismo y la anarquia habian roto

el vínculo de la tradicion y de la autoridad , para levantar un ídolo á las opiniones particulares; asi es que si al principio vieron en ella los pueblos el remedio que necesitaban , pronto se convencieron de su impotencia , y la abandonaron para replegarse á sus antiguas creencias y tradiciones. A pesar de esto , la continuidad de la doctrina antigüa se habia roto , la ruptura produjo unas luchas tan encarnizadas, que todas las clases se observaban politica y relijiosamente , puestas en pie de guerra. Este estado escepcional que no pudo menos de dar un dilatado ensanche al espíritu del egoismo , hizo reconcentrarse las clases influyentes reconcentracion que aumentó en gran manera (menos en España) los padecimientos de las clases desvalidas. La clase media que al abrigo de las revueltas de la reforma , escudada con el prestigio que le daba el saber que bajo la influencia del principio de Bacon adquiriera , y apoyada en la posicion politica que le dió la admision á los consejos de la corona: queria hacer aun su posicion mas exclusiva , y apoderarse mas de la direccion de las sociedades. Posesionada de la riqueza y de la industria, no le era difícil , arrastrar á sí la opinion de las clases que necesitaba , para conseguir su objeto. Las demas que representaban en

su forma y opiniones la sociedad combatida, habian dejado salir de sus manos los medios que le dieran la influencia que gozaban en otro tiempo, y cuando se advirtieron de ello, no podian reconquistarlos sino siguiendo los azares de una lucha. Lucha que llegó á estar tan pronunciada que basta para convencerse de ella, leer la historia aunque solo sea por encima, de estos tiempos de que hablamos. Ajitada sordamente la Europa con estos elementos, y conmovida profundamente por el choque de los intereses y las opiniones, no podia menos que sufrir una revolucion, ó hallar un principio tan fecundo, que pacíficamente pudiese dar colocacion á tan encontrados intereses.

En medio de este estado tan jeneral de las Naciones de nuestro continente, Francia era la única en que esta lucha era mas ostensible y encarnizada, y la que se hallaba mas trabajada por sus consecuencias, bajo todos aspectos y condiciones. El siglo de Luis IV en medio del esplendor de su influencia, no habia hecho en el exterior mas que dar á Felipe V. el trono de nuestra patria, quitar la influencia politica á la Alemania: y estender á costa de su sangre el nombre de su monarca, y las anárquicas ideas de sus filósofos, En el interior eran de mas interés los efectos que

produjo, impotentes los dos partidos, el de la reforma y el que la repudiaba, no habian podido vencerse, ni apoderarse esclusivamente del mando: así se hacian públicamente la crítica mas severa, y la sátira mas amarga, sin perdonar los otros medios de dañarse. La corte á fuerza de no querer dar influjo en su operaciones á ninguno de los partidos que disputaban, se hizo víctima de los filósofos, y llegó á mirar con indiferencia el sosten que le diera el prestigio religioso. Miras políticas de ambicion y engrandecimiento, fueron las que lo decidieron mas tarde á apoyar uno ú otro partido, asi es que ninguna utilidad positiva sacó de esto, sino las ventajas del momento. En medio de esta lucha que tuvo los contrastes mas contrapuestos, el pueblo se acostumbró á mirar con indiferencia las ideas mas respetables, perdió la fe en sus creencias, y el principio fundamental de la sociedad quedó herido de muerte. Como consecuencia natural de este estado tan poco sólido, el egoismo aumentó sus ecsijencias, y á ellas se siguió una lucha tan feroz, que todas las clases no procuraban mas que oprimirse. La administracion se convirtió en una serie de tiránicas opresiones, que se hacian insoportables á los débiles y sin apoyo. La nobleza que al frente de sus estados no habia procurado antes, sino el

bien de ellos, los abandonó para venir á ostentar sus galas en las ante-cámaras de gran rei, sosteniendo su ostentacion y fausto á costa de los sudores del menesteroso. Esta situacion ya muy afflictiva en el reinado de que hablamos, lejos de mejorarse se empeoró en el de Luis XV, y en el de Luis XVI era ya imposible aliviarla, sin sacrificios inmensos, y una reforma muy juiciosa, difícil ya por el choque de los intereses y el estado de las pasiones. El gobierno á pesar de las dificultades tentó hacerla por los medios legales que estaban á su alcance, pero las pasiones la entorpecian, para continuar la esplotacion que disfrutaban en su beneficio: hacian las ecsijencias contrarias mas violentas, de aqui el arreciarse las reacciones, y el consumir la reforma por la violencia.

Rota ya la evolucion, es necesario considerar las ideas que iba á combatir, para ver las que proclamara. Las clases reconcentradas en sí habian abusado de su posicion y poder, en beneficio propio y daño de los demas, de modo que el bien de todos se sacrificaba á las ventajas de algunos. La revolucion por lo mismo como base de su sistema, debió partir de un principio opuesto: así es que proclamó la soberania del pueblo, y la igualdad en oposicion de la soberania real y la

jerarquía social que combatía. En nombre de estos principios se intentó rejuvenecer la sociedad, y bajo su influencia se comenzaron las reformas. A medida que iba avanzando, se aumentó el número de descontentos, aquel aspecto de moderación y prudencia que presentó la revolución al principio, comenzó á desvanecerse, y deseosa de vencer la reacción, degeneró en atroz y sanguinaria. Engolfada ya la lucha, á las teorías sucedieron los cadalsos, y á los cadalsos el descrédito, la inmoralidad y la anarquía.

La Europa al pronunciarse la revolución de Francia vió los principios que por norte de sus operaciones propusiera, fijó la atención en ellos, y si hasta cierto punto aprobó su bondad, esperó el resultado de sus consecuencias; pero no las esperó inerte, sino que comenzó por todas partes á examinar las causas de su decadencia y á procurar remediarlas. En este estado esperaba que los principios, base de las reformas aplicados mas latamente en Francia produjesen resultados mas ventajosos para despues seguirlos en su aplicación práctica. Estas esperanzas salieron fallidas y la expectativa de la Europa quedó burlada, cuando vió que en vez de la felicidad esperada no producian los principios de la revolución, mas que el desorden, la confusión y la anarquía. Des-

de entonces las ideas revolucionarias se miraron como impotentes para cumplir la mision que tomaron á su cargo y la Europa entera comenzó á resistirlas, como perturbadoras é incapaces de hacer el bien de las sociedades.

Aislada la Francia en sí misma y temiendo que las simpatías de las naciones continentales se convirtiesen en un ódio que las llevase á tentar restablecer el réjimen caído, redobló el furor revolucionario; las persecuciones y los cadalsos, se devoró interiormente cuanto pudo, y no satisfecha con esto, á todas las naciones quiso hacer la guerra para llevar á todas partes jérmenes de revolucion y de anarquía. Multiplicados con este estado los consumos improductivos y agotadas las fuentes de la produccion, hubo una miseria tan espantosa, que parece iba á concluir con los destinos de la nacion que habia querido inmortalizarse. El órden interior y la paz eran los deseos de todas las clases, la necesidad mas urgente y el término mas deseado. Aun aquellos que habian seguido la revolucion en todo su desarrollo y habian tenido la felicidad de salvarse, deseaban un término á tanto mal, perdida la fé en sus desacreditados sistemas. El culto católico proscripto al mismo tiempo que sus ministros, y que tantos recuerdos de gloria y de paz ofrecia á los ojos de

la Francia era reclamado públicamente; y todos los hombres sensatos ansiaban poner un término á tantos males. Pero los principios revolucionarios que habian manchado la libertad, disfrazándola con la licencia, si bien eran impotentes para reorganizar la sociedad no dejaban sin embargo de ofrecer obstáculos para el restablecimiento del orden, inseparable de la libertad verdadera, por cuya consecucion se han conmovido nuestras sociedades. Es tal la funesta desgracia de las ideas desorganizadoras que cuando una vez se han apoderado de las sociedades, no solo las perjudican, sino que imposibilitan la reorganizacion y el remedio; pues las mismas ideas ecsajeradas que esparcen, para quebrantar la jerarquía social, creando pretensiones demasiado latas en cada uno de los individuos, son el obstáculo mas invencible para restablecer la armonizacion, el principio de gobierno y la obligacion de obediencia. Asi es que en Francia en la época de que hablamos, á pesar del descrédito de todos los sistemas y del cansancio moral porque estaba trabajada, no habia una idea capaz de llamar á sí todos los ánimos, y reunir á su alrededor todos los partidos y opiniones. Esfuerzos inutilizados la habian postrado en un abatimiento tal que á pesar de sus glorias militares y de sus triunfos, la Francia no veia renacer

en su seno, esa idea definida de nacionalidad, que hace de los hombres un todo uniforme y compacto. Era tal la postracion social á que habia llegado, que hasta las simpatías de la religion eran débiles para reanimar su abatido y lánguido espíritu. La muerte era la consecuencia necesaria de este estado, y ciertamente en él pereció para siempre el valor de las ideas revolucionarias, y el poderío efímero de las ideas que violentamente quieren trastornar el órden social de las naciones. A los bordes del precipicio adonde iba á precipitarse un gran pueblo aparece Napoleon, que viene destinado por la Providencia, á calmar el reinado de las pasiones, para que en su pos sigan los dias de paz y bien andanza.

Bonaparte que habia empezado sus triunfos siendo acérrimo partidario de las ideas revolucionarias, y á nombre de las cuales consiguió triunfos muy distinguidos, pudo juzgarlas en la série de impresiones que producian desde el ciudadano hasta el individuo mas influyente del cuerpo representativo y del gobierno. Por esta causa conocia á fondo que el jérmen de ambicion, y el espíritu de descompasada independendencia que inspiraban á los particulares, era un obstáculo contínuo que tenia el gobierno para el desarrollo de sus operaciones. Tuvo asimismo tiempo para conven-

cerse desde la altura de los diferentes cargos que obtuvo, que una sociedad dirigida exclusivamente por el principio de interés, era una utopía escandalosa, pues desde el momento que este fatal principio se apoderaba de las naciones para gobernarlas, una guerra sorda se asociaba á sus destinos que hacia imposible la armonizacion necesaria para el desarrollo social y la consecucion de los progresos. No halló á pesar de los esfuerzos que desde la cúspide de la sociedad hizo para encontrarlo un correctivo mas poderoso contra este devastador principio que la poderosa doctrina de Jesucristo, única que balancea y vence los empujes de las pasiones, impulsadas por los escesos de la licencia y del amor propio. Penetrado pues de esto de una parte, y por otra de la necesidad de poner término á la anarquía política de la Francia, se esmeró en buscar un principio fecundo en su desenvolvimiento, y capaz de poner término á los avances de la anarquía y los escesos del egoismo. Convencido de esta urgente necesidad y de la impotencia de los sistemas políticos experimentados, debió fijar la vista en uno que tuviese toda la fuerza central, independencia, prestigio y recuerdos de las monarquías, para poder unir á él los hombres de buena fé de los partidos y acallar las pasiones desenfrenadas. Tentó hacer esto pre-

valido de los laureles é influencia que le dieran las glorias militares , pero pronto conoció que el poder de las armas es efímero cuando para variar los sistemas políticos , no se apoya en el órden social que escita las simpatías y han sancionado los tiempos. Napoleon á pesar de su influencia , de su poder y sus victorias se hundia , como se habian hundido los revolucionarios y sus creaciones. Ni la sabiduría de sus códigos , ni la perspicacia de su vijilante policía , ni el empeño que en hacer progresar las ciencias mostrara , eran bastantes á evitar su ruina , cada dia los mismos esfuerzos la hacian mas inevitable , y cada vez se evidenciaba mas el acsioma de que la fuerza física y la política son impotentes , para mudar el estado social de las naciones. El estado social que es el que se apoya en las verdades del evangelio , es inmudable porque nada mas puede saber el hombre respecto á su bien , que las divinas revelaciones de Jesucristo. Fundado en el convencimiento y las simpatías ha realizado asociaciones políticas que cada vez sin salir de los preceptos de aquel , pueden mas perfeccionarse , realizando de un modo mas directo y positivo los preceptos que nos enseña é inspira. Siempre que el sistema político quiere ecsistir , sin ser una consecuencia de las ideas que el social inspira , se precipita por sí,

porque lleva las sociedades á la anarquía , la demoralizacion y el egoismo. Esta verdad la concibió con tanta claridad el héroe de la Francia, que á pesar de su poderío cuando se vió con la responsabilidad de hacer la felicidad de un gran pueblo, no pudo menos que reconocerse impotente si confiaba solo en sus fuerzas. Combatidas por todas partes, no tenían mas causa de influencia que la fugaz que le daban el ruido de las victorias ; pero luego que se vencian los enemigos y quedaban las sociedades para ser regidas , tanto los vencedores como los vencidos , se hallaban sepultados en esa anarquía , que es tanto mas perjudicial y violenta , cuanto mas disimulada y profunda. Deseoso Napoleon de organizar su sistema político sin el auxilio de las ideas de firmeza que la religion daba á la sociedad antigua, hizo una llamada á los sabios , y convencido de la importancia de la unidad en esta materia , invitó á todos para que se esforzasen en descubrir el principio , que dando unidad á los conocimientos humanos , pudiesen servir para reorganizar las sociedades y las ciencias: todos enmudecieron, y aquejado por el estado actual de la sociedad y el silencio que guardaran , no tuvo mas medio que dejar correr sus antiguos sentimientos y simpatías , llamando á su auxilio la religion, humillando ante

sus aras su altivez guerrera y vencedora espada.

La Francia, agoviada por los padecimientos en el interior, y sumisa á su voz para volar á los combates, era ya á los ojos de Bonaparte un objeto precioso, y al que procuraba hacerle todos los beneficios que estuvieran á su alcance para recompensar unas virtudes que la hacian dignas de mejor suerte. La autoridad de la religion era á su vez la única capaz de dar prestigio á su poder para terminar las disensiones intestinas y unir su sistema político con el social, que á pesar de las furias revolucionarias se habia conservado invulnerable. Llamar en su ayuda la religion valiéndose para ello solamente del sacerdocio de Francia, hubiera sido un hecho insignificante; pues el clero se habria resistido, ó si, sin resistencia hubiera aceptado, habria perdido su moralidad é influencia. Esta dificultad de un lado, y la oposicion del clero á someterse á un gobierno que no adoptaba el principio católico con todas sus consecuencias, obligaron al capitan del siglo á humillarsè ante la respetable autoridad de Roma para recibir la fuerza que no pudieron darle las conquistas y victorias. No fue pues una debilidad de este grande hombre, la postracion que hizo con su poder ante la silla del sucesor de san Pedro, sino una necesidad reclamada por su

posicion , que ecsijia pusiese término á los padecimientos de la Francia. Desconceptuadas las ideas desorganizadoras , impotentes por su naturaleza misma para colocar en una escala pacífica tantos intereses encontrados , no habia mas medio que invocar el auxilio de la religion y los sacrificios que ella ecsije para restituir la sociedad á la armonía. Esto vió Napoleon , esto hizo , y á fin de conseguirlo se dirijió al vicario de Jesucristo. Para conocer [pues la ecsactitud de lo espuesto , es necesario ecsaminar lo que representaba el Papa respecto á Europa , y lo que representaba respecto á la Francia. Veamos lo que representaba respecto á Europa.

La reforma protestante que tanto habia comprometido los destinos de Europa y combatido la autoridad de Roma , lejos de debilitar su poder y prestigio , le habia dado mayor consideracion é importancia. Llevados los pueblos de sus promesas y seducidos por la aparente austeridad de los reformadores , no dudaron al pronto seguir sus inspiraciones y huellas ; pero cuando vieron que tras sus doctrinas se ocultaba la anarquía moral y política , no pudieron menos que retraerse del piélago de sangre á donde la hipocresía reformadora los arrastraba. Asi es que la Alemania , y todos los paises que en los primeros tiem-

pos habian aplaudido las victorias de las reformas , se retrajeron de su dominacion someténdose á las creencias que cual fiel depósito recibieron de sus mayores. El pontificado, rodeándose del entusiasmo y simpatías que inspiran las bellas artes , reuniendo en sí el influjo que da la religion y las ciencias, al mismo tiempo que el gran principio que inspira el respeto y la obediencia , brillaba ya á la faz de los pueblos como el astro benéfico de la esperanza , y el puerto de salvacion en medio de tan desecha y necia borrasca. La religion católica-apóstolica-romana cobraba su prestigio , y se presentaba á las naciones tan bella é interesante , como el dia en que adornada de los triunfos de la persecucion y el martirio , subió resplandeciente al trono augusto de Constantino. Las rencillas de los príncipes, de las familias poderosas é influentes y las enemistades que dividian las monarquías y provincias, se desvanecian á medida que era restablecida la religion antigua y que volvía á oirse en su recinto la voz de los pastores de Jesucristo. No habia dia que no se marcasse por la conversion de un personaje de importancia, por la de alguna ciudad ó reino , que cansado de la anarquía , venia al seno de la iglesia para abjurar sus extravíos y curarse de las sangrientas llagas que le abrieran.

El símbolo de la paz y el regulador de todos los intereses era el Pontífice romano, que si bien no disponia á su arbitrio de los destinos de Europa como en tiempo de los Gregorios y otros, no dejaba con todo su voz de ser escuchada y obedecida con respeto. No era él árbitro de la suerte de las naciones, pero sí era el vicario de Jesucristo que habia recobrado su influencia, y á su voz de paz y sabiduría se calmaban las pasiones mas tempestuosas y enconadas. La paz sucedia á este estado de pacificacion, y la Europa comenzaba á ver renacer la aurora de pacificacion despues de las sanguinarias tormentas de la reforma. Solo algunos paises del Norte y la Inglaterra se sostenian tenaces en ella; pero aun en medio de su tenacidad, no habian podido menos que venir sobre sí mismos separándose de la anarquia primitiva para reconocer un principio de centralizacion y una escala de autoridad ó jerarquía.

La revolucion francesa, mientras no hizo la guerra sino á los abusos del poder y á las demasías de los poderosos, llevó á sí las simpatías de las naciones, y por su écsito hicieron votos todos los desgraciados de Europa. Pero cuando impía levantó su mano para teñirse en la sangre pacífica de la esposa del cordero, entonces se miró como un estravío de las pasiones y como un

disfrazado ensayo de la reforma para volver á entender su poderío y funesto predominio. Este juicio, jeneralmente crecido en toda esta parte del mundo, privó á los ensayos revolucionarios de todo el prestigio que les diera la novedad; pues juzgados con prevencion desde que tomaron este jiro, produjeron una alarma tan desventajosa, que anticipó su descrédito y ruina. El atentado cometido contra la Santidad de Pio VI fue tan escandaloso á los ojos de la Europa, que las estinguidas guerras de la reforma creyóse generalmente iban á renovarse. Estendida esta idea en la jeneralidad, que se hallaba convencida de la impotencia de la reforma y de las tristes consecuencias que políticamente producía, la revolucion se vió desnuda y sola, espuesta á la indiferente observacion de todos los paises comarcanos. Las tristes escenas que hemos notado la acabaron de reducir á sí misma, y la fuerza revolucionaria quedó sin poder dominar por su impotencia, ni imponer respeto por su orijen y recuerdos. Los recuerdos que infundian respeto y acallaban las pasiones, no estan simbolizados sino en Roma, que vencedora del efimero poder que la combatiera, se presentaba á los pueblos llena del espíritu de fraternidad que los habia hecho felices el largo periodo de diez y ocho si-

glos. La esperanza y la veneracion no se infundia á hombres que deseaban el órden y la paz, ni á la masa jeneral del pueblo, sino presentando la Francia asociada al principio que la volvía á unir con todas las épocas de su historia y daba estabilidad á sus destinos. Uniéndose pues á Roma daba una garantía positiva á todas las sociedades de que iba á entrar en el estado normal de ellas; y á los ciudadanos un testimonio de que habia terminado el estado de las pasiones. Roma, pues, en esta época representaba para la Francia, en el exterior, el principio político que la unia á los destinos de las otras naciones; en el interior el término del imperio de las pasiones y de los excesos de la licencia. Para volver, pues, á estos términos tan necesarios, debió humillarse ante el Papa, porque era el representante de los principios que debian salvarla del puñal de los sicarios que abortan las revoluciones. Consideraciones que adquieren un valor de mayor monta, si se atiende á la garantía de pacificacion política que con este reconocimiento se daba al norte de Europa, receloso entonces de las miras ulteriores que sobre la suerte de Italia pudiera tener la Francia. Miras que cuando intentó realizarlas, á pesar del disfraz con que las cubrió al principio, hicieron caer sobre ella el peso de todas las naciones.

Si la union con el Romano Pontífice era una señal de reconciliacion para la Europa , no lo era menos para la Francia, que combatida por los encontrados vientos de los intereses revolucionarios , ansiaba por ver renacer la paz que tanto tiempo habia deseaba. El gobierno mismo fue intérprete de estos sentimientos, cuando anunció que la gran mayoría de los franceses era católica apostólica romana, y que como fiel ejecutor de la voluntad de la mayoría nacional , habia procurado satisfacerla. Ahora bien , despues de tantos sistemas experimentados, de tantas esperiencias políticas fallidas, ¿habria seguido la Francia con entusiasmo y desprendimiento un sistema que dejase á la gran mayoría de ciudadanos el mismo vacio en el corazon que experimentaban? La paz no se restablece en las naciones despues de las grandes convulsiones que las ajitan, sino cuando los encontrados intereses que en ellas han chocado, encuentran un principio que desarrollar tan fecundo que á cada uno da la colocacion que desean. Este es el gran secreto de la religion católica apostólica romana , porque ella sola sabe acallar las pasiones y los ímpetus del amor propio, realizando de este modo un órden social armónico y estable. Tal es la razon porque las épocas revolucionarias son esencialmente anti-religiosas , y

porque el imperio de la religion vuelve á renacer con la aurora de la verdadera libertad y el órden. La Francia, que se hallaba en este último periodo, no podia trocar por la libertad la licencia que la aquejaba, ni reconquistar el órden, sin someterse á la influencia de aquella, influencia que no podia recobrar todo su ascendiente si el gobierno que iba á realizarla no se unia á aquel que la representaba. Era, pues, un paso de necesidad para la Europa y para la Francia, que el gobierno que en ella tratase de realizar el órden, se asociase política y religiosamente con la tiara. Con la tiara que daba al gobierno la fuerza moral y el prestigio que le quitó la revolucion, y que no podian darle los cadalsos ni las victorias de las armas. ¿En qué, pues, consiste la fuerza poderosa del poder é influencia de la iglesia?

Dos son los estados á que la humanidad en su posicion normal está sujeta, el social y el político. El primero es la ley de la humanidad; el segundo los medios que emplea para hacer las adquisiciones que aquel le inspira como base de su desarrollo. Asi es, que mientras el estado político se conmueve y muda por medio de la violencia, el social permanece inmóvil y sus formas son constantes como la voluntad de Dios que lo dirige, y su bondad que lo inspira. El estado social,

pues, tiene por base la religion, que es la que en el de paz realiza los sistemas políticos de las naciones. Roma, asi á la cabeza del sistema social de los pueblos, estriba sobre bases mas sólidas y durables que las que apoyan los poderes políticos y civiles. De aqui es que la influencia no estriba en la fuerza, sino en el íntimo convencimiento de cada uno de los hombres y en los sentimientos de su conciencia. Por esta razon la violencia se ha estrellado contra su prestigio, y las convulsiones se han calmado cuando se ha vigorizado su influjo. Fija en un principio que jamas ha abandonado, y es promover por todos los medios posibles la salvacion de las almas, no ha podido menos que contribuir de un modo muy directo y positivo á la realizacion de un sistema político que ha hecho dar pasos jigantescos á la civilizacion, al mismo tiempo que ha mejorado la condicion social de todas las clases. ¿Qué habria sido de los reyes, de los nobles y los esclavos, si el sucesor de san Pedro con su voz de paz no los hubiese protegido y puesto á cubierto de los excesos de la soldadesca y asesinos? ¿Qué habria sido de Europa si sus pueblos dispersos á la caida de un imperio de sangre, no se hubiesen reunido al través de las borrascas, alrededor del báculo pastoral y de la tiara? ¿Qué seria hoy mismo de

estos pueblos si el principio de fraternidad que por fundamento toma no apagase las rencillas que las pasiones revolucionarias han encendido? Tal es la importancia del principio que representa, y la sublimidad de la mision del Pontífice romano: no puede leerse la historia, libre de los estravíos del último siglo, sin ver siempre colocada en primer término la autoridad Pontificia, y en su alrededor la série de los acontecimientos que han civilizado y engrandecido nuestra especie. Si aun esto no es bastante para conocer el valor práctico de esta doctrina, no hay mas para conocerlo, que hacer una comparacion entre su prestigio é influencia, y el que han tenido los principios que para combatirla se le han presentado. Ecsamínese en este parangon el valor efímero de las doctrinas canónicas que con falsas interpretaciones de la historia y del Evangelio han querido contrariar la autoridad del Papa; y el de las políticas, que con violencias y dicterios han querido, no solamente contrariarla, sino aun destruirla, y para siempre terminarla. No puede menos este ecsamen de dar un resultado sorprendente y completamente satisfactorio para la autoridad que al Pontífice romano dió el mismo Jesucristo como á sucesor lejítimo de san Pedro. Y en efecto, si el principio que defiende Roma no tuviese una base

tan estable y un tan sólido apoyo, ¿cómo podría haber resistido á tanta escision profunda y á tanta contrariedad como ha permanecido invariable? Al ver disiparse el prestigio de la libertad, sosten de las repúblicas antiguas; el poderío de los Césares; la influencia pacífica de los feudos y el ilimitado poder de nuestros reyes, no puede menos de exclamarse al ver el ocaso de tantos hechos y tantos hombres. ¡Tal es la suerte de los poderes terrenos! Brillan como las ráfagas de luz ó braman cual los huracanes para dejar de ser en el momento y perecer para siempre. Solo á Roma se ha visto aparecer en medio de las tormentas, acallarlas por su misma fuerza y permanecer fija sobre el tiempo y las pasiones, como las misericordias de Dios sobre las injusticias de los hombres.

Colocada al frente de una civilizacion que tenia por mision el realizar la fraternidad evangélica en nuestro suelo, para hacer mas facilmente que pudiesen los hombres conseguir la vida eterna, jamas la ha desmentido; y si algunas veces se ha colocado en el terreno de la resistencia, ha sido para evitar males que la jeneralidad no preveía; mas en el fondo siempre ha llevado por norte la estirpacion de las pasiones, y la mejora y moralizacion de la clase pobre y menesterosa.

Por lo mismo, siempre que hemos visto intervenir la autoridad papal en los negocios de las naciones, ha sido para favorecer los derechos que fueran mas ventajosos para la clase pobre. Con este fin protejió el poder feudal, y con el mismo le deprimió mas tarde para fomentar la autoridad de los monarcas, que ofrecia mas garantías y ventajas para la masa desvalida. Esa prepotencia de que las ideas revolucionarias tan injustamente acusan á la silla romana es el elemento que mas ha empleado en pro de la grei que le confiara Jesucristo. Asi la vemos llena de su mision y del espíritu del evangelio, imponer silencio á los monarcas y á los pueblos para hacerlos venir al cumplimiento de sus deberes y á la obediencia de la fraternidad, base de la ley de Jesucristo. Tal es la razon que tuvo para apoyar sus establecimientos temporales, y si estos los hubiera dejado sin unirlos intimamente con las formas religiosas, el espíritu revolucionario á pesar de su audacia, no hallara los motivos en que capciosamente se ha apoyado para criticarla. Pero aun en medio de la caducidad que las formas antiguas de estos establecimientos jeneralmente presentan ¿tienen los desvalidos otro amparo que el que su institucion los ofrece? ¿Han hecho mas

los innovadores por el pueblo quitándole la moralidad en cambio de la miseria , trastornando con su fuerza el orden social en beneficio de ellos , que Roma limando sus cadenas , dándole educacion , una esperanza , una proteccion firme y un abrigo para sanar los males y dolencias? ¿Es mas sólida la libertad sangrienta que dan las revoluciones á los pueblos, que la pacifica de que han gozado al abrigo de la autoridad y principio civilizador de Roma? No queremos nosotros ocultar las acusaciones que so pretesto de la inquisicion han hecho á la religion los sectarios del último siglo. No ; amargamente lloramos estas escenas de sangre ; pero una institucion que pudo desaparecer por la ilustracion y la lenidad , á qué combatirla con las armas y la violencia , para transformarla en un instrumento de reaccion y defensa como ha sucedido? La inquisicion como un establecimiento temporal y de circunstancias , ha desaparecido , pero ni su origen ni su ocaso han influido en nada sobre el principio religioso que preside en Roma , ni sobre las ventajas que bajo su influencia el catolicismo ha conseguido.

Hemos nombrado en el catolicismo la asociacion mas estensa que ha realizado la humanidad , y que no tuvo mas base ni origen que la

direccion de Roma y la doctrina de Jesucristo. El espíritu de individualismo cediendo á el de asociacion , y el de nacionalidad á el de iglesia , es el resultado mas grandioso que se ha realizado por los hombres bajo la direccion y doctrina de los sucesores de S. Pedro. El antagonismo que ha disputado palmo á palmo el terreno que ha accedido á la fraternidad , ha tomado formas las mas astutas para enseñorearse á su salvo en medio de las naciones : asi luego que los vínculos de familia á pesar suyo se estendieron á los de ciudad , y mas tarde á los de nacion, hizo esfuerzos extraordinarios para que no se estendiesen mas , empenando en conseguir que las sociedades se odiasen , cual en los dias tumultuosos de la carne los hombres. Las naciones se habrian odiado y dado pájinas mucho mas sangrientas á la historia si el pontificado romano escudado con la autoridad de su palabra y la certeza de su fe no hubiera terminado las disensiones que por todas partes brotaban para dividir las. La sangre que mas tarde se derramó inutilmente para disputarse la posesion de un condado ó de un trono vacilante, no se vertió jamas por cuestiones semejantes , mientras el principio católico estuvo en todo su vigor y fuerza. La religion dispuso de los tronos , no por un abuso de autoridad, sino porque

siempre lo hizo del modo mas justo y ventajoso para todos , y el poder de la justicia es semejante al de Dios, porque todo se le rinde donde quiera que reina ó preside. El espíritu de nacionalidad que jamas fue sangriento mientras Roma presidió á los destinos de Europa , se convirtió mas tarde en manantial de males cuando la reforma estremeció el poder que á raya lo contenia. Asi es que esas guerras de que nos escandalizamos no fueron sino despues que varias de ellas negaban su obediencia á el Papa y seguian la ley de su capricho por norma. ¿Ha dado alguna nacion católica jamas los tristes ejemplos de egoismo nacional que ha dado la Inglaterra? ¿Ha tenido la diplomacia de ningun tiempo un carácter tan rencilloso y artero como el que ha tomado desde que dejó de presidirla la buena fe y autoridad de Roma? Es forzoso conocerlo , la revolucion y el egoismo no han podido alzar su funesta cabeza sino destruyendo primero el poder que los combatia y la fuerza irresistible que los aniquilaba. Por eso oimos la revolucion política seguir en pos de la reforma relijiosa , y el cadalso de los reyes á la crítica de los papas. Esto que parece un suceso histórico sin causa , no es sino el cumplimiento de una ley que constantemente se ha presentado en el desarrollo de los pueblos. Las revo-

luciones jamas han trastornado el órden político de las sociedades sin haber primero procurado conmover el social en sus cimientos. Era, pues, indispensable que el poder é influencia de Roma se desquiciasen para conseguir variar de un modo violento la organizacion política que apoyaba. Desde que Enrique desconoció la fuerza que le prestaba la autoridad pontificia, y la influencia social de su principio, se condenó á perder su trono y á trazar la senda que conduciria al suplicio á su nieto Carlos I. Del mismo modo que Luis XV permitiendo las invectivas de Voltaire y las sátiras contra el catolicismo que dió á luz su siglo y brotó su corte, dió principio á los cadalsos de Francia preparando la sangrienta muerte de su sucesor. Cuando una vez el estado social de las naciones se ha relajado, las revueltas no puede contenerse, porque la fuerza moral que las contiene no hace resonar en las conciencias de los individuos aquella voz imperiosa que las apaga. Entonces el egoismo aviva sus pasiones desenfrenadas, y la fraternidad se replega hasta que la humanidad cansada, vuelve á deponer sus rencillas y á someterse gustosa al dominio de su influencia: entonces es cuando la nacionalidad deja de ser violenta porque se trasforma en católica, cuando los pueblos prestan gustosos obediencia á la

autoridad social de Roma , y al principio monárquico que políticamente los guía , cuando el gobierno adquiere la fuerza que necesita, y cuando es fácil mandar porque intereses ora encontrados mutuamente entonces se coadyuvan. Tal ha sido el orden político y social cuando los pueblos han obedecido la autoridad de Roma , y el que cansados de sangre y de desgracias se afanan hoy por realizar á toda costa.

No hemos olvidado las invectivas y doctrinas que contra la autoridad pontificia se han publicado en estos últimos tiempos , pero si hemos de hablar con la injenuidad que nos es propia , nada hemos encontrado en ellas de cierto ni circunspeto , hemos visto sí razonamientos mas ó menos ingeniosos , apoyados todos directa é indirectamente en las ideas del último siglo ó en aquellas que las prepararon, pero sin solidez ninguna, vista la cuestion en su verdadero punto. Todas se reducen á manifestar algunos abusos hijos de posiciones escepcionales y particulares, que si tal vez pueden manifestar un desvio , nacido siempre de las circunstancias , nunca pueden desvirtuar el poder del romano Pontifice , cuando canónica y políticamente se examina del modo que lo hemos efectuado. ¡Qué! ¿han de presidir siempre las pasiones al ecsamen de las cuestiones , que tanto al

reposo de la humanidad interesan? Ya es tiempo de que se calmen las discordias que nos dividen, las agitaciones que nos conmueven, las rencillas que nos inquietan, para que la religion vuelva por medio del Vicario de Jesucristo á realizar la paz que el Dios humanado anunció á la tierra. Es ya tiempo que la revolucion ceda el lugar de la licencia á la libertad, y el de la indiferencia á la religion y la piedad, porque los poderes no son legitimos sino cuando apoyados en la religion y sometidos á su influencia saben realizar sin sangre los destinos prosperos de los pueblos. Napoleon recibiendo el oleo sagrado de manos de Pio VII, y humillando la guerra y la revuelta á los pies de la religion, es el contraste que da á conocer al mundo la fuerza pacifica de aquella, y lo efimera de los principios revolucionarios. Nuestra patria misma en medio de la viudez que la aflige, no dudamos volverá á oir la palabra de paz del padre comun de los fieles; porque ya la desea libre de los vertigos revolucionarios que por un largo periodo la agitaron. M. L. S. *

Nota. No dudamos que nuestros lectores habrán notado que nos hemos desviado de la ciencia canónica en la introduccion que antecede, este desvio hecho con estudio, ha sido para manifestar á nuestro siglo que por excelencia se atribuye el dictado de filósofo, que lejos de debilitarse las cuestiones religiosas, cuando son tratadas en la forma de sus producciones adquieren por el contrario una importancia mayor, cuando á la luz de una filosofia imparcial se ecsaminan. Persuadidos de esto y de la importancia de hacer triunfar la religion por los mismos medios que ha sido combatida, no dudamos seguir la senda que hemos marcado y que otros corran con mas ventajas del cristianismo, y mas utilidad para su causa.

* Manuel López-Santaella



PIUS. PP. VII.

H. CARD. CONSALVI. ‡

B. CARD. PACCA.

HISTORIA

DE LA

VIDA Y DEL PONTIFICADO DEL PAPA

PIO VII.

CAPITULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES JENERALES ACERCA DEL REINADO DE Pío VII.—SU NACIMIENTO.—ENTRA EN EL ORDEN DE SAN BENITO.—SUS NOMBRAMIENTOS DE OBISPO DE TÍ-VOLI Y DESPUES DE ÍMOLA.—SU NOMBRAMIENTO DE CARDENAL.—GUERRA EN ITALIA.—ARMISTICIO CONCLUIDO EN BOLONIA ENTRE LA SANTA SEDE Y LA REPÚBLICA FRANCESA.

La historia de las grandes prosperidades y de aquellos que han vivido siempre en una rejion de favorable fortuna, de magnificencia y de glo-

ria, no puede dudarse que es de suyo grata é interesante; la de los grandes infortunios, y la de aquellos que han vivido oprimidos por el peso de la calamidad, puede tambien escitar en nosotros conmociones vivas y llenas de enseñanza. Pero por elevados que parezcan tales asuntos, el interes que inspiran se desvanece ante el cuadro raro, tal vez único, de los padecimientos de un Pontífice que por la via del dolor ha llegado á la prosperidad; de un anciano inerme, que, perseguido en nombre del conquistador de la Europa, ha conseguido al fin triunfar de su adversario, le ha vencido, aun antes que la Europa quebrantara los hierros de la servidumbre, y le ha vencido bajo su tiranía, y desde el fondo de los calabozos.

Ninguna de las vidas de Plutarco encierra acontecimientos tan singulares, tan admirables y dignos de las mas altas reflexiones, como esta lucha de la fuerza moral contra la fuerza física, y de la *conciencia* de un sacerdote piadoso, contra la *voluntad* de un soldado temerario: si se liga, ademas, la narracion de esta vida ilustre á los sucesos mas notables de un cuarto de siglo fecundo en prodijios; si el héroe *desarmado* mezcló alguna debilidad á sus virtudes; si como hombre se abatió un momento para tomar despues majes-

tuoso vuelo y desplegar una firmeza evangélica y divina; si extraviado el opresor por errores y equivocaciones ha cometido tantas violencias solo porque desoía la voz de su corazón frecuentemente jeneroso, y los consejos de un entendimiento capaz de comprender las ventajas de la magnanimidad; si el imprudente no se lanzó al camino de la injusticia hasta haber fundado casi solo una organizacion católica que ha rescatado el santo culto en la cristiana Francia; si una nueva época de restauracion relijiosa ha consolado, y todos los dias consuela á pesar de las tempestades que se le oponen, la afliccion de la iglesia; no creo que pueda ofrecerse á las naciones asunto mas digno que el que me propongo tratar.

Frecuentemente testigo, actor á veces, de las escenas que refiero, he estado en posicion, tanto por mi empleo, como por mi larga residencia en Italia, de conocerlas mejor que frances alguno. Tampoco pienso que haya frances que mas sinceramente reuna el amor de la patria, y el que reclama la justicia universal; y por lo tanto espero no faltar nunca en esta obra á la verdad ni á mi pais.

Perdóneseme empero, si en esta lucha de las dos mayores potencias del universo, la *guerra* y la *relijion*, suelen á veces las angustias de

una virtud pura aterrada por una tiranía que no era nuestra, escitar mi sensibilidad con demasiada viveza: sucesos semejantes, los sufrimientos de semejante Pontífice, arrancarían lágrimas al mismo que no participase de nuestras creencias.

Gregorio Bernabé Chiaramonti, nació en Cesena, legacion de Forlì, el 14 de agosto de 1742, del conde Escipion Chiaramonti, y de la condesa Juana Ghini. Habiéndose consagrado desde el principio de su vida á las austeridades del claustro, empezó sus estudios en Parma, y tomó, el 20 de agosto de 1758, el habito de san Benito.

En 1775, al advenimiento de Pio VI, el Padre Chiaramonti, su pariente, se hallaba en Roma de *lector*, esto es de catedrático de teología en el convento de san Calisto. Deseando el Papa proteger la academia de eclesiásticos nobles, fundada cerca de la iglesia de *Minerva*, dió entrada en ella, por intercesion del Padre Chiaramonti, á su hermano el conde Gregorio, que ha residido mucho tiempo en Bolonia. Mas no reconociendo este en sí vocacion por la carrera de la prelación, marchó al poco tiempo de Roma. Quizá su ausencia dió entrada al Padre Chiaramonti en la carrera de los honores eclesiásticos que Pio VI hubiera conferido mejor al conde Gregorio;

pues no gustaba el Papa de favorecer la elevacion de los monges.

Algunas injusticias hechas al Padre Chiaramonti en su convento , aflijieron á Pio VI, que confirió al religioso por un breve la calidad de *abbate*, ó abad.

Un *abad* nombrado de este modo, no gobierna el monasterio, como los *abades* elejidos por los monjes. La dignidad de *abad* por nombramiento es solo una especie de honra á la cual van anejas algunas ventajas y privilegios ; la facultad de llevar mitra y anillo, y un sitio distinguido en el coro ; por lo demas queda sujeto el que la goza á la obediencia del *abad* titular.

No contribuyeron poco estos honores á irritar á los enemigos del nuevo abad. El Papa , de vuelta de su viaje al Austria , por el cual se le llamaba segun una prediccion antigua , *El peregrino apostólico*, quiso ver á su pariente , y oir de su boca la defensa que preparaba en un proceso hartó complicado. Acusábasele de haber manifestado en otros tiempos alguna libertad en sus opiniones contra los castigos que imponían los prelados á los profesos. Respondió el Padre Chiaramonti que erraban con efecto los prelados en someter á los profesos á un sistema de insólita dureza ; pedía que se templase tanta severidad;

y concluía diciendo que se trataba de emponzoñar una buena intencion por medio de inculpaciones calumniosas, y suponiendo la ecsistencia de cálculos y miras propias de un espíritu dominador.

La esperiencia ha probado que jamas ecsistió endencia semejante en el carácter del Padre Chiaramonti.

Agradó sobre manera á su Santidad el acusado elijioso, por su candorosa y casi infantil franqueza, por la esposicion de una conducta pura, un trato ameno, y sobre todo por el miramiento y dulcedumbre con que respondía á sus contradictores.

Su Santidad dijo que habia reconocido en Chiaramonti un profundo literato, un sábio lleno e ecsactitud, un canonista instruido y racional, un monje estudioso y amigo de cumplir con sus deberes.

Algunos meses despues, los mismos padres de su órden, y entre otros un español que habia jurado nunca dejarle en paz, hicieron reiteradas instancias para que se desterrase de la capital á Chiaramonti. Estas últimas tentativas ofendieron el decoro del gobierno pontificio. El Padre Chiaramonti vivía pacíficamente en Roma, y habitaba casi de continuo, hasta en la estacion del *mal*

aire, en san Pablo, estramuros, convento de su orden, cuya biblioteca cuidaba voluntariamente

Pio VI respondió con mucha dignidad que el perseguido monje recibiría orden para salir de Roma; pero con el objeto de ir á ocupar un destino cuyo título se comunicaría en tiempo oportuno á la Congregacion de Obispos y Regulares.

Con efecto no tardó el Padre Chiaramonti en ser nombrado Obispo de Tívoli, de aquella deliciosa morada, célebre por sus monumentos antiguos, por la cascada del Anieno, y por los versos con que la celebró Horacio.

Tan grande favor, que casi anunciaba la dignidad de la púrpura impuso silencio á los detractores del religioso. Muchos de ellos, y hasta los mas injustos, habian ya confesado sus errores, y buscaban ocasion de reconciliarse con su enemigo. Las acusaciones se esplicaron, se reconocieron las calumnias, y admiráronse los mismos padres de haber caido en aquellos errores. El nuevo Obispo solo profirió en estas discusiones palabras de paz, de caridad y de concordia. Habiendo deseado los profesos escribir á aquel que por su causa habia sufrido persecucion, no quiso consentirlo; y las agitaciones que habian turbado el orden laborioso y ejemplar que por la reunion de todas las virtudes se admira en los monasterios de esta regla,

quedaron radicalmente apaciguadas, con grande satisfaccion del soberano Pontífice.

El Cardenal Bondi, tio de Pio VI, y Obispo de Imola acababa de fallecer. Conocía el Papa que la opinion pública, y particularmente el Sagrado Colejio, habia aplaudido la conducta del religioso de Cesena; sabia, por recientes informes que organizaba este su nueva diócesis con rara inteligencia; que se dedicaba, con particular interes á completar las colecciones de buenos libros; que con su peculio particular socorría y honraba, promoviendo despues á distinguidos empleos, á los hombres instruidos en varios estudios dificiles para la juventud. Por eso resolvió el Papa conceder al Obispo de Tívoli el obispado de Imola; luego le creó Cardenal el 14 de febrero de 1785.

No se miró esta eleccion como favor de parentesco, sino mas bien como recompensa debida á un prelado lleno de desinterés y rodeado de la universal admiracion.

Solo una circunstancia, en sí lijera, pero digna de recuerdo, habia fijado las miradas de Roma sobre el Obispo de la vecina diócesis de Tívoli, y esta circunstancia le era á todas luces favorable.

Habiendo el vicario del Santo oficio de Tívoli autorizado la venta de algunos libros devotos, sin permiso del Obispo, este amenazó con una inter-

diccion al vicario, si no reconocía la autoridad episcopal. Los Domínicos de Roma se opusieron; el Obispo recurrió al Papa, declarando que enviaría su dimision si no se le administraba justicia. El Papa mandó reconocer y respetar los derechos del Obispo.

Partió el Cardenal Chiaramonti para su nueva residencia, y en mas de diez años nunca se oyó hablar de él sino de la manera mas honrosa. Decíase que era hombre moderado, caritativo, humilde, prudente y al mismo tiempo *pastor animoso*, en defensa de las prerogativas de la iglesia.

Y en efecto, habiendo querido el Cardenal Spinelli, legado de Ferrara, ejercer cierta jurisdiccion en tierras pertenecientes al obispado de Imola, protestó el Cardenal Chiaramonti que no viviría mas en comunicacion con el Cardenal Spinelli; y fué preciso que otros cardenales amigos de ambos acomodasen esta diferencia, y que se diese conveniente satisfaccion al Cardenal Chiaramonti.

Entre tanto la revolucion francesa ajitaba en Europa todos los ánimos. De la destruccion casi total del órden establecido, se pasó á los crímenes, á la violacion del palacio réjio; al ataque del 10 de agosto de 1792; á la proclamacion de una república, á los asesinatos de setiembre; al patíbu-

lo de la plaza de Luis XV y á los horrores de la prision que devoraba al hijo de Luis XVI. La sucesion de los derechos al trono pertenecía á *Monsieur* el hermano de Luis XVI residente en Verona. Este príncipe escribió á Pio VI en 26 de junio de 1795.

„ Santísimo Padre :

„ Con el mas vivo dolor participo á Vuestra Santidad , la
 „ muerte del Rey Luis XVII, mi muy respetado señor y so-
 „ brino , que sucumbió el ocho de este mes , al mal trato que
 „ no habian dejado de darle los asesinos de su augusto padre.
 „ Conozco todos los deberes que me impone el hermoso título
 „ de Rey cristianísimo que desde esta muerte ha recaído en mí;
 „ y será el primero de mis cuidados hacer reflorar en mi rei-
 „ no la religion católica apostólica romana. (1) Vuestra Beati-
 „ tud conoce mi veneracion á su persona , y mi devocion á la
 „ Santa Sede : siempre hallará Vuestra Santidad en el hijo pri-
 „ mojénito de la Iglesia los mismos sentimientos , y yo le pido
 „ su bendicion apostólica y paternal.

„ Yo soy , Santísimo Padre , de Vuestra Santidad devotísi-
 „ mo hijo.

Firmado. LUIS.

Y mas abajo EL BARON DE FLACHSLANDEN.
 Verona 25 de Junio de 1795.

Monseñor Ercules Consalvi, de quien hablaremos con frecuencia, y que se había ofrecido de los primeros á las augustas hijas de Luis XV refugia-

(1) Acostúmbrase á decir en Francia y demas paises católicos de Europa la religion católica, apostólica y romana. Pero en Roma se dice, la religion católica , apostólica romana , suprimiendo la conjuncion.

das en Roma, fué tambien de los prelados que manifestaron mas grande interes en la posicion de Luis XVIII y mas adelante veremos que este príncipe no echó en olvido sus atenciones.

El gobierno de Pio VI respondió con manifestaciones benévolas y secretas á la precedente carta. Desgraciadamente, y á pesar de los consejos de algunos cardenales, no tardó en tomar una parte activa y pública aunque indirecta, en el descontento escitado en Italia por las invasiones de la república. Pio VI habia tenido razon en todos los debates relativos á la constitucion civil del clero; las primeras objeciones de Roma, habian llevado un matiz de firmeza, de resolucion, de dulzura, de elocuente uncion, que abogaba con la mayor nobleza por la causa relijiosa. Hábiase ademas notado el breve dogmático *charitas*; ya hubiera sido prudente hacer alto, y no prestarse á correr los azares de una guerra de soldados.

En 1796, los austriacos, á veces vencedores, con mas frecuencia vencidos, y derrotados á la sazón por todas partes, no oponian corta resistencia á sus propios reveses. Un jóven, nacido en una isla de la república de Génova, cedida posteriormente á la Francia, habia subido por una serie de combinaciones ajenas de esta historia al mando de los ejércitos franceses en Italia. El Directorio, sucesor

de la autoridad sanguinaria de la convencion, le habia encargado al guerrero difundir por toda la península lo que solia llamarse el don de la libertad.

Este caudillo, formidable ya por haber alcanzado victorias que anunciaban inmenso jenio militar, emprendió á mediados de junio una espedicion sobre Bolonia, y amenazó invadir los estados pontificios, con el objeto, segun decia, de castigar á los amigos de la casa de Austria. El Papa, engañado por marchas cuyo misterio esplicaremos despues, y viendo que se dirijia el ejército segun todas las apariencias á las tierras que solian llamarse patrimonio de San Pedro, solicitó un armisticio, que se firmó el 23 de junio por el jeneral Bonaparte comandante en jefe del ejército de Italia, por los ciudadanos Saliceti y Garreau, comisarios del directorio ejecutivo acerca del dicho ejército, todos tres provistos de plenos poderes de una parte, y de la otra por M. Gnudi plenipotenciario del Papa, bajo la mediacion del caballero Azara ministro de España en Roma.

Posible era que no experimentase tan pronto el gobierno pontificio los reveses que le estaban preparados; pero para evitarlos necesitábase una penetracion que las circunstancias hacian imposible. Pio VI creyó oportuno recurrir desde el prin-

cipio á la mediacion de la Toscana; pero el Gran Duque, aunque era hermano de Francisco II emperador de la Alemania, habia celebrado mucho antes la paz con la república. Residía un agente frances en Florencia; y el primer ministro de Fernando III, Manfredini, hombre complaciente y relijioso, quedó encargado por Su Santidad, cuya confianza merecia, de pronunciar palabras de conciliacion en favor del estado romano.

Cuando iba Manfredini á recomendar los intereses de Pio VI con toda eficacia, el agente frances, M. Miot, dió á entender que tal vez á la Toscana llegaría pronto el caso de tener que pedir por si misma. Sin pérdida de tiempo, Manfredini, temeroso de que quizá se ocupase á Liorna, secuestrando las mercancías inglesas, y atrayendo de este modo sobre sí la venganza del gabinete británico, partió para Bolonia adonde se hallaba Bonaparte. Así que le vió el jeneral le dijo: —“ Retiraos. Venis á suplicarme que no vaya á Toscana; pero es indispensable que marche sin tardanza hácia Roma, pasando por la Toscana y por Liorna.

En momentos tan desastrosos cada estado piensa en su conservacion.—“ Pero se puede ir á Roma sin pasar por Liorna, dijo Manfredini. ¿Será posible que dañeis á la Toscana? La posteridad os

juzgará rigurosamente. ¡Como nos hemos engañado! Pensabamos tratar con un guerrero jóven lleno de virtud y jenerosidad. Mi Soberano se os ha unido á pesar de los consejos y de la reprobacion de Viena. El hermano ha dado auxilio, socorro; ha prodigado caricias al enemigo de su hermano; y en recompensa de tanto afecto vais á arruinar á quien os ama.” (1)—Vamos, vamos replicó Bonaparte como apaciguado por la animacion de Manfredini; forzoso es que vaya á Roma pasando por la Toscana. He aqui un mapa. Busquemos el camino de Roma por la Toscana sin tocar ni aun á Florencia”—“Sí, le dijo el ministro engañado por aquella tranquilidad artificiosa, eso es muy facil. Seguid la senda que mi mano indica. Llámase el camino de Pistoya por Módena; llegareis hasta Pisa sin tocar á Florencia; en la *Ostería Bianca* hay dos caminos; y uno de ellos conduce

(1) Bonaparte no podía obrar libremente. He aquí lo que le escribía el Directorio el 7 thermidor (25 Julio 1796). Dícese que el emperador segun las probabilidades que ofrece una salud siempre vacilante—(aun vivía en 1835)--toca al término de la vida. Para aprovechar este suceso, será conveniente que lo sepais con la mayor celeridad así que se efectue. Mantened con este fin relaciones en Viena. El Gran Duque de Toscana, heredero del trono, se presentará inmediatamente en la capital despues de la muerte de su hermano. Entonces no hay mas que anticiparse, detenerlo como á enemigo de la república y ocupar militarmente la Toscana. Este proyecto, aunque establecido sobre conjeturas poco ciertas, no desmerece vuestra atencion. *Firmado CARNOT.*

á la frontera de Roma por Poggibonsi y Siena.”

Mientras duraron estas esplicaciones, Bonaparte ocultaba con el codo la ciudad de Liorna, siguiendo atento el dedo de Manfredini. Visto que podía irse á Roma atravesando la Toscana y sin tocar en Florencia, y no sospechando Manfredini que se pensase en Liorna, constantemente oculta por el brazo del jeneral, escribió el ministro á su corte que habia persuadido al jeneral á marchar á Roma sin comprometer la proteccion concedida por el gran Duque á los negociantes ingleses que tan ricos almacenes poseían en Liorna.

Púsose en marcha el ejército frances, y llegado que hubo la vanguardia á *l'Ostería Bianca*, continuó hácia la frontera pontificia.

No se sabia que pensar ni en Liorna ni en Roma. Tanto el gobierno pontificio, como el comercio ingles, tenian correos ocultos en la Ostería Bianca. El correo romano partió á la capital anunciando la venida de los franceses; y el consejo de Cardenales decidió que se firmase sin tardanza el armisticio. El correo ingles dijo en Liorna que no venian los franceses; y el comercio decidió luego suspender la embarcacion de sus jéneros.

El ejército pasó y marchó con efecto hácia Roma. Al otro dia llegó la retaguardia; hizo un

súbito movimiento á la derecha, y como se compusiese casi exclusivamente de caballeria, se dirigió rápidamente sobre Liorna situada á cortísima distancia.

Fué el resultado que M. Gnudi recibió órden y plenos poderes de Roma para firmar á toda costa un armisticio; y que el comercio ingles de Liorna perdió muchos millones que fueron confiscados en un puerto cuyo soberano estaba en paz con la Francia.

Bonaparte ejecutaba, empero, las órdenes del Directorio que le hablaba á menudo de esta expedicion, y aun le habia dicho espresamente: —“Es menester llegar por medio de operaciones secundarias, y en el instante en que menos os esperen.”

Cuando pudo volver Manfredini a Florencia se quejó á Bonaparte, quien, por única respuesta le preguntó qué especie de cruz era una que solía ver en el ojal de los señores toscanos. — “La cruz de San Esteban papa y martir le dijo el ministro” —Pues bien, enviadla á mi tio el canónigo Bonaparte, á quien se la he prometido ahora que le acabo de visitar en *San Miniato*. (1)

Hé aqui las condiciones del fatal armisti-

(1) De vuelta de Liorna pasó Bonaparte á visitar al canónigo Bonaparte que habitaba el pueblo de S. Miniato; reconociólo por su pariente, y le prometió recomendarlo al gran Duque.

cio firmado por M. Gnudi y el caballero Azara.

ARTICULO 1.º Queriendo dar prueba de la deferencia del gobierno frances para con el Rey de España, el jeneral en jefe y los comisarios del poder ejecutivo, conceden á su Santidad una suspension de armas que empezará á contarse desde hoy 5 mesidor, año 4.º de la república, (23 junio 1796) hasta cinco dias despues de concluidas las negociaciones que van á entablarse en Paris para la consolidacion de la paz definitiva entre los dos estados.

ART. 2.º El Papa enviará cuanto antes su plenipotenciario á Paris, para obtener del Directorio ejecutivo la paz definitiva, ofreciendo las reparaciones necesarias por los ultrajes y pérdidas que han experimentado los franceses en sus dominios, y con particularidad del asesinato de Basseville, y las indemnizaciones debidas á su familia. (1)

ART. 3.º Todos los individuos detenidos por opiniones políticas en los estados romanos serán puestos inmediatamente en libertad, y les serán devueltos sus bienes.

(1) Bonaparte sabia por informe de Mr. Cacault, agente de la república en Italia, que Basseville secretario de legacion de Francia en Nápoles en 1793, habia venido á Roma sin ningun caracter público, y sí como simple particular. Púsosele en la cabeza promover una revolucion, y al efecto salió de paseo por las calles de Roma, llevando cuatro banderas tricolores en las cuatro esquinas de su coche. Esta loca provocacion ocurría al tiempo mismo en que el proceso de Luis XVI tenía conmovidos los ánimos. El pueblo silvó primero, y en seguida atacó á Basseville y á su comitiva; los soldados no pudieron contener el desorden, é interin eran reforzados, procuraron esconderlo en casa del banquero Esteban Moutte. Fué descubierto Basseville en su asilo por los mas acalorados de entre la muchedumbre, y asesinado por los mismos antes que llegase el refuerzo. Bonaparte sabia todo esto, pero el Directorio no lo sabia, ó no queria saberlo. La única indemnizacion á favor de los franceses que podia razonablemente figurar en el tratado, era la debida á la familia del banquero Moutte.

ART. 4.º Los puertos de los estados pontificios se cerrarán á todo buque de nacion que esté en guerra con la Francia y se abrirán á los buques franceses.

ART. 5.º El ejército frances conservará posesion de las legaciones de Ferrara y de Bolonia y evacuará á Faenza.

ART. 6.º La ciudadela de Ancona se pondrá en el término de seis dias á disposicion del ejército frances, con su artillería, víveres y provisiones.

ART. 7.º La ciudad de Ancona permanecerá bajo el gobierno civil del Papa.

ART. 8.º El Papa entregará á la república francesa cien cuadros, vasos, bustos ó estatuas, á eleccion de los comisarios que se enviarán á Roma, entre los cuales se comprenderán especialmente, el busto de bronce de Junio Bruto y el de mármol de Marco Bruto ambos colocados en el capitolio; (1) y quinientos manuscritos, tambien á eleccion de dichos comisarios.

(1) Firmábase esto el 23 de Junio. Casi simultáneamente con fecha 22 del mismo mes escribía el Directorio al jeneral.

„ Se asegura ciudadano jeneral que el busto de Marco-Aurelio en „ mármol se encuentra en Pavía. Las artes reclaman que le hagais con- „ ducir á Francia. El Directorio os manda que tomeis todas las precau- „ ciones necesarias para que llegue intacto. ”

CARNOT.

Singular entusiásmo hácia Marco-Aurelio descendiente de Numa por su padre Annio Vero, si le comparamos al culto profesado á Marco-Bruto, asesino de César. ¡Qué poco se sabia entonces en Francia acerca del estado artístico de Italia!; nada mas comun en ella que estatuas antiguas de mármol de Marco-Aurelio: contábanse mas de 30 en los diferentes museos públicos de Milan, de Venecia, de Florencia, de Roma, de Nápoles: además de los infinitos bustos de aquel emperador, que existian en colecciones particulares. Pero los escritos de Voltaire habian hecho marchar de frente el elogio de Marco-Aurelio, y el apoteosis de Marco-Bruto: la Francia se veia entonces gobernada por los discípulos de Voltaire.

ART. 9.º Pagará el Papa á la república francesa veinte y un millones de libras , moneda de Francia ; de los cuales quince millones y medio serán en especie ó en barras de oro ó de plata ; y los cinco millones y medio restantes en efectos , mercaderías , caballos , ó bueyes segun pidan los agentes de la república. Los quince millones y medio se pagarán en tres términos , á saber ; cinco millones dentro de quince dias ; cinco dentro de un mes , y los cinco y medio restantes en tres meses.

Los cinco millones quinientas mil libras en mercaderías , caballos , bueyes , se entregarán á medida que los pida el ejército frances en los puntos que ocupe , y especialmente en los puertos de Génova y Liorna , ú otros que se designen.

La suma de veinte y un millones de que habla este artículo es independiente de las contribuciones decretadas ó que se decretaren contra las legaciones de Ferrara , Bolonia y Faenza.

ART. 10. El Papa quedará obligado á dar paso libre á las tropas de la república francesa , cuando quiera que estas le pidan ; los víveres que se les proporcionen se pagarán segun se estipule.

Dado en Bolonia el 5 mesidor año 4.º de la república francesa. (23 de junio 1796.) — *Firmado* BUONAPARTE, — ANTONIO GNUDI, — SALICETI, — GARREAU, — y el cab. AZARA.

Aquí vemos el nombre del caballero Azara, pero en los artículos del armisticio, poco se echan de ver los efectos de la mediacion. El artículo primero , dice que el armisticio se concede por deferencia hácia S. M. el rey de España. Mas no era este grande favor ; porque el gabinete de Viena enviaba considerables refuerzos á los generales que tenia en Italia , y no era dado á la república arriesgar sus tropas mas allá de Bolonia. Bona-

parte era demasiado hábil para perder el tiempo en los estados eclesiásticos , á vista de la admirable constancia austriaca , y cuando Mántua y la ciudadela de Milan , estaban aun por el emperador.

La mediacion se encuentra al parecer en el artículo séptimo que deja al Papa el gobierno civil de Ancona; y en el décimo que obliga á pagar á las tropas los víveres que reciban; mas no aparece por cierto en el feroz artículo noveno relativo á los veinte y un millones, ni en la inaudita estipulacion que obligaba al Papa á entregar cinco millones de mercaderías, caballos y bueyes en los puertos de Génova y Liorna. Partiendo del punto mas inmediato de la frontera , necesitaba el vencido llevar su tributo á treinta ó cuarenta leguas de distancia ; pero la cláusula mas dura era la que prevenía que no alijerase el pago de veinte y un millones el peso de las contribuciones ordinarias. Este armisticio concluido bajo la mediacion oficiosa del rey de España , nada contenia preciso, terminante y claro mas que la obligacion de pagar en corto plazo exorbitantes sumas , y el dolor de prepararse á pagar otras mayores. ¿Fué esto proteger los intereses del Santo Padre? Mas valiera para hacerlo así , que el caballero Azara no se molestase y quedára tranquilo en su palacio.

¿ Parecería por ventura extraño que las nuevas de tal armisticio escitasen indignacion general en los dominios de la Santa Sede? ¿ No era de temer que se atentase con este primer golpe á la independencia de aquel á quien llamaba el Directorio irónicamente el príncipe de Roma, y que si este no bastaba se le asestasen otros? Los austriacos superiores en número, esperaban obtener algunas ventajas, y como no sabian aun hasta que punto era Bonaparte invencible para ellos, se ecsaltaron al enterarse de la negociacion del armisticio, é irritaron la consternacion de los unos, el furor de los otros y los sentimientos religiosos de todos. A instigacion suya, llegó á la Romanía un monge que parece venía de Trento, y contó que los imperiales habian pasado el Adije, alzado el sitio de Mántua, y dirijídose á marchas forzadas á Cecena. Pero esto fué suficiente; y por una noticia falsa se propagó la insurreccion en las legaciones. Algun tiempo despues escribía Bonaparte al Directorio: “ Impresos sediciosos de fanáticos predicadores, encendían por todas partes la insurreccion. En pocos dias organizaron lo que ellos apellidaban el ejército católico y pontificio. Establecieron su cuartel jeneral en Lugo, punto perteneciente á la legacion de Ferrara aunque enclavado en la Romanía.”

He aquí como se espresa el general Augereau encargado de batir al novel enemigo, en carta que desde Bolonia dirige á su jeneral en jefe en 8 de junio de 1796.

„Ya no existe el ejército apostólico ni su cuartel jeneral. Los *chuanes* ó facciosos de la Romanía y del Ferrares, perseguidos, derrotados se hallan dispersos por todas partes; y si mal no me engaño no volverá á antojárseles en mucho tiempo hacernos la guerra.

„Algunos sacerdotes que pensaban vivir aun en tiempo de las cruzadas; y de cinco á seis infames animados por el ánsia del botin, lograron reunir á fuerza de terror una multitud imbécil y estraviada, á la cual dieron ridículamente el pomposo nombre de ejército. Ya habían salido de este foco de insurreccion reglamentos, proclámas, actos de autoridad de toda especie; tenian sus talleres y temblaban los hombres del yugo tiránico de estos émulos de Charette.

„Había yo mandado al general Beyrand, que á la sazón se hallaba en Forlí, detener si era posible al impresor cuyo nombre estaba unido á la proclama incendiaria que entonces os remití; y el jeneral envió con este fin á Lugo un destacamento de infantería y un piquete de caballería. Recibióse esta tropa á tiros, y tuvo que retirarse con

pérdida de tres hombres y un caballo muerto y cinco ó seis heridos.

„ Indignado de la audacia de estos forajidos (brigands), convencido de la necesidad de impedir la propagacion del alzamiento, y resuelto á vengar la sangre francesa, me decidí á dar principio por una operacion decisiva.

„ Mandé al general Beyrand pasar á Imola, y acudir al mismo punto á un batallon de la cuarta media brigada, doscientos caballos y dos piezas de artillería. Yo marché al mismo punto, dejando órden al gefe de brigada Pourallier, que se hallaba en Ferrara, para ocupar la retaguardia de Lugo y cortar á los rebeldes mientras yo los atacaba de frente.

„ Llegado á Imola, el baron de Cappelletti, encargado de los negocios de España cerca de las legaciones, (1) me propuso su mediacion y pasó á Lugo para persuadir á la chusma á que dejase las armas y volviese á entrar en órden. Se obstinaron en su propósito los facciosos, y yo salí contra ellos ayer por la mañana con unos ochocientos infantes,

(1) Mr. Capelletti era encargado de representar á los españoles, y de cuidar de sus intereses en Bolonia, en Ferrara, en Urbino y en Ravenna. No ejercia ninguna autoridad directamente diplomática; dirigia sus reclamaciones al caballero Azara, único representante político del gobierno español cerca de la corte de Roma.

doscientos caballos y dos piezas de artillería. A legua y media del pueblo, empezaron á hacer fuego sus puestos avanzados. Desalojaronlos nuestras guerrillas, llevándolos á paso largo hasta los arrabales donde se creyeron seguros. Yo mandé pegar fuego á unas casas y cañonear otras; cuyo aparato unido á un vivo fuego de fusilería, los hizo dejar el pueblo muy de prisa, dispersandose por los campos á donde los perseguí con calor. Perekieron unos trescientos facciosos; nosotros perdimos cuatro hombres y tuvimos siete heridos. Los gefes de la faccion, presintiendo el trato que yo les preparaba se habian fugado prudentemente.

„Al entrar en Lugo, algunos tiros disparados desde las ventanas me mataron dos hombres; quise quemar el pueblo; pero no habia mas que mugeres, niños y ancianos y fueron respetados. —

Firmado AUGEREAU.”

El rasgo de humanidad con que finaliza esta carta es digno de los mayores elogios. ¿Pero cómo hubiera llamado el jeneral á los franceses que se armasen para defenderse, por ejemplo de los austriacos? ¿Por qué habian de ser facciosos? ¿Qué hay de comun entre los italianos de Lugo y los soldados de Charette?

Los hechos históricos nos han conducido á Imola, donde se hallaba el cardenal Chiaramonti.

Prudente y circunspecto desde el principio de la invasion, no se había dejado llevar como los otros súbditos del Santo Padre del deseo de la guerra, porque pareciesen gravosas las condiciones del armisticio. Habia, no obstante, en Lugo, en Imola agentes de las tropas austriacas, que puestos á la cabeza del movimiento, ecsijian que el cardenal, en su calidad de obispo, apoyase aquellas empresas; pasando para comprometerlo hasta las amenazas. Pero en Roma se reconocía el armisticio; recordábanse los millones pedidos; se sacaron del castillo de Sant-Anjelo los restos del tesoro de Sisto V; se mandaron fundir los incensarios, las joyas de las iglesias, las estatuas de plata; se pidieron á las mujeres sus pendientes, anillos y collares; y todas las clases de la sociedad, á la voz del Santo Padre, llevaron al tesoro los objetos preciosos que poseían.

El cardenal Chiaramonti debia imitar al Santo Padre, y resignarse á reconocer y á ejecutar el tratado.

Mr. Cacault, como agente jeneral de la república en Italia, cuidaba en Roma de la ejecucion del armisticio, manifestando, empero, al gobierno pontificio toda la deferencia que su situacion le permitía.

CAPITULO SEGUNDO.

VICTORIAS DE BONAPARTE.—INVASION DE LOS ESTADOS ROMANOS.—LA VIRJEN DE SAN CIRIACO.—TRATADO DE TOLENTINO.—MOTIN DE ROMA.—MUERTE DE DUPHOT.

El jeneral Bonaparte , mas que nunca temido , mandaba admirables soldados (1) y parecía que batallaba por solo el gusto de ganar victorias. Habíase revestido de absoluta autoridad ; (2) y

(1) “ Pensareis , escribía Bonaparte al directorio ejecutivo , que á lo menos duermen mis soldados. Nada de eso. Cada uno echa sus cálculos ó forma su plan de operaciones para la mañana siguiente y con frecuencia aciertan en sus conjeturas. El otro dia al desfilar media brigada , se acercó un cazador á mi caballo diciendome : — Jeneral , esto es menester hacer. — ¿ Te callas , infeliz ? le dije , — y desapareció al instante. En vano le he mandado buscar despues. Lo que me aconsejaba era precisamente lo que yo había mandado hacer.”

(2) Había sabido reducir al silencio á los comisarios que el gobierno le envió como adjuntos para firmar el tratado de 23 de junio. Hé aquí una carta que escribió á su cólega de un instante el ciudadano Garreau. “ Lo que habeis pedido , ciudadano comisario , al jeneral Vau-bois , es contrario á las instrucciones que me ha dado el gobierno. Os suplico que os reduzcais en adelante á los límites de las funciones que os estan prescritas , sin lo cual me veré obligado á prohibir en la órden del ejército , que se obtempere á vuestras ecsijencias. Nosotros depende-

despues de combatir felizmente en Brenia, Lonato y Castiglione, apoderándose de setenta cañones y de quince mil prisioneros, bloqueó á Mantua, ocupó á Trento, é hizo concluir la paz á Nápoles y á Parma. Venció en Arcola los dias 15, 16 y 17 de noviembre; en Rívoli el 10 de enero de 1797, y tomó á Mantua el 2 de febrero. El momento era llegado en que podia amenazar á Roma con una division que ecsijiese nuevas contribuciones.

El 3 de febrero fueron invadidos Faenza, Imola y Forlí; el 9 era ya dueño de Ancona. El Papa Pio VI, que habia consentido por equivocadas razones y falsos consejos en efectuar armamentos considerables, difíciles de conciliar con el armisticio; el Papa ministro de concordia, que habia llamado á su corte al jeneral piemontes Colli, y le habia encomendado el mando de las tropas, despues de entregarle solemnemente un

mos todos de la ley. Aquel que quiere mandar y usurpar autoridad que la ley no le concede, *no es republicano*. Cuando érais representante del pueblo, teníais derechos ilimitados y todo el mundo se apresuraba á obedeceros. Hoy sois comisario del gobierno investido de un alto caracter; pero una instruccion positiva ha regulado vuestras funciones. ¡Ateneos á ellas! Supongo que direis que pienso hacer lo que *Dumouriez*. Y por cierto que un jeneral que tiene la presuncion de mandar el ejército que el gobierno le ha confiado, y que se atreve á dar órdenes sin permiso del comisario, no puede ser otra cosa que un conspirador.

Corresp. ined. Italia, tom. 1.º pag. 338 y siguiente.

baston, segun el uso antiguo; el Papa abandonado de sus aliados, menos de los napolitanos que le ofrecian negociar en su favor, no pudiendo defenderse, pidió la paz.

Bonaparte llegó á Ancona el 10 de febrero, y se apeó en el palacio del marques de Trionfi, adonde convocó al vicario jeneral, á los curas, á los prelados regulares y al vicario de la inquisicion. Los recibió con gravedad, les mandó predicar el evangelio y no injerirse en los asuntos políticos, asegurándoles que la relijion sería respetada y protegida. Reprendió al vicario jeneral la fuga del Cardenal Ranuzzi obispo de Ancona.—“El de Imola, dijo, que tambien es cardenal, no ha huido. No le he visto á mi paso, pero está en su puesto”—y añadió que era preciso hacer volver inmediatamente al obispo. En seguida se dirigió al vicario de la santa inquisicion, y creyendo que este tribunal condenaba todavia al fuego, como en España unos quince años antes, dijo:—“Vuestro tribunal queda suprimido desde este punto; no veamos mas hogueras.”—Poco tiempo despues se condujo al vicario general á la fortaleza, adonde debía permanecer hasta la vuelta del cardenal obispo. Parecía por el desasosiego de Bonaparte, que quisiese decir alguna cosa de importancia, y que no estuviera decidido totalmente á descubrir

el pensamiento que le agitaba. Al fin se determinó á hacerlo por medio de un poderoso esfuerzo. Los pormenores que voy á referir, están recojidos y consignados por Mr. Leoni en su historia de Ancona, publicada en 1832, y dedicada á Carlos X.

“Que me busquen, dijo el jeneral, á los canónigos Ciriaco Capoleoni, José Cadolini y Francisco Candelari.” — Así que entraron los reconvinos. — “Habeis empleado medios artificiales para hacer abrir y cerrar los ojos á la Madona de san Ciriaco. ¿Pensais que suspenderá eso la marcha de mis tropas? Quiero confundiros; yo ecsaminaré esos milagros; que traigan á la virjen.” — Vino la virjen sin tardanza al palacio de Trionfi; la mandó sacar del cuadro, y aun ecsijió que se le separase el cristal que la cubría, poniéndose entonces á considerar atentamente la efigie, pero sin tocarle. No descubriendo impostura se convenció de que no merecía reprensiones el capítulo de Ancona. Tenía la virjen una diadema ornada de ricas joyas, y ceñíale la garganta un doble collar de perlas. El jeneral le desprendió diciendo que daba la mitad al hospital, y la otra mitad se repartiría en dotes para doncellas. Vuelto despues á los canónigos les preguntó cuántas personas se habian presentado á implorar el socorro de la virjen. — Un público inmenso,

respondió un canónigo, cuarenta mil personas.— Se ha hecho de ese acto una sumaria informacion. ¿Quien la ha redactado? — El abogado Bonavia. — ¿Adonde está ese letrado? — En la antesala. — Que entre. El jeneral interrogó al abogado Bonavia, que le aseguró que sesenta mil personas habian acudido á impetrar el amparo de la Madona. Inmediatamente mandó Bonaparte que encendiesen velas á la imagen y se puso á mirarla de nuevo con la mayor atencion. — Bien, dijo como para sí, no se le quitarán las perlas ni joyas” y alargándoselas á un canónigo añadió.— “Reponedlas adonde se hallaban.” Luego convidó á comer á los canónigos y al abogado Bonavia, diciéndoles.— “En cuanto á la Madona que la lleven al hospicio de las mujeres.” “Bonavia le interrumpió diciendo.”— “Pero eso desazonaría á todo el mundo.” “Pues entonces, replicó el jeneral, que la vuelvan adonde estaba; pero quiero que quede cubierta.”

Al otro dia echó á la ciudad de Ancona una contribucion de doscientos cuarenta mil escudos romanos; confiscó el oro y la plata de las iglesias, menos los vasos sagrados; nombró un ayuntamiento en el cual se contaban ocho nobles, dos abogados, uno de ellos Bonavia, dos comerciantes y tres judíos.

Pio VI, suplicó al jeneral frances que no marchase sobre Roma. El Pontífice y su consejo, engañados aun por las apariencias, ignoraban que semejante movimiento hubiera sido imprudentísimo. Declaró el Papa que enviaría á una ciudad situada á once leguas de Ancona, plenipotenciarios, que tratasen de la paz. Bonaparte y Mr. Cacaault, que habian concluido parte de su mision de Roma, fueron á Tolentino adonde no tardaron en llegar el cardenal Mattei, y monseñor Luis Calleppi, el duque Braschi, Onesti, sobrino del Papa, y el marqués Massimo, provistos de plenos poderes de Su Santidad. Los ministros romanos estaban yertos de temor, y esperando que se les propusiesen las condiciones mas duras y humillantes. Mr. Cacaault, ventajosamente conocido en Roma, inspiraba justa confianza; mas no le era dable contrariar al jeneral, que el dia de su llegada en vez de responderle á varias observaciones, le dijo que se sentase y le dictó una orden del servicio militar, por no hallarse á mano Berthier, el jefe de estado mayor. Despues hizo Bonaparte como que no se acordaba de las observaciones que se le habian hecho. Pero Mr. Cacaault obtenía tambien sus ventajas en las relaciones políticas, y hablaba con firmeza, desdeñando mostrarse cortesano; por lo demas, ni se mezclaba en otros ne-

gocios que los suyos, ni daba su dictamen en asunto que no sabía. Entendía, además, perfectamente, como antiguo secretario de embajada, hasta las últimas fórmulas de los tratados, y poseyendo el arte de alejar todas las desventajas á su gobierno tenía también el raro tacto y la costumbre de manifestar grandísima consideración á la potencia contratante. No sabía él mismo lo que pediría el Directorio, ni lo que el jeneral añadiría particularmente al tratado. Este singular ministro esperaba las ordenes de su cólega sin que en esto hubiese cosa estraña. “Al fin el guerrero, mas ó menos „ jeneroso, mas ó menos capaz de asir el delicado „ punto de la negociacion, decía él mismo, es „ quien debe imponer el tratado. Yo me esfuerza „ ré, por mi parte, en que sea conveniente y regular.” Veremos si esta condicion indispensable tuvo efecto.

El jefe de la legacion pontificia, el Cardenal Mattei, conocía ya á Bonaparte; mas sus relaciones habian empezado bajo tristes auspicios. Siendo arzobispo titular de Ferrara, viendo que los franceses evacuaban la ciudad, despues del armisticio de Bolonia, y recordando que hacía mucho tiempo deseaban los austriacos poner guarnicion en la ciudadela, habia mandado que la ocupasen las tropas del Papa. Bonaparte que cuando no te-

nía guarnicion en Ferrara, no quería ver en ella otros soldados, se indignó sobre manera, y mandó presentarse al Cardenal en su cuartel jeneral de Brescia. A la primera entrevista le habia dicho el guerrero.—“¿Sabeis, Señor Cardenal, que podria mandaros fusilar ahora mismo?—Dueño de hacerlo sois, contesto el Cardenal. Solo un cuarto de hora pido para prepararme.—No se trata de eso, respondió Bonaparte. ¡Como os animais! ¿Por qué habeis mandado ocupar mi ciudadela? En la corte de vuestra eminencia desagradan mis disposiciones; pero desengañaos: que traten conmigo; yo soy el mejor amigo de Roma.”

Mostróse en seguida lleno de benevolencia por el Cardenal; mas no obstante, en la nueva posicion en qué este se hallaba, la vista de Bonaparte le inspiraba fuerte emocion, y su eminencia hacia partícipes de su temor á sus cólegas.

Aun no se tomaba determinacion alguna, cuando el Cardenal Mattei fué á visitar á Mr. Cault al pequeño apartamento en qué vivia en la posada de Tolentino, al lado del que ocupaba el jeneral con su estado mayor. La mision romana, aun cuando hubiese podido hallar mejor alojamiento, quiso tambien establecerse en la misma fonda, atestada de plantones, centinelas, ordenanzas y militares de todas armas y grados. El Car-

denal Mattei pidió secretamente una gracia á Mr. Cacault, que le respondió afectuosamente ofreciéndose á complacerle en todo aquello que no contradijese sus deberes. — “Pues bien preguntó el Cardenal, qué suerte nos está reservada?” — Mr. Cacault le aseguró que no lo sabia y que el jeneral no le habia hecho ninguna confianza sobre ese asunto. — “Pues entonces, replicó el Cardenal, cuando sepais *alguna cosa que podais decirnos*, sea la hora que sea, venid á nuestro cuarto, no hay dos varas de distancia, y comunicadnos el modo de nuestra condenacion.” — Asi lo prometo, contestó Mr. Cacault, sin añadir ninguna otra palabra.

En medio de una oscurisima noche, habiendo Bonaparte recibido correos que le advertian, segun parece, de un movimiento retrógrado de los austriacos, mandó á decir á su cólega que deseaba hablarle, y le confió verbalmente las duras condiciones de un tratado. Al volverse Mr. Cacault, quiso ser fiel á su promesa, y llamó á la puerta del cuarto en que reposaban el Cardenal Mattei y el Duque Braschi, á quienes tuvo que despertar un tanto bruscamente, para decirles que ya tenia órden de redactar un tratado. El Duque de Braschi, de mal humor, incómodo porque se le despertaba, habló de modo poco conveniente á Mr. Cacault, que admirado de tal recibimiento

le replicó que si habia venido á su cuarto era por demanda espresa y reiterada de su eminencia, y solo porque se lo habian suplicado en los términos mas sumisos. Al oir esta esplicacion casi redoblaron las injurias; y Mr. Cacaault, ofendido de semejante ingratitude, dijo á los ministros de Su Santidad que tal vez faltaba á sus deberes, comunicandoles los negocios de la mision francesa; que en otra parte se disculparia con los enviados de Roma; que iba á redactar un tratado, á llevarselo al jeneral, y este se lo comunicaría á los interesados. A estas palabras el Cardenal Mattei sintiendo cuan peligrosa era una conducta que comprometería los negocios, quiso detener á Mr. Cacaault que hacia las mas vivas instancias para retirarse. Demasiado débil el Cardenal para vencer en semejante lucha se precipitó á los pies de Mr. Cacaault, le abrazó las rodillas con señales del mas sincero arrepentimiento, y logró impedir su salida. Conmovido el buen ministro por semejante accion, levantó con pena á su eminencia, se sentó un instante, comunicó las mas importantes notas, dió algunos consejos, y prometió diferir por tres horas, si podia, la redaccion de la fatal minuta. Antes de redactar, en forma de convencion, los artículos definitivos, Mr. Cacaault fué á ver al jeneral que jamas dormia y le dijo: “Veo por es-

tas notas que no tengo poderes para firmar.”—
 “Soy yo quien tiene todos los poderes, replicó Bonaparte, continuad vuestro trabajo.” Llamóse, pues, á los plenipotenciarios romanos, que presentaron sus poderes, no pidieron los de la mision francesa, y firmaron con ellos en la mañana del 19 de febrero de 1797 el tratado que sigue:

El jeneral Bonaparte comandante en jefe del ejército de Italia, y el ciudadano Cacault, ajente de la república francesa en Italia, plenipotenciarios y autorizados por el Directorio ejecutivo:

Su eminencia el Cardenal Mattei, monseñor Luis Caleppi, el duque Braschi, el marques Massimo, plenipotenciarios de su Santidad, se han convenido en lo que sigue:

ARTICULO. 1.º Habrá paz, amistad y buena intelijencia entre la república francesa y el Papa Pio VI.

ART. 2.º El Papa revoca toda adhesion, consentimiento ú asenso por escrito ú secreto dada por él contra la república francesa; todo tratado de alianza ofensiva ó defensiva con cualquier estado sea el que sea. El Papa se compromete á no proporcionar ni para la actual guerra ni para las futuras, á ninguna de las potencias armadas contra la república francesa, socorro de hombres, buques, armas, municiones de guerra, víveres ó dinero bajo pretesto alguno, ni bajo ninguna denominacion.

ART. 3.º Su Santidad licenciara en el término de cinco dias, despues de la ratificacion del presente tratado, las tropas de nueva formacion, conservando solo los rejimientos que existían antes del tratado de armisticio firmado en Bolonia.

ART. 4.º Los buques de guerra ó corsarios de las potencias armadas contra la república, no podrán entrar, ni mucho.

menos permanecer, durante la presente guerra en los puertos y radas del estado eclesiástico.

ART. 5.º La república francesa continuará gozando, como antes de la guerra, de todos los derechos y prerogativas que la Francia disfrutaba en Roma, y se tratará en todo como á las potencias mas consideradas, y especialmente con respecto á su embajador y ministro, cónsules y vice cónsules.

ART. 6.º El Papa renuncia pura y simplemente á todos los derechos que podría tener sobre la ciudad y territorio de Aviñon, el condado Venesino y sus dependencias; y trasporta, cede y abandona los espresados derechos á la república francesa.

ART. 7.º El Papa renuncia asi mismo, y á perpetuidad, cede y trasporta á la república francesa todos sus derechos sobre los territorios conocidos bajo los nombres de Legaciones de Bolonia, de Ferrara y de Romanía; en cuyas legaciones se respetará la relijion católica.

ART. 8.º La ciudad, ciudadela y villas que forman el territorio de la ciudad de Ancona quedarán en poder de la república francesa hasta la paz continental.

ART. 9.º El Papa se obliga por sí y por sus sucesores á no transferir á nadie el título de Señorío perteneciente á los territorios que cede á la república francesa.

ART. 10. Su Santidad se compromete á hacer pagar y entregar en Foliño, antes del 15 del mes ventoso corriente (5 de marzo 1797) quince millones de libras tornesas de Francia, diez de los cuales serán en numerario, y los otros cinco en diamantes y efectos preciosos, ademas de los diez y seis millones que sobre poco mas ó menos debe todavía segun el artículo 9.º del armisticio firmado en Bolonia el 5 mesidor año IV, ratificado por su Santidad el 28 junio 1796.

ART. 11. Para satisfacer definitivamente lo que reste por pagar para la entera ejecucion del armisticio firmado en Bolonia, hará suministrar Su Santidad al ejército ochocientos caba-

llos de caballería con sus correspondientes monturas; ochocientos caballos de tiro; bueyes, búfalos y otros objetos producidos en el territorio de la iglesia.

ART. 12. Además de las sumas enunciadas en los dos artículos precedentes, pagará el Papa á la república francesa, en numerario, diamantes ú otros valores, la suma de quince millones de libras tornesas de Francia; de los cuales seis quedarán satisfechos en todo el mes de marzo, y cinco durante el próximo abril.

ART. 13. El artículo 8.º del tratado de armisticio firmado en Bolonia, relativo á manuscritos y objetos de artes, tendrá lo mas pronto posible entera ejecucion.

ART. 14. El ejército frances evacuará la Ombría, Perugia, y Camerino, tan pronto como se haya ejecutado y cumplido el artículo 10 del presente tratado.

ART. 15. El ejército frances evacuará la provincia de Macerata, escepto Ancona, Fano, y su territorio, tan pronto como los cinco primeros millones de la suma mencionada en el artículo 12 del presente tratado se hayan pagado y satisfecho.

ART. 16. El ejército frances evacuará los territorios de la ciudad de Fano y del ducado de Urbino, tan pronto como los segundos cinco millones de la suma mencionada en el artículo 12 del presente tratado se hayan entregado y satisfecho; y que los artículos 3, 10, 11 y 13 del mismo se hayan ejecutado: los últimos cinco millones que forman la suma estipulada en el artículo 12 se pagarán á mas tardar durante el próximo mes de abril.

ART. 17. La república francesa cede al Papa todos sus derechos sobre las diferentes fundaciones religiosas francesas en las ciudades de Roma y de Loreto, y el Papa cede en toda propiedad á la república francesa todos los bienes alodiales pertenecientes á la santa Sede en las provincias de Ferrara, Bolonia y Romanía, y con especialidad las tierras de la *Mesola* y sus

dependencias. El Papa se reserva, no obstante, en caso de venta, el tercio de las sumas que produzca, el cual deberá entregarse á su apoderado.

ART. 18. Su Santidad mandará negar por uno de sus ministros en Paris, toda participacion en el asesinato cometido en la persona del secretario de legacion Basseville. Se pagará por su Santidad, y por su Santidad se pondrá á disposicion del gobierno frances, la suma de trescientas mil libras para repartirlas entre aquellos que han padecido á causa de este atentado.

ART. 19. Su Santidad mandará poner en libertad todas las personas que puedan hallarse detenidas á causa de sus opiniones políticas.

ART. 20. El jeneral en jefe permitirá retirarse á sus casas á todos los prisioneros de guerra de las tropas de su Santidad, así que haya recibido la ratificacion del presente tratado.

ART. 21. Mientras se concluye un tratado de comercio entre la república francesa y el Papa, el comercio de la república será restablecido y mantenido en los estados de su Santidad, bajo las bases que rijan para las naciones mas favorecidas.

ART. 22. Conforme al artículo 6.º del tratado concluido en la Haya el 27 floreal año III, (16 mayo 1795) la paz concluida por el presente tratado entre la república francesa y su Santidad, se declara comun á la república Bátava.

ART. 23. El correo de Francia se restablecerá en Roma como estaba antes.

ART. 24. La escuela de artes instituida en Roma por los franceses, se restablecerá y continuará del modo que se hallaba antes de la guerra; el palacio perteneciente á la república adonde estaba la escuela, se devolverá en su primitivo estado.

ART. 25. Todos los artículos cláusulas y condiciones del presente tratado, sin escepcion, son obligatorios á perpetuidad tanto para su Santidad como para sus sucesores.

ART. 26. El presente tratado se ratificará con la menor demora posible.

Hecho y firmado en el cuartel jeneral de Tolentino, por los dichos plenipotenciarios, el 1.º ventoso, año V de la república francesa una é indivisible. (19 febrero 1797)

Firmado. BONAPARTE,—CACAULT,—EL CARDENAL MATTEI,—LUIS CALEPPI,—EL DUQUE BRASCHI ONETI,—EL MARQUES CAMILO MASSIMO.

Así que se firmó el tratado escribió Bonaparte al Directorio de este modo :

Bonaparte, jeneral en gefe al Directorio ejecutivo. Cuartel jeneral de Tolentino primero ventoso año V.

Os incluyo ciudadanos directores el tratado de paz que acaba de celebrarse entre la república francesa y el Papa. Yo lo he firmado conjuntamente con Cacault, porque *no teniendo este último plenos poderes en regla, fue forzoso suplirlos.*

Mi ayudante de campo Marmont pasa á Roma; este me traerá la ratificación del Papa que yo os trasmitiré sin detención.

Mis razones para concluir este tratado son 1.º Que vale mas poseer tres provincias, las mejores del estado eclesiástico, *dadas por el Papa*, que tomarle todos sus estados para haber de abandonar la mitad al tiempo de celebrar la paz general cuando tendremos que arreglar tantas cláusulas. 2.º Porque el rey de Nápoles parecia decidido á intervenir en la negociacion. 3.º Porque treinta millones valen para nosotros mas que diez veces toda su Roma, de donde no hubieramos sacado cinco, pues que sus riquezas las han empaquetado y enviado á Terracina. 4.º Porque esto puede conducir á la paz jeneral.

He cedido un tercio de los bienes alodiales de la Mesola, y de Comacchio, que valen cinco millones, á fin de dar

confianza á los compradores y poderlos vender. Mi opinion es, que Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, y Romanía, y de treinta millones que le quitamos no puede existir mas; y la antigua máquina se derruirá por sí misma.

“*No he hablado de relijion* porque es evidente que por medio de la persuasion y de la esperanza haran estos hombres cosas que podran ser útiles á nuestra tranquilidad interior. Si quereis dar bases, trabajaré sobre ellas, y haré á la corte de Roma hacer lo que creais necesario.

Clarke que acaba de partir se dirige á Turin para ejecutar vuestras órdenes.

La república ha logrado adquirir los mas hermosos paises de Italia; Ferrara, Bolonia y Romanía. Es posible, no obstante, que no haya tomado el mejor partido; pero no se me acusará de sacrificar á mi gloria el interes de la patria.

Os envio 1.º Copia de la carta que me ha dirigido el santo Padre; 2.º de mi respuesta; 3.º de la nota que me remitió el agente de Nápoles M. Pignatelli; 4.º de mi contestacion. Como no tardaré en recibir la ratificacion del Papa, solo incluyo hoy copia del tratado de paz.

Salud &c.

Firmado BONAPARTE.

En el siguiente mes de marzo, escribió el Santo Padre á Bonaparte pidiéndole algunas esplicaciones acerca del tratado; Bonaparte respondió en estos términos:

Cuartel jeneral de Goritza, 5 jerminal año V (25 marzo 1797.)

Santísimo Padre:

El Señor Marques Máximo me ha remitido la carta que vuestra Santidad se ha dignado escribirme. En todo lo que de mí dependia, he satisfecho al Marqués Máximo; en cuanto al artículo del gobierno civil de Ancona, como el Di-

rectorio ejecutivo acaba de aprobar el tratado de paz de Tolentino, no está en mis facultades modificarlo de modo alguno; mas conociendo que desea el Directorio ejecutivo hacer alguna cosa agradable á vuestra Santidad, me persuado que tomará en grande consideracion su deseo.

Suplico à Vuestra Santidad reciba mis atentas gracias por su favorecida carta, asi como por la acogida que se ha dignado dar á los oficiales del ejército que pasaron á Roma á presentarle mis homenajes, teniendo á bien no dudar de los sentimientos de estimacion y de veneracion con que soy de vuestra Santidad.

Humildísimo y muy obediente servidor

Firmado BONAPARTE.

Habiéndose ratificado el convenio por ambas partes, fué nombrado embajador del Directorio ejecutivo en Roma, José Bonaparte, hermano del jeneral. Algunas personas que acompañaron al nuevo diplomático, ó por órden, ó por imprudencia, observaban en la ciudad la conducta mas irritante. José no habia sido jamas de mal caracter, y se le apreciaba por su dulzura y por su jenerosidad; pero las ecsijencias políticas de sus consejeros carecian de toda razon. Reunianse comunmente en casa del embajador en el palacio Corsini, muchos romanos descontentos, y con particularidad aquellos que se hallaban libres en virtud del art. 19 del tratado de Tolentino. Declaraban los mal contentos que querian derrocar el gobierno de su pais; y tan poco se respetaban las

máximas del derecho de jentes, que nadie pensaba en recordar sus deberes á una embajada que los infringia diariamente. Los agitadores enviados por el Directorio aumentaban las turbulencias, y amenazaban de acusar al embajador si permanecía en el estado de calma y de justicia que le era propio.

Mr. Cacault, nombrado ministro de Florencia, habia dado, respecto á este particular, sabios consejos que no escuchaba nadie. En su residencia de Toscana, consolaba con la eficacia posible la política comprometida del gran duque que no habia podido salvar el bien de sus aliados, pero al menos se habia ecsimido de pagar intolerables contribuciones. Los revolucionarios toscanos no encontrando apoyo en el ministerio de Francia se mantenian tranquilos; no obstante, escitaban á las revueltas contra el lejítimo gobierno á sus amigos y vecinos.

Era secretario de estado en Roma el cardenal José Doria, gran señor, que antes de la revolucion habia sido nuncio de Francia. Dijo un dia. —“*Tutti i Mazzarini non sono morti;*” pero habia causado risa semejante pretension. Le llamaban *el breve del Papa* porque era muy pequeño. De vuelta de Roma despues de su nunciatura, habia recibido el capelo en 1785. No parecia do-

tado de gran firmeza de carácter; no obstante, como fuese cortés, afectuoso, atento, lleno de probidad, poco inclinado á sostener despreciables etiquetas, aunque de nobilísima alcurnia, le amaba el gobierno, tal vez lo creía capaz de desempeñar su cargo y por eso lo conservaba. Otra causa importante disponia, ademas, los espíritus en su favor: su hermano el principe Doria', era uno de los sugetos que mas eficazmente habian ayudado al Papa á satisfacer parte de las contribuciones ya pagadas.

Sucedió un dia que dejó José Bonaparte acudir grande número de descontentos á sus viviendas, y al patio de su palacio. No se hablaba mas que de revolucion.—“Mañana se cambiará,, el gobierno; no queremos mas Papas; volvamos,, á la república romana, y ella nos dará la virtud,, de los Escipiones y de los Gracos.” — ¡Qué ignorancia, y que charlatanismo! Asustado el gobierno pontificio mandó tomar algunas precauciones.

Monsiñor Gonsalvi, jefe á la sazón, de la congregacion *Sul' armi*, especie de intendente de guerra, mandó salir patrullas por los barrios mas poblados de la ciudad, Un juez criminal, M. Barberi, recibió tambien orden de velar por la tranquilidad pública en la parte que le incumbia:

Como hora y media antes de ponerse el sol, una multitud de jente armada y que llevaba escarapela tricolor, empezó á perseguir á la patrulla de ronda de Puente-Sisto, compuesta de seis hombres, con su jefe, llamado Machiola, el cual advertido de que habia el plan de desarmarlo, y no pudiéndose defender con tan escasa fuerza, se retiró á su cuartel en medio de los silvidos é insultos del populacho que le seguia. Los oficiales de la compañía oyendo los gritos, mandaron formar toda su tropa detras de las palizadas; cuando se presentó una falanje de pueblo, armada con armas blancas, y disparando á los soldados algunos tiros. Venian al frente de los amotinados dos franceses vestidos de azul, sable desnudo y gritando—*¡Igualdad! ¡Libertad!* y otro frances con una bandera tricolor.

Con la repeticion de los tiros, y la llegada de una patrulla de cuatro dragones y algunos paisanos que desde fuera pedian auxilio, no pudieron contenerse los soldados, salieron en apoyo de la patrulla, con la que se dirijieron hácia la iglesia de santa Dorotea, con intento de ahuyentar la multitud armada del punto que ocupaba en fuerza. Formalizóse la pelea en la puerta *Settimiana*, cuyo puesto fué confiado á la guardia del cabo de escuadra Marinelli. Volvió la muchedumbre á car-

gar á la tropa, y venian á su cabeza los dos franceses con la espada desnuda distribuyendo escarapelas tricolor. Uno de ellos esclamaba dirijiéndose á las tropas del Papa—”*¡ánimo! viva la libertad. Yo soy vuestro jeneral.*”—La tropa recibió á los amotinados con los fusiles en puntería, y gritando á los dos franceses.—”*No acercad.*”—Mas estos no se contuvieron, y se precipitaron sobre los soldados gritando siempre —”*Viva la libertad. Soy vuestro gefe.*”—Ya á punto de verse envuelta la tropa, y casi tocando el sable de uno de los dos franceses al pecho del cabo Marinelli, mandó aquel hacer fuego; cayeron varios, y entre ellos el frances que amenazaba la vida del cabo. Cesó entonces el tumulto, y se retiraron los agresores; pero habiendo vuelto á poco la guardia, se vió otra vez en la necesidad de defenderse. La firmeza de la tropa, y la ecsaltacion de los amotinados ocasionaron algunas mas desgracias en otros puntos de la ciudad.

El frances muerto por Marinelli era el jeneral Duphot, á quien recibió en los brazos un paisano suyo, ayudándole á trasportar al palacio Corsini. Acababa de llegar á Roma el jeneral Duphot, decíase que para casarse con una de las hermanas de José Bonaparte, la misma que despues de estar unida con el jeneral Leclerc, muerto de la epide-

mia en Santo Domingo , fué princesa Borghe-se. Asi pereció este gefe en una asonada que suscitó él mismo contra la autoridad reconocida.

¿ Y qué hizo entonces el gobierno pontificio? El cardenal José Doria , de quien debia esperarse dignidad y firmeza, en vez de declarar la sorpresa que causaba al Santo Padre que sus súbditos se reunieran amotinados en casa de un embajador á quien nadie queria faltar en cosa alguna; en vez de manifestar lo sensible que le era á Su Santidad saber que de esta violacion del derecho de jentes habia resultado la deplorable muerte de un jeneral frances, el tímido cardenal acudió al palacio, se desahogó en disculpas y humildes proposiciones; aceptó las desventajas todas de la situacion de su gobierno y no dijo una sola palabra de los atentados que habían dado margen á aquella desgracia. Otro lenguaje debía usar el ministro de un soberano que no era el agresor, despues de tomar vigorosas medidas para conservar la capital en órden y cuando Marinelli solo habia muerto á Duphot en defensa propia. Pero es mas admirable que José Bonaparte y sus jentes no quisiesen admitir las disculpas del cardenal y pidieran sus pasaportes. El embajador llegó á Florencia, cerca de Mr. Cacault que con frecuencia le había indicado el peligro de reunir cerca de sí jentes que solo deseaban una ocasion de escándalo.

CAPITULO TERCERO.

EL JENERAL BERTHIER MARCHA SOBRE ROMA.—EL DIRECTORIO MOVIÓ LA CONSPIRACION TRAMADA CONTRA EL PAPA.—PROCLAMACION DE LA REPÚBLICA ROMANA.—PIO VI SACADO DE ROMA, CONDUCTIDO A SIENA, Y POR ULTIMO A LA CARTUJA DE FLORENCIA.

En medio de estos desastres y de las recriminaciones del Directorio, se abstuvo el jeneral Bonaparte de marchar á la cabeza de su ejército: el jeneral Berthier recibió orden de salir con una division hácia Roma para apoderarse de la ciudad. Tan pronto se preparó la venganza porque los revolucionarios franceses habian tocado todos los resortes para hacerla necesaria. Las primeras instrucciones de Berthier respecto á la ocupacion de Roma, decian que espidiese una letra de crédito de 108.000 libras á Nápoles, al jeneral Bernadote. Las palabras de este ministro guerrero, debian ser puras amenazas, si Mr. Acton se mezclaba en los asuntos de Roma. En

cuanto á Berthier se le marcaba su conducta en estos términos :

“Un horrible é incomprensible suceso acaba de pasar en Roma ; pero estamos tranquilos por ser vos quien tiene el encargo de vengar este atentado. *Francia y prudencia todo lo consiguen.*

Al mismo tiempo llegaron otras órdenes.

“El Directorio ejecutivo , ha visto , ciudadano jeneral, con la mas viva indignacion, la conducta de la corte de Roma con el embajador de la república francesa. Los asesinos del bravo general Duphot no quedarán impunes ; la intencion del Directorio es que marcheis inmediatamente á Roma con el mayor secreto.”

Luego hay órdenes para la marcha y minuciosos pormenores militares.

—“Encontrareis en Ancona mas de treinta mil hombres. La celeridad del movimiento es de la mayor importancia, y lo único que puede asegurar su buen écsito. Asi que haya suficiente fuerza en Ancona la pondreis en marcha. No publicareis vuestro manifiesto contra el Papa hasta que hayan llegado las tropas á Macerata. En él direis en pocas palabras , que el único motivo que os hace marchar á Roma, es la obligacion de castigar los asesinos del general Duphot y los que han osado desconocer el respeto que á la embajada francesa se debe.

“No dejará el rey de Nápoles de enviaros uno de sus ministros ; á quien direis que el Directorio ejecutivo no tiene mira alguna ambiciosa ; y que si la república francesa fué hartojenerosa una vez para detener sus fuerzas en Tolentino, cuando tantas quejas tenia contra el Papa , no considerais imposible que si el Papa dá una satisfaccion capaz de contentar al gobierno , pueda arreglarse todo este negocio.

“Mientras así habéis, seguid á marchas dobles vuestra ruta. Consiste aquí el arte en ganar algunas leguas de terreno; de modo que cuando el rey de Nápoles entrevea que pensáis llegar á Roma, no tenga ya tiempo para anticiparse. Cuando lleguéis á dos jornadas de Roma, amenazareis al Papa y á todos los miembros del gobierno que se han hecho culpables del mayor de los crímenes, á fin de aterrarlos y hacerlos huir.

Cuidareis de mandar arrestar á todos los cabezas que dirigieron los asesinatos cometidos el ocho nivoso, especialmente al cardenal Albani y á su familia, os apoderareis de sus papeles, y *secuestrareis sus bienes.*”

Mandan tambien las instrucciones perseguir al ejército napolitano si hay para ello sobradas fuerzas, y sino esperar.

Igualmente mandó el Directorio recojer en Génova y depositar en la caja del ejército los diamantes que habia dado el Papa en prenda á la república francesa y que se hallaban ya devueltos y en aquella ciudad. Mr. Taypoult recibió orden para apoderarse de ellos por cualquier medio sin escluir el de la fuerza.

Habíase juntado un congreso en Rastadt, y se determinó comunicarle que las tropas francesas iban á Roma sin otro objeto que el de vengar los atentados recientemente cometidos contra la república; que no era el ánimo de ésta, conservar á Roma ni para sí ni para la república Cisalpina; (1)

(1) La república Cisalpina fué formada por los franceses con los estados ganados por sus ejércitos á el Austria. A la caída de la república

que si el gobierno napolitano enviaba tropas al territorio eclesiástico los franceses se opondrían á esta invasion acometiendo á Nápoles por mar y tierra.

En las cartas escritas á nombre del Directorio, el motin de 28 de diciembre, se llama siempre el suceso horrible del 8 nivoso. En uno de los despachos se decía :

“ El gobierno frances está decidido á no sacar ventaja alguna de la expedicion de sus tropas á Roma; únicamente desea la reparacion solemne, y por cierto bastante lejítima, del horroroso atentado cometido por la segunda vez contra la nacion francesa. ”

El primer atentado indica probablemente el que se perpetró contra Basseville; pero él mismo ¿no se hizo criminal de un atentado, queriendo suscitar una revolucion en Roma?

Hemos dado circunstanciados pormenores de los sucesos en que Basseville y Duphot perecieron, ambos por su propia culpa. Tambien nos hemos estendido respecto al tratado de Tolentino, porque durante una época de mas de veinte años, y hasta en tiempo de la restauracion, se citan aquellos sucesos y estos tratados, hablándose al caso, tal vez de mala fé ó segun datos erróneos.

francesa pasaron aquellos estados á ser el reino de Italia cuya corona ciñó Napoleon. En el dia han vuelto al dominio de la casa de Austria y forman parte del reino Lombardo.-Véneto.

Nota del traductor.

No ignoraba el Directorio, al pedir reparacion de un atentado cometido contra la dignidad de su embajada, que él mismo había sido motor directo y eficaz de una conspiracion inescusable. No ignoraba que él mismo envió á Roma á los señores Communeau y Jorri, altamente protegidos, porque se habían manifestado partidarios suyos en la jornada del 18 fructidor; ni se necesitaba, para ilustrar al Directorio, presentarle la memoria que desde Roma le dirijiera Mr. Ennio Visconti el 10 pluvioso (29 enero 1798); y en la cual, aunque por otra parte estuviese escrita con grande talento y contuviese bosquejos estadísticos llenos de sabiduría y de verdad, afirmaba que el pueblo romano era inclinado á la democracia, y que, si sus insurrecciones habían carecido de buen écsito, debia atribuirse á temor de que no se les sostuviera, y á recuerdos del *ejemplo de Venecia* que le impedían declararse por la libertad; y añade Visconti que si las tentativas del 27 y del 28 de diciembre, pesísimamente organizadas y peor dirigidas, se hubiesen hecho antes que el edicto del 28 de noviembre dado un mes antes de la insurreccion hubiese desamortizado mucho papel y disminuido la escasez de numerario, habrían logrado el apoyo de innumerables personas de todos rangos y condiciones; pero desde entonces el gobierno pontifi-

cal había mejorado la situación del país, y el pueblo esperaba que iban á cesar sus calamidades.

El gobierno pontifical se ocupaba pues del cuidado de sus estados y de mejorar la condición de sus súbditos. Las turbulencias de Roma las excitaban los agentes y emisarios del gobierno frances. Un mes antes de la muerte de Duphot escribía el Directorio á José Bonaparte. “ Dos cosas tenéis que hacer: 1.^a impedir al Rey de Napoles que ocupe á Roma: 2.^a ayudar las buenas disposiciones de los que piensan que es tiempo que acabe el reinado de los Papas; en una palabra, debeis alentar el impulso del pueblo romano hácia la libertad. ”

Entre tanto marchaba el ejército *Vengador*. Berthier escribía en la misma época que Mr. Visconti. Da cuenta á su gobierno de no haber podido despojar al estado de Venecia del secreto de una de sus fábricas segun le estaba mandado.

Este encargo dimanaba de las mismas personas que con tanto empeño habian pedido el busto de Marco Aurelio que suponían ecsistir en Pavía.

Siento deciros, escribe Berthier, que no he podido conseguir como me lo encargabais en vuestra comunicacion del 5 de nivoso apoderarme en Venecia del secreto de la fabricacion de piedras preciosas, por el próximo correo os enviaré el parte que me han dado las personas á que encargué esta operacion.

Las dificultades que esto presentaba son tanto mayores cuanto que es muy crecido el número de fábricas de la misma

especie establecidas en el territorio de Venecia, lo que sin duda disminuye la importancia de la intentada adquisicion.

Me encuentro en Ancona donde he sorprendido y arrestado á un gobernador del Papa y á doscientos soldados que habian tenido la temeridad de permanecer en Loreto. Mi vanguardia estará mañana en Macerata; el resto de las tropas sigue á una jornada de distancia. Salud y fraternidad.

AL. BERTHIER

Los mandatos imperiosos jamas hallaban dificultades. Haller, administrador de las contribuciones de Italia, avisa el 30 de enero que habia cumplido las órdenes del Directorio relativas á las 108,000 libras del jeneral Bernadote aun antes de recibirlas; y añade que la caja está en *penosa* situacion, que han transcurrido diez meses sin que el ejército haga ninguna conquista, que consume ocho millones mensuales y que se le agotan los recursos.

Ancona, declarada independiente, no había podido ver la partida del jeneral Berthier, sin aplaudir sus esperanzas de revolucionar pronto á Roma y á las vecinas provincias.

Ancona había, pues, adivinado lo que debía pensarse de los sucesos del 28 de diciembre. El historiador de esta ciudad dice terminantemente—“Mataron en Roma al frances Duphot, cuando trataba de poner en revolucion á la ciudad.”

Algunos romanos que se hallaban en Ancona,

pidieron al jeneral Berthier, que no guardaba en secreto las instrucciones que se le habían confiado, permiso para disponer una bandera con ánimo de enarbolarla en el capitolio; y eligieron ellos mismos los colores negro, blanco y rojo, que fueron en efecto los que adoptó despues la nueva república romana.

Llegó Berthier por la noche cerca del *Monte Mario*, campamento de todos los cuerpos que habían sitiado á Roma, y con especialidad el del duque Carlos de Borbon en el año de 1527 de funesta memoria. El jeneral mandó que cada soldado encendiese dos fuegos y que se dispersasen por el declive de la montaña que mira á la ciudad. En su primer despacho á Bonaparte le dice que no ha encontrado en el pais otra cosa que la consternacion mas profunda, sin el menor reflejo de espíritu de independendencia; que un solo patriota se le ha presentado ofreciéndole poner en libertad á dos mil galeotes, cuya proposicion desechó; y concluye afirmando que son inútiles las operaciones militares; que lo que se necesitaban para insurreccionar al pueblo eran *negociadores*, y que juzga superflua su presencia.

Pero los hombres á quienes Communeau y Jorri, agentes del gobierno frances debian poner en movimiento se ajitaban en la ciudad; y ya para

el 29 pluvioso (17 febrero 1798) decía Berthier al jeneral Bonaparte :

Vuestras victorias, ciudadano jeneral, han abierto al ejército frances el camino de Roma donde tenía que vengar la muerte del valiente general Duphot; el ejército frances se ha presentado y Roma es libre.

El 27 el pueblo de esta inmensa capital ha proclamado su independencia y recuperado sus derechos. Una diputacion ha venido á espresarme los deseos del pueblo y he entrado en Roma dirijiéndome al capitolio donde he reconocido á la república romana en nombre de la república francesa. Llegado á la puerta llamada del Pueblo se me han presentado diputados ofreciéndome una corona de laurel. La he aceptado en vuestro nombre diciéndoles que os pertenecía porque vuestras victorias eran las que habían preparado la libertad romana, y que os la enviaría en nombre del pueblo de esta capital. Mi hermano ciudadano jeneral va encargado de entregárosla. A vos debo la dicha de haber proclamado la libertad del pueblo romano.

Recibid las seguridades de mi eterna gratitud.

AL. BERTHIER.

Pio VI, el desgraciado soberano que tomando el camino de Nápoles hubiera podido evitar una suerte deplorable, quedó prisionero. Díjose en seguida con ignoble ironía, que puesto que gustaba de viajar, era necesario satisfacer su inclinacion. Pedía tiernamente que le dejaran morir en Roma - --“ Por todas partes morireis,” le contestó el calvinista Haller.—El Papa, cautivo al principio en sus habitaciones, se le quitaron despues las joyas, hasta el anillo pontifical, por orden del Directo-

rio, y se le mandó estar preparado para salir de Roma.

Una tempestad prolongaba todavía la noche; no obstante se le metió en un carruaje á las cuatro de la mañana del 20 de febrero, y se le condujo frente á la puerta Anjélica. Solamente se entreabrió de ella lo que bastaba para el paso del coche; mas el Pontífice encontró estramuros grupos de súbditos que animosamente le esperaban para manifestarle su amor y su veneracion.

El gobierno frances había anteriormente dicho á su jeneral.—“Hacéd vacilar la tiara en la frente del supuesto cabeza de la Iglesia universal.”—Había llegado el momento de arrancarle la triple corona. En Sena aun parecia que estuviese el príncipe de Roma demasiado prócsimo á su capital, y se le condujo á la cartuja de Florencia. Allí tuvo el consuelo de recibir los pésames y homenajes del rey Carlos Manuel de Cerdeña, y de la reina Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, espulsados de sus territorios. El dia en que estos soberanos partieron para Cagliari, la reyna Clotilde se puso de rodillas y suplicó al Papa aceptase un anillo de grande precio: el Pontífice se le puso al dedo, y prometió conservarle toda la vida si le fuese posible.

CAPITULO CUARTO.

TURBULENCIAS Y CONFUSION EN IMOLA.—EL CARDENAL
PUBLICA UNA HOMILIA.—ANALISIS DE ELLA.—CONSTI-
TUCION ROMANA.—TRANSFIERESE PIO VI A VALEN-
CIA.—SU MUERTE.

El terror se habia estendido por los estados Pontificios, invadiendo las legaciones, aunque en ellas se hubiese ya consumado una parte de la revolucion. El Cardenal Chiaramonti era uno de los súbditos de Pio VI, que con mayor conmocion miraba los sucesos de Roma, porque distinguia mejor que otros el sistema de espoliacion que iba á organizarse. Villetard habia mandado al jeneral Colli secuestrar las alhajas que quedaron en Loreto, cuyo valor subia á 800.000 francos. Sabia el Cardenal tambien que se hablaba con desprecio de la *estátua de madera*, de las *salvillas de loza*, y de un *pedazo de tela encarnada* que componian, segun Villetard, la parte mas preciosa de la Santa Capilla.

Los ciudadanos de Imola, pedían en su confusión consejos al Cardenal. En esta época publicó la Homilia que tanto se le ha criticado, con fecha del día de Navidad, por haberse antedatado diez días. Es evidente que el Cardenal Chiaramonti compuso de ella gran parte, y seguro también que se le añadieron trozos del todo inútiles, expresivos solo del miedo que dominaba á los consejeros de su Eminencia. Estos pasajes han servido posteriormente de testo para dirigir al Cardenal toda clase de acusaciones. También es digno de observación que no se habló de esta Homilia hasta la época del cónclave en 1800; y sin duda que adquirió mas importancia cuando el signatario ocupó el trono pontificio.

Si los cooperadores del Cardenal-obispo, á quien engañaba frecuentemente su modestia; si muchos pacíficos habitantes se llenaron de pánico terror, el fiel pueblo de las comarcas de Imola, recordando las escenas de Lugo, tuvo intento de renovarlas. La autoridad eclesiástica juzgó que era de su deber impedir los motines; y que cuando la misma Roma, y la cabeza de la Iglesia se veían acometidas por un enemigo á quien faltaban rivales en Italia, convenia no alimentar insurrecciones, que, inútiles para el desgraciado pontífice, atraerian sobre el país males, robos, ta-

las, incendios, todo el impío cortejo de la guerra. Dictóse, pues, en Imola la Homilia, por el miedo de los unos, contra el valor de los otros.

El motivo era razonable; pero tambien suele hacerse mal una cosa buena. De todos modos, una advertencia religiosa, que encerraba en sí pruebas de amor ardiente y sin reserva al catolicismo; principios de puntual obediencia hasta la mas completa sumision, á las órdenes del gobierno establecido, esto es, el gobierno de la república Cisalpina, reconocido hacía dos meses por el tratado de Campo Formio, que celebraron el emperador de Alemania, y la república francesa; semejante enseñanza parecia en aquel caso un pensamiento de salud. El piadoso Chiaramonti se encargó de la primer parte de la obra; sus medrosos familiares se ofrecieron á desempeñar la segunda; y faltando á la vez á la sabiduría del raciocinio, y á las lecciones históricas probaron que desconocian su propia situacion, y el carácter de los que los habian vencido. Chiaramonti tuvo por desgracia que autorizar con su firma ambas redacciones, para que unidas, formasen la Homilia publicada por el Cardenal-obispo en las fiestas de Navidad.

Los elogios carecen jeneralmente de verdad, de sentido y de influjo, cuando no los acompañan

alguna vez merecidas reprensiones que los suspendan y hagan su vuelta mas eficaz y brillante.

Hablemos, pues , con toda libertad de la Homilia del clero de Imola. La parte relativa al dogma , es en este documento afectuosa , consoladora é intrépida ; porcion que como se ha dicho pertenece al Cardenal. La parte política, desatinada, y hasta absurda, por la estrañeza y singularidad imprudente de las espresiones , pasa todos los límites , y se desvanece en los pensamientos ecsajerados, y en el charlatanismo que formaba el idioma de aquella época.

Ademas de la obligacion en que estamos de hablar circunstanciadamente de esta obra , única que de las impresas se atribuye al augusto personaje, cuya historia escribimos, ha sido forzoso hacer alguna reseña especial, para contradecir la voz de mal informados enemigos, que dicen que en ella se llamaba á los franceses *lobos devoradores*, *perros sanguinarios* &c. Nada es mas contrario á la verdad. Ni se habla de los franceses ; ni pudiera hablarse de ellos en tales términos , pues que se escribía bajo la impresion inmediata del miedo por el buen écsito que la *conjuracion* del Directorio habia logrado , y cuando se esperaban nuevos triunfos para sus armas, nuevas y mas terribles adversidades para la Santa Sede.

Pero el lector se convencerá mas fácilmente luego que por sí mismo se hiciere cargo de esta publicacion memorable , de la que mucho se habla sin conocerla lo bastante.

He aquí el principio de la Homilia.

„ La Voz eterna , omnipotente en sí misma , desplegó manifestamente su virtud en los tiempos , y al momento se produjeron las cosas creadas. Espacióse terrible sobre las orgullosas ondas que inundaban la tierra , y las redujo de nuevo á encerrarse en los confines que habian traspasado. En el Sinaí , entre los relámpagos y los truenos , precursores de la Majestad Divina , se hizo oír esta Voz por el conductor del pueblo de Israel , y el dedo de Dios escribió en dos tablas de piedra las leyes que enseñaron al hombre sus deberes para con la Divinidad , para consigo mismo , y para con sus semejantes ; deberes grabados desde un principio en su alma , para dirigir rectamente su conducta y sus costumbres conforme á la naturaleza humana.

„ La sabiduría Divina creyó hacer demasiado poco , por decirlo así , proveyendo al hombre de tales dones , á pesar de la ingratitud y extravio de tantas criaturas pecadoras. Preparado estaba por la Divinidad un nuevo órden de cosas ; y procedian de lo alto nuevos y mas señalados beneficios , en testimonio de la clemencia Divina para con los hombres , y para moverles á glorificar á su hacedor y á su Dios.

„ Venturoso portal de Bethlém , (la Homilia se publicó en Navidad,) tú fuiste la causa de tantas maravillas. Tú Bethlém tierra de Judá , nó ; tú no eres un rinconcillo miserable de la comarca de los hebreos , puesto que de tí procedió aquel caudillo anunciado por los patriarcas , figurado en los ritos y sacrificios ; y el cual debia empuñar el cetro del reyno de Israel. Tú

fuiste la cuna de Emmanuel, el nuncio de paz, el hombre Dios, nacido de una Vírjen , y de cuya divinidad y mision dieron testimonio los cielos y la tierra.

„ ¡ Portal venturoso ! Y tú , tierra gloriosa de Judá , motivo de mi alegría : quisiera que mis lágrimas de júbilo escitasen las de mis amados hermanos , y que el universo todo resonase en honor y alabanza tuya !

„ Empero el júbilo mio no debe ser un gozo estéril , ni debe contentarse mi voz con arrancar aplausos ó conmociones infructíferas. El hombre Dios vino al mundo para dar á los hombres los preceptos de una doctrina purísima y eterna , para instruirles , y romper las tinieblas que ofuscaban sus entendimientos. *A esta escuela* os convido yo , hermanos carísimos. La tarea ecsije que os explique yo el resúmen de estos preceptos , para que seais en esta vida el modelo del cristiano , y preparéis tesoros de merecimientos , para alcanzar la eterna bienaventuranza. ”

Vése aqui al lector de teología instruyendo á sus discípulos. Del mismo modo Sisto V , que tambien fué maestro , no pronunció en todo su pontificado una sola plática ó razonamiento , sin injerir algunos rasgos didácticos , que dejaban entrever la primitiva ocupacion del pontifice. Si se considera este trozo con respecto á su estilo , luego se reconoce en él la obra del literato profundo , que Pio VI creyó un deber el recompensar. (1)

(1) El trozo citado se ha traducido del mismo orijinal. M. Grégoire imprimió una traduccion francesa de esta Homilia: en cuya traduccion hay pasos trasladados con sumo acierto ; pero tambien hay muchos mal entendidos , y otros que se han omitido , segun el traduc-

Prosigue el autor sus esplicaciones. Enseñónos el hijo de Dios la humildad cristiana. El buen cristiano debe tomar su cruz y seguir á nuestro Señor. Necesita el hombre de apoyo sobre natural para acercarse á Dios , y debe orar con frecuencia : reconociendo, asi , la bondad inefable del soberano moderador de todas las cosas, que se abaja á escuchar los ruegos, y á aceptar los votos de sus criaturas, á amar , á su vez , al que le ama, á recompensar al que le honra : de donde dimana la obra grande del culto , y diversos actos que le componen y le hacen un sentimiento invariable en todas las naciones. La universalidad de este pensamiento , habla en favor de su certeza , del mismo modo que los extravíos de los pueblos atestiguan la inconstancia de los hombres , y la debilidad de su razon , entregada con tanta frecuencia á sí misma , y oscurecida por las pasiones.— Despues de esta definicion tan nueva del culto, esclama el autor :

„ Oh santa relijion católica , tú has impreso á tan noble asunto , imágenes que mi voz no puede trazar. Contento yo con la escelencia de que te hallas adornada , con tu inalterable estabilidad : mi único deseo será , en lo á mí posible , el de poder

tor confiesa, por los pleonásmos italianos que en ellos hormiguan. Sin considerar que suprimidos esos pretendidos pleonásmos, se alteraba el sentido de la frase. No se debe tratar de favorecer el testo de una lengua, cuando no se la conoce bien.

celebrar tus triunfos , y anunciarlos como una prueba brillante de la virtud celestial que en tí resplandece ! Aprendamos, hermanos , de tan sublime maestro , y de sus sencillos preceptos, á deponer hasta la hinchazon mas lijera de una vanidad efímera , y hacernos dignos de la grandeza y gloria sempiternas.

„ Aprendamos á conocer que nuestro ensalzamiento á los ojos de Dios se aumenta á medida que nos achicamos á nuestros propios ojos , y á los de los otros hombres. El que lleno de una ciencia engañosa , quiere aumentar desmesuradamente las fuerzas de su entendimiento , y descollar sobre los demas , llevado del frívolo deseo de dominar ; no es por cierto discípulo de la escuela de Cristo ; ni se ha penetrado de sus deberes para con Dios. Convencéos , hermanos , de cual es el primero y mas precioso sacrificio de vuestro corazon : convencéos de que renunciando á vosotros mismos , y consagrandó todo vuestro afecto á Dios, atenderá á vuestros ruegos , y os concederá la Bienaventuranza , paz y gloria inacabables.”

Pasa en seguida á la delicada pintura de los deberes políticos.

„ Empero los deberes para con Dios no son los únicos del hombre : hay ademas obligaciones *subalternas* que le unen consigo mismo. Los puros principios de la razon , su propia organizacion física , una inclinacion irresistible á desear su felicidad ; le dictan el cuidado de su conservacion , y el ocuparse de su bienestar y perfeccion. Contemple el hombre todo su ser, libre de preocupaciones engañosas , y verá como un rayo de grandeza que parezca consolarle ; aunque tambien distinguirá varias sombras de las miserias que pugnan por destruirle. Las pasiones fueron siempre el móvil de los grandes acontecimientos en la historia del hombre : como tambien fueron el origen fatal de los mas funestos resultados. ¡ Oh hombre, oh , hombre ! Cuando será que aprendas en la escuela del Redentor , los mo-

dos de conservar tu grandeza , adquirir tu verdadera *libertad*, y desenredar tus pies de las cadenas que los sujetan ! El objeto que con mas ahinco se propone el *filósofo* de J. C. consiste en ordenar sus acciones y pasiones , poner en armonía las fuerzas inferiores con las superiores , subordinar la carne al espíritu, los placeres á la honestidad: en dirigir sus facultades al centro y fin para el que las ordenó Dios..... No os atemorice, hermanos míos, una leccion que á primera vista parece severísima, y que se juzgaría destinada á destruir al hombre , y arrebatarle su libertad. No , hermanos amadísimos. ¡ Cuántas veces no comprendéis la verdadera idea de la libertad! Este nombre, que tiene su recto sentido segun la filosofía y el catolicismo , no determina aquel descoco y desenfrenada licencia , que se permiten indiférentemente lo que quieren , ya sea el bien ó el mal , lo honesto ó deshonesto. Guardémonos de interpretacion tan estraña , que destruye todo órden divino y humano , y desnaturaliza la humanidad , la razon , y cuanto glorioso atributo nos fué dispensado por el Criador. La *libertad*, cara á Dios, y á los hombres, es una facultad, y un poder de hacer, ó no hacer, que le fué dado al hombre; pero sometido siempre á las leyes divina y humana. No usa con arreglo á razon de esta facultad de libertad , el que se opone impetuoso y rebelde á la ley : no usa de ella el que contradice la voluntad de Dios, y la soberanía temporal."

El Obispo que proclamaba principios semejantes, no deseaba ciertamente complicar con conmociones en Imola, la posicion de Pio VI , casi preso , desde largo tiempo en Roma , por algunos de sus súbditos , que confiaban en el poder de la autoridad señora de toda la Italia. El autor añadia tambien estas propias palabras de San Pa-

blo. — El que resiste á la potestad , resiste á la ordenacion de Dios. (*Qui resistit potestati , Dei ordinationi resistit.* S. Pab. Ep. ad Rom. 13.º 2.)

En adelante, parece que hombres tímidos que rodeaban al Cardenal, toman la pluma de manos de su Eminencia, y continuan llenos de terror, en términos que ni aun las circunstancias hacen disculpables : porque si bien la república abarcaba ya la Lombardía y las legaciones , acompañada de sus secuestros , despojos , gritos y furor; respetaba en jeneral la vida de los ciudadanos. Proclamaba la abolicion de la nobleza; pero los franceses frecuentaban con preferencia, las casas de los nobles : despojábase á los frailes de sus bienes ; pero se les concedian y pagaban regularmente las pensiones que se les asignaron ; nunca se ofendió violentamente y de hecho al clero secular : y solo se insultó gravemente á los Obispos en tiempos de fermentacion y disturbios.

¿ Por qué , pues , llenarse de espanto ? El Santo Cardenal lo habia dicho todo : pero no parece sino que el miedo , el espanto , la pedantería , la erudicion intempestiva, querian aparecer tambien con la mitra y el báculo.

La forma de gobierno democrático, adoptada entre nosotros , no está en oposicion , amados hermanos, con las máximas que se han espuesto , ni es repugnante al Evangelio. Re-

quiere , por el contrario, todas aquellas virtudes sublimes que solo se aprenden en la escuela de Jesucristo ; y cuya religiosa práctica hará vuestra felicidad , y creará la gloria y espíritu de vuestra república..... La sola virtud perfeccionadora del hombre , y que le dirige hácia un fin supremo, el mejor de todos; la sola virtud vivificada por la luz natural , y fortificada por los preceptos del Evangelio ; sea el fundamento sólido de nuestra democrácia ! ”

Los cooperadores y aconsejadores olvidaban aquí las reglas del sentido comun. Si no se maltrataba á la relijion, mandada respetar en las legaciones por uno de los artículos del tratado de Tolentino, no se deseaba, con todo, su triunfo: las máximas del dia pedian otras victorias. Era curioso el oír predicar en esos tiempos de discordia y concupiscencia , las virtudes del catolicismo , y ponderar el desarrollo y perfeccion que acarrearía á la democrácia. ¿ Qué duracion podia tener una democrácia violentamente introducida, opuesta á los hábitos , costumbres , preocupaciones , é intereses de los italianos ? ¿ Cómo olvidaban hombres de razon y versados en la historia, que los grandes conquistadores no trabajan sino para sí, y que una porcion de combinaciones, tras tantas batallas felices , gloria de un hombre solo, iban á restaurar la doctrina monarquica , radicada aun fuertemente en Viena , y que el resto de Europa , y sobre todo la Inglaterra en aquel en-

tonces, no habia abandonado respecto á las demas naciones ?

He aquí ahora pasajes de un estilo metafísico, que no está de acuerdo con el precedente, ni con los pedazos que en adelante pueden fijamente atribuirse al Cardenal Chiaramonti.

Resplandezca la hermosa medianía en los *medios*, pero el *fin* quiere lo *muy bueno*, quiere el *bien todo* (*tutto bene.*) Con las puras virtudes morales, serémos hombres medianos; con las virtudes teológicas, teniendo por objeto al mismo Dios nos convertiremos en hombres superiores.

Usando en seguida de una pretermision, se habla de Aténas, de Esparta, de las leyes de Licurgo y de Solon, de Cartago, émula de Roma, y por fin de la república romana. A vueltas, si se quiere, del deseo de evitar una sublevacion, hay aquí un olvido bien señalado de los peligros del tiempo, y un sistema no conveniente de admiracion por los antiguos romanos: llegando á decir de ellos, que mientras que los griegos y las naciones mas civilizadas en la apariencia, enseñaban en las escuelas con la agudeza del raciocinio la filosofia moral; los romanos eran virtuosos sin tantas disputas, y practicaban la moral sin asistir á las escuelas, y sin hacer alarde del manto de los filósofos. La sencillez de su probidad despreciaba el fasto de una estudiada elocuencia, y de una lógica mas artificiosa que real.

¿No era esto preparar alabanzas á los que meditaban en Roma el restablecimiento de la república romana? Hay en seguida un trozo del *Emilio* de Rousseau, mas propio de otro lugar, en el que dice que la santidad del Evangelio habla á su corazon, y que el libro del Evangelio tiene un carácter de verdad tan grande, tan manifiesto, tan del todo inimitable, que el inventor sorprendería mas que el héroe.

La pluma manejada por manos tan imprudentes, parece que vuelve de nuevo á las del Cardenal, cuando dice.

„Y vosotros, amados cooperadores, que cuidais de porciones separadas de mi grey, y que sosteneis conmigo el peso espiritual del pueblo de Dios; unios para conservar en medio de él inmaculada la religion católica. Cuidad, ó sábios cooperadores, de que la integridad, la religion, el amor de la felicidad comun, resplandezcan en vosotros de modo, que seais para vuestras ovejas el modelo de las virtudes cristianas y morales, para que éstas se estiendan y esparzan entre los fieles encargados á vuestro cuidado. La paz del Señor, hermanos carísimos, sea siempre con vosotros.” (1)

He ahí esa manifestacion inútil de adhesion á una causa, que no podia ser la de ninguna de las personas que rodeaban al Obispo, y que era mas á propósito para avivar, que para calmar los ímpe-

(1) Es preciso predicar paz, pero una paz posible. El instinto de los pueblos sabe distinguir cuándo una autoridad prescribe lo que piensa, y cuándo el miedo es el que dicta sus acuerdos.

tus de los sublevados de Lugo, y los ataques de los enemigos de Pio VI destinado á perecer.

Despues de la prision del Papa, se habian organizado en repúblicas los fragmentos de sus estados. Despues se habia proclamado una constitucion que contenia estas mácsimas:

“Consiste la libertad en poder hacer todo aquello que no injuria los derechos ajenos. Ninguna ley criminal ni civil puede tener efecto retroactivo.”

“Los deberes de los hombres y de los ciudadanos, se derivan de dos principios grabados en todos los corazones por la naturaleza—*No hagas á otro lo que no quisieras que te hiciesen.*—*Haz á los otros el bien que tu querrias recibir.*—Ninguno es buen ciudadano si no es buen hijo, buen padre, buen hermano, buen amigo, buen esposo.”

Mas con desprecio de estas seductoras promesas, de estas sabias lecciones tomadas del cristianismo, se encarcelaba á los hombres pacíficos para obligarlos á pagar injustas contribuciones. Se escudriñaban las opiniones anteriores, y se castigaba por lo pasado; las costumbres mas puras fueron víctimas de todas las violencias.

La república se había dividido en ocho departamentos desiguales. Las provincias quedaron despedazadas y confundidos los idiomas. Como se juzgaba importantísimo el restablecimiento de las antiguas denominaciones, habia un *comicio* por cada canton; el poder legislativo se confió á un se-

nado y á un *tribunado*; y el ejecutivo á cinco *cónsules*. El sueldo de cada uno subía á veinte mil francos: aquí hubieron de olvidarse los *sestercios*. Al cónsul le acompañaban siempre dos guardias, á quienes olvidaron de llamar *lictors*. Los departamentos se administraban por *prefectos consulares*.

En materia de delitos sujetos á pena afflictiva ó infamante, á nadie se podía juzgar sin que existiese acusacion admitida por los jurados. Un jurado primitivo decidia si era admisible ó nó la acusacion. Reconocíase despues el hecho por un segundo jurado; y la pena que determinaba la ley aplicábase por los tribunales criminales. Los jurados solo votaban por escrutinio secreto; los jurados del juicio solo podían juzgar en pro ú en contra, durante las veinte y cuatro horas de su reunion por unanimidad. No tenía límites algunos la libertad de la imprenta, del comercio, de la industria y de las artes de toda especie. Nos abstene-mos de hablar de otras denominaciones de la república como los *ediles*, los *cuestores*, los *censores* &c. El pueblo remitía, en fin, el depósito de la constitucion á la fidelidad de los consejos legislativos, á los cónsules, administradores y jueces, á la vijilancia de los padres de familia, á la ternura de las esposas y de las madres, al afecto de los ciudadanos jóvenes y al valor de todos los romanos.

Pero esto era, con escasa diferencia, bajo la condicion de que ninguna de estas diversas y respetables clases del cuerpo político se mezclaría en los negocios, confiados en masa á la autoridad de los comisarios franceses que gobernaban el pais.

Habia por cierto, útiles y preciosas miras en muchas de estas disposiciones; resultado natural, pues que el gobierno, dignamente inspirado por Bonaparte, antes de su espedicion á Egipto, se había consagrado á envíar á Italia muchos hombres á todas luces dignísimos de encargarse de varias funciones. Entre los mas distinguidos de estos ciudadanos, llenos á la vez de honor y de sabiduría, se contaban los señores Monje y Berthollet. Pero ¿qué se podia pensar de una publicacion política de tamaña importancia, de una constitucion para los estados de Roma, en la cual, por órden del Directorio, ni una palabra de religion se decia? El sacerdocio habia gobernado exclusivamente aquellos paises, y era preciso reducirlo súbitamente al silencio, y que ni aun supiera hasta dónde alcanzaba el influjo que podría ejercer en las conciencias. La religion quedó como una de aquellas leyes municipales, oscuras, ya promulgadas, que se siguen cumpliendo por costumbre, y de cuya observancia apenas cuida el al-

calde. Y sin embargo se ecsijía un juramento, desterrando al que no le prestaba. Ni una sola vez se reunieron los poderosos jurados cuyas formas protectoras y animosas sentencias hubiesen podido inspirar confianza á los acusados; y ademas, al Oriente y al Norte de los nuevos departamentos, Nápoles estaba sobre las armas y el Austria ocupando á Venecia.

No obstante hubo jentes confiadas que se resistieron á dudar de la felicidad de la república Romana. ¿Ni quién pudiera destruirla despues de la alta proteccion que le habia ofrecido el Directorio? Un mensaje de esta *Pentarquía*, al consejo de los quinientos, de fecha 3 de marzo, parecia haber consumado la ruina de la autoridad pontificia. Decía el Directorio.

Se han señalado dos gobiernos de Europa por su política astuta y sanguinaria, y por su odio contra la Francia, y mas contra la Francia libre y republicana: el uno es el gabinete de S. James, y el otro la teocracia de Roma. Largo tiempo há que el primero de estos gobiernos ecsita la indignacion nuestra con sus crímenes. *Pronto recibirán su castigo*. Y sin embargo, nada son esos crímenes, comparados con los de los Obispos de Roma.... ora se mire á Clemente VI anonadando la Europa bajo el peso de su orgullo; ora á Pio VI apuntalando sus inútiles coronas en la soledad del Vaticano; se halla al primero de estos *siervos de los siervos de Dios* asesinando arrogante al emperador Luis de Baviera, como al otro asesinando vilmente á Bas-

seville y á Duphot....al valiente Duphot *designada víctima*, que cayó á sus golpes. El gobierno romano ha promovido un simulacro de revueltas. (1)

El pontífice no vivía entre tanto sujeto á tal vijilancia en la Cartuja, que no pudiese corresponder con su familia, y recibir otros consuelos del rey y de la reina de Cerdeña. Esta última, sobre todo pedía encarecidamente al Papa, fuese á Cer-

(1) Falta aquí la paciencia. Sabido es que Basseville trató de hacer una revolucion, y gravemente insultó al gobierno pontificio, colocando en los cuatro ángulos de su coche banderas tricolores. Tentativa que se probó tambien sin fruto á la puerta de la casa del embajador de Francia en Viena. Sabido es que á Duphot le hirieron en la calle, cuando gritaba á la tropa y al pueblo de Roma: "*Yo soy vuestro Jeneral*," y á la sazón que, sable en mano, se empeñó en que el cabo Marinelli depusiese el fusil con que defendia el órden público en nombre de su soberano. Pero tal vez no es fácil recordar al pronto la conducta de Clemente VI, Pedro Rogerio Manmont, contrapuesto aquí á Pio VI, respecto á Luis de Baviera. Se dijo en aquel entonces que esta cita era del director Barras, provenzal, que se preciaba de saber la historia de Aviñon, donde reinó Clemente VI. Pero no es cierto que este pontífice asesinasen arrogante al emperador Luis de Baviera. Estando este emperador en Roma, mandó leer una sentencia por la que condenaba á Juan 21, ° predecesor de Clemente VI, á ser quemado vivo. El sucesor creyó debia descomulgar á semejante enemigo de la santa Sede. Luego á petición de muchos señores alemanes, el mismo Clemente VI protejió los proyectos de Carlos de Luxemburgo, margrave de Moravia, elegido emperador en lugar de Luis de Baviera, que murió de una caída de caballo, acometiendo un oso, á 11 de octubre de 1347. Clemente VI era de firme carácter, pero nunca se mostró cruel. En cuanto á su arrogancia, es cierto que se dejó decir un dia, que varios predecesores suyos, no supieron ser papas: y mejor le hubiera estado el ser mas modesto. ¿ Pero mostrábase acaso humilde Luis de Baviera, que fué el primero que puso dos águilas en el sello imperial, y dió lugar á la invencion de la águila de dos cabezas?

deña, donde por lo menos gozaría de plena libertad. Abandonóse empero este proyecto, como veremos por la carta que dirigió el augusto cautivo á su sobrino el cardenal Braschi. Esta fué quizá la última en que Pio VI pudo escribir todo su pensamiento, y tiene de notable, la fecha del vijésimo quinto año de su pontificado. Y con efecto fué elegido Papa en 15 de febrero de 1775 y el vijésimo quinto aniversario de su eleccion, se cumplió el 15 de febrero de 1799. (1) Tambien se observa en ella que pide por el bien de los ingleses, pues que estos deseaban contribuir á su rescate.

“ Mi querido sobrino:

“ Nadie duda ya de la toma de Corfú; ahora veremos si los ingleses van á librar á Malta como han dicho. Hace tres días que por orden del Directorio debía yo ser conducido á Cagliari; pero el embajador frances se ha opuesto, y no ha querido que partiese, diciendo que el rey de Piamonte estaba en Cagliari, adonde yo no debía ir. El abad Tosi ha venido aquí de Sicilia, y precisamente de Palermo, no se sabe para qué. Ya hace cuatro dias que está en Florencia pero todavia no le he visto. He sabido con placer que el noble Pesaro se honra de purgar vuestra ciudad de jacobinos; pero por mas que pienso, y repienso, no me acuerdo de que su hermano haya estado de embajador en Roma. El marques Manfredini, primer ministro del gran Duque, ha estado en Mantua para impedir la ejecucion de una

(1) Al mismo tiempo que Berthier subia al capitolio, el sacro Colejio, reunido en la capilla Sixtina, asistía tranquilo á la ceremonia de aniversario por la creacion del Pontífice. Regularidad heróica, que retrata muy bien la corte de Roma.

órden del Directorio que nos enviaba á Cerdeña. Veremos, si como parece probable, logra lo que desea. Gracias á Dios que hace algunos dias que estamos de salud mejor que ántes; aunque la debilidad de las rodillas nos atormenta todavía, pues no podemos andar sin apoyo. Os enviamos de todo corazon la bendicion apostólica. Dado en la cartuja de san Casciano, cerca de Florencia, el 22 de marzo del año de 1799, el vijesimo quinto de nuestro pontificado.

“PIUS P. P. VI.” (1)

El Directorio temía que se encendiese de nuevo la guerra, y dió órden para conducir á Pio VI á Francia. Por todas partes recibió de la nacion testimonios de respeto. En Grenoble las damas de la ciudad se disfrazaron en trajes de criadas para poderse acercar á él y pedirle su bendicion. Los mismos protestantes manifestaron públicamente la admiracion que les causaba su valor.

De Grenoble fué conducido á Valencia en el delinado, en donde dichosamente no se le rehusó la sociedad del arzobispo de Corinto Monsiñor Spina. Allí sucumbió á sus dolores este desgraciado pontífice el 29 de agosto de 1799, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias, despues de gobernar la santa Sede veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias, reinado que sobrepuja en duracion al de todos sus predecesores desde san Pedro. El abad Tosi refiere cuán valerosa y

(1) Estas palabras escritas con mano bastante segura.

cristiana fué la muerte del pontífice. Pio VI mandó antes de espirar que le quitasen del dedo el rico anillo que le fué dado por la reyna Clotilde, y que se le entregasen al sucesor que eligiera el sagrado Colejio.

CAPITULO QUINTO.

CÓNCLAVE DE VENECIA. — DEBATES DE LOS CARDENALES. — MONSIÑOR CONSALVI, SECRETARIO DEL CÓNCLAVE. — ELECCION DEL CARDENAL CHIARAMONTI, QUE TOMA EL NOMBRE DE PIO VII. — OPINION DEL CARDENAL DE BERNIS ACERCA DE LA ELECCION DE LOS PAPAS.

Bonaparte habia ido á conducir su fortuna y su gloria al Egipto, y á contemplar al pié de las pirámides los planes que meditaba para rejir la Francia. Los ejércitos del Directorio, mandados por Scherer habian sufrido algunos reveses en Italia. Los Cardenales pensaron entonces en reunirse para elejir el sucesor de Pio VI; y despues de varios proyectos, contrariedades y obstáculos de toda clase, se juntaron en Venecia en 1.º de diciembre del mismo año, en número de treinta y cinco. (1)

(1) He aquí los nombres de los cardenales:

Albani, duque de Yorck; Antonelli, Valenti Gonzaga, Carraffa Trajetto, Zelada, Calcagnini, Mattei, Archetti; Joseph Doria, Livizzani, Borgia, Caprara, Vincenti, Maury, Pignatelli; Roverella,

Cuando se halla en un cónclave algun Cardenal sobrino del Papa difunto, adquiere siempre grande influjo en la eleccion. Los Cardenales elegidos, ó simplemente tratados con benevolencia por el último pontífice, animados de un sentimiento de gratitud consultan las intenciones de este sobrino: Pio VI habia reinado cerca de veinte y cinco años, renovado casi en su totalidad el colejio de Cardenales, y concedido á los otros inmensos beneficios. El Cardenal Braschi no estaba dotado de los talentos necesarios para mostrarse jefe hábil de un partido; no obstante, grande número de Cardenales seguia sus indicaciones, y tuvo la dicha de ver entre sus partidarios á los dos únicos Cardenales que aun vivian de creacion de Benito XIV; el Cardenal Juan Francisco Albani, creado en 16 de Abril de 1747, y el Cardenal de

La Somaglia, Antonio Doria, Braschi, Carandini, Flangini, Rinucini, Onorati, Giovanetti, Gerdil, Martiniana, Hertzán de Harras, Bellisomi, Chiaramonti, Lorenzana, Busca, Dugnani, de Pratis, Fabricio Ruffo.

Habia ademas, en diversas partes de Europa, otros once Cardenales, á quienes no habian permitido venir varias circunstancias: y estos eran los Cardenales Sentmanat, Mendoza, Gallo, la Rochefoucauld, Rohan, Montmorency-Laval, Frankenberg, Migazzi, Bathyany, Ranuzzi, Zurla.

Ecsistian en rigor cuarenta y siete Cardenales, si se cuenta al Cardenal Antici, que dió en manos de Pio VI, una dimision regular, aceptada por un breve á que habian adherido treinta y siete Cardenales. No obstante, Antici se presentó en Venecia, para entrar en cónclave. Sus antiguos cólegas no quisieron, con razon, admitirle.

York, creado en 3 de Julio del mismo año. Estos dos príncipes respetables de la Iglesia, de los cuales era uno dean, y el otro subdecano del sagrado colegio, gozaban por mas de un motivo de grandísima consideracion; y ambos llevaban mas de cincuenta años de cardenalato. El primero era un noble ilustre de Roma, emparentado con la casa de Austria; el segundo, último de los Estuardos, se habia titulado en medallas y en actos de soberanía, Enrique IX rey de Inglaterra y *de Francia*.

Por otra parte, el Cardenal Antonelli, aunque primera creatura de Pio VI, y elevado á la púrpura el 24 de Abril de 1775, como se distinguiese por su moderacion y sus talentos, quiso influir en el cónclave, y se declaró jefe de un partido contrario á Braschi.

El partido de este último contaba con veinte y dos votos; pero para la eleccion se necesitaban los votos de dos terceras partes de los concurrentes, esto es veinte y cuatro. El partido de Antonelli no reunia mas que trece, y con este número, que formaba suficientemente lo que se llama una *exclusiva* impedía á Braschi, á cuyo partido faltaban dos votos, el triunfo de la eleccion. El Cardenal Chiaramonti votaba con el Cardenal Braschi.

Por espacio de mas de dos meses, el cardenal Bellisomi, natural de Pavía, creado el 14 de fe-

brero de 1785, y Obispo de Cesena, obtuvo los veinte y dos votos del partido Braschi; y el Cardenal Mattei, romano, Arzobispo de Ferrara, y signatario del tratado de Tolentino, el que á la primera vista de Bonaparte sintió tan disculpable temor, y pronunció al mismo tiempo respuesta tan digna, obtenia diariamente los trece votos del partido Antonelli.

No se creia que fuese posible la eleccion de Mattei. El duque Braschi habia contado á su hermano el Cardenal, la anécdota de las instancias hechas á Mr. Cacaault; ademas que este Eminentísimo nunca pasaba de trece votos; suficientes para impedir, mas no para lograr. Tampoco los Cardenales se inclinaban á nombrar un príncipe romano; porque las familias altamente establecidas desean, y por lo jeneral consiguen, dominar en los negocios. Ciertamente la religion no hubiera padecido bajo la guia de un hombre piadoso como el cardenal Mattei; pero con su caracter débil el favoritismo hubiera subido al trono al otro dia de tomar posesion el pontifice.

Al mismo tiempo se empezaba á considerar como improbable la eleccion de Bellisomi, porque aun cuando solo dos votos le faltaban, habian pasado otros tantos meses sin que los hubiese alcanzado. Decian algunos electores. — “Despues

de un habitante de Cesena, como Pio VI habia sido , no conviene otro cesenes, ó lo que es lo mismo, un Obispo de Cesena. Este Cardenal á causa de su título de Obispo , mantiene estrechas relaciones con su ciudad, y estará , por lo tanto , bajo la dependencia de la casa de Braschi , que será la que al fin siga reinando.”

Los partidos continuaban en presencia uno de otro constantes é inflexibles. Se pensó en el Cardenal Valenti , creado por Pio VI el 15 de abril de 1776 , pero sin resultado alguno. Cambió entonces de sistema el partido Braschi , y se dieron algunos votos al cardenal Gerdil, antiguo preceptor del rey de Cerdeña Carlos Emmanuel IV. Se propusieron inútilmente á Antonelli y á Albani; pero el nombre de este último recordaba su parentesco con el Austria por la casa de Módena. Volvieron, pues , los votos al Cardenal Gerdil.

Sus grandes talentos , su avanzada edad , sus escritos , hacian esperar que se lograra elevarlo al trono. Repartíase con profusion el libro intitulado : *La inmateralidad del alma demostrada contra Locke* , en el cual Gerdil , refutando la célebre duda de Locke, relativa á la materia pensante habia combatido victoriosamente á Locke y á Voltaire. Los enemigos de la Francia, decian, empero, que Gerdil era francés; y en efecto , habia

nacido en Samoens , pais de Saboya , sometido á la sazón á Francia. Pero nunca habia vivido en Saboya. Desde muy jóven pasó á Bolonia á estudiar teología ; y habiendo residido en Turin desde 1777 habia poco que salió de Roma, en donde ejercia las funciones de prefecto de la propaganda. En medio de un escrutinio , el dia en que se iba á votar , el cardenal Hertzán, natural de Praga , creado por Pio VI en 12 de julio de 1773 , y ministro del emperador , en lo interior del cónclave, dió la exclusion formal al Cardenal Gerdil, declarando que el emperador Francisco no aceptaba á un súbdito del rey de Cerdeña.

Cuando los cabezas de los partidos de un cónclave , gobiernan con acierto su *faccion* , (éste es el nombre que se dá en los cónclaves á los partidos) , la obediencia , la resignacion, una especie de paciencia largo tiempo consagrada al mismo objeto , apoyan las medidas y esfuerzos de estos jefes ; pero cuando transcurre mucho tiempo sin que las circunstancias conduzcan á un resultado, si la salud de los mas débiles se altera , si aparece la intemperie de las estaciones , cánsanse los espíritus de la mala estrella de un gefe , se resfria la subordinacion , aflójanse los vínculos de la amistad y de la confianza , y la estimacion se debilita. De una y de otra parte empezábase á murmurar

de unos jefes que no podian ni vencerse, ni convenirse; y como acontece con frecuencia en los momentos de lasitud y defeccion, uno de los jefes suele hallarse mas pronto que su adversario para añudar su partido y reparar los desastres. Un corto círculo de fieles y constantes, ensalzaba en derredor de Braschi el mérito de manifestarse afectos á una familia desgraciada que tanto había padecido en honra y bienes, sin que se le pudiese achacar falta alguna espiritual ni política. El Cardenal Antonelli, desertor de esta causa, escitaba menos interés. Repentinamente, los dos votos necesarios á Bellisomi se desprenden de Antonelli, y pueden así completar el número de veinte y cuatro, con los veinte y dos que ya tenia. Júntanse todos, y Antonelli parece vencido. Iba ya á consumarse la eleccion, en que se habia casi convenido que el escrutinio fuese unánime, cuando Hertzan, que pertenecia al partido de Antonelli, y que habia empleado imprudentemente su derecho de exclusion para recusar á Gerdil, dijo que hallándose el cónclave en una ciudad de los estados del emperador de Alemania, seria conveniente antes de publicar la eleccion del nuevo pontífice, comunicar á S. M. I. el nombramiento por medio de un correo extraordinario; añadiendo que no dudaba de la satisfaccion que causaria á

S. M. el nombramiento de Bellisomi, nacido en Pavía, ducado de Milan, y por lo tanto súbdito del imperio.

Conviene á saber, que lo que se llama derecho de exclusion, solo corresponde á la Francia, al Austria, y á la España. Habia en el cónclave dos Cardenales españoles, pero sin mision de su gobierno; y el Cardenal Maury, agente de Luis XVIII, no quiso hacer uso de un derecho que tal vez se le hubiera disputado.

Creian los miembros del sacro colejio, no habria que esperar mas que algunos dias. Partido el espreso, distribuíanse en los escrutinios diarios votos de urbanidad y agasajo de unos Cardenales á otros. Pero transcurrió un mes sin que se recibiese contestacion. En este intervalo se resfriaron los espíritus favorables á Bellisomi, y aun cuando el correo hubiese traído favorable respuesta, la eleccion no era ya posible. Habia perdido los dos votos amigos de la paz que quisieron terminar el cónclave, y mas de la mitad de los que antes tenia; pero el Cardenal Mattei no heredaba ninguno de los votos que se retiraban á Bellisomi. Un hombre de talento y de enerjia quiso recordar la respuesta del cardenal Mattei á la amenaza de Bonaparte. — “ ¡ Esta contestacion no es digna de los mejores tiempos de la Iglesia? ¡ Pedir un cuar-

to de hora para prepararse á la muerte ! ” — Pero el Cardenal Braschi respondió—“Es mi hermano, mi propio hermano quien le vió de rodillas abrazando las del ministro de Francia.” — Escuchábase á Braschi para esta recriminacion ; pero menos favorablemente cuando recojia votos para uno de sus partidarios. En este momento se hallaban los caudillos de las facciones mas desacreditados que nunca ; momento oportuno para que otras personas que se habian contentado con observar, empezasen á sugerir elecciones convenientes.

Monseñor Consalvi , era secretario del cónclave.

Nació este prelado en Roma á 8 de junio de 1757 , de una familia, aunque noble, poco rica, orijinaria de Toscana. Se educó en el colejo de Frascati, adonde la benevolencia del Cardenal de York, Obispo de esta ciudad , concedia apoyo y amistad honrosa , á los caballeros pobres del estado romano. Presentábanse los empleos como llovidos al educando de Frascati. Se le nombró para la institucion del *Buon Governo* (administracion municipal) é inmediatamente ascendió á uno de los tribunales superiores. Despues, lo que es extraño en Roma adonde el tribunal de la *Rota* goza de inmensa consideracion , obtuvo aunque en la flor de la edad , una de las doce plazas

de este santuario , en el cual reposan en paz las leyes mas sagradas, y se esplican valerosamente por una série no interrumpida de hombres adheridos á los santos principios del derecho público, y eminentemente convencidos de las ventajas que acarrea la independendencia del órden judicial. Por último habia sido presidente de la congregacion *Sull' armi*.

Tal era el secretario del cónclave de Venecia, que aun no habia cumplido 43 años.

He aquí como llegó á este último empleo. Este prelado , hombre de un entendimiento agudo y penetrante , al sentir los primeros ímpetus de la ambicion , echó de ver que para ser secretario del cónclave, era preciso haber sido de antemano secretario del consistorio. Este puesto le ocupaba Monseñor Negroni , muy avanzado en años.

Fué Consalvi á verle á Roma , y convencerle de que para ir á Venecia , y emprender durante el invierno tan penoso viaje , eran necesarias mas fuerzas y mas salud que las que podia tener un anciano. Asegurando efectivamente Negroni, que no estaba en estado de partir , Consalvi le propuso llenar sus veces, y consagrarse á los intereses de la corte romana. Provisto de cartas sumamente espresivas de Negroni , que le designaban como á su digno sucesor, llegó á Venecia , y fué

acojido muy bien por los Cardenales: concibió cuales eran las miras del Austria, bien ayudadas, bajo ciertos aspectos, aunque mal encubiertas, por el cardenal Herzan: observó tambien que Bellisomi, candidato de la faccion Braschi, y Mattei, candidato de la faccion Antonelli, no saldrian elejidos ni uno ni otro; al paso que el Cardenal Chiaramonti, olvidado por la faccion Braschi, á la que le unian el parentesco y la gratitud, era uno de los que merecian ser preferidos por muchas razones.

Dejó Consalvi á las facciones consumir sus fuerzas; y cuando vió que en vano se esperaba la vuelta del correo de Viena, representó á muchos Cardenales que en las desgraciadas circunstancias en que se hallaba la Santa Sede, era preciso elejir un Papa de carácter dulce, afable y moderado, cuya voz paternal tendiese á disminuir los males; que un pontífice de caracter audaz, que se creyó idoneo para entrar en guerras, habia perdido ya la mitad de la herencia de san Pedro. Ecsaminó la situacion especial de los candidatos propuestos, é hizo ver, que el Cardenal Mattei, por otra parte recomendable, pues que su familia habia tenido dos papas en los tiempos primitivos de la iglesia, era uno de los signatarios del tratado de Tolentino, por el cual se cedían tres legaciones, á la república

Cispadana; que era de temer, suponiendo que ocupase la silla pontificia, que jamás alcanzase suficiente valor para reclamarlas del Austria que las poseía por derecho de conquista; que aun cuando las reclamase, no era de olvidar que en aquella misma época se habia manifestado culpablemente pusilánime; que un pontífice jamas debe haber estado de rodillas en otro sitio que en el altar ni para otra cosa que para orar á Dios. Decia en fin que la afabilidad del Cardenal Mattei era mas bien flaqueza, añadiendo que aunque estas les eran razones sabidas hay verdades que es preciso no olvidar. En cuanto al Cardenal Gerdil, pensaba Monseñor Consalvi, que habiendo recibido la exclusion del Austria, era inútil nombrarle mas. El Cardenal Bellisomi, hijo de una república vecina á la de Francia que aunque destruida podria restablecerse parcialmente, sobre todo en Lombardía, tampoco debiera elejirse. Y comunicó, con reserva, á los mas señalados de la asamblea, que varios Cardenales protegidos por las potencias de Europa, y que de hecho gozaban de algun influjo en el cónclave; quizá no alcanzaron aquel apoyo, sino porque dichas potencias tenian la esperanza de poder dictar algun dia condiciones onerosas y de poca honra: añadiendo el mismo Consalvi que, segun su dictámen, debian reunirse todos los votos en un

miembro del sacro Colejio *independiente*, y que nadie hubiese querido estraviar de las inmensas obligaciones del pontificado, siendo sumamente útil no demorar la eleccion. La iglesia estaba en peligro, decia: y que la asamblea no se pertenecia á si misma: que compuesta de varones prudentes é instruidos por la desgracia, debia echar de ver la necesidad que habia de concordia entre los diversos partidos, mucho mas, averiguada su impotencia: que era preciso resolverse á oir y pesar mil consideraciones desagradables: que desde que Pio VI fué sacado de Roma, se habian sucedido en aquella ciudad, diversos y muchos gobiernos: que si en ella habian causado los extranjeros algun mal; tambien su estada habia producido algo de bueno, y mejoras de que no cuidó el gobierno anterior: que quizá se principiaba en Roma, á no conservar con tanta relijiosidad el respeto debido á la autoridad espiritual: que era indispensable el nombrar pronto una cabeza. El prelado, ademas, no perdonó particularidad alguna. Recordó la frialdad con que M. Thugut, primer ministro del emperador de Alemania, trataba á los Cardenales en Venecia; sin corresponder á la urbanidad y consideraciones que se le prodigaban: la negativa del gabinete de Madrid, respecto á los socorros pecuniarios, pedidos en vano á su jenerosidad y

largueza: las medidas tomadas en Roma por el caballero Acton, que rehusaba quitar la guarnicion que ocupaba la ciudad: los amigos mal seguros, ó aliados indignos, que ofrecian al estado eclesiástico aquellas potencias con cuyo apoyo se contaba. Notaba el secretario lo conveniente que era buscar una nueva fuerza, en aquellos recursos que nunca faltan á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles. Despues de apuntar que ningun principe habia hecho esfuerzos franca y directamente en favor de Luis XVIII á quien Roma hubiera con tanto gusto servido; llegó el prelado hasta indicar, que la Francia, de antemano oprimida con disturbios, habia ya hallado á Bonaparte primer consul: que se habia dejado decir un dia este hombre misterioso: “Traten conmigo, que desapruebo la violencia y soy el mejor amigo de Roma:”—que no eran otra cosa estas palabras, sino una disposicion de su ánimo, una inclinacion irresistible, que á pesar del mismo que las proferia se habian abierto el camino en medio de las espinosas y dificiles circunstancias en que las pronunciaba. Dijo el secretario ademas, que pacificada ya la Francia, deseaba quizá reconciliarse con la santa Sede: mostrándose reservada la gloria de esta reconciliacion al siempre vencedor Bonaparte, quien probablemente reconquistaría en breve la

Italia, quedando así dueño de ejecutar sin embrazos su pensamiento. Que tal vez en Paris, en esa ciudad mudable que habia causado á la religion tan dolorosas heridas, era menester solicitar proteccion poderosa, y recabar de alli los estados de la iglesia, si la victoria coronase de nuevo los ejércitos franceses. Finalmente, concluyó de este modo:—“Toca á vosotros investigar y adivinar los secretos de la Providencia. Muchas veces hace consistir su gloria y magnificencia en aquello mismo que se huye, temiendo hallarse con la desolacion y la muerte! Déense prisa, y mucha, vuestras Eminencias, porque jamas cónclave alguno fué llamado á mision mas noble. Pontifices habiles y llenos de una inspiracion divina, salvaron en otro tiempo á Roma de espantosas desgracias. Hoy, la enferma púrpura, dispersada á la fuerza de cataclismos (1) imprevistos, pero llena de valor, y siempre en su distrito (*á casa sempre*) aun en un estado extranjero, salvará para siempre la santa Sede, elejirá en seguida la cabeza, cuyos proyectos y trabajos dirigirá desde luego para bien de la religion.”—

Consalvi empezó á mostrar aquí aquel carácter político, formado de una mezcla indefinible de

(1) *Cataclismo*, voz nuevamente introducida en nuestra lengua: significa *innundacion grande, extraordinaria*. de Κατακλυσμος

locuciones amigables, de rasgos inesperados, de lójica sólida, de disimulo agasajador, de determinada lisonja, que le aseguró despues la estimacion y confianza de todos los estadistas sus contemporáneos.

El prelado sagaz, á quien se le creia lleno de desinterés en este negocio, mereció ser escuchado con atencion por varios Cardenales: conmoviéndose fuertemente los ánimos, por su elocuencia y vivacidad, por lo nuevo y atrevido de sus miras, y esto, en las circunstancias en que se hallaba entonces la Europa católica. En el gabinete de la corte de Roma, el designio es el que sirve ó puede servir algun dia á los intereses de Roma, es decir, el interés bien entendido de la religion: este designio es siempre el punto de vista capital para unos hombres entre quienes dominan en jeneral, esceptuados pocos, ideas de moderacion personal, y de amor á la gloria de la santa Sede. Ecsiste, en verdad, una ambicion ardiente entre los Cardenales, pero se ha observado constantemente que esa su ambicion cede siempre á lo que aparece honesto, virtuoso y pacífico, que les da aldabadas en lo íntimo del corazon, y que con el recuerdo del augusto juramento cardenalicio, se representa al pensamiento de los mas ansiosos de consideracion y fortuna.—

El Cardenal Consalvi que sabía lo que deseaba pero no lo decía enteramente, excluía sin elegir. Mas una parte de su proyecto era fácil de adivinar.—“El Papa de un carácter dulce, afable y moderado; la voz paternal é independiente de la que el sagrado Colejio debía esperar la acertada direccion de los asuntos de la Iglesia”—no podia ser otra que la del Cardenal Obispo de Imola.

Ningun Cardenal se resistió tanto á las razones de Consalvi como el Cardenal Chiaramonti á quien el secretario dijo que pensaba hacerle Papa. Mas de dos semanas fueron precisas para responder á los escrúpulos de la antigua iglesia que á tal proyecto oponía el humilde hijo de san Benito. El modesto religioso despues de una larga resistencia parecia ceder, por mansedumbre de carácter á lo que de él se ecsijía. Solo quedaban que recoger algunos sufragios reunidos por el Cardenal Maury cabeza de una pequeña faccion de seis votos: debió la confianza de cinco Cardenales, á sus observaciones picantes, á la prontitud y agudeza de sus dichos, y á lo afamado de su elocuencia: su seduccion era poderosa, ya sea que emplease la lengua italiana, ya que se valiese de la suya nativa.

¿Qué haremos, decia Consalvi al Cardenal de Imola, qué haremos si aceptais de ese Maury el de

Aviñon? A un hombre de sus talentos y que tan bien conoce los negocios, no se le puede persuadir únicamente con *bellas frases*. Es preciso mandarle un *Santo*, y vos sois quien debeis hablarle.”

—Chiaramonti se sonrió al escuchar aquel cumplimento malicioso, se excusó despues con harta viveza, y sostuvo que ni era elocuente ni santo. Pero insistió el prelado y hubo de replicar Chiaramonti que si de él se ecsijía el menor paso acerca de su Eminencia francesa ó de algun otro de los eminentísimos Cardenales, recobraría públicamente su primitiva libertad; que puesto que una apariencia de consentimiento, ó mas bien, que si la propia abnegacion no se apreciaba en lo que valía, retiraría de toda candidatura; que empezaba á descubrir la simonía y que imperiosamente le mandaba su conciencia continuar de Cardenal de Imola.

Consalvi, como buen abogado, que tenia aun en reserva los mas eficaces argumentos, se entregó á una especie de impaciencia y enfado que sorprendieron á Chiaramonti, á quien dijo no sin petulancia—“Nada podeis contestarme; he contemplado individualmente á cada uno de los Cardenales; todos han estado espuestos demasiado tiempo á la curiosidad de Roma; una larga residencia en la capital es grande obstáculo para la candidatu-

ra, porque no puede menos de haberse herido alguna vanidad, mortificado alguna pretension, ó hecho bien ó mal donde no debiera hacerse.”

“¿Quién puede ocultar sus faltas por un año, y mucho menos por ocho ó diez? ¿Qué hombre puede convertirse en estatua? A vos ni se os conoce ni se os ha visto; sábese solo que sois buen pastor, que vuestra conducta en el cónclave no tiene punto vulnerable; el mismo Antonelli os perdona el mérito á que debeis vuestra elevacion; santidad de vida, regularidad de costumbres, ciencia, agradable trato, cosas innegables, y despues nuevo semblante y figura; á nadie se conoce menos que á vos. Para honrar la memoria del gran Braschi ninguno mejor que vos; pues que no olvidando al amigo tampoco al predecesor olvidareis. ¿A quien mejor que á vos pudiera confiarse la religion de las reparaciones? ¿Quién sostendrá mejor los severos breves que Pio VI lanzára? Acordaos, en fin, señor Cardenal, de que si es mal visto en el cónclave solicitar sufragios, peor es cuando se reunen todos los grados de conveniencia, mérito, y cualidades propias de un [buen] papa, resistirse á los deseos de hombres sagaces é intelijentes, que conocen el precio del tiempo, y están obligados en su conciencia, cuando han escojido bien, á cumplir su mision. Por último, señor, vuestra Eminen-

cia á pesar suyo quedará elejido; vos sois el papa de este cónclave, aunque nacido en Cesena."

Quiso replicar Chiaramonti ; pero ya Consalvi habia salido de la Celda. Y faltábanle ademas al Cardenal fuerzas para responder á los argumentos, que le representaban en Braschi al bienhechor siempre jeneroso, y al predecesor cruelmente perseguido.

Aparentando el prelado desconocer en la manifestacion de estos proyectos la fuerza de ciertos razonamientos , que estrivaban en la táctica de los negocios ; buscó sin embargo en su ánimo, fecundo en recursos útiles , los motivos principales que era preciso hacer valer ante el Cardenal Maury, y decidióse á principiar su obra al instante.

Despues de razonar con él del estado de Europa, y de sus relaciones con la Santa Sede; punto de no difícil comprehension para Maury , antiguo nuncio en Francfort , porque desde muy atras estudiaba estas materias con toda la fuerza de su ingenio : despues de hablar con semejante interlocutor de Francia, mas bien con acento que anunciaba timidez y no esperanza ; "dejemos, dijo , la Europa y la Francia , y hablemos de vuestra Eminencia : cuyo tacto y destreza son tales, por otra parte , que prefiero llegar de repente á

dejarle tener el gusto de verme venir. Héme, pues, aquí. ¿Cómo es, que, siendo provenzal, no está V. E. ya de nuestra parte? ¿Qué le debe al emperador de Alemania? Ha visto V. E. su coronacion: hermoso espectáculo: pero V. E. era el enviado de Roma en aquella solemnidad. Están aquí las cosas mas adelantadas de lo que V. E. cree: tradiciones hay de cónclaves, que ustedes los nacidos lejos de Italia ignoran absolutamente. Aquí desde luego conocemos el Papa que va á ser elejido. Clara es la señal que da á conocer el hecho: los candidatos contrarios, fuera de aquellos que tienen una invencible modestia (porque los hay de este carácter) se saludan y dan la mano: y entonces es prueba evidente de que las pasiones se calman: hay sonrisas, hay aquel acercarse al que pasa en ademan de intelijencia, y luego que ya se conoce que va á elejirse un Papa, nadie quiere quedarse atras: V. E. ha podido usar del derecho de oponerse á una eleccion floja, mal sostenida, manca, ó vienense; pero la falta no debe hacerse irreparable, oponiéndose á la eleccion de un individuo *papable*, á quien no le son necesarios ya algunos votos que disientan. ¿Quiere V. E. que le diga todo? Se piensa en Chiaramonti, á pesar suyo, porque no se quieren, y con razon, jente del Emperador, ó de Pavía, ú otros

semejantes. Chiaramonri, debe haber aflojado en su resistencia: se le ha hecho observar, que no debe faltarse á sí mismo. No es el que presentamos un ambicioso, sino un ánimo pio, obediente, moderado y lleno de resignacion: puede permitirse hasta la intriga por eleccion semejante. Si nuestros amigos logran su objeto sin el apoyo vuestro; si con mi trabajo consigo conciliar los pareceres contrarios; se apreciará, servirá, ó elevará á ustedes mejor que en tiempo de Pio VI? ¿Vuestra fortuna será independiente del sucesor? Los otros tenian candidatos, y alzaban bandera por algunos: ustedes con sus seis votos á nadie presentan: ¿cual es vuestro secreto? Concédansenos aquella confianza de que doy á V. E. un ejemplo. Lleno estoy de desaliento. He sabido, hace poco, que Doria, uno de vuestros seis votos, porque ha estado en Francia, y porque cree capitanear vuestro *escuadron* (1), formado ha poco, y que guia V. E. con tanta habilidad, como sé yo muy bien; he sabido que Doria va á hablar á V. E. sobre lo que deseamos: se ha convencido; y es preciso confesarlo y hacerle justicia: pero

(1) Término de cónclave. Llaman *escuadron volante* á los partidos que no se deciden á favor de un candidato público y reconocido, ó que están prontos á pasarse de una parte á otra. Gozan estos partidos de mucho poder al principio y al fin de cada cónclave.

cuando se han echado á perder los negocios ajenos , como él los nuestros en Roma ; cree hacerse menos culpable , adoptando demasiado presto un aire de seguridad , que no deja de ser arriesgado: debí hablar á V. E. primero ; y en vista de esto, guardará V. E. con él el talante que le parezca: yo me he acercado desde luego al jeneral. En fin, deseamos á Chiaramonti; sin embargo , hablaria mejor si dijese que le deseamos ; porque tan resuelto estoy á no permanecer mas en esta incertidumbre , que uniré á los vuestros los votos de que disponemos, si nos revelan ustedes una eleccion : hablo ahora como hombre de bien y amigo de la Santa Sede. La guerra va á asolar otra vez á la Italia , y quizá á penetrar hasta la misma Francia. Si entra el Austria en la Provenza , menos que nunca dirá entonces á Nápoles que nos restituya Roma: si el Austria se ve rechazada, menos todavia permitirá que salgamos de Venecia ; á no ser que Thugut se llene de miedo : lo repito , me parece que vuestra Eminencia no tiene presente ni á las personas apadrinadas por el Austria , ni á los italianos de la Lombardía : y esto es lo que recusamos con toda fuerza. Un caudillo como V. E. debe tener ideas fijas.—Cuántos votos tienen ustedes repuso Maury con viveza.—Solo diez y nueve , y eso despues de haber

nos dirigido á ambos partidos.—No, dijo resueltamente el frances, tienen ustedes veinte y cinco, porque de ustedes son nuestros seis votos. Sepáremos ahora, y vamos á anunciar á Chiaramonti, aquello en que hemos convenido: y esta vez obraremos sin *enviar correo á Viena*: ¿no es verdad?

Poco despues envió el Cardenal Maury á llamar á Consalvi, y le refirió fielmente lo pasado entre él y los cinco Cardenales, cuya confianza poseia absolutamente: lo que les habia dicho para decidirlos á aceptar á Chiaramonti: y cuánta habia sido con este motivo la solicitud de Doria para recompensar las virtudes del Obispo de Imola. El Cardenal Maury añadió: „¿es cierto que Mattei está desechado? El Austria no aprueba á Bellisemi, siempre con la esperanza de sacar á Mattei. El que ha conducido mejor los negocios es el partido Antonelli con su *esclusiva* (1). Esa es la faccion favorecida por el Austria. El partido Thugut, que no teme se le opongan esta vez ni la España, ni mi pobre Francia; puede proveerse de fuerzas nuevas. Los aliados son: el fastidio, el frio que aun se deja sentir en primavera, la humedad de las lagunas, malas consejeras.—No

(1) Llámase *esclusiva* la situacion en la que un cabeza de partido dispone de suficiente votos para impedir la eleccion: entonces v. g. Bastaban doce votos para la *esclusiva*.

tenemos, dijo Consalvi, sino buenas intenciones y las publicaremos desde aquel *Campanile*, y (señaló la torre de S. Marcos): no perdamos tiempo: siempre hay que temer, que el cardenal Chiaramonti, haga á nuestro pesar, una renuncia pública."

Al dia siguiente 14 de marzo de 1800, se procedió á votar, como se practica dos veces al dia. Al aire de seguridad del cardenal Consalvi, á sus calculadas indiscreciones, creyeron los de ánimo flojo, que sin ellos podria hacerse eleccion: ó quizá tambien triunfó el delicado y piadoso sentimiento, que, presto ó tarde atrae á los Cardenales á lo verdadero, sábio, útil y necesario: venerábase el nombre del candidato: alli estaba presente ante sus colegas aquel amable Cardenal, abrumado con tanta gloria, espantado de tamaño honor, temblando mas que el que teme perder el fruto de una bajeza, pronto aun á dar gracias á todo el que le anunciare que se consentirá en no aceptar su sacrificio. El escrutinio leído en medio del silencio mas imponente, es unánime: el cardenal Chiaramonti sale elejido Papa (despues de ciento y cuatro dias de cónclave, porque el mes de febrero de aquel año no fué bisiesto) y declara que toma el nombre de Pio VII en testimonio del recuerdo de la proteccion de su bienhechor Pio VI.

Ha sido necesario que se refieran aquí para mayor exactitud algunas circunstancias de las negociaciones del cónclave. Donde quiera que se reúnan los hombres para una elección, de cualquier naturaleza que sea, de gran importancia ó de un interés secundario (y cuidado que no se escluyen aquí las elecciones de los cuerpos electorales de los gobiernos constitucionales), los hombres aparecen como son en sí, y es preciso no exigirles que sean lo que no son. No se conocerían las intenciones del autor de esta historia, si se creyese que en ellas se había de faltar á la gravedad y severidad históricas: por lo demás, preciso era referir las precedentes particularidades. Cercan á los Cardenales de la parte de afuera intrigas, sollicitaciones, amenazas; fuerza es que se defiendan: están sujetos á las pasiones como hombres: empero los detractores de estas nobles asambleas tendrían mas cordura ó intenciones mejores?

En adelante no hay cuidado: se verá á cada uno ocupando su lugar con la dignidad conveniente; mas sin dejar por esto de cometer alguna falta. ¡Ojalá que en diversas operaciones de que debemos dar cuenta no se hagan muy notables las pasiones de la fragilidad humana, incluidas las del mismo historiador! Pero demasiado presto llegarán las revelaciones: entretanto ha sido me-

nester hablar , como lo hemos hecho del cónclave de 1800.

Si los que deseaban el bien (y no deseaban sino el de la relijion, los Cardenales Chiaramonti, Maury, y el prelado Consalvi) , si los que querian lo útil y prudente no hubiesen empleado sus virtudes y talentos en hacer triunfar la causa de la razon , dejaban en ese caso poco airosamente el campo á merced de insensatos proclives al mal, por la facilidad de ser arrastrados á él. Siempre es digna de loa la destreza que acompaña á las acciones buenas ; y la destreza de los italianos aparece clara y á tiempo en un cónclave para impedir las miras ambiciosas de cualquier extranjero, (inclusos los franceses á quienes no perdonaré, en otras acciones suyas.) Los italianos son , y sobre todo los del centro de la peninsula , los que deben retener *el gran depósito*. Y bueno será siempre que se prefiera á estos italianos para el alto cargo del pontificado, y que, entre ellos, se pongan particularmente los ojos , sobre los que de antemano , ó por acciones inconsideradas , ó promesas culpables no se hallen separados de los verdaderos intereses de la santa sede, que son los intereses de la universalidad del cristianismo. Por otra parte, cuánto se engaña quien absolutamente imagina, como suele suceder , que se saca gran provecho de

una inmensa influencia en el cónclave, y de lograr el honor de haber dirigido la eleccion! A veces quien peor sirve es el que se protejió con mas ahinco; y el Cardenal de Bernis solia decir: — „No intrigaré nunca para contribuir al nombramiento de un Papa. Nombrad al mayor enemigo: ponedle bien fijo en la silla de San Pedro. Estando alli, casi siempre conoceré cuál es su situacion, y si no está memo ó chocho, se mostrará hombre de juicio: dadme en seguida, á mi ministro de Francia, dadme uno de los enviados diplomáticos que se hallen en Roma, sea el que quiera, porque solo le necesito como *confidente*: y entonces entre este enviado y yo, portándonos con brio y reserva, harémos que se nos considere tanto ó mas, que pueda temerse á los que, sin nosotros, lo hubieren manejado todo *en la Capilla*. ”

Mas de veinte años he residido en Roma como diplomático, y soy en un todo del parecer del maestro en estas materias, el Cardenal de Bernis. Por lo demas, no pueden aplicarse estas reflexiones absolutamente al Austria. Creia ella que debia desear á Mattei. No trataba de pedirle las legaciones, trataba de poder habérselas con un hombre débil, que no la turbase en la posesion de sus provincias.

CAPITULO SESTO.

ENCICLICA DEL PAPA PIO VII.—SE EMBARCA PARA ROMA.—ENTRA EN ESTA CAPITAL EL 3 DE JULIO.—BULLA POST DIUTURNAS.—ORDENANZA ACERCA DE LA MONEDA DE BAJA LEI.

Merecia Monseñor Consalvi una recompensa. Se la debia el mismo sacro Colejio. Prometiósele el Capelo que despues recibió, con el cargo de secretario de Estado, de cuyas atribuciones dependian todas las relaciones con los gobiernos extranjeros, y otras funciones importantes, relativas al gobierno interior.

Antes de recibir el Capelo, solo tuvo el titulo de secretario de Estado interino (1).

(1) Consalvi se hizo dar este cargo interino de un modo muy diestro. Dijo á Pio VII: "El Austria no ha hecho el Papa: si elejís aqui los grandes cargos, ella dictará las elecciones. Retardar sobre todo el nombramiento de secretario de Estado. Pensareis en esto en Roma, libre de influjos estraños."

Pio VII convino en esto, el prelado ocupó interinamente el puesto, y no le dejó ya mas.

En el discurso de esta narracion observaremos, que no se recompensó lo bastante al Cardenal Maury.

Es menester no admirarse de ver á un secretario jeneral del cónclave, hacer un gran papel, y ser como el árbitro entre facciones opuestas abiertamente.

El prelado Fanelli, tambien secretario de cónclave en 1644 en que salió elejido Inocencio X, (Juan Bautista Pamfili), decidió casi por sí solo la eleccion. La historia contemporánea no dice si el Papa se le mostró reconocido. Solo se sabe que nombró Cardenales á Gori y á Giorio sus conclavistas, porque le sirvieron con zelo y asiduidad,

Sin embargo, la corte de Viena, lastimada algun tanto del nombramiento de Chiaramonti, con quien no se habia imaginado tener que tratar; rehusó el que se le coronase en la iglesia de san Marcos. Coronóse, pues, Pio VII el 21 de marzo en la iglesia de san Jorje, por el Cardenal Antonio Doria, cabeza del orden de los Cardenales diáconos, y hermano del Cardenal José Doria, ya citado.

No era dado á un Papa como Pio VII dejar de entregarse inmediatamente á los solemnes trabajos del pontificado. El 15 de mayo de 1800 espidió á todos los Cardenales y Obispos de la cris-

tiandad una encíclica en que se encuentra este pasaje:

“Sentimos la mas profunda tristeza y vivísimo dolor al acordarnos de los hijos nuestros que viven en Francia; y sacrificariamos la vida por ellos si nuestra muerte pudiera procurarles su salvacion. Una circunstancia disminuye y dulcifica la amargura de nuestro duelo; y esta es la fuerza y la constancia que han manifestado muchos de entre vosotros, á quienes imitan personas de todas las edades, de todos los rangos y secos; su valor para no mancharse con un juramento culpable é ilícito, y para continuar obedientes á la santa Sede, quedará eternamente grabado en nuestra memoria asi como la crueldad renovada de los pasados tiempos, con la cual se ha perseguido á estos cristianos fieles.”

Aunque Pio VII sufría ya una especie de arresto no olvidaba sus deberes. Hablábale de detener al Papa en Venecia, y aun de persuadirlo á que fijase en Viena su demora. Mr. Thugut estableció un *precedente* de intervencion que por desgracia se usó despues por otro ministerio y en otro pais; pero al cabo de dos meses ya ni quiso ni pudo el Austria, detener al Papa por mas tiempo. Bonaparte, ya primer consul, habia entrado en Milan el 2 de junio, y su ejército bajó á la Italia por cuantos caminos se suponen que Anibal conocía, principe piadoso y recto mostrábase complacido de la eleccion del cónclave. El Papa se embarcó el 6 de junio á bordo de una fragata austriaca; mas por faltarle provisiones y agua salió á

tierra en Pésaro, donde fué recibido con salvas de artilleria en las que tomaron parte los navios rusos en el puerto por haber prevenido Pablo I á su almirante hiciese al Papa los mismos honores que á su imperial persona. Seiscientos anconianos quitaron los caballos del coche, pusieron cuerdas ornadas de cintas de diversos colores y tiraron del coche hasta el palacio del Cardenal Ranuzzi, que no habia huido y esperaba á su soberano con impaciencia.

Al otro dia dijo misa el Papa en el altar de la Madona de san Ciriaco, y luego partió para Loreto. Los austriacos protestaban que habian recobrado los terrenos de la santa Sede con el único fin de entregarlos al Pontifice; mas no obstante, conservaban en las legaciones sus tropas. Pio VII no perdió tiempo en negociar y siguió para Roma.

Ya no ocupaban la capital franceses ni republicanos. El castillo de san Anjelo y la ciudad habian sido restituidas por un convenio, y Mr. Bertolio, antiguo abogado de Paris gobernaba con integridad y moderacion.

Habianse los napolitanos atribuido la gloria de la conquista; y el comodoro ingles Trownbridge, que no podía abandonar sus buques, dejó el estado Pontificio bajo la guardia de los aliados y de un cuerpo ruso reciénvenido de Nápoles.

La guarnicion napolitana, veía con disgusto la venida del Papa, á quien tendría que devolver sus posesiones. Pero casi todo el ejército napolitano habia sido compuesto de voluntarios calabreses que habian sido llamados á una guerra de religion: habian combatido esclamando *viva Maria*. Pio VII bien aconsejado prosiguió siempre su marcha hácia Roma donde fué recibido con un entusiasmo difícil de pintar. En la plaza *del Pueblo* y en el mismo sitio donde se habia ofrecido á Berthier una corona, encontró el Papa un magnifico arco de triunfo por el que pasó antes de entrar en la calle del *Corso*.

Los napolitanos, en jeneral, sin miramiento alguno, aun por sus partidarios, tiranizaban los romanos y les hacian padecer muchísimo. En tales circunstancias, parecia que el Papa venia á traer la paz, y poner un término á las disensiones que, ha mucho tiempo, turbaban á Roma. Se vió obligado el caballero Acton á llamar todas las tropas de Nápoles: haciendo, con todo, que continuasen ocupando á Benevento y Ponte-Corvo, provincias de la santa Sede, aunque clavadas dentro de los estados de Nápoles.

Una de las primeras obligaciones del gobierno de Pio VII fué la publicacion de la bula *post diuturnas*; destinada á reformar los abusos de la

administracion, pero cuyas disposiciones no tenían suficiente madurez. Con mejor écsito se retiró del comercio la moneda gastada (*Moneta Erosa*) sacrificando el gobierno en beneficio comun millon y medio de escudos á que montó el defalco.— Pío VII hablaba con frecuencia de esta acertada operacion y podía en verdad felicitarse de haber hecho tan grande servicio á sus fieles subditos.

CAPITULO SEPTIMO.

BATALLA DE MARENGO.—ANUNCIA EL PRIMER CONSUL QUE QUIERE TRATAR CON EL PAPA—CONSALVI CARDENAL.—MONSEÑOR SPINA EN PARIS—MR. CACAULT ENVIADO A ROMA.—EL AUTOR NOMBRADO SU SECRETARIO DE LEGACION.

No habia tardado en verificarse la vuelta de los franceses á Italia segun habia previsto el Cardenal Consalvi. El 14 de junio la batalla de Marengo habia dado á Bonaparte poder omnímodo sobre este pais; y el 19, cinco dias despues de la victoria, habia dicho el vencedor al Cardenal Martiniana, Obispo de Vercueil, que pensaba vivir en armonía con el pontífice, y aun tratar con la santa Sede para el restablecimiento de la religion en Francia. El dicho de Bonaparte era tan espontáneo, claro y preciso, en medio de sus inmensas atenciones militares, que el mismo dia escribió el córdenal Martiniana al primer consul que acep-

taba la comision de manifestar tan buenas disposiciones hácia la santa Sede.

El 26 de junio comunicó el Cardenal Martiana esta determinacion al Papa, quien le contestó directamente, el 10 de julio (1) que nada podia serle mas grato que saber las buenas disposiciones del consul; y, por consejo de Consalvi, concluía la carta así.

“Podeis asegurar al primer cónsul, que nos prestaremos gustosos á una negociacion que tiene objeto tan respetable, tan propio de nuestro ministerio apostólico, y tan conforme á los sentimientos de nuestro corazon.”

Y para que las negociaciones se siguiesen en Roma por un miembro efectivo del sacro Colejio, Consalvi recibió el capelo en 10 de agosto.

Monseñor Spina, Arzobispo de Corinto, el mismo que habia acompañado á Pio VI en su cautividad á Francia y en cuyos brazos murió fué acreditado en Paris. Un breve de 13 de setiembre anunció á los Obispos franceses las esperanzas del Papa; propúsose un concordato y en marzo de 1801, envió el primer consul á Roma como ministro plenipotenciario aunque sin credenciales á M. Ca-

(1) Hubiera podido responder antes de entrar en Roma, mas Consalvi indicó, que era conveniente que la respuesta estuviese firmada en Roma misma, para mejor justificar la llegada del Papa á su capital.

cault, (1) su cólega en Tolentino. El Cardenal Consalvi le presentó al Papa al otro día de su llegada.

Gozaba Mr. Cacaault grande reputacion en Nápoles, adonde habia sido secretario de embajada con el baron de Talleyrand, en Florencia, en Roma y casi en toda Italia. Al despedirse del primer consul le preguntó como habia de tratar al Papa.—“Tratadle, contestó el guerrero, como si tuviese doscientos mil hombres sobre las armas.”—Mr. Cacaault supo aprovecharse de esta palabra simple, súbita y eminentemente característica de un soldado que valúa en moneda militar todas las influencias. Añadió el primer consul:—“Sabeis que años pasados os escribía que mas deseaba ser el salvador que el destructor de la santa Sede, y ambos conveníamos en principios.”—

Yo no conocía á Mr. Cacaault. Cuando supe que iba á Roma me presenté á él solicitando acompañarle de secretario de legacion. Me recibió el ministro sin conocerme del modo mas franco y halagüeño. Despues de dos horas de conversacion me dijo—“No os conozco, pero los hombres se

(1) El primer consul estimaba mucho á Mr. Cacaault; y en las audiencias públicas le trató siempre con la mayor bondad. A él fué á quien dijo, el día en que se le felicitaba por haber escapado al atentado del 24 de diciembre de 1800 (3 nivoso): “Y bien, Cacaault, he aquí una conspiracion á la romana!” En seguida le habló de la conjuracion contra Cesar.

sienten. Todo el mundo adivina mis pensamientos; soy vivo, me contengo á veces, pero tengo faltas; tambien vos teneis las vuestras. Vuestros modales me faltan, y soy ya viejo para aprenderlos; en cambio yo os instruiré del fondo de mi oficio. Os aseguro bajo mi palabra de honor que mañana solicitaré se os nombre mi secretario de legacion.”

Al otro dia se propuso á Mr. de Hahout; el primer cónsul borró este nombre, puso en su lugar el mío y quedé nombrado. (1)

(1) Sabiase ya, no sé cómo, lo que yo solo creía saber. Subiendo la escalera de mi casa, me encontré en el primer piso de ella, al señor Arzobispo de Corinto, que se me venía á ofrecer para Roma. Probé, con esto, un movimiento de alegría.

CAPITULO OCTAVO.

RECIBE MR. CACAULT LA ORDEN DE SALIR DE ROMA SI EN EL TERMINO DE TRES DIAS NO SE FIRMA EL CONCORDATO. —MARCHA A FLORENCIA, Y EL CARDENAL CONSALVI A PARIS.—EL SECRETARIO DE LEGACION QUEDA EN ROMA.

Marchaban los negocios al principio con bastante celeridad. Como la principal atencion debia prestarse á los asuntos relijiosos, Mr. Cacaault sentía verlos detenidos por varias discusiones teológicas de las cuales se aprovecharon los gabinetes extranjeros, para indisponer á las dos cortes. Sabía el Austria que trataba la Francia con grande consideracion á su Santidad; deseaba inspirar temores á la corte romana; y Mr. de Ghisilieri, su ministro se encargó de sembrar la desconfianza.

Fernando IV, rey de Nápoles, viéndose obligado á retirar sus tropas de los estados pontificios, quiso disimular su vejacion asegurando al Papa que nada era mas grato á su gabinete que la vuel-

ta de las tropas; pero el caballero Acton, ministro napolitano, estaba al mismo tiempo resuelto á oponerse secretamente al concordato entre Francia y Roma y á cualquiera tratado que asegurase al Papa el apoyo del primer cónsul. ¡Raro modo de amar la relijion católica!

Los enemigos de la paz iban á conseguir el triunfo y el mismo cónsul parecía que con su irresolucion los ayudaba. Al fin el gabinete de Paris, mas belíjero que negociador, temiendo segun decia, que se le envolviese en disputas dogmáticas, dió vado á su impaciencia, y mandó á Mr. Cacaault, en los términos mas claros y rigurosos, que saliese de Roma, y pasase á Florencia, cerca del jeneral Murat, si antes de tres dias no estaba firmado el concordato que se proyectó en Paris, y cuyos artículos se discutían en ambas cortes segun las convenciones formadas entre Mr. Cacaault y el gobierno de la santa Sede.

El hábil ministro reconoció inmediatamente la inconveniencia de estas ordenes; me mandó decir fuese á verle, y despues que leí la carta, me dijo: (1)

Es preciso que uno obedezca á su gobierno: pero tambien es preciso que un gobierno tenga un

(1) Esta improvisacion de Mr. Cacaault hace tiempo que está escrita: y él mismo la ha leído y revisado dos veces.

jefe que comprenda las negociaciones, unos ministros que le sepan aconsejar, y que todo esto se perciba. Es menester que un gobierno tenga una voluntad, un plan, un fin. Que sepa con claridad lo que quiere, cosa difícil en un gobierno nuevo. Dueño soy, en verdad, de este asunto, como dependiente. Si obramos en Roma como hacen en Paris, se volverá todo un caos. Despues de lo que he hecho por V., despues de las pruebas de estimacion que me tiene V. dadas; nada debo ocultarle. Bien se conoce que la cabeza del estado desea un concordato: antes de Tolentino ya se llamaba *el mejor amigo de Roma*. En aquel tiempo, para que pasase esta insólita proposicion, solo habia necesidad de empezar diciendo á un Cardenal Arzobispo de Ferrara, uno de los mayores principes de Italia, que se tenía la facultad de hacerle fusilar. El primer cónsul quiere, pues, un concordato: para esto me envió, y me dió al que deseaba por compañero. Cree el primer cónsul que tambien yo quiero un concordato: pero sus ministros no lo desean: estan á su lado, y el caracter mas facil de irritar y de engañar, es el de un guerrero, que no conoce aun la politica, y que todo lo quiere resolver con el mando y la espada. Tambien yo, quiero conducirme á su modo.le concedo á V. dos horas para pensar sobre esto: Mattei no quería

mas que un cuarto de hora para prepararse á sufrir el agasajo que le indicó el jeneral. ¿Y qué?—nos retiraremos á lo bobo, segun lo dicta ese despacho, esponiendo á la Francia á hallarse por algun tiempo amenazada de una especie de *irreligiosismo*, palabra tan bárbara como la idea que encierra, de un catolicismo bastardo, ó en una especie de doctrina mestiza que la sujiera atenerse á un Patriarca? ¿Y quién sabe entonces lo que sucederia? Quizá nunca se llenaría entonces el destino probable del primer cónsul.”

“Ni uno ni otro somos malos cristianos: bien he echado de ver lo que V. ha sido hasta ahora; y yo soy un revolucionario escarmentado: asi es como en las guerras civiles, se ven con frecuencia juntos, inermes y amigos, á hombres de partidos opuestos!

“Estimo á Bonaparte, estimo al jeneral, pero ese tapujo de nombre de primer cónsul me parece ridículo: le ha tomado de Roma, donde, por otra parte, no ha estado nunca. Para mí será siempre el jeneral de Italia. Veo el destino de ese terrible hombre, puesto casi absolutamente en mis manos, mucho mas que en las suyas: se ha vuelto una especie de Enrique VIII de Inglaterra, que á la vez reverencia y lastima á la santa Sede: empero ¡cuantos manantiales de gloria se le van á cerrar,

si él se hace un falso Enrique VIII! La medida está ya llena: quizá las naciones no dejarán ya mas á sus soberanos disponer de ellas á su antojo en materias de religion. Siguiendo el otro camino del concordato, pueden esperarse cosas admirables: ventajas inmensas para él; que serán para la Francia, si él no tiene cordura. Crea V. firmemente, que los hechos grandes que se emprenden en sazón, y se logran, débanse á quien quiera, son al fin una rica dote para un pais. Este puede responder satisfactoriamente con su historia, si llega á verse insultado y zaherido, cuando se halla en circunstancias embarazosas. La Francia con todos sus defectos, necesita tener un capital de grandeza. Todo lo compromete el jeneral, con el pistoletazo que ha disparado en medio de la paz, por solo lisonjear á jenerales á quienes estima, y cuyas chanzas de campamento teme, porque él mismo las ha usado largo tiempo. Turba él, con esto, la operacion que desea: siembra simiente dañada. ¿Qué significa, firmar en tres dias un concordato religioso; la obra mas solemne de que puedan ocuparse los hombres? No parece sino que se trata de las doce horas que concede un jeneral en jefe, á los sitiados sin esperanza de socorro.

“V. sabe que á pesar del afecto que le tengo, desde las escenas de Tolentino y Liorna, y desde

las amenazas y sustos á Manfredini y Mattei, y otras prontitudes de semejante naturaleza, doy entre amigos, á ese querido jeneral, el nombre de *el tigrecillo*, para bien definir su estatura, tenacidad, agilidad, valor, rapidez en los movimientos, saltos, y cuanto de bueno hay en él, peculiar de aquella especie. Si se me acusase porque le doy este nombre, respondería que, siendo profesor del colejo militar, supe que *tigre* en Persa, quiere decir *flecha*: y sino pregúntelo V. á nuestros sábios que fueron á Egipto! Pues bien, *el tigrecillo* ha cometido una falta, que para soldarla necesito de todo. ¿Cree V. que una composicion religiosa convenga á la Francia? ¿Cree V. que nuestro pais se inclina á abrazar esa composicion con ahinco, y que es servir al primer cónsul el ayudarle á cumplir un deseo que seguramente ecsiste en su corazon? Cuando para que se logre un proyecto conovidamente útil y jeneroso, esté V. resuelto á dejar los insensatos intereses de la vida; búsqueme V. y le diré lo que pienso. Si V. espera. . . . si me ayuda, padecerá quizá tarde ó temprano: y probablemente sucederá que padezcamos ambos; porque jamas impunemente se corrijen las faltas de los que gobiernan.”

Yo respondí al ministro, que habia ocasiones en que uno se decidía al momento: declaréle que

deseaba mucho ver concluido el concordato, y que le seguiría en un todo. Me interrumpió diciendo: “No, no, no se trata de seguirme, sino de quedarse, á pesar de la órden que tengo de romper las negociaciones. Oigame V.: no quiero pedir un concordato firmado en tres dias: por lo demas, obedezco al resto del despacho, y parto: voy á Florencia, envio á Consalvi á Paris, y V. permanece en Roma, conservando un hilo de relaciones con la santa Sede. Prevengo á V. que quedándose en Roma, solo bajo mi palabra, V. se compromete quizá enteramente: mas no hay otro medio de suspender la intervencion militar: de la que he visto en esta misma Roma resultados funestísimos.”

Abrazé al ministro, que comprendió por este ademan mis sentimientos. Fué á ver inmediatamente al Cardenal Consalvi, le leyó el fatal despacho sin dejar una sílaba, ni aun le ocultó aquello de *clérigos turbulentos y delincuentes*, y, por último, concluyó así: “Aqui hay una equivocacion: el primer cónsul no le conoce á V. y mucho menos la destreza, talentos, empeño, y *coquetería* de V., ni su deseo de poner fin á los negocios: Vaya V. á Paris.—Cuándo?—Mañana: V. le gustará, Vds. se entenderán: verá él lo que es un Cardenal lleno de penetracion, V. hará el concordato con él. Si V. no fuese á Paris, me vería obligado á cortar comu-

nicaciones con V., y por allá hay unos ministros, que han aconsejado al Directorio la deportacion de Pio VI á la Guayana. Hay tambien consejeros de Estado que discurren contra V., y hay jenerales burlones que maliciosamente se encojen de hombros. Si rompo con V., Murat, segundo Berthier, marchará sobre Roma; y una vez hallado aquí, lo pasarian Vds. peor que hoy en dia: su llegada despertaria vuestros republicanos. Gobernaron mal, pero ya no gobiernan, y siempre es contra los que gobiernan, contra los que se grita. Establezcamos un andamento de cosas que sea satisfactorio, y que traiga á la razon á los mismos de Paris.

“Yo, que tengo orden de cortar las relaciones, obedeceré de este modo: me iré á Florencia. Templaré á Murat, que se abraza por venir aquí á conquistar y ocupar un estado fresco. Con él está su mujer, hermana del primer cónsul. Es curiosa, y siempre dice que por mas que se vean las maravillas que hay en Roma, nunca se ven lo bastante. V. se irá á Paris, y aqui quedará mi secretario de legacion, para no cortar del todo las relaciones. De este modo no se destruirá nada. V., lo repito, hará el concordato con el mismo primer cónsul; V. le dictará una parte, y alcanzará V. mas de él, que de mí, impedido por tantos obstáculos. Si na-

da de esto se logra, estoy perdido, y conmigo he acarreado tambien la pérdida de mi secretario y de sus esperanzas. Pero el sacrificio está hecho. Dos palabras aun. En un pais tan novelero como este, no consentiré que sobre V. pese la responsabilidad de esta accion. Será menester que vea al Papa, y que todo lo tome sobre mí no sea que lo que hoy me parece grande, se convierta mañana por acaso, en una falta. No molestaré demasiado al Papa. Solo le diré algunas cortas frases, para cumplir con anteriores instrucciones del primer cónsul.”

El sagaz Cardenal, penetra el misterio de estas palabras, toma el consejo, va á ver al Papa, le prepara á este paso, y al sentimiento de separarse de su amigo, mas bien que pedirle permiso. Mr. Cacaault se presenta á la audiencia de su Santidad que le esperaba, y que le dijo, despues de haberle hecho sentar á su lado:—

“V., señor, es una persona á la que tiernamente amamos. El consejo que V. mismo dá, de no firmar un concordato en tres dias, es una accion admirable en vuestra posicion. Pero Consalvi en Paris, Roma abandonada, y Nosotros solos aquí en este desierto!!!—Santisimo Padre, repuso el ministro, aseguro á fé de cristiano y de hombre de honor, que este consejo le doy por mí mismo, sin

que nadie me le haya sugerido: que nada sabe mi gobierno, que solo obro en favor del interes recíproco de ambas cortes, y mas bien en favor de la vuestra que de la mia. El primer cónsul os respeta: díjome: "*Tratad al Papa como si tuviese doscientos mil hombres.*" Reconoce un gran poder en V. S.—Quizá hoy en dia vé el doble, acerca de lo que pasa en torno á él, pues ya no habla bajo cierto pie de igualdad. Una noble confianza puede atraerle. Prívese Vuestra Santidad de Consalvi por algunos meses, que volverá mucho mas hábil y diestro, en estos negocios.—Os chanceais, respondió el Papa, con esos soldados que nos atribuis. Y al cabo, es verdad, los soldados de Jesucristo son numerosos.—Santísimo Padre, es preciso que Consalvi parta al instante, y lleve vuestra respuesta: negociará tambien en Paris con el poder que Vuestra Santidad le confiera. Tengo cincuenta y nueve años: he intervenido en muchos negocios desde los estados de Bretaña acá. Nada se me oculta acerca de las miserias de los pueblos de Italia. Llamábaseme, con ánimo de perderme, *el amigo de los reyes*: no soy sospechoso. Me aconseja y me impele siempre un no sé qué de mas poderoso, sin duda, que la fria razon; un instinto, si se quiere, parecido al de los brutos, que jamas les engaña: yo veo que el primer cónsul permanece grave,

impasible, complacido, contenido en medio de sus consejeros que pugnan por estraviarle. Y luego, cual es el inconveniente! Se os acusa: y Vuestra Santidad misma comparece, en cierto modo. ¿Y, qué es todo? ¿Qué han dicho? Se quiere un concordato relijioso, y nosotros nos adelantamos, le traemos: héle aquí.”—

Conmovido el Pontifice, vertía lágrimas en abundancia.—“Verdadero amigo, dijo, el amor que os tenemos iguala con el que tuvimos á nuestra madre: ahora nos retiramos á nuestro oratorio á pedir á Dios que el viaje sea feliz, y que el resultado consuele nuestro pesar y nos aleje de este abismo de dolor.”

Consalvi obtuvo el permiso para partir: escribió algunas cartas: y metióse en seguida en una silla de posta con Mr. Cacault, tomando el camino á la vuelta de Florencia.—El ministro, antes de partir, me recomendó, el no escribir á Paris, y escribirle á él solo á Florencia. Sus últimas palabras, en el patio de su casa, fueron estas:—“No se salga V. de la linea trazada. V. aquí no es mas que un ministro creado por mí, nada y mucho. Yo soy el que debo informar á Paris. Escribame V. con frecuencia. . . . Vea V. tambien con frecuencia al Papa, háblele V. como yo le hablo: aguarde V. las mas veces á que hable él primero: de este mo-

do dice mucho mas, porque recela incomodar: no le deje V. sobre todo entregarse á pensamiento alguno que le desaliente, combata V. su modestia, las acusaciones y mentiras que se divulguen: mañana se desencadenará una tempestad. Sostenga V. la sensibilidad del Papa, y no le deje presumir nada de funesto. Prudencia con Nápoles, que se presenta bien negro. Todo el negocio estriba entre las Tullerias y Florencia.

CAPITULO NOVENO.

CARTA IMPRUDENTE DEL CARDENAL CONSALVI AL CABALLERO ACTON.—MR. CACAULT DISCULPA AL CARDENAL CON EL PLIMER CONSUL QUE LE RECIBE BENEVOLAMENTE.

El Cardenal marchaba rápidamente hácia Paris, á pesar de una tormenta que le sobrecojió en Mont-Cenis. Pero por desgracia habia destruido el efecto de tan bella y decisiva accion (los hombres mas hábiles cometen inescusables faltas) escribiendo al caballero Acton á Nápoles, una carta concebida en estos términos :

„El bien de la relijion pide una víctima. Yo voy á ver al primer cónsul; acudo al martirio. ¡ Cúmplase la voluntad de Dios ! ”

¡ Perder una hora de tiempo precioso para hacer semejante confianza !

No buscaba el primer cónsul á la sazón ninguna víctima, ni habia llamado al Cardenal á Paris. Despues de inmortalizarse en Italia y en Ejipto

to, acababa de ganar la batalla de Marengo. No debemos permitir en este lugar acusaciones contra el primer cónsul; despues será quizá diverso nuestro lenguaje al hablar del emperador fascinado por las adulaciones de la Europa.

Consalvi habia, pues, cometido una grande falta, mas grande aun por la eleccion de su confidente. Así que Mr. Acton recibió la carta, se decidió á comunicarla orijinal á Mr. Alquier, embajador de Francia en Nápoles, que estaba resentido de que no le hubiese elejido el primer cónsul para la mision romana. Mr. Alquier espidió inmediatamente un correo á Paris, remitiendo copia de la carta de su Eminencia, y presentando bajo desfavorable punto de vista la conducta de su colega Mr. Cacault, á quien supone ó engañado por el Cardenal, ó capaz de pintar al primer cónsul con odiosos colores.

Pero al mismo tiempo confió Alquier al correo una carta para Murat, á quien tambien quiso hacer patentes los que él llamaba los errores de Cacault.

Tambien me trajo á mí el mismo correo una carta de Mr. Alquier, felicitándome por la prueba de confianza que me concedia el gobierno frances, acreditándome en Roma como encargado de negocios. El creía que yo permaneciese por órden

del ministro de estado. Venía la carta llena de elogios escesivos que una persona de mi edad no merecía. Yo pensé sin embargo que no eran tan adversos los de Nápoles, y tuve la flaqueza de remitir á Mr. Cacault todas aquellas alabanzas, pues nada le ocultaba, ni aun las miserias de la vanidad.

Como estimaba el jeneral Murat á Mr. Cacault, no pudo menos de leer, releer y admirarse de aquella acusacion que creyó deber enseñar á su amigo. En la post-data se hablaba tambien mal de mí, pintándoseme como á un hombre lijero, aturdido y disipado, incapaz de señalar las supercherías de la corte romana.—“Este es un proceder infame” exclamó Mr. Cacault, entregando á Murat la carta llena de adulaciones y ecsajeradas lisonjas que mi acusador me dirigía. — “Pues todo se lo voy á escribir al primer cónsul” replicó el jeneral jenerosamente, “pues sin duda el mismo golpe se ha dirigido á París.”

Mr. Cacault espidió por el mismo correo una esplicacion clara de cuanto habia pasado respecto al Cardenal Consalvi, por medio de un despacho que será siempre obra maestra de sagacidad, de fuerza y de espíritu político. Apropiábase el ministro el pensamiento de enviar un Cardenal á Francia; describe á este prelado sin disimular sus fal-

tas, y discúlpale de su pusilanimidad por no haber corrido nunca riesgos, ni oído mas que los respetuosos homenajes de cuantos le rodean. Supone Mr. Cacaault, que algun necio de criado ó limosnero parásito imaginaría al verle cerrar los pliegos la idea estraña de la víctima; y que el Cardenal, no sabiendo qué decir á Mr. Acton á quien detestaba, adoptaría aquella estupidez para salir del apuro y pasar á otra cosa. Añade que ha sido feliz esta circunstancia, y ventajosísima para la política francesa, pues que el Cardenal Consalvi, despues de tan baja defeccion se hará irreconciliable enemigo de Nápoles; y despues de insinuar que nunca hubo momento mas favorable para emprender con semejante hombre una negociacion, concluye así:

“Acordaos, grande jeneral, de que la Santa Sede no tendrá nunca comunicaciones sinceras con este Acton, explorador en Italia de los primeros gabinetes de Europa; Acton que rescata con ellos la medianía de su importancia, por la multitud y el servilismo de sus consejos. He aquí ya los dos vecinos hechos mortales adversarios: sus negocios recibirán el sello de esta falta de franca intelijencia. No obstante todo lo espuesto os suplico empeceis á tratar algo friamente á su Eminencia. Es preciso consolar, dar apoyo á la sensibilidad italiana, quiero decir, impedirles que sucumban bajo el peso de las impresiones que su delicada fibra recibe tan fácilmente. No humilleis demasiado á Consalvi. Considerad que no obstante el miedo de que pronto se recupera, un hombre tan hábil sabría aprove-

charse de su propia falta. No le abrais el camino de la astucia, sino dirijios á sus virtudes con las vuestras. Ambos sois grandes cada uno á su modo y en diversas proporciones. Conoced y no conozcais la carta dirijida á Acton; y así concluiréis vos mismo la piadosa empresa.

En fin, puesto que es necesario, lo diré aunque pensaba omitirlo. Suponiendo que un Mattei hubiera dicho lo mismo, ¿quién podría estrañarlo? Nuestro Consalvi piensa tambien tener sus motivos para temer. El era *Monseñor Sull'armi* cuando murió Duphot, y al pensar en Francia se cree ya el idéntico soldado que disparó al jeneral. Los patriotas le han repetido tanto, que él fué el matador, que á la hora esta lo cree como los cuatro evangelios. Por este crimen buscaron los patriotas en tiempo de Berthier á Consalvi, para hacerle entrar en Roma montado en un asno; y solo habiéndose escondido, pudo evitar esta afrenta. Sabeis tan bien como yo los pormenores de este deplorable suceso; nadie ha dado órdenes en Roma para tirar ni matar; el jeneral fué imprudente; abreviemos, fue culpable. En Roma como en los demas paises habrá un derecho de jentes. El soldado dijo que al disparar al que traía sombrero galoneado de oro, creyó contener el arrojito de sus compañeros y escapar. Estas circunstancias me las han confiado en Roma los mismos á quienes nosotros llamamos *patriotas*. Consalvi hizo tambien en aquella época, como *Monseñor Sull'armi* que era, una visita al jeneral Provera, mandado venir por el Papa en reemplazo de Colli. ¡Figuráos la desgracia de visitar á un jeneral á quien vos tan completamente derrotásteis! El prelado no sabe, que aun despues de batir á los hombres, podeis, si lo merecen, apreciarlos.

Escribo en el gabinete de vuestro hermano político, y si entra antes de cerrar el pliego pienso leérselo. No os digo, primer cónsul, porque á vos solo deben dirijirse despachos tales como este. Nunca he estado tan difuso, nunca me he visto

mas necesitado de una proteccion y de una amistad semejantes á las que el jeneral Bonaparte me manifestaba personalmente en Tolentino, y en Roma, por medio de cartas en que se dignaba apreciar mi celo. Acojed favorablemente las miras que me guian, y jamás dudeis de mi entera afeccion."

El primer cónsul, siguiendo los consejos de Mr. Cacault, recibió friamente á Consalvi, no mostrándose descontento de ver que se le tenia miedo; mas poco á poco fué pasando hácia la benevolencia, ridiculizó la fátua política de Acton, empeñado *en detener los torrentes con telas de araña*, trátale al fin con confianza, luego con amistad: pregúntale si se piensa en Italia que es el primer cónsul *un ogro que se come á los sacerdotes crudos*, le significa proyectos de concordato atrevidos, casi protestantes, y cuando menos jansenistas, los modifica, y al fin, como decía él mismo, se rindió á los encantos de la sirena de Roma, y acabó la redaccion del concordato que hoy se llama de 1801.

CAPITULO DIEZ.

ECSAMEN DEL CONCORDATO DE LEON X, Y DE FRANCISCO I.

Debemos citar en propios términos este importante tratado: pero como con frecuencia se hará mencion del concordato de Francisco I, conviene que digamos de antemano cuáles fueron las estipulaciones de ese antiguo tratado, que hasta 1790, fue pauta de las relaciones de la Santa Sede, con los reyes de Francia.

Al principio de la dinastía de los Capetos, era preciso, para que fuesen canónicas las elecciones de los Obispos, que las hiciesen el clero y el pueblo á la vez. El metropolitano y los Obispos de la provincia eclesiástica completaban esta eleccion confirmándola, y consagrando al nuevo electo. Es indudable que el concilio de Reims, celebrado en 1094, mandó que las elecciones se reservasen al clero y al pueblo.

El tiempo, que indispensablemente hace su

efecto, produce tambien muchas modificaciones en las acciones humanas. Ya en 1215 los capítulos privaron de sus derechos al clero y al pueblo, declarando que continuarían ellos en ejercer estos derechos, para evitar las frecuentes disputas, discordias é intrigas de las elecciones, y la dificultad de reunir en una misma persona los votos de tantos señores y concejos, divididos en miras é intereses. Solo habia, el que antes de elejir, pedian los capítulos permiso al rey.

En 1438, en la asamblea de Búrjes, se adoptó el célebre reglamento llamado la *Pragmática-sancion*. Y á pesar de las reclamaciones del soberano Pontifice Eujenio IV, veneciano, se decidió que los obispados, y otras prelacías, se proveyesen segun los usos antiguos, sin que los capítulos pudiesen avocar á sí las elecciones. Este reglamento se guardó como ley durante el reinado de Carlos VII: Luis XI no se mostró luego partidario muy zeloso del dicho reglamento; si bien los parlamentos y la universidad le defendian con grandísimo empeño.

El concordato de Leon X, y de Francisco I, abolió la pragmática. Se acordó la renuncia de este modo electivo en todas las iglesias metropolitanas ó catedrales del reino. Faltábale á la pragmática regularidad, y sólido y recto fundamento,

puesto que en ella no se reconocia para nada la intervencion del Concilio y del Papa. Se estipuló, pues, que el rey nombraría, y que el Papa instituiría los Obispos. La lucha, que para repeler el concordato de 1515 promovieron el clero, los parlamentos y las universidades, fué mas violenta que feliz, y duró hasta el reinado de Carlos IX.

Tenemos á la vista este concordato frances, en lenguaje de aquel tiempo, (y el mismo ejemplar que pertenecia á Luis XIV). No está conforme en un todo con la traduccion publicada en casa de Beaucé, en Paris en 1817, á la que llama sin razon este librero *la primera traduccion*. Al frente de este manuscrito están las letras patentes del rey Francisco con fecha del 13 de mayo de 1517.

Manifiesta el rey Francisco I, que al rey Luis XII, se le incitó á que publicase los motivos que tuvo para haberse opuesto á la abolicion de la pragmática; y continúa así: (1)

“ Despues que por la divina benignidad fuimos ensalzados á la corona, y felizmente principiamos nuestro reinado: como hubiesen llegado á nuestro conocimiento repetidas veces varios semejantes edictos emanados de la misma autoridad, y por el úl-

(1) El traductor español ha traducido muy literalmente el trozo que sigue, y que en el orijinal se halla en francés antiguo. Si el lector, pues, condena el jiro y la frase de la traduccion por demasiado literales, acuértese antes de dar su fallo, que no están así por falta de pericia, sino por sobra de escrupulosidad.

timo y perentorio se nos hubiese quitado, á nosotros y á nuestra corte, iglesia galicana, y súbditos, toda esperanza de purgar nuestra morada; si hubiesemos querido diferir el negocio por mas tiempo; preveíamos se renovasen los inconvenientes que tuvieron lugar en nuestro reino y pais del Delfinado, antes del decreto de la citada pragmática sancion.

Por lo que, considerando cuán grande era la indignidad y deformidad de las cosas, habiendo corrido ya antes publicada la dicha pragmática sancion en nuestro citado reino y pais del Delfinado, y estando la hacienda (con la cual se sostiene la república, como con su nervio y fuerza) agotada; por haberse quitado la facultad y libertad de conferir los beneficios, á los Obispos y Prelados: dándose con frecuencia los beneficios de Francia á los extranjeros, pues por medio de bulas apóstolicas que llaman *expectativas* los beneficios de los vivos, tanto electivos mistos como colativos, eran conferidos en el dia de la muerte de aquellos que los tenian, cosa que ni conviene á las buenas costumbres, y que no sucede sin que haya deseo y anhelo de la muerte de otro.

“ Finalmente que las materias beneficiais y de procesos eclesiásticos se ventilaban solo en la curia romana, con grandes gastos, dispendios y perjuicios de nuestros súbditos, de los que una gran parte, se veía precisada por necesidad, no pudiendo ocurrir á los gastos, ó soportar la dilacion; á ceder de su derecho, y dejar y abandonar la prosecucion de sus causas.—Seguíase de esta deformidad que los letrados, y versados en las artes liberales, no podian alcanzar los beneficios, ó si al fin los alcanzaban era despues de mucho tiempo, y dejando del todo el estudio de las letras, vagasen por todas partes, yendo y viniendo y tratando por los pueblos; de modo que se veia claro el peligro eminente de perder, por medio de este desorden, el amor y ciencia de las letras.”

En seguida dice el rey, que su pensamiento

ha sido el *de esquivar grandes daños, por pérdida menor y mas lijera*. Concertóse pues, en 1515 con el Papa Leon X, y publicó la bula dada por el Pontifice el 19 de diciembre de 1516, en la cual se inserta otra bula del 17 de setiembre anterior. —En el ecsordio de la segunda bula (la de diciembre), confirma el Papa la primera (la de setiembre), que empieza asi:

“Leon Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria de lo hecho.

Esta iglesia primitiva, fundada por nuestro salvador Jesucristo, sobre la piedra angular, levantada por las predicaciones de los Apóstoles, consagrada y aumentada por la sangre de los mártires en los pasados tiempos, cuando, con la ayuda de Dios, empezó de primero á estenderse por la redondez de la tierra, considerando con prudencia los cargos que sobre ella pesan, el número de ovejas que debe alimentar, y guardar; y á cuantos lugares distantes debía mirar; instituyó, por consejo divino, parroquias; dividió diócesis, creó Obispos, y propuso Arzobispos, para que como miembros obedientes á la cabeza, segun el querer de aquella, gobernasen las cosas sanamente en el Señor, y como arroyuelos de la fuente perdurable (á saber la iglesia romana) no dejasen rincon en la tierra del Señor, que regado no fuese; porque del mismo modo que los Papas nuestros predecesores, trabajaron en su tiempo, con todo ahinco, en unir la iglesia, conservarla en esta union santa, inmaculada, y arrancar de dicha iglesia las espinas, pues propio de ella es, mediante la gracia de Dios, amar las virtudes y estirpar hasta las raices de los vicios: así tambien nosotros, en el concilio presente debemos hacer y procurar cuanto conocidamente coadyuve á la union y conservacion de dicha iglesia.”

Despues de este preámbulo que esplica noblemente el estado de las cosas, declara el Pontifice *que va á estirpar todas las espinas que dañan á dicha union*. Abolió la pragmática sancion, á la que *quiso el rey Francisco renunciar con franco y pronto valor*.

Declara el Papa mas adelante, que por la frecuencia de las absoluciones y rehabilitaciones pedidas y obtenidas, sabe que varios antes de la eleccion, juraron elejir el mas idóneo (*ydoyne*), y que voluntariamente fueron perjuros. En seguida atribuye al rey, que *entonces fuere*, el derecho de nombrar *maestro grave* ó licenciado en teología, ó doctor ó licenciado *en cada derecho* ó en uno de los dos, *promovido en universidad famosa, con riguroso ecsamen*, de edad de veintisiete años, por lo menos, y *en todas las demas cosas idóneo*. Si el rey nombrare una persona *no calificada de este modo*, podrá el Papa recusarla. En los tres meses contados desde el dia de la recusacion, debe el rey nombrar otro de sus súbditos, y si todavia éste no conviniere, procederán al nombramiento el Papa y sus sucesores.

Este artículo era uno de aquellos, que escitaron, con razon, mas enemiga, porque, de ambas partes, podia dar lugar á largas recriminaciones: y, como decian muy bien, podia un partido ene-

migo en la curia romana, empeñándose en recusar todos los presentados por no reconocerlos *idóneos*, pretender alzarse con nombrarlos todos. Mas para esto era preciso que los tiempos fuesen muy corrompidos, los hombres muy perversos, la santa Sede siempre amenazadora é injusta, y la Francia ruin, floja y miserable: y tales circunstancias no podian ecsistir ó durar largo tiempo.

Hay despues una cláusula sobre los *mandatos*, en la que se espresa asi Leon X: “Establecemos y mandamos, que cada Papa pueda solamente una vez, en el tiempo de su pontificado, dar cartas en forma de *mandatos*, &c.”—Solicitóse evidentemente este artículo por los embajadores del rey: ¿mas, por ventura, puede atar un Papa á sus sucesores, de un modo tan absoluto, en lo que no pertenece al dogma?

Ordena el Pontifice—“que quien no fuere *detentor violento*, y tuviese *titulo cohonestador*, y hubiese poseido tres años una prelación ó dignidad; fuese *tranquilo poseedor*.” Cláusula excelente.

Hay un artículo sobre los amancebados públicos, redactado con una enerjía, y al mismo tiempo una decencia de espresiones, rara en aquellos tiempos, y que merece particular atencion.

Establecemos que cualquier clérigo, de cualquier estado, condicion, dignidad, ó preeminencia que sea, que fuere *aman-*

cebado público, despues de dos meses de publicada la presente en las catedrales, quede por este solo hecho, suspendido de la percepcion de los frutos, y de todos sus beneficios, por espacio de tres meses.

Si, dejada la manceba, la volviese á tomar el clérigo, quedará inhabil para obtener honores, dignidades y beneficios."

Establece el Papa que nadie estará obligado á abstenerse de la comunicacion, administracion ó recepcion de los sacramentos. Ordena que nadie pueda *interdecir de lijero* (1). Prodigábanse entonces las suspensiones.

Aqui acaba la bula del 27 de setiembre. Continúa la del 19 de diciembre, que presenta una porcion de cláusulas jenerales: viene por fin la continuacion de las letras patentes del rey, del 13 de mayo de 1517, leidas en el parlamento del 22 del mismo mes, *por órden y mandado del rey*, reiteradas veces en la persona del señor de la Trémoille, primer camarlengo, enviado para ello á Paris.

Tal es el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I con otros documentos relativos á prolongaciones, á decisiones menos importantes, y al pago de derechos. Tanta era la corrupcion, sin hablar de la conducta de los amancebados

(1) Se verá luego que de estos altos principios de sabiduria de Leon X se acordó cuanto pudo, la santa Sede, en circunstancias muy críticas para ella.

(desorden muy comun entonces), que se promovian con frecuencia á dignidades eclesiásticas á hombres inconvenientes: averiguándose tambien que se llevaba dinero por el nombramiento de los Obispos. Temerosos siempre los parlamentos de las tentativas de opresion ejecutadas antes por la curia romana, veian con pesar estas mudanzas: y eran por otra parte muy considerables los derechos que debian pagarse por estas instituciones. Era una tasa muy eshorbitante la que se pretendia establecer, de la dejacion de un año de renta por cada obispado vacante.

Todo se censuraba, porque habia algo censurable, en un tratado que ofrecia estipulaciones morales y verdaderamente cristianas. Por fin, allanáronse poco á poco las dificultades, gracias á la paciencia de los reyes y de sus ministros. En una palabra, arreglábanse al tenor de este concordato, todos los negocios con la curia romana, que insensiblemente fué disminuyendo mucho los derechos, cuando sobrevino la revolucion de 1789.

Rompiéronse en Francia todos los diques con el nuevo orden de cosas. Sabido es el furor con que se persiguió, aprisionó é inmoló á los hombres de iglesia. Y aun pedía el destino de la religion que el mismo Pontifice, arrancado de la cátedra de san Pedro, fuese llevado á Francia, y sucum-

biese en una prision, siete años menos tres dias despues de la matanza de los curas en la iglesia de carmelitas en san Fermin.

Habiéndonos dado el Africa el héroe de que no era digna, supo él al poner el pie en el territorio de su patria, que sin renunciar á la gloria de las armas, era preciso ser lejislador. Hemos visto que fué suyo el primer pensamiento de la reorganizacion eclesiástica: ya es tiempo de dar á conocer el concordato que mandó firmar, de concierto con los plenipotenciarios de la santa Sede.

No hablaremos aquí del concordato de 1515. Bastante se ha hablado de él en las discusiones de Roma y Paris. Muchos de los que en aquella ocasion le leyeron, confesaron que no era tan atroz como habian querido hacerlo creer los parlamentos y universidades; que Leon X y Bembo, Francisco I y el canciller Duprat, no se habian mostrado en él tan enemigos de la Francia y de la moral. Se echó por tierra indirectamente este concordato, con el deseo de entablar sobre un terreno virjen, disposiciones del todo nuevas, que se convirtiesen en ley para todos; y no por enemiga contra un reglamento en que se ven estipuladas cláusulas razonables, y bien pensadas para remediar escándalos. Si en 1801 se rehusó por ambas partes, con mas ó menos prudencia, edificar sobre

nuevos fundamentos; bastaba todavía disminuir las anatas, y nombrar Obispos, con una circunscripcion que se juzgase necesaria.

Se han dado algunas particularidades sobre el concordato de 1515, para que se echase de ver el cambio factible en Francia, y lo que mas adelante podrá restablecerse de nuevo. Indispensable era el desentrañar estos hechos. Saldrán en adelante defensores del tratado abolido: por lo que se acaba de decir y por lo que va á suceder, se valuarán mejor sus razones, y las de sus adversarios. Ademas, con frecuencia se acusa sin razon á la curia romana, aun respecto al tratado de 1515. ¿Y qué hizo entonces? Obró de concierto con un rey que se prestó á ello con *franco y pronto valor*, y tuvieron ambos la gloria de reprimir abusos escandalosos, y volver al clero y pueblo franceses, quitándoles un derecho que ejercian con desacuerdo, aquellas virtudes que olvidaron por la malignidad de los tiempos. Averiguado está tambien, que los reyes de Francia en jeneral no usaron del derecho de presentacion sino con la mas circunspecta religiosidad.

CAPITULO ONCE.

CONCORDATO DE 1801.

Lo que sirvió de base primera al documento que va á leerse, fué una minuta traducida del italiano al frances, entregada por el Cardenal Consalvi. Los diversos artículos que le componen, los comentó y leyó repetidas veces el primer cónsul, que á solas los estudiaba, si bien aparentando tomar poquisimo interes: los otros dos cónsules se mostraron tambien favorables. Es preciso no olvidar tampoco el especial zelo de José Bonaparte, que se mostró despues de las escenas de Roma, hombre apacible y conciliador. Compúsose el tratado definitivo en artículos franceses, sobre los que el padre Caselli formó el testo latino. Hay necesariamente en el testo de ésta ultima lengua palabras de un sentido forzado, muestra de una traduccion un poco neolójica, sin idiotismos verdaderos y sin libertad. Mostrábase, por este tiempo,

el santo Padre en Roma, muy temeroso de que no se insertase la disposicion que notaremos en el artículo 17, sobre la que mas habia insistido, y de la que me hablaba á menudo.

He aquí el concordato tal cual se publicó oficialmente.

Su Santidad el soberano Pontifice Pio VII y el primer cónsul de la república francesa, nombran por sus respectivos plenipotenciarios:

Su Santidad, á su Eminencia Monseñor Hércules Consalvi, Cardenal de la santa iglesia romana, diácono de santa Agata *ad Suburram*, su secretario de estado: á José Spina, Arzobispo de Corinto, prelado doméstico de su Santidad, y asistente al trono pontificio; y al padre Caselli, teólogo consultor de su Santidad, provistos igualmente de plenos poderes en buena y debida forma.

El primer cónsul, á los ciudadanos José Bonaparte, consejero de estado; Cretel, consejero de estado; Bernier, doctor en teología y cura de san Laud de Anger, provistos de plenos poderes.

Quienes, previo el cambio de los respectivos plenos poderes (1), convinieron en lo siguiente.

Convencion entre su Santidad Pio VII, y el gobierno Frances.

El gobierno de la república reconoce que la religion católica

(1) La primera operacion de los plenipotenciarios es la de comunicarse los plenos poderes respectivos. Cada parte los lee, comenta, y toma de memoria: despues, establecidas ya las bases del tratado, se truecan los plenos poderes; es decir, cada una los remite orijinalmente á aquel con quien va á firmar el tratado allí donde se dicen estas palabras "previo el cambio de los respectivos plenos poderes, hallados en buena y debida forma." El concordato de 1801 fué mas regular que el tratado de Tolentino.

apostólica, romana, es la relijion de la gran mayoría de los ciudadanos franceses.

Su Santidad reconoce igualmente que esta misma relijion, ha derivado, y espera todavía en este momento el mayor bien y el mas grande lustre del establecimiento del culto católico en Francia, y de la profesion particular que de ella hacen los cónsules de la república.

En consecuencia, y despues de este reconocimiento mútuo, tanto por el bien de la relijion, como para sostener la tranquilidad interior, han convenido en lo que sigue:

ARTICULO. 1.º La relijion católica, apostólica, romana se profesará en Francia libremente. Su culto será público, conformándose á las reglas de policía que el gobierno juzgue necesarias para la tranquilidad pública.

ART. 2.º Se hará por la santa Sede de concierto con el gobierno frances, una nueva circunscripcion de las diócesis francesas.

ART. 3.º Su Santidad declarará á los titulares de los obispados franceses, que espera de ellos con firme confianza, por el bien de la paz y de la unidad, toda especie de sacrificios, hasta la misma resignacion de sus sillas.

Despues de esta eshortacion, si se negasen á este sacrificio que ecsije el bien de la iglesia (negativa que su Santidad no espera), se proveerá por medio de nuevos titulares al gobierno de los obispados de la nueva circunscripcion por el metodo siguiente:

ART. 4.º El primer cónsul de la república, nombrará en los tres meses consecutivos á la publicacion de la bula de su Santidad, para los arzobispados y obispados de la nueva circunscripcion. Su Santidad conferirá la institucion canónica segun las formas establecidas con respecto á la Francia, antes del cambio de gobierno.

ART. 5.º Los nombramientos para los obispados que vayan en adelante, se harán igualmente por el primer cónsul; y

la institucion canónica se hará por la santa Sede, en conformidad del precedente artículo.

ART. 6.º Los Obispos, antes de entrar en sus funciones, prestarán directamente en manos del primer cónsul el juramento de fidelidad que estaba en uso antes del cambio de gobierno, espresado en los términos siguientes:

Juro y prometo á Dios sobre los santos evangelios, (1) de guardar obediencia y fidelidad al gobierno establecido por la constitucion de la república francesa. Prometo tambien no tener ninguna intelijencia, ni asistir á ningun consejo, ni mantener ninguna liga, en el interior ni en el exterior que sea contraria á la tranquilidad pública, y si en mi diócesis, ó fuera de ella, llega á mi noticia que se trama alguna cosa en perjuicio del estado, yo la comunicaré al gobierno.

ART. 7.º Los eclesiásticos de segundo orden prestarán el mismo juramento en manos de las autoridades civiles designadas por el gobierno.

ART. 8.º La fórmula de la siguiente oracion, se recitará al fin del oficio divino en todas las iglesias católicas de Francia.

Domine, salvam fac rempublicam.

Domine, salvos fac cónsules.

ART. 9.º Los Obispos harán una nueva circunscripción de las parroquias de sus diócesis, la cual no se llevará á efecto hasta que la apruebe el gobierno.

ART. 10. Los Obispos nombrarán los curas. Su eleccion no podrá recaer mas que en personas aceptadas por el gobierno.

ART. 11. Los Obispos podrán tener un capítulo en su catedral y un seminario en su diócesis sin que el gobierno se obligue á dotarlos.

(1) Hay una variante en el testo latino publicado en Paris; que dice: *Ego juro et promitto ad sancta Dei evangelia*: como si se dijese: *Juro y prometo por los santos evangelios de Dios.*

ART. 12. Todas las iglesias metropolitanas, catedrales, parroquiales y otras no enajenadas, necesarias para el culto se pondrán á disposicion de los Obispos.

ART. 13. El Padre santo, por el bien de la paz, y el dichoso restablecimiento de la religion católica, declara que ni él ni sus sucesores turbarán de ningun modo á los poseedores de los bienes eclesiásticos enajenados, y que en consecuencia la propiedad de estos mismos bienes, los derechos y rentas que le eran anejos, quedarán incommutables entre sus manos, ó entre las de aquellos que tengan á ellos derecho.

ART. 14. El gobierno asegurará una renta conveniente á los Obispos y curas cuyas diócesis ó curatos, estén comprendidos en la nueva circunscripcion.

ART. 15. El gobierno tomará igualmente medidas para que los católicos franceses puedan, si quieren, hacer fundaciones en favor de las iglesias.

ART. 16. Su Santidad reconoce en el primer cónsul de la república francesa, los mismos derechos y prerogativas que cerca de la santa Sede gozaba el antiguo gobierno.

ART. 17. Se ha convenido entre las partes contratantes, que en el caso de que alguno de los sucesores del primer cónsul actual no fuere católico, los derechos y prerogativas mencionados en el artículo anterior, y el nombramiento á los obispados, se arglen con respecto á él por una nueva convencion.

Las ratificaciones se cambiarán en Paris en el término de cuarenta dias.

Hecho en Paris el 26 messidor del año IX de la república francesa (15 julio 1801).

Firmado. HERCULES CARDENAL CONSALVI
(*Locus Sigilli*).—J. BONAPARTE (*L. S.*).—J. ARZOBISPO DE CORINTO (*L. S.*).—EL HERMANO CARLOS CASELLI (*L. S.*).—CRETET (*L. S.*).—BERNIER (*L. S.*).

CAPITULO DOCE.

PERSONAS INFLUYENTES PARA CON EL PAPA.—SATIRA.—

CARTA DE M. ALQUIER AL SECRETARIO DE LEGACION EN ROMA.—EL CARDENAL MAURY RETIRADO DE ROMA POR ORDEN DEL PRIMER CÓNSUL.—DUDAS DEL PAPA ACERCA DE LA BUENA FE DEL GOBIERNO FRANCÉS.—OPINION DE LOS ROMANOS SOBRE EL CONCORDATO DE 1801.

Mientras que se continuaba la negociacion de algunas formalidades con recíproca buena fé, seguia Consalvi, como escribieron á Mr. Cacault, manifestándose hombre de talento y de cuerda conducta. Se le quiso llevar á festines y aun á la ópera: negóse á ello con amable cortesanía. Dijo que aunque no era sacerdote, no le estaban bien semejantes divertimientos: y de este modo esquivó, fingiendo burlarse de sí mismo los pasos que podian comprometerle. Pedia á menudo su audiencia de despedida, y el permiso de volver al lado del Papa.

Sin embargo, como secretario de la legacion

francesa en Roma, mantuve yo las relaciones diplomáticas de costumbre con el Cardenal José Doria, nombrado pro-secretario de Estado, en ausencia del Cardenal Consalvi. Sospecho que se le dió este cargo, solo porque no era difícil el volver á quitársele. Eran sus relaciones conmigo oficiosas: no desdennándose de venir en persona á mi humilde aposento á saber las noticias de Francia. El Papa no gustaba mucho de él, porque este Cardenal no quería al Cardenal Consalvi.

Diré á quienes queria mas su Santidad; porque así esplicaré de paso el estado en que el Cardenal Consalvi halló la corte de Roma.

Uno de los que mas crédito tenian con el Papa, despues del Cardenal favorito, era Monseñor Bertazzoli, administrador del obispado de Imola, que el Papa se habia reservado particularmente para sí. Mantenía con su Santidad una correspondencia tirada. Era hombre apacible y culto, pero débil de carácter. Habia este prelado prestado dinero al Cardenal Chiaramonti, que no tenia lo necesario para ir al cónclave de Venecia, porque daba mensualmente á los pobres la mitad de sus rentas episcopales. Pio VII solia decir, que era deudor á este prelado de la fortuna, si tal podia llamarse, de haber sido nombrado Papa: y añadia: “sin la jenerosa oferta de Monseñor Bertaz-

zoli, el Cardenal obispo de Imola no hubiera tenido con qué hacer el viaje á Venecia, segun su jerarquía. Apenas hubiera tenido bastante dinero para ir á pie peregrinando con sus conclavistas y algunos criados."

Otro tambien, segun se aseguraba, habia abierto su bolsillo al Cardenal de Imola. Era este el Sr. Marconi, despues jenerosamente recompensado con un empleo que le hizo adquirir considerable fortuna. Algunos me aseguraron, respecto á Monseñor Bertazzoli, que tuvo parte en la redaccion de la Homilia de 1797, en lo que concierne á las concesiones democráticas: no tengo pruebas para creerlo; mas por desgracia, la conducta ulterior de este prelado en circunstancia mucho mas importante, dará por largo tiempo pretesto á repetir semejante calumnia.

Los demas consejeros de Su Santidad eran el Cardenal Pacca, promovido á la púrpura en 23 de febrero de 1801, antiguo nuncio en Alemania y en Portugal, hombre de talento, literato aventajado, de condicion apacible, pero firme y noblemente decidido en sus opiniones religiosas: Monseñor di Pietro, consumado teólogo: Monseñor Menochio, prelado embebido en la devocion. En los primeros dias, frecuentó mucho la corte el Cardenal Maury, pero de ahí á poco se retiró á su

obispado de Montefiascone , donde estaba fundando con grandes gastos una biblioteca destinada á los estudios del seminario de su diócesis. No puede , pues , contarse entre los que veian al Papa de continuo.

El Cardenal Antonelli previó sagazmente y á tiempo , cual iba á ser la eleccion definitiva del cónclave , y abandonando al Austria, dejó sin resistencia que los votos de su faccion se adhiriesen al partido del prelado Consalvi , no dando oidos entonces mas que á su íntimo acatamiento á la Santa Sede , que es el que une siempre á los Cardenales con los intereses de Roma. Asi es que el Papa tuvo constantemente muchas consideraciones con este Eminentísimo, de quien, segun decia, era debido honrar los setenta y un años , la larga esperiencia y el arrepentimiento. Fuera de que el Cardenal Antonelli, mas etiquetero que el Cardenal Maury, nunca hubiera sufrido se diese á su condescendencia , corta paga de reconocimiento. Habia hecho un servicio , porque es siempre mas honrosa una eleccion por unanimidad , que por mayoría. Recibia tambien á menudo el Santo Padre al Cardenal Roverella , porque S. E. fué uno de los primeros á declararse á su favor, contribuyendo á que se determinase la votacion del sacro colegio.

Empero , todos estos juntos , no se atrevian,

sin embargo, ni con cartas ni con razonamientos, á rivalizar con el favor del Cardenal Consalvi, aunque principiaban ya á obrar sordamente contra él, y se preparaban á acometerle con violencia, lograse ó no, buena acogida en París. De todo se sirve en su ceguedad el espíritu de partido. Valíase el Cardenal Fabricio Ruffo, ministro plenipotenciario de Nápoles en Roma, de cuantos medios estaban á su alcance para servir á su soberano, á pesar de los motivos que tenia para estar de él descontento. Algunos emisarios ingleses esparcieron rumores alarmantes. Queríase obligar al Papa á que dejase Roma, y fuese á la isla de Malta perdida por los franceses en 5 de setiembre de 1800. Se trató de sublevar el pueblo. Repetíase á cada paso, y por toda la ciudad esta sátira, que solo tiene gracia y sal en italiano (1)

*Pio (VI) per conservar la fede,
perde la sede.*

*Pio (VII) per conservar la sede
perde la fede.*

Aludíase á la conducta de Pio VI, que segun se decia, perdió la Santa Sede, por conservar la fé, contraponiendo esta conducta á la de Pio VII á

(1) Maldita la gracia ni la sal que se descubren, segun el autor frances dice en el testo, en esa sátira insulsa. N. del Tr.

quien se acusaba de perder la fé por conservar la Santa Sede: por lo demas, esta sátira que encerraba un elogio de Pio VI, era la mas injusta que pudo hacerse del nuevo Pontifice.

No se perdonó á mí tampoco: recibí antes de concluir el concordato cartas anónimas. Y un dia recibí un pliego de M. Alquier, que me probó cuanto desagradaba á él, y á M. Acton, la buena armonía que estaba para entablarse entre la Santa Sede y el primer cónsul; he aquí la carta.

“ *Mi amistad hácia V.* se asusta al ver su resolucion de permanecer en Roma, en caso que el ministro se retire á Florencia, vista la órden que se le ha enviado. Parece evidente que la intencion deliberada del gobierno, es la de no dejar en Roma ningun agente frances, acreditado como diplomático, si el Papa se niega á lo que se le pide: ¿y no considera V. cuán en contra de semejantes miras obraria V. no siguiendo á su jefe el ministro? Lo resuelto por V. echará á perder necesariamente el efecto esperado de la *retirada* que el primer cónsul ordena.

¿Y además, que haria V. en Roma, marchándose el ciudadano Cacault, quedando sin títulos, funciones, ni poderes? Si sucede el menor movimiento, no podrá V. impedirle, y no dejarán de decir que V. le ecsitó; porque cuantos bulliciosos y acalorados hay en Roma, y muchos hay, se reunirán en torno á V. y, á mi parecer, comprometerá V. bien livianamente su responsabilidad, por un paso que le va á asociar á todas las locuras factibles.

Dejando otras observaciones, me limitaré á decir á V. que sin una órden que, despues de partido Mr. Cacault, le autorice á V. á permanecer en Roma, no hay razon para que se cargue V. con la responsabilidad de la estada.

Mucho deseo que las observaciones que mi *afecto* me dicta tengan para V. la importancia que tienen en realidad. Adios, esté V. seguro de mi *amistad*, y márchese si se retira el ministro, que en ello obrará bien y cuerdamente. No titubee V. en enviarme un propio, si acaeciere algo de momento."

Respondí á Mr. Alquier que solo de palabra podría decirle las razones de mi permanencia: que el mismo dia de la llegada de Mr. Cacault, se presentaron en su casa los revolucionarios, á los que mandó decir, que mientras estuviese en Roma no recibiría á ninguno dellos: que yo le prometía hacer lo mismo, y que estaba muy dispuesto á hacerlo: que mi trato estaba reducido á un benedictino, hombre de talento, llamado don Silvestre Torelli, abad de san Esteban del Cacco, y que no nos dábamos reciprocamente malos consejos: que bien podría haber algunas conmociones en Roma, *donde Nápoles intrigaba para volver á entrar*, pero que en este caso dejaría al gobierno que obrase en su casa á su antojo: y en una palabra, que el *espíritu* del Cardenal Consalvi mandaba sin obstáculo en Roma, mientras él estaba en Francia; y tendría yo bien poca razon en no creerme seguro, con rehenes tales en Paris: que por otra parte yo debía ver en Mr. Cacault á mi jefe, y al que mejor conocia los negocios de Italia, en particular los de Roma: que él fué quien me dejó en Roma, donde es-

taría hasta que él ó el gobierno frances me mandasen lo contrario.

Avino entonces, é ignoro el cómo, que agentes, extraños á la diplomacia, escribieron al primer cónsul contra el Cardenal Maury, quien solia venir de cuando en cuando desde Montefiascone, á pasar algunos dias en Roma, por motivos bien inocentes, y el principal por comprar libros.

Encendido Bonaparte con tales relaciones, y devorado ya de antemano, por el ódio que abrigaba contra la casa de Borbon, quiso que el Papa prohibiese á este Cardenal la entrada en Roma. Sensible es decir que el gobierno romano dió en este punto, completa satisfaccion á los enemigos del Cardenal Maury, á pesar de algunas palabras, que en favor de este Eminentísimo profirió el Cardenal Consalvi en Paris. Con este motivo, me escribió de oficio el 22 de julio el Cardenal José Doria, que el Cardenal Maury habia ya vuelto á su obispado de Montefiascone; lo que equivalía como de antemano me lo aseguró verbalmente, á decir que este Emmo. no volvería á Roma. Llegaba hasta asegurarme en el oficio que el Cardenal Maury habia salido á las ocho y media, que segun la manera de contar los italianos, es en el mes de julio, la hora de las cuatro de la mañana. Respetaba yo,

sin conocerle, al cardenal Maury, y sentí sus sin-sabores. La conducta de este Cardenal fué siempre irrepreensible, aun considerada respecto á sus opiniones, opuestas entonces á las de Bonaparte. Su correspondencia con Luis XVIII era ya casi ninguna, y este Cardenal que acababa de prestar grandes servicios en el cónclave, y por los que se le prometieron entonces grandes cosas, bien merecía que nada de todo esto se olvidase.

Seguíase amedrentando al Papa, y aconsejándole á no concluir definitivamente ó á no ratificar un concordato, del que podria resultar la pacificación de la Vandée, y de parte del Mediodia de Francia, porque así convenia á los enemigos de Bonaparte, para suscitarle otros nuevos.

Tuve á la sazón que ir al palacio Quirinal, residencia del Papa (llámase tambien palacio de *Monte-Cavallo*, por el sitio en que se halla situado) para regradar á su Santidad, porque espontaneamente mandó dar pólvora y municiones de guerra á los buques de los comerciantes jenoveses, bloqueados en el puerto de Civita Vecchia, por algunos corsarios ingleses. Decidiéronse los capitanes jenoveses, reanimados de nuevo valor, á salir del puerto, y ahuyentaron los tales ingleses, que no obstante su pabellon, al cabo no eran mas que

unos sicilianos provistos de patentes con sello británico.

Habléle al Papa del agradecimiento que en Paris ecsitaría el proceder del gobierno romano. Mostróse el santo Padre, contra su costumbre, frio, taciturno, y con el talante de un hombre atormetado de cierta preocupacion.

Le pregunté si su salud se habia alterado: “Nos hallamos bastante bien, respondió, pero tenemos enojosos disgustos. ¿Se procede en Paris con franqueza? ¿Dura aun, despues de haber firmado, el deseo de estar en paz con nosotros?” Buscó entonces entre muchos papeles que habia en su mesa, un impreso. Le leyó para sí, y presentándomele despues: “He aquí una proclama hecha en Egipto, y dirigida á los turcos, dos años hace en que se les asegura que se ha echado ya de Roma al Vicario de Jesucristo en la tierra. Esto es acusar injusta y gratuitamente: y eso no es cierto ademas. No se le llevó á Pio VI por órden del jeneral: no se cometió tal crueldad. Bien ve V., caballero, que nuestros amigos nos presentan esta clase de documentos, á fin de ilustrarnos y ayudarnos mejor.”

El documento era un *Monitor* falso, impreso en papel comun por algunos descontentos y ma-

lévolos, y que contenía actos relativos á la expedicion de Bonaparte á Egipto.

¿Y vuestra Santidad, respondí, presta oídos á lo que puedan decir los enemigos del gobierno consular? En Paris se ha dicho é impreso oficialmente, y no en documento subrepticio é inventado como éste, que vuestra Santidad, siendo Obispo de Imola, atizó la revolucion de Lugo, que dió una proclama en que llamaba á los franceses *perros devoradores, lobos sanguinarios*: y este hecho es falso, enteramente falso. Todo al contrario: de boca de vuestra Santidad no han salido mas que palabras de caridad, de mansedumbre, de concordia. En medio de las pasiones de la guerra, persíguense los hombres hasta con calumnias. Por otra parte Vuestra Santidad misma ha respondido á la acusacion de Egipto.

“Estoy muy persuadido, que el primer cónsul quiere de buena fé el restablecimiento de la religion; y puede ser otro el deseo de Vuestra Santidad?”

“Pues bien, respondió el Papa, dejemos lo pasado. Guardemos nuestras mútuas faltas, si las tenemos, y reparémoslas con una inalterable buena fé.

Procuré por mi parte variar de conversacion, y dije á su Santidad que si Paris quisiese quejar-

se tendria otro motivo mayor: “El santo Padre sabe, que últimamente se han presentado al público, *en el Corso*, grabados ingleses en que se representa la despedida de Luis XVI á su familia, y su suplicio en la plaza de Luis XV. Se han espuesto estas consternadoras estampas, con ánimo de incitar al pueblo contra los franceses. De ellos se ha insultado á algunos. El actual gobierno de Francia reprueba horrorizado este crimen, y toda complicidad con los asesinos de Luis XVI. Vuestra Santidad sabe lo que le ha dicho Mr. Cacault muchas veces, en punto á esta espantosa catástrofe. ¿Por qué pues, poner de manifiesto en tal sazón esas estampas? “Después de haber dicho el Papa, como hablándose á sí mismo, *Ah, Nápoli! sempre Nápoli!* repuso: “Pero V. ha escrito al Cardenal Doria, y él ha satisfecho ya. Y es cierto que si se hubiese sabido el caso de antemano en el *governo* se hubieran mandado recojer las estampas; mas V. sin duda lo supo primero, avisado por algunos franceses.”—“Avisáronme, en efecto, franceses, á quienes los mirones decían; “*ved, señores, lo que ha hecho vuestra nación.*” El Cardenal José, dijo con viveza el santo Padre, ha merecido grandemente nuestra alabanza.”—La conversacion jiró después sobre Paris y el Cardenal Consalvi, á quien el Papa no cesó de alabar. Las últimas palabras del

Pontifice, al hablar de Consalvi, fueron estas: *Basta che ci ritorni!* “Basta que se nos vuelva acá!”

Ya no podían disimularse los esfuerzos que los enemigos multiplicaban para entorpecer en Roma las negociaciones de Francia.

Algunos que consideraban diversamente el interés de su país, y el de su Santidad, decían para apoyar los proyectos del Cardenal Consalvi: “La capital de la santa Sede no guarda proporcion con las provincias que posee. Las contribuciones del estado, tal cual es (Francia se apoderó de las legaciones, y las dió á la república Cisalpina) apenas llegan á cuatro millones de escudos (pesos fuertes), que no bastan á alimentar un gobierno, y una administracion en correspondencia con todo el universo. Ya Francia no envía dinero á Roma: las relaciones con Alemania no son mas que un tejido de animosidad y enfado: España principia á declararse independiente: solo Portugal permanece fiel: la poblacion del estado romano, privado en el dia de sus tres legaciones, apenas pasa de un millon de hombres; y Toscana se halla hoy en poder de Francia. Halagando al primer cónsul, y alcanzando su favor, puede esperarse la cesion de Sena ó la restitucion de las legaciones ó un ensanche hácia la Marca de Ancona, ó hácia el país de Nápo-

les: el primer cónsul es, quien distribuye hoy las partes de Italia.”

Discurriendo tambien otros observadores, sobre las relaciones de Roma con Europa, asunto favorito de los políticos de Roma; hablaban del tratado hecho en Nápoles en 1799, y veian en él un deseo de acabar con el poder temporal de Roma, dividiendo sus estados entre Fernando IV y el gabinete de Viena. Era, pues, necesario, segun ellos, el echar la mira á provincias que ya habian pertenecido á Roma, y á obtener el favor del primer cónsul. Consiguiendo éste con la ratificacion del concordato. Grande será, decian, su importancia relijiosa, y *el poder que dará á Roma sobre el episcopado del universo.*

CAPITULO TRECE.

EL CARDENAL CONSALVI SOLICITA PRESENTAR EL CONCORDATO AL PRIMER CONSUL.—MADAMA MURAT Y MR. CACAULT VAN A VENECIA.—DESCONTENTO QUE ESTE VIAJE OCASIONA.—EL CARDENAL CONSALVI PRESENTA EL CONCORDATO AL PRIMER CONSUL EN UNA AUDIENCIA PUBLICA.

Tales eran los matices de opiniones entre los cuales Pio VII debía escojer el pensamiento que convenía á los intereses de la santa Sede, mientras que el verdadero negociador se hallaba en Paris, sin curarse ni de sus admiradores, ni de sus adversarios de Roma. Decidía solo del negocio, sin dejar, no obstante, de consultar, para ulteriores determinaciones, al célebre canonista Caselli, y al Arzobispo de Corinto, Spina, hombre de sagacidad y de ingenio, al mismo tiempo que cachazudo y conciliador.

Concluidos los trabajos previos el Cardenal pidió al primer cónsul una audiencia pública, pa-

ra entregarle solemnemente una copia oficial del concordato.

Mientras con grande vehemencia se agitaban en Paris y en Roma cuestiones mas ó menos importantes sobre este asunto, el jeneral Murat, y su esposa, señora de un carácter amabilísimo, trataban en Florencia á Mr. Cacault del modo mas lisonjero. El ministro, que se contentaba con mantener libre á su querida Roma de la visita de un ejército, respondía con la mayor cordialidad y gratitud á estas pruebas de deferencia. Un dia le dijo Madama Murat á Mr. Cacault:—"Me parece que debeis llenaros de tedio en Florencia: vuestros negocios se despachan satisfactoriamente en Paris y en Roma; yo tengo fortísimo deseo de visitar á Venecia; tomad los pasaportes que gustéis, venid conmigo, *yo seré vuestra hija*, y en pocos dias estaremos de vuelta, sin que nadie haya sospechado nuestro viaje, escepto el jeneral que lo consiente. Yo no puedo pasar sin ver à Venecia, en donde tampoco habeis estado."

Partió, pues el buen ministro con su *hija*, llegó, visitó los principales monumentos, pero se escaparon á *Madama Murat*, dos ó tres palabras de que debiera haberse abstenido *Madamisela Cacault*. Un mozo de la fonda que las habia oido,

no tardó en repetirlas á la policía, cuyos agentes averiguaron al fin que era el viajero un antiguo diplomático frances, ministro titular de Roma, y la supuesta *hija*, hermana del primer cónsul, y esposa del jeneral que mandaba treinta mil hombres en Florencia. Ambos personajes se habian introducido de incógnito en Venecia. Empezaron á espedirse despachos á Viena, correos extraordinarios á Paris; pidió una audiencia el ministro austriaco Mr. de Cobenzl, y todo se volvía quejas, sospechas y preguntas aclaratorias. El primer cónsul declaró con bastante calor, que su ministro de Roma estaba en Florencia por razones que él sabía, que su hermana estaba tambien en Florencia con su esposo; que la policía de Venecia, así como las demas de Europa poseía una imajinacion algo poética; pero el ministro austriaco insistía y daba de ambos personajes los mas ecsactos pormenores. Mr. Cacault, y la esposa del jeneral, aparecieron de nuevo en Florencia como si no hubiesen estado ausentes y estos rumores que produjeron multitud de extraordinarios, temores, aprension de que el concordato se rompiese, inquietud en Viena, temor en Roma (1) y en Nápoles, y singular repro-

(1) Vino una tarde á mi casa el Cardenal Doria, y lleno de inquietud, me Dijo que el Papa deseaba verme al dia siguiente, y hablarme de Cacault que habia partido de Florencia. díjome el santo Padre:—"Con-

bacion en Paris, se apaciguaron poco á poco sin perder totalmente su misterio. Trataba el primer cónsul con muchas potencias y este contratiempo embarazó algun tanto las negociaciones.

Vueltos los negocios á su ordinario cauce, se presentó el Cardenal Consalvi el dia señalado para la audiencia en el palacio de las Tullerías revestido de púrpura y llevando en la mano la copia del tratado. Miraba el Cardenal modestamente al primer cónsul y al verle reir súbita y fuertemente se detuvo y dudó si debería acercarse. Los cortesanos le advirtieron que un motivo especial que nada tenía de comun con su Eminencia habia causado la hilaridad del cónsul, que con efecto habia ya vuelto á su austera y acostumbrada solemnidad. Al ver al Cardenal Consalvi le dirigió una de aquellas gratas y espresivas miradas con que solía honrar á sus favoritos y recibió de manos del prelado, aquel inmortal documento, una de las mas sólidas y mas brillantes glorias del consulado

qué nuestro Cacault ha dejado á Toscana? Parece que ha ido á una funcion de recreo. Monseñor Caleppi nos lo escribe de Florencia." — Yo negué como hacian en Paris, y me equivoqué.

CAPITULO CATORCE.

VUELVEN A ROMA MR. CACAULT Y EL CARDENAL CONSALVI.—EL CARDENAL CAPRARA NOMBRADO LEGADO EN FRANCIA.—CARTA ESCRITA POR CATORCE OBISPOS FRANCESES EMIGRADOS EN LONDRES, EN RESPUESTA A LAS NOTIFICACIONES DEL PAPA.—ESPOSICION DE MR. BERNIER.—INCIDENTES RELATIVOS A LOS REGALOS QUE HABIAN DE HACERSE POR EL CONCORDATO.—MR. PORTALIS.—ESPOSICION DE UN AJENTE ACERCA DE LOS OBISPOS FRANCESES REFUJIADOS EN ALEMANIA.

El Cardenal Consalvi volvió al fin á Roma para someter el concordato á la ratificacion del santo Padre. Su Santidad le selló el 15 de agosto del mismo año; y se firmó en Paris en 8 de setiembre. Entonces comenzaron nuevas angustias para la corte de Roma. Era ya necesario escribir á los antiguos Obispos pidiéndoles su dimision segun el artículo 3.º del concordato; y esta carta, cuya redaccion parecía difícil, era sencilla en sus espresiones, mas imperiosa en sus mandatos. Si-

multaneamente el Cardenal Caprara fué nombrado *Legado á latere* para llevar á cabo el restablecimiento del culto en Francia. Mr. Cacault tambien habia recibido órden para volver á Roma á ocupar su puesto de ministro, despues que el primer cónsul y el gobierno habían elojado en todos sentidos su conducta.

La primer respuesta á las notificaciones espedidas en virtud del concordato, fué una carta de catorce Obispos franceses desterrados en Inglaterra en que con toda franqueza manifestaban hallarse decididos á *templar su obediencia* á las instrucciones papales, no concibiendo cómo podía favorecer los intereses de la unidad relijiosa, el dejar viudas de una vez á todas las iglesias de Francia, añadiendo que en otro escrito amplificarían sus ideas, é indicando que solo un concilio de todos los Obispos franceses podía abrir al Papa camino para evitar los males presentes.

Aflijó mucho al santo Padre el contenido de esta carta.—“Entramos en un mar de aflicciones”—Dijo al Cardenal Consalvi, que le contestó.—“Ya esperaba yo este escrito, aunque no creía que llegase tan pronto. Las mas graves meditaciones nos son necesarias; pero nuestras intenciones son relijiosas y justas y no permitirá Dios que nos estraviemos. ¿Es acaso posible un concilio

lio de todos los Obispos? Jimen, es cierto, fuera de su patria prelados virtuosos; pero por ellos hemos de abandonar á tantos católicos como carecen de pastor en Francia?"—No pudo decir mas al santo Padre que le escuchaba conmovido, y que pasó á consolarse con la oracion.

Mr. Bernier estaba encargado en Paris de parte de la ejecucion de los principales artículos del concordato; y se le apremiaba para que diese cuenta de su proceder en este punto. Mr. Bernier envió al ministro de negocios extranjeros, con fecha del 3 vendimiario, año 10 (25 de setiembre de 1801), la carta siguiente, relativa á las dimisiones pedidas á los antiguos Obispos de Francia:

"Luego que los antiguos Obispos residentes en Francia se enteraron de las disposiciones del breve de su Santidad el Papa Pio VII del 15 de agosto último; se dieron prisa á obedecerlas: y nada mas conforme al espíritu de paz que debe caracterizar los ministros de la religion, que las disposiciones manifestadas por ellos.

Su decano en edad, el Obispo de Marsella, anciano de 92 años, ejemplo de sus colegas, escribió á Monseñor Spina el 21 de setiembre:—"Con respeto y sumision filial he recibido, el breve que V. me envía de parte de Nuestro Santo Padre el Papa: lleno de veneracion y de obediencia por sus decretos, y queriendo estar unido siempre á él con el corazon y el espíritu, no vacilo en poner en manos de su Santidad mi dimision del obispado de Marsella. Basta, para que yo me resigne, que su Santidad lo juzgue necesario para la conservacion de la religion en Francia."

El mismo día el Obispo de Senlis, primer limosnero en otro tiempo de Luis XVI escribió—"que por adhesion á la relijion, y por conservar la unidad católica; para procurar el bien y provecho de los fieles, y para coadyuvar á las miras paternales de su Santidad, resignaba voluntariamente, y de buen grado, la silla episcopal de Senlis, y hacía de ella libre dimision en manos de su Santidad."

Precedióle el Obispo de San Claudio, escribiendo el 16 del mismo mes:—"Respeto demasiado las órdenes de su Santidad para no conformarme á ellas. Nada será para mí cualquier sacrificio, cuando se tratare del restablecimiento de la relijion, y de la gloria de su divino autor."

"Obispo para bien del pueblo, dice á su vez el Obispo de San Papul; dejaré de serlo porque nada se oponga á su futura union, considerándome afortunado con poder á este precio, contribuir á la tranquilidad de la iglesia, y á la prosperidad de los franceses."

Y el Obispo de Alaís, abundando en el mismo sentir, escribía:—"Me tengo por feliz, en favorecer con mi dimision, á las miras pacíficas, conciliadoras, y llenas de sabiduría, que su Santidad se ha propuesto. Ruego á Dios bendiga sus intenciones piadosas, y le libre de aquellas contradicciones que podrian afligir su corazon paternal."

En el mismo sentido estaban hechas las dimisiones de los Obispos de san Malo (1), y de Angers, respirando el mismo espíritu de paz, de deferencia y sumision. ¿Y qué hay que admirarse? ¿No les dieron el ejemplo los Obispos que fueron individuos de la asamblea constituyente? El 3 de mayo de 1791

(1) En la del Obispo de san Malo se notaron la jenerosidad y noble muestra de obediencia en que está concebida, y el hondo pesar, muestra de constante fidelidad á los reyes de la familia de Borbon. Hasta 1814 no quiso despues este prelado, admitir ninguna nueva mitra.

escribían estos al Papa:—" Hacemos en vuestras manos nuestra dimision, porque nada se oponga al andamento que vuestra Santidad adoptare, en su sabiduria, para restablecer la paz en el seno de la iglesia galicana. "

¿ Puede darse dimision mas clara y esplicita? Esta carta la firmaron treinta Obispos, de los varios que ecsisten hoy en Londres: y sería muy extraño que ahora deliberasen, sobre una dimision no solo ofrecida, sino dada ya ha mas de diez años (1): Y aun hay mas: en esa misma carta salieron garantes para con su Santidad, que sus cólegas imitarían su ejemplo.—" Porque hasta ahora (decian) hemos conseguido que aprobasen unánimes la esposicion de nuestros principios; y sus disposiciones nobles y jenerosas no nos serán contrarias, al ofrecer nosotros cuanto podemos para vencer todos los obstaculos."

¿ Y qué dirían Francia, Roma, Europa, de tales promesas, de esta garantia, de estas *disposiciones nobles, jenerosas*, con tal autenticidad anunciadas; si viesen hoy á esos mismos Obispos titubear, deliberar y buscar medios evasivos? Es de esperar pues, que el amor de la paz, de la relijion y de su patria, y el deseo de hacer ver á la Europa la verdad de las promesas que hicieron; les inspire un comun acuerdo, y les substraiga á la influencia de los diversos partidos, de que su estado los separa.

Entre los muchos enemigos de la Francia residentes en Roma, se imaginó un extraño medio de estorbar por algun tiempo la publicacion del con-

(1) Debiera Mr. Bernier haber considerado que las circunstancias eran diversas. Los que en 1791 daban su dimision, lo hacian con el fin de restablecer los negocios de la iglesia. Y hasta aqui estamos conformes. Pero no fué su ánimo el abandonar á Luis XVI, y tambien sabian que Luis XVI nunca los desampararía á ellos. Cuando se argumenta de una circunstancia por otra, es menester en buena lójica una semejanza positiva entre ambas.

cordato. Crearon mil dificultades acerca de los regalos y presentes que con tal ocasion era necesario distribuir. Esplotábase principalmente la idea , de que estando tan apurada la santa Sede no podría pagar el considerable coste de los regalos precisos. El Papa , siempre bueno y moderado , siempre económico , y á quien el partido opuesto al concordato quería sin duda reducir á la austera rijidez de un prior de Capuchinos, declaró que no era posible que incurriese Roma en tan esorbitantes dispendios. El Cardenal Consalvi, sin ecsaminarlas demasiado transfirió estas reflexiones á Mr. Cacault , que las creyó intempestivas, pero dió parte de ellas á su gobierno suavizando en lo posible la imprudente aspereza de tal indicacion. Al mismo tiempo trata de sacar al Papa y al Cardenal , de aquella inesperada y escesiva parsimonia.

En este intervalo había hecho la Francia á Monseñor Spina un presente de grande valor, y se preparaba otro mucho mas espléndido para el Cardenal Consalvi. Mr. Cacault escribió á su gobierno, que no obstante la oposicion manifestada por el Papa y por el Cardenal á los presentes, habian producido mui buen efecto.

Que el mismo producirian los que se enviasen á los hermanos Evangelisti, oficiales de la secretaría de Estado.

Remitiósele á Monseñor Spina una caja para el Cardenal Consalvi , que envió á la primer ocasion. Llegó á Roma la caja á fines de septiembre con una carta de Mr. Talleyrand , concebida en términos los mas espresivos y lisonjeros para el Cardenal. El consejo de cardenales fué de parecer se aceptase el concordato con todas sus consecuencias necesarias. Respondió el Cardenal en lengua francesa, con fecha de 30 de septiembre:

Esclentísimo Señor:

“Por medio de Monseñor Arzobispo de Corinto, he recibido la caja que el primer cónsul ha tenido á bien enviarme, en testimonio de los sentimientos que abriga á favor mio. Y no solo por esta razon, como dice V. E., debe ser de precio para mí regalo de suyo tan primoroso: si bien es cierto todavia que su valor primero consiste en que ella me ofrece una prueba del aprecio del primer cónsul: y bajo este aspecto, su valor es inapreciable. Pido á V. E. le haga presente mi respeto profundo y mi agradecimiento grandísimo, ya por la cosa en sí, ya por lo que prueba.”

Me lisonjea en sumo grado la satisfaccion experimentada por el primer cónsul, segun lo asegura V. E., al ver la prontitud con que se ha concluido todo lo concerniente á la convencion eclesiástica. Nada podia serme mas satisfactorio, que el afirmarme V. E. se sirve el primer cónsul atribuir á mi perseverante zelo, la conclusion, en gran parte, de esta memorable é importantísima transaccion. V. E. conoce que ese mismo perseverante zelo responde, de que nada perdonaré, para apresurar aquí, cuanto sea posible. el momento de que se ponga en práctica lo nuevamente establecido.

“ Encargado está el señor Arzobispo de Corinto, de hacer saber á V. E. cuanto le escribo por el correo de hoy, relativo á este mútuo deseo. Tambien enterará á V. E. del mismo negocio Mr. Cacault, ministro plenipotenciario de la república francesa cerca de la santa Sede.

“ Pido á V. E. se persuada del especial reconocimiento con que miro la consideracion que me ha manifestado, y del deseo que me anima de ver admitida la oferta de mis servicios, y cuanto fuere de su agrado. Me gozaré en gran manera si puedo comprobar un dia, con hechos, el sentimiento, hácia V. E. de mi alta consideracion: soy de V. E.

afectísimo servidor,

Firmado HERCULES, CARDENAL CONSALVI.

Llegó á Paris el Cardenal legado *á latere*, á cuatro de Octubre. Entonces se penetró el primer cónsul de la buena fé de la corte romana ; y la prosperidad en que se hallaban sus negocios , contribuyó no poco á su buena disposicion. Se decidió á escribir espontaneamente al Papa ; hablóle en su carta de la paz concluida con la Inglaterra, y la Rusia ; y de los tratados de alianza firmados con el Portugal y la Puerta Otomana. Pidió á su Santidad interviniese en el nombramiento de un nuevo Gran maestro de la orden de Malta. Por último, prometia pedir él mismo á la corte de Nápoles, restituyese á la Santa Sede, los principados de Benevento y Ponte Corvo , que el Caballero Acton se negaba á dejar. Acababa el primer cónsul , aconsejando al Papa crease tropas para ocu-

par á Ancona : y hablábale tambien de la venta de bienes nacionales , hecha por la republica romana, y recojida por la camara apóstolica , que prometia reembolsar á los compradores de la cuarta parte de lo que hubiesen desembolsado. Los compradores de dichos bienes los habian pagado con créditos y valores casi nulos , y la cuarta parte mencionada por el Padre Santo , equivalía por lo regular, solo á la paga dada á los agentes de la finca, que eran los que habian efectuado estas ventas durante la invasion. La llegada de esta carta reanimó en Roma las esperanzas de los partidarios del concordato.

Llegó tambien la respuesta relativa á los presentes ó regalos. M. de Talleyrand trató esta cuestion en un despacho del 18 vendimiario, año 10, (10 de octubre de 1801), enviado con la carta del primer cónsul á su Santidad.

Espresábase el ministro de esta manera.

„ De orden del primer cónsul os envio , ciudadano , la carta que él mismo escribe á su Santidad ; para que entregándosela sin tardanza, despachéis un correo extraordinario con la respuesta que recibiereis del Padre Santo. Presentáronse vuestras cartas al primer cónsul.

He hecho comunicar al ministro de la guerra aquellas , en que se piden mas particularizadas instrucciones , respecto á los fondos que su departamento debe señalar , y á la contabilidad de estos fondos.

Las observaciones de la corte de Roma mencionadas en la vuestra del 2 complementario (19 septiembre de 1801), respecto á los presentes, ni han hecho, ni debian hacer ninguna impresion en el ánimo del primer cónsul: no puede caber en cabeza alguna, que muestras de satisfaccion en todos tiempos usadas entre las potencias, y sin relacion ni proporcion con la naturaleza de los empeños contraidos por los gobiernos, puedan recibir una interpretacion tal como la que se os ha dado á entender. En cuanto á lo que decis acerca del estado pecuniario en que se encuentra la corte de Roma, están bien fundadas vuestras observaciones sobre este punto, y autorizan á esta corte á sacudirse de la reciprocidad de que se ve libre por muchas razones.

„Por lo que hace al gobierno, que hasta hora no tiene los motivos que tiene la corte de Roma para separarse de los usos recibidos, los guardará con ella, sin esperar un contracambio que en las circunstancias actuales seria del todo inútil.

„El 7 vendimiario (29 septiembre de 1801), se firmó un tratado de paz entre Portugal y Francia: y el 17 del corriente (9 de octubre de 1801), se firmó en Paris el tratado preliminar entre la república y la Puerta. Os saludo.

P. D. Algunos rosarios, un camafeo para cada plenipotenciario, una caja con el retrato del Papa, *sin un solo diamante*; he aqui la clase de presentes que mas agradarian (*dictado por el mismo cónsul.*)”

Al recibir esta carta M. Cacault me dijo: „no la enseñaré porque es muy bochornosa, aunque se ha dado un poco de lugar á ella. Me basta el poder conjeturar que se habrá dicho otro tanto y quiza mas al Cardenal Caprara, y en este caso ya sabe este gobierno lo mal que haria en seguir

los malos consejos del Cardenal Fabricio Rufo. No sé como me he dejado ir por el carril que estos llevan. No era preciso traer al nuevo dominador á este terreno de dignidad de maneras, justa correspondencia, orgullo nacional. Era de temerse que el guerrero hablase así al anacoreta: ah! han alzado en Paris sus *reales de tisú*! El primer cónsul es, por lo regular, jenerosísimo, y conmigo lo ha sido: hemos hecho lo que no era necesario hacer. No cometamos nuevas faltas."

Se verá que la preciadísima caja regalada al Cardenal Consalvi, figura en el proceso de esta historia.

Tres dias despues de la llegada del Cardenal legado, se encargó Mr. Portalis del negociado concerniente á los cultos. Despachaba directamente con los cónsules, y sus atribuciones eran: primera, presentar los proyectos de leyes, reglamentos, decretos y decisiones, en materia de cultos: segunda, proponer al primer cónsul los sujetos que considerase á propósito para llenar los cargos de ministros de los diferentes cultos: tercera, ecsaminar antes de su publicacion en Francia todos los rescriptos, bulas y breves de Roma: cuarta, mantener toda la correspondencia interior relativa á estos objetos.

M. Portalis, consejero de Estado de nombradía,

tenido por buen jurisconsulto y por hombre de religión y providad, debía necesariamente encontrar en el consejo quien se le opusiese y le enajenase el ánimo y asentimiento del primer cónsul. Así sucedió.

No se contentó el gobierno consular con las noticias dadas por M. Bernier. Sabedor de que la mayor parte de los Obispos franceses residentes en Londres, rehusaron su dimisión, encargó á un comisionado en Hamburgo investigase el efecto que habia producido en los Obispos franceses domiciliados en Alemania, la petición de dimisiones hecha en el breve del Papa con fecha del 15 de agosto anterior. La repuesta de este agente es como sigue:

No ha llegado aun á manos de los Obispos franceses que residen en el círculo de la Baja-Sajonia, el breve por el cual pide el Papa su dimisión. Estos prelados son los Arzobispos de Rhems y Burges, residentes en Wolfenbutel, el Obispo de Boloña del mar, en Hildesheim, y el Obispo de Pamiers en Bilworder, lugarejo cercano á Hamburgo. Hace algunos dias que se reunieron en Wolfenbutel para determinar la conducta que seguirian en estas circunstancias. El Obispo de Boloña fue absolutamente de parecer que se rehusase la dimisión; y ambos Arzobispos permanecieron indecisos, aunque admirados de la negativa de sus cohermanos residentes en Londres. A pesar de la superioridad del Obispo de Boloña sobre el de Pamiers, por lo que hace á conocimientos, lógica y destreza en discutir; el parecer de este último era tan defendible y estribaba en razo-

nes tan palmarias, que penetró en ambos Arzobispos: déjales ya el Obispo de Pamiers preparados á dar su dimision, y no desconfia de que el mismo Obispo de Boloña se decida á dar la suya. Admirados están de no haber recibido aun el breve de su Santidad.

Sábase que los Obispos recusantes de Lóndres se han dejado llevar del Arzobispo de Narbona, y del Obispo de san Pol; el primero de los cuales adeudado en Francia en muchos millares de francos, y habiéndose formado un mediano pasar en Inglaterra, tiene lo que se llama repugnancia invencible á todo arreglo que no reintegre al clero de Francia en sus riquezas, y el segundo tiene un interés en la administracion de los socorros concedidos á la clerecía francesa emigrada ó deportada: los motivos por los que se dirijen los prelados directores, arrastran á los dirigidos.

Tambien se sabe que durante la guerra de la Vandeé, habiendo prometido el Directorio el restablecimiento del culto católico en aquel pais, si se sometia, temerosos los que dirijan la insurreccion hicieron que se propusiese en asamblea de diez y ocho ó diez y nueve Obispos residentes en Lóndres, una declaracion solemne en nombre de la iglesia de Francia, para que ningun católico pudiese reconocer otra autoridad que la del rey. Los prelados que promovieron esta declaracion son los mismos que han impelido á sus cohermanos á que rehusen la dimision pedida por el Papa. El Arzobispo de Aix, y los Obispos de Cominge y Pamiers, estuvieron en contra de la propuesta declaracion. Y aun el Arzobispo de Colosa los ayudó con todas sus fuerzas, á pesar de que ahora esté de la parte del Arzobispo de Narbona. El de Burdeos no se hallaba entonces en Lóndres. La memoria de esta antiapostólica tentativa, sirve todavia para valuar la conducta actual de los prelados que la imaginaron (1)"

(1) Creemos que en esta relacion se dá cabida con sobrada lijereza

La corte de Roma hacía á su vez cuanto la era dable para lograr las dimisiones , pero cuerdamente y con reserva , porque no ignoraba hasta qué punto debian ser costosas á los pastores de quienes la esperaba.

á los rumores esparcidos sobre la fortuna del Sr. Arzobispo de Narbona, y que su autor no hace mas respecto del Sr. Obispo de san Pol, que repetir una infundada calumnia.

CAPITULO QUINCE.

RESPUESTA DEL PAPA Á UNA CARTA DEL PRIMER CONSUL.

—SOLICITA EL CARDENAL CAPRARA TRASLADAR Á ROMA EL CUERPO DE PIO VI.

Ocupábase el Cardenal Consalvi, de la respuesta que debía dirigir su Santidad á la carta del primer cónsul. No hay historiador que pueda imitar los discursos de la corte de Roma, ni explicar su jenio, tan bien como esta carta llena de claridad y profundo raciocinio. El lector juzgará por sí.

Pius PP. VII.

Querido hijo en J. C. Salud y bendicion apostólica.

Os hemos ya hecho conocer por nuestra carta de 14 del corriente, nuestra satisfaccion por la paz concluida con la Inglaterra; despues hemos recibido con particular reconocimiento de vuestra atencion por nos, la nueva que nos dais de la paz concluida con la Rusia, el Portugal y la Puerta. Grande es nuestro gozo al contemplar el restablecimiento de la buena armonía entre las potencias de Europa, y no podemos ver tan grande beneficio sin honrar y admirar vuestra sabiduría.

Damos gracias á la divina Providencia de tan dichoso suceso, que pone fin á los males que por tan largo tiempo aflijieron

á la humanidad y que promete un porvenir venturoso para el bien de la relijion.

Hemos mandado hacer públicas demostraciones de alegría al mismo tiempo que se celebren acciones de gracia al Todopoderoso. Tambien nos reservamos mandar cantar un solemne *Te Deum* en la iglesia de San Pedro, y celebrar así el convenio eclesiástico felizmente concluido con Francia, cuando os agrade publicar este tratado, como ardientemente deseamos.

Nos gozamos con vos, de las nobles y grandes acciones por las cuales os distinguís, y que producen felicidad á los hombres, y ventajas y gloria á la relijion.

En cuanto al negocio de Malta nos manifestáis el deseo de que intervengamos acerca de las diversas cortes de Europa, para la reorganizacion del órden al cual va á entregarse la isla; el voto de nuestro corazon está conforme con vuestros proyectos por el restablecimiento de esta órden segun los términos de sus estatutos.

Seguramente que no podemos concurrir á esta obra, de otra manera que de la propia al cabeza de la relijion católica; y en este sentido hemos escrito no solamente á Rusia sino tambien á España.

Hemos ordenado á nuestro Secretario de estado que os haga conocer mas circunstanciadamente, tanto por nuestro Cardenal legado, como por medio de vuestro ministro aquí residente, lo que acaba de pasar acerca de este asunto, y hemos manifestado nuestras intenciones. No estamos hasta ahora muy en estado de intervenir con buen ecsito en este negocio. Por un lado la España presenta grandes obstáculos, porque no obteniendo la separacion que nos ha pedido, se opone á toda medida que tienda á dar un jefe al orden; por otra parte diversas potencias católicas se encuentran ya avanzadas en varias direcciones.

No obstante haremos por nuestra parte todos los esfuerzos posibles para lograr un buen resultado, y conciliar las contra-

dictorias opiniones, y nos lisonjemos de que la dichosa circunstancia de la paz jeneral facilite nuestras operaciones.

Respecto al negocio de Benevento y de Ponte-Corvo de que nos hablais, ofreciendonos cortesmente principiar las negociaciones para que se nos restituyan, es cierto que S. M. Siciliana, despues de ocupar estos dos pequeños estados, no los há devuelto sino parcialmente á la santa Sede. Ecsiste una declaracion hecha por S. M. y mi edicto público, en los cuales S. M. declara que nos restituye la soberanía *útil* reservándose el *alto dominio*. De este modo queda la santa Sede feudataria del Rey, relativamente á esta parte de sus estados; cuando por el contrario, el derecho bien conocido de la Iglesia, (derecho cuya prestacion hace pocos años que ha cesado) demuestra que el rey de las dos Sicilias es feudatario de la santa Sede por la totalidad del reino.

Tambien es cierto que con la reserva del *alto dominio*, ha establecido el rey una guarnicion militar, hace nuevas quintas y ejerce otros derechos soberanos incompatibles con nuestra libre soberania. Aun que las esposiciones hechas por nos contra todas estas circunstancias no hayan tenido hasta ahora ningun resultado feliz, sin embargo no abandonamos la esperanza de conseguir justicia por medio de las observaciones recientemente dirigidas á S. M.

Conocemos las ventajas que pueden resultarnos aprovechándonos de vuestros corteses ofrecimientos de mediacion, á fin de que Benevento y Ponte-Corvo nos sean restituidos de modo que los gocemos en plena soberanía como los gozaban nuestros predecesores; pero hemos determinado en nuestro corazon conservar con los soberanos la buena armonía, y evitar todas las ocasiones posibles de disgustos. Para alejar toda desazon por parte de los monarcas que el parentesco una con S. M. y que podrian resentirse de que no nos hubiesemos dirigido á ellos, para obtener esta justicia de S. M. siciliana; al mismo tiempo

para quitar todo pretesto de disgusto á este soberano, que se quejaria de que le hubiésemos querido compeler por medio de una mediacion poderosa, debemos decir con el candor acostumbrado de nuestro corazon:

Pues que os dignais ofrecernos jenerosamente vuestra mediacion, nos hariais grandísimo favor en obrar en este asunto de modo que parezcan vuestros actos nacidos espontáneamente del interés que tomáis en lo que nos es ventajoso.

Os agradecemos el lisonjero modo con que os dignais entrar en los pormenores de la seguridad necesaria á la conservacion de nuestro estado desprovisto de fuerza armada. Seguiremos vuestro consejo aumentando el número de tropas y proveeremos con especialidad á la guarnicion de Ancóna. Sabeis que los medios de conseguirlo nos faltan, pero nacerán, así lo esperamos de las consecuencias de la paz, y de los efectos de vuestra adhesion á la santa Sede, y de nuestra amistad por vuestra persona.

A pesar de nuestra grande pobreza, sabeis que pagamos á los compradores de bienes nacionales la cuarta parte del valor que realmente entregaron sin atender á que Nápoles, Venecia y otros estados anularon estos contratos sin ninguna indemnizacion. Y sin embargo conoceis la diferencia que ecsiste entre las cargas que sostuvo nuestro estado durante esta guerra y las que gravitaron sobre nuestros vecinos. Tambien conoceis la diferencia de los resultados de esta guerra despues de la cual nos encontramos privados de tres legaciones (ademas de los estados de Aviñon y de Carpentras) ricas y florecientes provincias que formaban la mitad de nuestros dominios. Imploramos, pues, su restitucion con plena confianza en vos.

¿Podriamos temer que no quisiésemos tratarnos tan bien como á los otros príncipes á quienes concedéis indemnizaciones? Podríamos temer de vos que el resultado de esta guerra (que no costará un solo palmo de tierra á la magestad del rey de Nápo-

les nuestro vecino) sea tan funesto para la santa Sede, que pierda la mitad de sus estados, sus mejores dominios ?

Os suplicamos que reflexioneis sobre la conducta que la santa Sede ha mantenido relativamente á la Francia. Ya en tiempo de nuestro predecesor se abstuvo la santa Sede de tomar medidas para cuya realizacion no le faltaban escitaciones, limitandose á la sola defensa contra una agresion entonces determinada. Bajo nuestro gobierno ninguna razon de descontento se os ha dado. Remitimosnos á vuestro propio testimonio sobre este particular.

Finalmente os suplicamos que contempleis la absoluta imposibilidad de subsistir en que se halla la soberanía de nuestro principado, oprimido de inmensas y obligatorias cargas, privado, casi totalmente de los subsidios con los cuales en otros tiempos contribuían los extranjeros al sostén y al honor del cabeza de la religion. Nos han quedado pocas provincias, las unas miserables, (si se exceptua la Marca) é incapaces de proveer á sus propias necesidades.

Solamente os diremos que la subvencion ó paga que ha de satisfacerse á setenta cardenales, (pocos hay que como extranjeros tengan de por sí medios de subsistencia) la necesaria para la prelatura cuando se la emplea en oficios dispendiosos, (nos encontramos en el mayor embarazo cuando es preciso enviar personas á las nunciaturas) nos ponen en la mas grande penuria. Las abadías extranjeras se han perdido; las que quedan en nuestras provincias nada valen (las mejores se hallan en las legaciones) ni de manera alguna alcanzan á satisfacer tan graves necesidades.

Imploramos de vuestro corazon magnánimo, sabio y justo la restitution de las tres legaciones (1) y una compensacion por la

(1) Ignoraba entonces la santa Sede (y creo que la publicacion de esta obra le dará la primer noticia) que carecían de regularidad las opera-

pérdida de Aviñon y de Carpentras decretadas por la asamblea constituyente, y no dudamos segun las lisonjeras espresiones que nos habeis dirigido, que rivalizareis en la gloria de bienhechor de la santa Sede con los antiguos jefes (*reggitori*) de la Francia, á los cuales tanto debe, como nosotros recordamos con agradecimiento.

Tenemos muchos motivos de congratularnos por la conducta de los francesees en Roma y especialmente del optimo ministro Cacault, que tanto os ama, así como á su nacion, y que está animado de vuestro espíritu.

No queremos, ó muy amado hijo, deteneros mas con esta carta que dictamos para ahorraros el trabajo de leer nuestra letra poquisimo clara. Asi despues de recomendaros de nuevo el grande interes de la relijion, concediendootos afectuosamente y de todo corazon la paternal bendicion apostólica.

Dada en Roma en Santa Maria la mayor el 24 de octubre de 1801, de nuestro pontificado el 2.º "

PIUS. PP. VII.

Se observará en esta carta en que se hallan fielmente representados el estilo y el carácter del Papa, que Consalvi habia sabido aprovecharse de la ocasion para hacer declarar al primer cónsul todos los sentimientos mas íntimos de la santa Sede.

Por el mismo correo escribió el Cardenal

ciones del tratado de Tolentino: que el Directorio dispuso que solo Mr. Cacault firmase el tratado; que para paliar la primer nulidad (pues Cacault no tenia poderes), Bonaparte inventó otra, firmando lo que no debia.

Pero si la corte romana hubiese sabido estas particularidades, se habria guardado muy bien, de recordarlas al que pensaba, por lo visto, que dos nulidades componian una accion regular.

Consalvi al Cardenal Caprara, diciéndole que pidiese con instancia la restitucion del cuerpo de Pio VI inhumado en el cementerio de Valencia. Si este favor se obtenia del primer cónsul, Monseñor Spina, Arzobispo de Corinto que iba á volver á Italia, estaba encargado de conducir el feretro.

Mr. Cacault escribió por su parte con mucho empeño dando al mismo tiempo á entender , que el primer cónsul accederia probablemente á esta peticion. Con este motivo no cesaba Mr. Cacault de decir á los Romanos: “Ya somos otros hombres y otro gobierno. Ya encontramos convenientes esta clase de satisfacciones: pero Roma no debe darnos por su parte motivos de queja. Pague á los compradores de bienes nacionales la cuarta parte que les prometió. Roma puede ahora ordenar su hacienda. Coyuntura favorable la presenta, el alistamiento de tropas para Ancona, y el pago de esa cuarta parte , que insolvente , seria un semillero de quejas, y altercados revolucionarios. Roma tiene poco, pero tambien debe poquísimo ”

El Cardenal Consalvi se mostraba dispuesto, á seguir estos consejos.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

INFLUENCIA DE LOS ARTISTAS EN ROMA. — MANDA EL PRIMER CONSUL QUE SE ENTREGUE A MONSEÑOR SPINA EL CUERPO DE PIO VI. — DOCUMENTO PREPARADO PARA EL CUERPO LEGISLATIVO DE FRANCIA. — RESPUESTA DE ROMA A LAS PETICIONES DE MR. PORTALIS. — CARTA DE MR. CACAULT A MR. PORTALIS.

Una de las influencias morales mas preponderantes en Roma es la de los artistas. Hay siempre un gran número de ellos, ya nacionales, ya extranjeros, protegidos ó por sus ministros, ó por el gobierno. Acójeseles siempre favorablemente. Debióse el primer ejemplo de esta estimacion por las artes al embajador de España el caballero Azara, y al Cardenal de Bernis, que han continuado despues teniendo imitadores. Contábase entre los mas célebres artistas nacionales al ilustre escultor Canova, bien conocido por sus obras admirables. Concluida que hubo esta su estatua de

Perséo con la cabeza de Medusa (1), propuso á Monseñor Litta, tesorero jeneral (ministro de hacienda de la santa Sede), la adquisicion de esta estatua ; lo que rehusó el ministro. En vista de esto vendió la Canova á Mr. Bossi de Milan. Sabedor el Papa de lo que sin consultarle habia hecho Monseñor Litta; mandó se comprase la estatua á cuenta del gobierno Pontificio, con la sola condicion de pagar á plazos distantes : primer acto de munificencia que mostró públicamente hasta qué punto protejería su Santidad á las bellas artes. El embajador, pues, que tuviere en Roma grandes miramientos con los artistas gozará de gran crédito.

Aguardábanse entretanto con cierta impaciencia en Paris pliegos de Roma : y no bien llegó la carta del Papa para el primer cónsul, cuando el ministro se dió prisa á regradar al Cardenal Caprara. De este modo se dirigió Mr. Talleyrand al Arzobispo de Corinto que partía de Paris.

„Debo aseguraros en nombre del primer cónsul, que el ministro Plenipotenciario de su Santidad, se ha mostrado digno de su mision por su talento, virtudes, y ánimo conciliador,

(1) Hoy está en el Museo Vaticano en el primer gabinete del *Pórtico del Cortile*, con las dos estatuas del mismo Canova, que representan á los dos pujiladores Creugante y Damosseo. (*Nota del traductor*).

granjeándose un derecho á la estima y aprobacion del gobierno francés.”

El 14 de noviembre recibió el Cardenal Caprara la respuesta relativa al cuerpo de Pio VI, concebida en estos términos :

„Señor Cardenal, V. E. me ha hecho el honor de recordarme en carta del 7 de noviembre (16 brumario), el deseo que su Santidad tiene de alcanzar que el cuerpo de su predecesor sea trasportado á Roma : bastó que el primer cónsul supiese cual era el deseo de su Santidad, para darse prisa á satisfacerle con el mayor gusto. He prevenido al ministro de lo Interior, de la próxima partida del Arzobispo de Corinto, á quien debe entregarse el cuerpo del difunto Pontífice. La entrega se hará con la conveniente decencia, y del modo mas conforme á las relaciones amistosas establecidas con su Santidad, y a los sentimientos que le ha mostrado siempre el primer cónsul.”

Entregóse efectivamente al Arzobispo de Corinto el cuerpo del difunto Pontífice, que yacía en el cementerio del pueblo cuando el Cardenal pasó por Valencia, y entregósele sin aparato alguno.

Los gobiernos de Roma y Paris, mantenian, pues, relaciones de amistad entre sí, pudiendo acallar el Papa de este modo las murmuraciones de algunos Cardenales *zelanti* que desaprobaban tamaña amistad con Francia. Empero el primer cónsul, á pesar de lo absoluto que aparecia en Paris, necesitaba dirigirse al cuerpo legislativo de entonces, de un modo que no incitase los antiguos

revolucionarios y ardientes republicanos, enemigos de toda religion.

He aquí como lo hizo:

Las relaciones entre la república francesa y la corte de Roma, fijáronse ya en el tratado de Tolentino: siguióse la guerra que obligó á esta potencia á reclamar jenerosidad y justicia del gobierno de la república: convínose en restablecer el tratado de Tolentino, volviendo la corte de Roma á ocupar su lugar entre los gobiernos de Europa.

Pero, entre la santa Sede considerada como autoridad espiritual, y la Francia considerada como nacion cristiana, ecsisten relaciones que ha largo tiempo se equivocaron, y se tuvieron por defectuosas en su esencia, por haberlas puesto en contradiccion con las instituciones políticas: creyóse estaban rotas, porque se habia establecido por principio el no reconocerlas. El gobierno de la república penetrado de lo peligrosa é injusta que era esta doble equivocacion, creyó de su deber el admitir las proposiciones que le fueron hechas por la cabeza de la religion católica.

Aquí se atribuye el primer cónsul una gloria merecida, y desecha ó no reconoce el haberse anticipado al Cardenal Martiniana despues de la batalla de Marengo. Volvamos á tomar el hilo:

„En su consecuencia, se ha concluido entre los Plenipotenciarios de ambas potencias, un convenio firmado el 26 mesidor, por los ciudadanos José Bonaparte, Cretet y Bernier, ministros de la república, y los señores Cardenal Consalvi, Spina Arzobispo de Corinto, y Caselli.

El Padre Santo ratificó este convenio el 15 de agosto de 1801; y el gobierno de la república el 21 fructidor año IX.

Sentando por *base de hecho*, que el catolicismo es el culto

de la mayoría de los franceses , se ha establecido por la convencion, que el gobierno de la república debe nombrar sus ministros , asegurando su sumision por un juramento solemne de obediencia á la autoridad constitucional, que se haga nueva division ó determinacion de diócesis y parroquias : que den su dimision los antiguos ministros de primero y segundo órden: que sus sucesores no tienen derecho á los bienes del clero antiguo, cuya enajenacion es inviolable : y finalmente , que el gobierno de la república , entra en todos los derechos del gobierno pasado relativos á la iglesia, gozando el culto católico de cuanta libertad y publicidad sean compatibles con el mantenimiento de las leyes."

„Con la estipulacion de estas cláusulas, no hace mas el Gobierno de la república que reconocer las relaciones ecsistentes, y supuesto este reconocimiento , autorizarlas , y conformarlas con los principios de libertad, incompatibles con la coercicion injusta que en su nombre se practica.

„Por lo demas, se han adoptado medios para prevenir las divisiones dimanadas de la diversidad de opiniones entre los ministros del culto , y conservar los derechos de los que prefirieron secularizarse , ora contrayendo obligaciones consagradas por las leyes civiles , ora renunciando públicamente á su estado.

„Con arreglo al art. 50 de la Constitucion , los cónsules de la república , mandan al [cuerpo legislativo el pacto concluido entre la república francesa y la corte de Roma , y en virtud del articulo 44 de la misma Constitucion,] proponen la ley siguiente:

El convenio concluido entre la república francesa, y la corte de Roma, firmado en Paris el 26 mesidor año IX, comunicadas mutuamente las ratificaciones el 23 fructidor siguiente; queda decretado, y se promulgará como ley de la república."

Aun no se conocia este documento tan extraño por su doctrina , cuando el consejero de esta-

do Portalis, impelió á M. de Talleyrand para que dirijiese una nota á la corte de Roma, llena de convenciones sobre la demora de los negocios, y de peticiones nuevas dirijidas al Padre Santo, solicitando en particular la institucion canónica que debia concederse á los Obispos constitucionales. En la respuesta dada por el Cardenal Consalvi á Mr. Cacault, se esplica el estado positivo de los negocios, y se ecsamina la cuestion de los Obispos constitucionales bajo todos sus aspectos. No tiene relacion esta nota sino con los intereses espirituales, y en toda ella reina un estilo de tranquilidad y de sana lójica. (1)

Pongo aqui parte de la traduccion que hice en Roma por aquel tiempo.

CIUDADANO MINISTRO. (2)

El infrascripto secretario de estado, encargado de dar á conocer las intenciones de su Santidad, respecto á la nota que se le ha comuicado, y que contiene las peticiones del conse-

(1) M. Besson, encargado del protocolo de negocios extranjeros en Francia, me ha dicho varias veces que en treinta años de ejercicio en su empleo, no halló entre los documentos diplomáticos mas dignos de nota, otros que se aventajasen á los breves y notas del gobierno Pontificio en los que se echaba de ver un estilo moderado, igual, lleno de imágenes y con buena dialéctica.

(2) Nótese en este relato estas palabras de ciudadano y república: denominaciones afianzadas á fuerza de armas, y que no asustaban á la secretaría pontificia, avezada ya á ellas. Guarda su estilo, y no se cura del de los otros.

jero de Estado Portalis , tiene el honor de esponer lo que sigue , para que tengais á bien trasmitirlo á dicha respetable persona.

Nada ansía mas el Padre Santo , que la pronta y entera ejecucion de la convencion firmada en Paris el 15 de julio , de 1801.

Oblígase Su Santidad por el artículo 2 de este convenio á hacer de concierto con el gobierno francés , una circunscripcion nueva de las diócesis de Francia.

Se queja el gobierno frances de que no llegue la bula de esta circunscripcion ; y nota que el artículo 3 de la convencion dice : *que no se necesita del consentimiento de los Obispos titulares* para suprimir los Obispados antiguos , y erijir otros nuevos. La supresion de los antiguos Obispados , y la creacion de otros nuevos , *trae consigo intrinsecamente la destitucion* de los titulares que los proveyeron , porque una variacion tal , hace que desaparezcan las diócesis de que eran Obispos.

Hace observar su Santidad , que el artículo 3 previene , que habrá lugar á esta medida , aun cuando los titulares *se negasen* á este sacrificio pedido por el Padre Santo.

„Se le reserva esta autoridad á la santa Sede por el artículo 3 , en caso que ellos *se negasen* , porque el obstáculo que semejante negativa acarrearía al restablecimiento de la religion , los haria culpables , y daria lugar á que se ejerciese la suprema autoridad apostólica.

Por eso pareció al es tender el concordato , que en el artículo tercero hubiese estas palabras , „*si se negasen*” ; y que en la bula acordada con el gobierno hubiese estas otras : *y recibidas sus respuestas (cognitâ responsione.)*

Deseaba el Padre Santo que se realizase cuanto antes el concordato , y prescribió en su breve eshortatorio á los Obispos el corto espacio de diez dias para que respondiesen , indicando.

les que de no hacerlo , ó de hacerlo tarde , se consideraría como si hubiesen dado una negativa , y se creería su Santidad con facultad de proceder por sí mismo á cuanto juzgare necesario. para el restablecimiento de la religion con arreglo al art. 3. del concordato.

Quéjase el gobierno de que el breve enviado prontamente á los Arzobispos y Obispos residentes en Francia é Inglaterra, por medio de Monseñor Arzobispo de Corinto ; no le hayan recibido los Obispos refujiados en Alemania y España , y de no habérseles remitido por correos extraordinarios. El haber sido enviados con tal prontitud á los Obispos residentes en Francia y en Lóndres, puede servir de prueba al gobierno, de la sollicitud del Padre Santo para lo demas.

No siendo el breve mas que una ejecucion del concordato, no podia remitirse antes de la ratificacion del primer cónsul, que en aquel entonces indicó *que la negaria* , si no se accediese á variaciones reclamadas por un correo extraordinario. No obstante esto , aprovechó su Santidad , por lo que hace á los Obispos residentes en Francia y en Lóndres , la circunstancia favorable de hallarse Monseñor Spina en el lugar donde se habia de hacer la ratificacion : le envió , pues , los breves para dichos Obispos , con el fin de ganar tiempo.

Monseñor Arzobispo de Corinto, remitió al nuncio en España, varios ejemplares que le quedaban, pidiendole los enviase á los Obispos refujiados en este reino. Hizolo asi el Nuncio, antes de recibir directamente la órden de Roma, segun él mismo escribió al Cardenal secretario de estado, dos dias antes que llegase á Roma la ratificacion del primer cónsul. De este modo, el envío del breve á España, merced á la actividad de Monseñor Arzobispo de Corinto, se hizo *al mismo tiempo* que á Francia é Inglaterra.

Por lo que hace á Alemania, cuando se habian enviado en

pocos dias tantos documentos concernientes á materias tan graves, cuando se habian enviado á Paris la ratificacion de su Santidad, la bula del concordato, el breve para los Obispos titulares, el breve á Monseñor Arzobispo de Corinto sobre los constitucionales, el breve para los eclesiásticos casados, ó que renunciaron á su estado, y tantos otros documentos (que entonces se espidieron con plena satisfaccion de Francia); no podia ocurrírsele al infrascripto, ni á vos mismo, ciudadano ministro, enviar á Paris los breves para los Obispos refujiados en Alemania: mirábaseles como muylejanos, y no se pensó por eso mas que en los de Francia, y por la procsimidad de Calais, en los de Inglaterra. De otro modo, se hubieran dirigido al mismo tiempo, breves destinados para Alemania.

La ratificacion del primer cónsul llegó á Roma el 23 de septiembre. Asi es que se espidieron al instante los breves, como ya sabeis. Comprueba esto el libro de asientos de la secretaria de estado. Y si no se envió correo estraordinario, fue porque á la sazón partia el correo ordinario.

Encargóse á los dos Nuncios que hay en Alemania enviasen por estraordinario estos breves á los Obispos diseminados en los diversos estados alemanes; porque no se sabia en Roma su residencia fija. Se abstuvo su Santidad de trasmitir los breves antes de recibir la respuesta de París por otra razón. Deseaba antes de publicarlos saber si los aprobaba el primer cónsul."

Continua el Cardenal esplicando las causas de la demora.

¿Qué interes podia haber en retardar la ejecucion de un convenio que trae consigo el restablecimiento de la religion, en Francia, y que su Santidad se ha apresurado á aprobar? Dando priesa á este restablecimiento llenó el Padre Santo los deberes de su ministerio, y siguió los impulsos de su corazon.

Ha recibido hasta ahora su Santidad las respuestas de veintisiete Obispos. Están conformes con lo que deseaba: y han resignado libremente sus diócesis. Se le ha prevenido á su Santidad que todavia recibirá otras. Se niegan á darlas los Obispos residentes en Londres, escepto cinco de ellos. No han llegado las repuestas de los demas, y no se sabe si, en el estado actual en que se hallan, divididos y dispersos, habrán recibido todos el breve; aunque se sabe que se les ha remitido á todos.

Las reglas de la iglesia, y el uso constante de la santa Silla apostólica en estas circunstancias, ecsijían que aguardase su Santidad las respuestas de los breves enviados: y ecsijíalo tambien el miramiento debido al numeroso y respetable cuerpo de los titulares franceses, en ello interesados. Asi no podian quejarse por el pedido inesperado de su dimision.

Seria útil, para la ejecucion pacifica del concordato, no darles motivo de que se quejasen por no ser oidos, ya que tanto se ofenden por no haberlo sido antes: y ya que claman contra la *brevedad del plazo* de diez dias, que llaman *desacordado y escesivo*. En negocio de tal entidad, y en el estado actual y extraordinario de las cosas, bajo circunstancias tan imperiosas; no ha mirado su Santidad mas que á la religion en sí misma, preparandose á salvar todas las reglas canónicas *esceptuado el dogma*. Su Santidad quiere hacer en esta circunstancia *extraordinaria todo lo que no le es imposible*.

Por consiguiente, aunque proceder á la destitucion de toda jurisdiccion de los titulares (necesaria consecuencia de la supresion de las antiguas Sedes, y de la creacion de otras nuevas); y aunque proceder al desmembramiento de las diócesis, que abrazará la nueva circunscripcion: *aunque este sea un paso atrevido, hecho, sobre todo, sin consentimiento ó interpelacion de los Obispos, y de que no hay ejemplo alguno en los dieziocho siglos de la iglesia*; solo para conseguir el restablecimiento de la religion en Francia, y condescender con el primer cón-

sul *en lo que no sea imposible*; ha determinado su Santidad enviar su bula relativa á la nueva circunscripcion de las diócesis francesas, tál como se le ha pedido.

Fuera de esta, hace el gobierno otra peticion; segun lo dan á entender la nota del señor consejero Portalis, y la carta del Cardenal legado indicando las intenciones que se le han manifestado en una audiencia del primer cónsul.

Quiere que los sujetos nombrados para las nuevas diócesis, despues de recibida la bula de circunscripcion, sean *inmediatamente* instituidos en nombre de la santa Sede, y tomen el gobierno de sus iglesias.

Con este fin se preguntó á su Eminencia, en el cuarto artículo de la memoria presentada por el señor abad Bernier, con arreglo á las órdenes del primer cónsul, si estaba su Eminencia autorizado para conferir, en el acto, la jurisdiccion á los nuevos Obispos nombrados, de modo que pudiese consagrarseles cuanto antes, despues de su nombramiento.

Segun la disciplina establecida hace tantos siglos, el Papa puede solo dar á los Obispos la institucion canónica; y no es uso que el Papa cometa á otros el ejercicio de tan considerable derecho. *Esto se ha hecho asi siempre*, y directamente por la santa Sede.

Se observan constantemente los requisitos de costumbre, y necesarios para conocer la aptitud de los sugetos. Se manda formar á los legados y nuncios un proceso informativo ordinario, el cual se eleva á su Santidad: se procede, en consistorio pleno, á la institucion de los nombrados; y se espiden sucesivamente las bulas.

El artículo 4.º del convenio confirmó espresamente este derecho, pues dice:—"su Santidad conferirá la institucion canónica, segun lo establecido respecto á la Francia, antes del cambio de gobierno."

Lo establecido son los requisitos precitados; segun se leen en el concordato entre Leon X y Francisco I.

A pesar de esto, y en ventaja de la religion, y por complacer al primer cónsul *en cuanto no le es imposible*, y atendido lo extraordinario del caso; se ha decidido su Santidad á traspasar unas reglas tan universalmente prescriptas, y el constante uso de la iglesia, y aun el mismo convenio firmado con el gobierno frances.

Su Santidad envía un breve al Cardenal legado, autorizándole, despues de hecho el nombramiento por el primer cónsul, y luego que se estendieren los documentos de costumbre, sumariamente para mayor brevedad; y en una palabra, luego que por sí mismo se asegure de la aptitud de los sujetos; á instituirles acto continuo, en nombre de su Santidad, y á conferirles la jurisdiccion canónica por medio de cartas patentes, y con autoridad pontificia. Podrá, pues, consagrárseles, y habilitarles para la direccion de sus iglesias: y pasado despues el término de seis meses, recibirán las bulas de la santa Sede. Su Santidad anunciará su nombramiento en un consistorio, segun estilo, y dará parte de la institucion que se les hubiere conferido, en caso extraordinario por el Cardenal legado, á nombre de su Santidad.

Asimismo hubiera deseado su Santidad, como lo ha hecho en las peticiones anteriores, complacer al primer cónsul respecto al nombramiento de quince Obispos constitucionales, á quienes debiese en seguida conferir el Padre Santo la institucion canónica: pero el infrascripto tiene orden de declarar, que la cosa es absolutamente imposible, atendidos los términos en que se halla concebida la nota del señor consejero Portalis, y los despachos de su Eminencia, porque se ataca *lo sustancial del depósito de la fé*, y se presentan ademas obstáculos insuperables para la conciencia del Padre Santo, y obligaciones de su apostolado.

Dice su Santidad que habiendo recibido intacto este *depósito sagrado*, de mano de sus predecesores, quiere trasladarlo intacto y puro tambien á sus sucesores, como lo requiere el deber de primado de la iglesia universal, que Dios le confió.

La causa de los Obispos constitucionales está ya decidida por la Sede apostólica, en el breve dogmático de Pio VI que empieza así; *charitas*; no puede reformarse esta definicion dogmática, puede su Santidad mitigar las penas que hay impuestas á dichos Obispos: pero el juicio de su predecesor es irrefragable en punto á lo de fé.

El mundo católico, y todo el cuerpo episcopal han recibido y respetado el juicio de la santa Sede. Sábese esto hasta la evidencia.

Por el mismo juicio dogmático de Pio VI se condenó la constitucion civil del clero, como abrazadora de errores contra *el depósito de la fé*.

Los Obispos constitucionales se adhirieron con juramento á esta constitucion: y en virtud de ella fueron elejidos, y ocuparon ilejítimamente las sedes episcopales.

Mientras que los Obispos constitucionales no reconocieren su ilejitimidad, declarada espresamente en dicho juicio dogmático; ellos mismos dice el Santo Padre le ponen en la imposibilidad de admitirlos en su comunión, y mas aun de instituir los pastores del rebaño á quien dieron el escándalo que motivó semejante juicio definitivo de la iglesia.

Lejos de confesar su ilejitimidad los Obispos constitucionales; se consideran abiertamente como lejítimos, atendidas las fórmulas de su dimision: y algunos de ellos llegan hasta decir que subieron á sus sillas *sin ninguna oposicion canónica*; lo que equivale á atacar frente á frente el juicio contrario dogmático pronunciado sobre esto, por la santa Sede, y recibido por todo el catolicismo.

Su Santidad observa, en vista de esto, que se contradicen

manifiestamente en su fórmula, cuando reconocen al soberano Pontífice como centro de unidad de la iglesia católica, negándose al mismo tiempo á lo mandado y prescripto por la santa Sede.

La declaracion que publicaron en ciertas cartas, sobre profesar la misma fé que los apóstoles, no es suficiente á juicio de su Santidad.

La fé de los apóstoles ha sido y debido ser la fé de san Pedro: los mismos apóstoles le reconocieron como cabeza de la iglesia. Cuando, pues, los Obispos constitucionales no solo no se conforman, sino que, por el contrario, se oponen á los juicios del romano Pontífice, sucesor de San Pedro, que tiene la misma fé que San Pedro, y el mismo majisterio de doctrina: se viene á deducir, en substancia, que la fé de ellos no es la fé de los apóstoles.

Muchos cismáticos y herejes, pertinaces en sus errores, dijeron que tenian la fé de los apóstoles, pero no por esto los creyó la iglesia.

En el breve dirigido á Monseñor Arzobispo de Corinto, templa su Santidad, en cuanto su autoridad se lo permite, lo que creyó la santa Sede deber ecsijir de los Obispos constitucionales. El breve no habla de penas; ni de que den satisfaccion alguna: ecsíjeles solo que den una esplicacion jenérica, y que *se adhieran y sometan á los juicios emanados de la santa Sede, sobre los negocios eclesiásticos de Francia.*

En estas espresiones se encierra de un modo muy suave el reconocimiento de su ilejitimidad, y de los errores de la constitucion civil del clero, que ellos juraron: cosas todas condenadas por el juicio dogmático de la santa Sede, para salvar la sustancia de este juicio que no está autorizada á variar. Obrando su Santidad de este modo, se ha prestado en todo lo posible, á las miras del gobierno; no ecsijiendo de los Obispos una retracta-

cion solemne, segun lo manda el breve *charitas* de su predecesor.

Su Santidad ha tenido la satisfaccion de ver que el gobierno, á quien mostró el breve Monseñor Arzobispo de Corinto, se declaró satisfecho completamente.

Los Obispos constitucionales rehusaron someterse: lejos de adoptar la fórmula que el Padre Santo les propuso, se han valido de otras, que como va dicho, confirman y apoyan su error.

En este estado de cosas, no un sentimiento de orgullo incapaz de abrigarse en el corazon de su Santidad, sino el deber del apostolado, y la sustancia de la fé, le impiden contentarse con las precitadas fórmulas. Bien á las claras manifestó su Santidad que ningun orgullo le animaba, cuando, saliendo como al encuentro á los Obispos constitucionales, fué el primero á invitarles á que se reuniesen, y *depusiesen su error*, obedeciendo á los breves que Monseñor Spina les remitió. Su Santidad obró así en una época en que mas que nunca le daba margen á abstenerse de ello, la conducta observada por los Obispos constitucionales *en el pretendido concilio nacional contra la santa Sede*.

Pronto está su Santidad á dar todavia una nueva prueba, estrechando contra su pecho, admitiendo á su comunión, y aun instituyendo de entre ellos mismos á los que designare el primer cónsul, con tal que cumplan con lo que se les prescribe en el breve, y en la instruccion enviada al mismo tiempo al Cardenal legado.

Se trata de materias de fé. Su Santidad observa que segun las reglas de la fé, solo á él pertenece y no á otro juzgar lo hecho por los Obispos constitucionales respecto á las fórmulas de su dimision, cuando pronunciaron la profesion de fé y juramento: y dárles, si son nombrados, la institucion. Seguro está su Santidad que la relijion del primer cónsul aprobará este fallo.

Siempre ecsijieron las reglas y practica constante de la igle-

sia, que nunca se recibiese en su seno, y menos aun que se la diesen por pastores, á los que dejaron alguna herejia ó cisma, á no ser que espresamente confesasen que condenaban *en particular* sus errores.

Su Santidad no ha podido hacer mas, que proponer á los constitucionales una fórmula, implicitamente condenadora de su error, y tratar de adherirles al fallo de la santa Sede que condenaba dicho error. Y ellos, por el contrario, han profesado de nuevo su error en su fórmula, como arriba se ha dicho.

Su Santidad observa que la profesion de fé de Pio IV y el juramento, bastan para los no sospechosos de error en la fé, cuando la presuncion está en su favor: pero cuando se ha profesado el error, la iglesia pide una profesion particular y explícita.

No puede su Santidad alterar lo sustancial de esta regla: la ha templado cuanto la ha sido posible, ecsijiendo enérjicamente la sumision precitada.

Añádese á esto un hecho importante. Los Obispos constitucionales pronunciaron la profesion de fé de Pio IV cuando tuvieron sus pretendidos concilios nacionales. Al mismo tiempo profesaron su error, y continuaron profesandole, sosteniendo su legitimidad, y el no ser canónica la oposicion de la santa Sede, en las ya citadas fórmulas de sus dimisiones.

Su Santidad no piensa que haya nada de humillante para ellos en declarar que *adhieren y se someten al fallo de la santa Sede, sobre los negocios eclesiásticos de Francia*. Si reconocen á su Santidad como cabeza y centro de unidad, no es humillante para los Obispos someterse á sus fallos.

El Padre Santo añade que confesar su propio error es un acto de humildad, que revela un alma grande y virtuosa; que nada tiene esto de humillante, para Obispos sobre todo, y que, por el contrario, les proporcionará gloria inmortal entre Dios y los hombres.

Acostumbrados los católicos que forman la mayoría de Francia, á mirar los constitucionales como cismáticos, no les otorgarán estima y aprecio hasta que les vieren renunciar á su error. Bien sabido es cuánto respeto y aprecio mereció Feneon por un acto semejante. El Papa pide aun mucho menos á los Obispos constitucionales.

Puesto que hacen dimision de sus sillas, puesto que piden bulas para su institucion; seria menester que reconociesen que as han ocupado ilejítimamente, y que pidiesen la institucion, reconociendo por principio, que así deben hacerlo.

Pero hacen dimision, teniendose por lejítimos: piden la institucion, y declaran adherirse al convenio pactado (*pattuito*) entre el padre Santo y la Francia. No abraza este convenio todos los principios contrarios á su error, porque no los mencionó, y lo que abraza puede entenderse como cosa convenida *por el pacto*.

Aunque la Constitucion civil del clero no es obra de eclesiásticos, su Santidad observa que desde el momento en que se la declaró contraria á la religion católica, como lo definió dogmáticamente la santa Sede: no era permitido á los Obispos constitucionales adherirse á ella, y menos todavia persistir en el error, despues de pronunciado el fallo. Verdad es que por una parte obedecieron á la ley; pero por desgracia esta ley, que no hace parte de la Constitucion del gobierno frances, está en oposicion con la religion católica: estan, pues, en la obligacion de adherir y someterse al fallo de la santa Sede.

Se teme que ecsijiendo tal sumision de los constitucionales, no se mueva alguna disension entre el sacerdocio y el imperio, que comprometa la dignidad de la nacion: pero reflexiónese que, en las circunstancias presentes, ha quedado el gobierno plenamente satisfecho del breve de su Santidad.

En ocasion semejante, un celebre autor frances (*Bossuet sent. de cogit. priv.* ediccion de Lieja, paj. 143) se espresa así:

“ No hay razon alguna que pueda empeñar á la iglesia ro-

mana á ir contra las instituciones de sus padres, á recibir en su seno otra iglesia, si de antemano no dió esa iglesia seguridad de su fé."

Su Santidad desea ardientísimamente la paz: reconoce (lo mismo que el gobierno frances, que en esta parte merece ser elogiado por su sabiduria), que sin tener por fundamento á la relijion, no puede ser la paz ni sincera ni estable: y que la relijion, en pugna directa con las leyes, no cimentaría ni aseguraría la paz, porque contiendas y disensiones relijiosas alejarían aun mas ese deseadísimos don.

Cabalmente por eso, propone su Santidad medios para que en el nombramiento de Obispos constitucionales, no se alteren las reglas de la relijion, y no se falte al fin propuesto.

En la nota del consejero Portalis se dice, que el Papa es *colador forzado*. Bastan para la intelijencia de estas palabras dos sencillas observaciones.

El concordato de Leon X, y Francisco I, al que se refiere el artículo 4 del convenio, atribuye al Papa la libertad de negar la institucion en algunos casos. Léase sino el título 3, (revela este título todos los pactos simoniacos que se hacian antes de 1515.)

Lo mismo prueban varios ejemplos bajo Inocencio XI, Alejandro VIII, é Inocencio XII. Negáronse las bulas de institucion por Inocencio XI, y Alejandro VIII, á diferentes eclesiásticos que tuvieron parte en la declaracion de la asamblea del clero en 1682; é Inocencio XII no les concedió las bulas sino despues que en cartas escritas al Papa declararon que tenían por no decretado lo que pudo decretarse por esas asambleas contra el poder pontificio. (1)

(1) En la traduccion de este documento presentado al primer cónsul, se puso al margen una observacion:

Negando que los Obispos de Francia hubiesen declarado en 1693

Véase la diferencia que hay entre esta declaracion, y la que con tanta benignidad pide el Padre Santo á los constitucionales."

Respecto á los demas estados en los que el gobierno nombra, tiene el Papa el derecho de no conceder la institucion á los nombrados, si no fueren dignos de ella.

La segunda observacion es que la cualidad de *colador forzado*, se entiende de este modo. — No puede su Santidad negar la institucion á los *nombrados*, cuando no son indignos del episcopado.

Esto es evidente: y basta observar como se espresa el concilio de Trento respecto á la eleccion de Obispos, mientras que lo son solamente por nombramiento de su gobierno. S. 6. de *Ref.* capítulo 1.º, y S. 84, capítulo 1.º

Se ve que el Papa, segun los decretos del concilio jeneral, debe juzgar de la aptitud de las personas; y que no es, pues, un *colador forzado*.

Tratándose de la salud de las almas, no puede obligársele al Papa á dar la colacion, si para ellas es peligroso. El concilio dice, que Dios le pedirá la sangre de las ovejas que hubiere confiado á pastores indignos.

Verdad es, que no está en el caso de un casuista en el tribunal de la penitencia, y que él es el juez de la capacidad aparente del *nombrado*. Pero no por esto puede su Santidad instituir á los que muestren en lo interior ser reconocidos indig-

como dice el Cardenal Consalvi, que tenian por no acordado, lo que se acordó en 1682 contra la autoridad Pontificia: que ellos solo dijeron que *tenian por no decretado*, lo que se habia decretado sobre el poder eclesiástico, y sobre los derechos de la iglesia.

Puede responderse á esta observacion, que si los Obispos de que se trata declararon como *no decretado*, lo decretado, es imposible concebir que no renunciaron a lo que habia sido decretado.

nos del episcopado por su conducta anterior, como sucede en este caso.

Verdad es (como dice muy bien el consejero Portalis,) que no se trata ahora de hacer nuevos convenios, sino de ejecutar francamente un convenio ya ratificado.

Verdad es tambien que no se habla en el convenio, de los constitucionales; habiéndose por el contrario establecido desde un principio, que ni aun se les mencionaria. Y esto es tan cierto, que se deshechó desde luego un artículo concerniente á ellos, que se hallaba en uno de los proyectos presentados á Monseñor Arzobispo de Corinto.

Tales son, ciudadano ministro, los bien considerados sentimientos que su Santidad mandó al infrascripto, os hiciera saber en respuesta á la nota del consejero Portalis. Su Santidad confia plenamente en la relijion, justicia, y luces del primer cónsul, y en las del señor consejero; y está seguro de que su pronta deferencia á la peticion de la institucion de los nombrados, y á peticion de la bula de circunscripcion, dos asuntos en que su Santidad ha prescindido de las reglas por medio de un acto sin ejemplo en la historia de la Iglesia, serán la norma de conducta para el nombramiento de los Obispos constitucionales.

Se echará de ver la imposibilidad absoluta en que se halla el Padre Santo para instituirlos, estando las cosas en el estado actual; por lo que se refiere á las instrucciones dadas con este motivo al Cardenal legado.

El infrascripto Cardenal secretario de estado, os ruega, ciudadano ministro, admitáis la seguridad de los sentimientos de su mas distinguida consideracion.

Firmado, Hércules, Cardenal CONSALVI.

Salas del Quirinal, 30 de noviembre 1801."

A esta carta estaban adjuntos:

1.º La bula de la nueva circunscripcion de las diócesis:

2.º El breve de autorizacion al Cardenal legado, para conferir, en nombre de su Santidad, la institucion canónica, á los Obispos de las nuevas diócesis.

3.º Un breve de autorizacion al Cardenal legado, para la creacion de nuevos obispados en la parte de América sometida á la república francesa. Solicitó este breve el gobierno consular.

M. Cacault escribió tambien á Paris en los mismos términos que el Cardenal Consalvi. Habla en su carta en tono un poco libre acerca de la infalibilidad del Papa, y sobre las casullas: porque este, á su parecer, era el único medio de paliar la verdad para cristianos tan nuevos: que no le escucharian si se mostrase como absoluto ó recatado papista. Estas mismas razones, y en *los mismos términos*, habia dicho al Pontifice. He aquí la carta:

Roma, 11 frimario año X (2 de diciembre de 1801.)

He recibido, ciudadano consejero de estado, el despacho del 12 brumario. El correo que me le ha traído, aunque uno de los mejores que tenemos, no llegó á Roma hasta el 27 brumario, detenido en su viaje por las crecientes y riadas extraordinarias.

El despacho y la copia de la nota enviada á Paris á su Emi-nencia el Cardenal Caprara; me han mostrado á fondo el deseo del gobierno. Aguardaba esta instruccion para mí indispensable.

Confiábamos aquí en que la bula del Papa se hubiese publicado en Paris el 18 brumario, y que estuviesen ya nombrados algunos Obispos, y creía yo que de acuerdo con el Cardenal Caprara hubieseis procedido en los actos ulteriores; creíanlo asimismo el Papa y el secretario de estado.

Dos correos á la vez, uno enviado al Cardenal Caprara, y otro á mí por el ministro de relaciones estrangeras, nos han convencido de que las cosas no estaban tan adelantadas, y que en Paris no estaban muy lejos de creer que en Roma gustaba este retardo.

Al dia siguiente de llegado el correo propuse las peticiones, tal cual se hallan concebidas en el despacho, y la nota adjunta, á las que el Papa y el secretario prestaron toda su atencion.

El Papa juzgó que reuniendo la congregacion de los Cardenales, no se podria acabar prontamente, y que alarmarian ademas las nuevas dificultades propuestas. Resolvió, pues, consultar por separado á los Cardenales, y hacer por sí mismo los breves y decisiones con el secretario de estado y sus íntimos cooperadores. Trabajo que duró trece dias, en cuyo intermedio he tenido dos audiencias del Papa, y conferencias continuas con el secretario de estado.

El talento y actividad infatigable del Cardenal Consalvi han servido de mucho en este trabajo, cuyo resultado ha sido:

1.º La bula de la nueva circunscripcion de las diócesis de Francia.

2.º El breve de autorizacion al Cardenal legado para conferir en nombre del Papa la institucion canónica á los Obispos de las nuevas diócesis.

3.º Un breve de autorizacion al legado para crear nuevos obispados en la América sometida á la república francesa.

4.º Una carta de su Santidad al primer cónsul.

5.º Cartas, instrucciones y facultades necesarias al Cardenal legado.

A todo se ha dado cumplimiento, y todo se ha concedido, fuera de lo concerniente á los Obispos constitucionales. No creo que haya poder humano capaz de reducir á su Santidad, á que reconozca ninguno de esos Obispos, sin que hayan satisfecho de antemano á lo que ecsije el breve. A mí me ha sido imposible. ¿Y por qué no han de obedecer puntualmente estos ciudadanos un breve recibido y aprobado por el gobierno? Y no que han dado mayor publicidad á los actos de su dimision, y á otros escritos llenos de lo que el Papa llama errores. Proclamar Obispos tales en un consistorio, seria sancionar sus doctrinas. Se creería el Padre Santo perdido como Honorio (1) si cediese en esto.

He atacado por todos los medios imaginables esta oposicion dogmática, insuperable por lo mismo que es *dogmática*, y con la que sucederá en Francia lo mismo por otra razon. Punto es este de conciencia en el que el Padre Santo se muestra inalterable.

He hecho presente que siguiendo vuestras miras se extinguirían la causa y pretesto de disputas interminables; pero se me ha respondido que lo que pedíamos produciría un efecto enteramente contrario.

Cree el Papa, que si lo respectivo á los Obispos constitucionales dejase de dar pábulo á disputas teológicas; cesarian las

(1) Esta cita fué hecha por el mismo Pio VII á M. Cacault, diciéndole: " Hemos leído muchas veces y nunca olvidado lo que sucedió bajo Honorio Primero. Aprobó este hijo de Petronio, natural de Campania, y de una familia consular, siendo Papa en 626 la doctrina del *monothelismo*, proclamada por Sergio patriarca de Constantinopla. Engañó este al Papa con una artificiosa carta, por lo que el segundo concilio de Nicea reprobó grandemente á Honorio. Los franceses verdaderamente pios vituperarían tambien nuestra condescendencia.

dificultades de los Obispos que han rehusado su dimision , y la enemiga del partido opuesto á la república.

Piensa su Santidad que el concordato, bula y breves, tendrían una aceptación jeneral en Francia, y en toda Europa, si no se levantasen clamores contra la doctrina relativa á los Obispos constitucionales, y contra la confianza que de ellos quiere hacer el gobierno frances.

El Padre Santo teme separarse en lo mas mínimo en los puntos de dógma, por causa de Francia, que no cree en la infalibilidad del Papa: teme una sublevacion de parte de los franceses si se decide favorablemente por los constitucionales.

Inclinado se muestra el Papa á creer, que valdría mas, que por primera vez no eligiese el primer cónsul Obispos antiguos ó constitucionales.

Piensen en Roma que no puede aplicarse respecto á los Obispos, lo hecho en Francia respecto á los prefectos. El primer cónsul acaba de unir los partidos, escojiendo hombres de todos colores para ponerlos á la cabeza de los departamentos. Tiénese aqui por indudable que no puede hacerse lo mismo por lo que toca á los Obispos, pues en materias de relijion la unidad y homojeneidad son indispensables. Puede renunciarse siempre que se quiera á una opinion política: un prefecto es el órgano de una ley escrita y fija: puede sujetar su pensamiento particular al que le manda. Pero un Obispo es y debe ser el mismo siempre: debe inspirar en su grei respeto y confianza en materia de fé. ¿Ni cómo podria haber tranquilidad en el dógma con Obispos de partidos relijiosos opuestos? Si un Obispo obra mal, no es tan fácil sustituirle por otro como á un prefecto. Tales observaciones se me han hecho.

Tengo el honor de enviaros el orijinal y la traduccion de la respuesta oficial dada por el Cardenal secretario de estado á vuestra carta y á la nota adjunta.

Han llegado las respuestas de los antiguos Obispos de Francia refugiados en España; solo faltan ya las de los Obispos refugiados en Alemania, y las de los Obispos soberanos de las riberas del Rin.

Tiene el Cardenal Caprara instrucciones del Cardenal secretario de estado del Papa, sobre cuanto toca á dimisiones, como lo irá demostrando el legado *á latere*.

Aunque me es muy sensible que no hayamos conseguido todo, y que lo negado por el Papa sea tal vez esencial; debo sin embargo asegurar en honor á la verdad y á la justicia, que el Padre Santo, y el secretario de Estado, obran de buena fé, y con el mas sincero deseo de complacer al primer cónsul, como que tienen el mismo interes que nosotros en el complemento de la pacificacion y reconciliacion.

El Papa ha manifestado siempre al sacro Colejio, que está resuelto á conceder al gobierno frances cuanto le pidiere, con tal que no se oponga á los principios y al dogma. Educado y crecido el Papa en los cláustros, y entregado toda su vida al estudio de la teología; su fé es sincera, y su vivir enteramente cristiano. Y cuando se le presenta errónea, como en el caso de los Obispos constitucionales, la doctrina que se pretende ratifique; antes de prestarse á ello, descendería de la silla pontificia para ir al martirio.

No puedo yo esplicarme en qué consisten la herejía de los jansenistas, y la diferencia de opiniones entre mi antiguo colega en el cuerpo legislativo, Gregoire, y el Padre Santo; porque al cabo solo se me alcanza de las reglas que deben moderar el mundo. El abate Gregoire no es Papa, y solo el Papa tiene autoridad reconocida y establecida para decidir estas cuestiones.

¿Quién no vé que tras de sacudimientos y convulsiones como las nuestras, solo puede restablecerse el orden por medio

de la obediencia? ¿Y á quién se debe esta en materias de religión; á Pio VII, ó al abate Gregoire?

Se trata de satisfacer á los fieles de Francia, y de reponer en manos del gobierno una jerarquía benéfica."

A pesar de estas observaciones, el partido constitucional hizo resistencia, pero la conducta acertada del Cardenal Caprara, y las instrucciones que tenia, fueron parte para que se evitasen escándalos públicos.

CAPITULO DIEZ Y SIETE.

NOTAS DEL MINISTRO DE ESPAÑA AL CARDENAL CONSALVI, RELATIVAS A REFORMAS ECLESIASTICAS.—RESPUESTAS DE SU EMINENCIA.

No era el grande negocio de la Francia con la santa Sede, el único cuidado que turbaba el sueño del Pontífice, ya desde principios del anterior octubre, el caballero de Vargas, ministro español en Roma, habia hecho al Cardenal Consalvi varias reclamaciones de importancia.

Pedíale que el nuncio no gozase de jurisdiccion alguna en Madrid, y que su representacion se limitase á la de un embajador de su Santidad como príncipe temporal, ó á las de un legado de la cabeza de la Iglesia enviado á España, para que su presencia demostrase la comunión de la Iglesia española, con el centro de la unidad que es la Iglesia romana.

En la nota remitida sobre este asunto, el caballero de Vargas se esplica así:

„ Los seglares gozan de la ventaja de terminar sus diferencias ellos mismos: ¿por qué no se concederá al clero un privilegio semejante ?

„ ¿ Será indispensable que la porcion del pueblo escojida por el Señor para instruir á los demas en la relijion, se mezcle en el tumulto de la curia, y dé motivo para que duden los seglares del espíritu de paz, de caridad y de amor que debe reinar en su seno?

Un príncipe tan piadoso como el rey de España (Cárlos IV), no puede ver indiferente este mal, peligroso por su ejemplo, y mas aun por sus consecuencias.

S. M. sabe, que los que son eclesiásticos en sus estados , no por eso dejan de ser súbditos. Sabe que ecsijir en algunos negocios tres sentencias conformes , en otros, nada menos que cinco sentencias, es estender la duracion de los litijios mas allá de la vida de los litigantes , fomentar los odios , proteger impunidad y afectar incoherencia en el modo de distribuir la justicia á la misma nacion.

Si un prelado español preside como delegado de su Santidad el tribunal de la inquisicion ¿ por qué no ha de suceder lo mismo en la jurisdiccion contenciosa que es de menor interés que la relijion ?

Un juez nacional entiende la lejislacion de

la patria, las costumbres, el mérito, las opiniones del abogado, del culpable y de los testigos. Un juez extranjero se adhiere á un auditor español, y así depone indirectamente su autoridad. ¿Pero podrá, ni aun con este auditor, sentenciar como lo haria un cuerpo nacional cuyos conocimientos son tan estensos?

Al comunicarle esta nota al Papa, le dijo al Cardenal: “Ved de componer este negocio porque no queremos guerra con los españoles.” Pero los asuntos de Francia absorbían la atención del Cardenal; quien no respondió al caballero de Vargas hasta el 9 de enero de 1802. Decíale :

Sin apelar á épocas remotas, podrian presentarse á S. M las ordenanzas del tribunal de la Nunciatura, publicadas en Madrid en 1640 y 1641, con consentimiento del *inmortal* monarca (1) Felipe IV y de acuerdo del Papa Urbano VIII.

Firmóse además un concordato el 17 de junio de 1717 entre Clemente XI y Felipe V de cuyas resultas se reintegró al nuncio en las atribuciones que anteriormente tenia. Lo mismo se confirmó por otro concordato en 1737.

Ultimamente, por un breve de Clemente XIV de 26 de marzo de 1771, se concedió al ilustre padre de S. M., el de-

(1) Natural es ese elogio de Felipe VI en boca de la corte romana, que debió á aquel monarca, le enviase sumas inmensas. Santa María Maggiore, adornada magníficamente á costa de nuestro Rey, es buen testimonio. Por eso en su portico se vé aun hoy la estatua en bronce de Felipe obra del caballero Lucenti.

recho de crear *una Rota* de jueces españoles; reservando, sin embargo, al nuncio apostólico la jurisdicción contenciosa.

Todos los monarcas españoles han puesto su *placet* á estos diferentes convenios.

No hay para qué molestar á V. E. refiriéndole los innumerables sacrificios hechos por los Papas, para satisfacer á los reyes de España; *haciendoles mas concesiones que á ninguna otra potencia.*

Observa el infrascripto que las peticiones de V. E. se reducen á tres.

1.^a Que se quite al nuncio la jurisdicción contenciosa, y la autoridad sobre los regulares, y que solo sea considerado como embajador de un principe temporal.

2.^a Que su Santidad nombre un prelado español, presentado por S. M. que, en union con el tribunal de la Rota, tenga la jurisdicción contenciosa independiente del nuncio.

3.^a Que se guarde en los juicios el orden establecido en los tribunales ordinarios.

La soberanía temporal de su Santidad es cosa secundaria á su apostolado supremo. Su Santidad no puede tener mas que nuncios, único título y caracter que pertenece á sus embajadores, y les dá la primer jerarquía. Los Papas enviaron siempre legados ó nuncios, con el objeto real de velar por los intereses de los católicos lejanos, sin que por esto creyesen jamas mostrar igualdad de comunión entre la iglesia romana y las demas iglesias. Diverso modo de considerar las cosas sería contrario á la disciplina eclesiástica, y *absurdo* en sí mismo.

En cuanto al nombramiento del prelado español, seria menester que su Santidad tuviese en Madrid dos legados; uno inútil y de *nombre*, otro de *hecho* pero extranjero. Despojar su Santidad, de las facultades á su ministro! ¿No se ve lo incongruente de este sistema, y la lesion de los derechos de la santa Sede?

En cuanto á los juicios eclesiásticos, bien conocidas son las ventajas del *derecho canonico*, adoptadas en los tribunales civiles: y ademas la diversa naturaleza de las causas eclesiásticas. La historia muestra, que nunca merecieron mas los jueces civiles, que cuando se rijieron por los juicios religiosos.

Su Santidad no duda que la religiosidad de S. M. acoja estas razones: y que las cosas permanezcan en el pie que sus predecesores las dejaron. (1)

En otra nota fecha en 9 de octubre pidió el caballero de Vargas, que los Obispos tuviesen el

(1) Debiera el doctísimo Consalvi al escribir esa nota, haber hecho reflexion de como esplican los doctores de jurisprudencia, la jurisdiccion superior gubernativa del Príncipe. Equivocado su Eminencia bien lastimosamente en los hechos, é inciertos los supuestos en que funda sus antecedentes; es preciso sean falsas todas cuantas consecuencias infiere; como, en caso necesario breve y claramente se evidenciaría. Su Eminencia se hubiera servido proceder con mas precaucion en las proposiciones que sienta y firma; si el ministro del Rey de España en Roma, las hubiera sabido comprehender, y conocer que su Eminencia caminaba con el fin de despojar á S. M. de sus mas especiosas regalías, asi en el conocimiento de las fuerzas, como en el uso de la económica potestad. Para corroborar nuestras máximas, citaremos, de muchos, un solo caso. — En tiempo del señor Rey Carlos II riñeron el jeneral de san Francisco, y el Comisario jeneral de Indias de la misma órden; y sin embargo de ser ambos litigantes, religiosos sacerdotes, y como tales, privilegiados y esentos de la jurisdiccion real: bastó que el Comisario jeneral de Indias, fuese, por este respecto, sujeto al Consejo de Indias, para que este tomase el conocimiento del motivo que ocasionaba la controversia; y que oidas las partes en contradictorio juicio, pasase á concordarlas y ponerlas en paz; y si alguna no se hubiera aquietado, son muy conocidas las providencias que el Rey hubiera podido tomar en este caso, sin ofensa alguna de la inmunidad y decoro eclesiástico.

derecho de pronunciar en todas las dispensas de matrimonio , secularizacion , concesiones de oratorios &c. El Cardenal Consalvi respondió de oficio el 9 de enero :

La peticion de S. M. con respecto á las dispensas de matrimonio , han penetrado al Padre Santo del mas vivo dolor.

Recuerda , que con los concordatos del 1753 y 1780 , salió España garante de los derechos de la santa Sede: y se apesadumbra al ver que nuevas peticiones traerán consigo negativas nuevas. No puede su Santidad abandonar sus derechos *en sustancia* , y reservarlos en *la apariencia*.

¿ Se puede conceder semejante permiso á los Obispos *perpetuamente*? El romano Pontífice es el único y supremo dispensador de las leyes eclesiásticas positivas : tal le han considerado siempre los católicos.

Y si asi no fuese , dejaría de ser la cabeza visible de la iglesia. No pudiendo *dispensar* , no tendría el poder absoluto de las *llaves* ; y si los demas *dispensasen* , dejaría de estar en solo el Papa la primera autoridad.

Dice la nota de V. E. que esto se haría sin menoscabar en lo mas mínimo la autoridad pontificia. ¿ Pero es creíble que una autoridad *activa* se cambie *irrevocable y perpetuamente* , en autoridad *inerte* y sin ejercicio, sin detrimento alguno de esa misma autoridad?

Pio VI delegó semejantes permisos á sus nuncios residentes en varias partes , pero los delegó solo mientras la tempestad de la revolucion pasada , mandándoles al mismo tiempo *exigir los derechos acostumbrados*.

Las autoridades mas respetables justifican estos derechos.— El Cardenal Belluga, Obispo de Cartajena recordaba á S. M. Felipe V. en una ocasion las palabras de san Pablo á los Corintios (cap. 9. v. 13)

"No sabeis que aquellos que se emplean en las cosas sagradas, comen de las cosas del Templo?"

Lo que se espide por bulas y breves paga solo derechos, lo demas nada paga.

Su Santidad se lisonjea de que V. E. conocerá la justicia de estas razones.

Firmado CONSALVI.

Salas del Quirinal 9 de Enero de 1802.

El caballero de Vargas juzgó que estas contestaciones eran sublimes, y dijo á los otros diplomáticos residentes en Roma, que el Cardenal Consalvi tenia plena razon. Tal vez estuvo el gobierno español un tanto prematuro en sus peticiones; pero sin duda alguna su ministro en Roma permitió que se hiriese la dignidad y hasta el derecho de su patria, como si hijo, de ella no fuese: mas tarde trató de vengarse el gabinete de Madrid de la negativa que entonces recibió su negociador.

CAPITULO DIEZ Y OCHO.

TRASLACION A ROMA DEL CUERPO DE PIO VI.—DESCRIPCION DE SU FUNERAL.—ESPLICACIONES DEL CARDENAL CONSALVI SOBRE ALGUNAS ESPRESIONES DE LA ORACION FUNEBRE.

Se entregó el cuerpo de Pio VI sin pompa ni aparato alguno á Monseñor Arzobispo de Corinto que con el sagrado depósito se encaminó lentamente á Roma. Se trató entonces de trasportar á la *iglesia de los santos Apóstoles* (1) los restos de Clemente XIV que yacian encima de la puerta que está á la izquierda de la capilla del coro de la iglesia de san Pedro, porque allí debia colocarse el sepulcro de Pio VI y se llamó al notario Lorenzini el mismo que dió fe en setiembre

(1) Efectivamente, hoy se vé en Roma, sobre la puerta de la sacristia de esa iglesia, el sepulcro de Clemente XIV obra de Canova, adornado con la estatua del Pontífice, y con otras dos figuras, una que representa á la Templanza y otra á la Mansedumbre, ejecutadas admirablemente.

de 1774, en calidad de notario del Vaticano, del enterramiento; para que reconociese el cuerpo. Despues de 27 años, cuatro meses y 27 dias, se encontró el cuerpo en un estado singular de conservacion: la mitra solo se habia como rebajado y achuchado tras la mascarilla (1) que cubria la cara y frente: á los pies tenia una bolsa de terciopelo carmesí, con cabos de bellotas de oro, que encerraba medallas de oro y plata acuñadas en los primeros años de su pontificado. Hízose la ceremonia del reconocimiento y traslado en 21 de enero de 1802.

Llegado el cuerpo de Pio VI al territorio pontificio, recordó al Papa el Cardenal Consalvi, que era ya tiempo de practicar la *religion de las reparaciones*. Se acordó, pues, que se mostrase en esta ocasion extraordinaria pompa, y que se apelase á la jenerosidad de la nobleza romana. Necesario era entonces el ilustre escultor Canova y se le dió la Cruz de la Espuela, condecoracion honrosa cuando el Papa es el mismo que la confiere, con breve especial y motivado. Todo se dispuso

(1) A veces en la cara del Pontífice difunto, que está descubierto mientras las ceremonias de los funerales que duran 9 dias; ponen en Roma una máscara de cera imitando sus facciones, y la renuevan diariamente. Para colocar esta máscara cortan ó deprimen algunas partes de la cara, profanacion que bien pudiera evitarse.

para tributar á los restos mortales del Pontífice los mas solemnes honores.

Lo particular de las circunstancias hizo que se inventase todo. Hay varias descripciones de esta ceremonia: pero aqui nos valemos del *ragguaglio* que nos remitió el secretario de Estado, y de los hechos que presenciamos como testigos perseverantes.

Habia Pio VI poco tiempo antes de espirar, confirmado un voto de su testamento, en que pedía, si Dios lo permitiese, que fuesen colocados sus restos bajo la tumba de los santos apóstoles Pedro y Pablo, ante la cual tan frecuentemente oraba en vida. Este deseo comunicado hacia tiempo al cardenal duque de Yorck fue manifestado por este al Papa reinante, el cual tanto para cumplir la piadosa voluntad del difunto, cuanto para satisfacer los votos de su propio corazon, y el ardor de los romanos, ansiosos de poseer los restos del perseguido Pontífice; mandó publicar bando, á su aprocsimacion á Roma, anunciando que se iban á repetir, entre otras, las ceremonias ejecutadas en febrero de 1733 al trasportar el cuerpo de Benito XIII, religioso dominico desde el Vaticano á la iglesia de santa Maria de la Minerva.

Monseñor Luis Gazzoli, auditor jeneral de Cámara quedó encargado de dirigir la pompa fúne-

bre; y Monseñor Lante, tesorero jeneral, de proporcionar los fondos necesarios. Ambos pidieron instrucciones y Pio VII dijo al segundo—"No tenemos mucho dinero; pero tomad todo el que halles en nuestra caja particular."

Apenas se difundieron estas noticias, cuando empezaron á llegar de todas partes ofrendas de cirios, antorchas, telas, y cuanto puede contribuir á hacer suntuosa una funcion de iglesia. El cuerpo diplomático tambien contribuyó ámpliamente en esta circunstancia. Precedieron el viaje del cuerpo desde Valencia del Ródano, los dos prelados D. José Garcia Malo, protonotario apostólico, y José Marotti, secretario de breves *ad principes*, que tuvieron el valor de seguir á Pio VI en sus desgracias, sin abandonarle jamás; y á estos mandó Pio VII que se agregaran Monseñor Juan Bautista Mancurti, y Monseñor Domingo Jinna-si de Imola, que pertenecian á su servidumbre particular.

El 15 de febrero, aniversario de la ecsaltacion de Pio VI, creado Papa, como ya hemos dicho, veinte y siete años antes, llegó el acompañamiento al burgo de *la Storta*, y fué recibido por el Cardenal Antonelli, gran penitenciario, y Obispo de Porto.

Varios destacamentos de infantería y caballe-

ría comenzaron un servicio de honor, y grande turba de romanos salía de la ciudad para prece-
der al acompañamiento.

El 16 paró el convoy en un palacio pertene-
ciente al duque de Bracciano no lejos de la *puer-
ta del Pueblo*.

El miércoles 17, al amanecer, una salva de
artillería, anunció el principio de la ceremonia.

La grande plaza *del Pueblo*, iluminada por un
brillante sol, se llenó de tropas; y los pórticos de
los palacios, las ventanas y los techos de espec-
tadores.

A las 9 de la mañana, la guardia noble del Pa-
pa, y la guardia suiza, salieron de la ciudad pa-
ra formarse al rededor del féretro, puesto sobre
un túmulo de doce pies de alto y ocho de ancho,
adornado de damasco violeta guarnecido de oro y
cubierto con una tela del mismo metal, bordada
de terciopelo negro en los cuatro ángulos de la
cual se divisaban las armas de Pio VI, y estas pa-
labras bordadas de oro, *Pius PP. VI, P. M.* En
medio se elevaba un cojin recamado de oro, sobre
el cual posaba la tiara, que coronaba toda la
representacion.

Antes del medio dia el escelentísimo señor D.
Abondio Rezzonico, senador de Roma, y prínci-
pe asistente al trono, los conservadores y el fiscal

del capitolio, seguidos de numerosa parte de la nobleza romana, salieron de la ciudad para acompañar el convoy.

A la una del dia, hizo señal el castillo de Sant Anjelo y continuó disparando un cañonazo de tres en tres minutos. Al mismo instante todas las iglesias de Roma empezaron á doblar.

Abriéronse las puertas de la ciudad para recibir el acompañamiento fúnebre, y entró el féretro precedido de doscientas personas con hachas encendidas, y seguido de otras tantas. Entonces se puso la procesion en movimiento.

Los educandos del hospicio de san Miguel y los huérfanos abrian la marcha. Seguíanles las órdenes religiosas segun el lugar que les está señalado en las ceremonias, el Instituto de la Penitencia, los Agustinos descalzos, los Mínimos, los Capuchinos, la congregacion del bien aventurado Pedro de Pisa, los padres de la orden tercera de san Francisco, los Mendicantes, los Recoletos, los Agustinos de la congregacion de Lombardía, los Agustinos eremitas, los Carmelitas, los Servitas, los Domínicos, los Canónigos del santo Salvador, los Cistercienses y los Benedictinos de san Calisto.

Venian despues los curas de Roma, los canónigos de las nueve diversas colejiatas, los capítulos de las cuatro basílicas menores, y el clero de

las tres basílicas patriarcales de santa Maria la mayor, el Vaticano y san Juan de Letran.

Seguía el vice-jerente Monseñor Fenaia, Monseñor Atanasio, ministro del Eminentísimo Cardenal Vicario La Somaglia, que precedía á Monseñor Spina, Arzobispo de Corinto.

Continuaban los *barones* romanos la procesion, y seguíanlos el mayordomo del Papa, los Obispos, los protonotarios apostólicos, los auditores de la Rota, los votantes de la firma, los abreviadores, los refrendatarios, montados todos en mulas enjaezadas de luto; y por último venía la corte de su Santidad, el príncipe D. Paluzzo Altieri, á la cabeza de la guardia noble, y los regimientos de la guarnicion con armas á la funerala, cuatro piezas de artillería cubiertas de crespones negros, los cuerpos de caballería, y los coches de los embajadores y de toda la nobleza romana.

Cuando pasó el acompañamiento por los bastiones del castillo de sant-Anjelo, empezaron todas las baterías una sostenida salva, que no cesó hasta entrar el cuerpo en la iglesia de san Pedro; y todas las campanas de la ciudad doblaron alta y frecuentemente durante el tránsito.

El Cardenal de Yorck, arcipreste de la iglesia *tumulante*, ó que debía conservar el cuerpo,

por lo cual fué la única que envió cruz á la procesion , estaba encargado del recibimiento ; mas quiso el Papa hallarse presente acompañado del sacro Colejio , é hizo , con efecto las primeras ceremonias religiosas que el rito prescribe.

La guardia noble , y la guardia suiza , quedaron de faccion junto al cuerpo que se depositó en medio de la grande nave. La iglesia de san Pedro estaba cuajada de jentes que deseaban ver el catafalco ; se abrieron las filas , y mas de treinta mil personas pasaron por delante del cuerpo , retirándose por las naves laterales.

Por la tarde la caja de encima que contenía otra de plomo , se llevó á la grande capilla del coro , acompañada por el cabildo de san Pedro cantando el *Miserere* , y puesta en medio del coro donde estaban todos los Cardenales. Monseñor Pedro Francisco Galeffi , ecónomo y secretario de la fábrica , hizo las oraciones de rito. Procedióse , luego al reconocimiento del cuerpo ; los sellos estaban intactos ; se abrieron ambas cajas , y se encontró entero el cuerpo. Cerca de las rodillas había una bolsa con varias monedas acuñadas en el reinado del Pontífice. Habíase enterado el cuerpo con alba y estola roja ; á lo que se añadiéron los hábitos pontificales , el palio , y otra bolsa de raso liso encarnado que contenía to-

das las medallas del pontificado. Cerráronse después las cajas, y se soldó á la de plomo la siguiente inscripcion del mismo metal:

PIUS VI. P. M.

A VALENTIA APUD RHODANUM

AD BASILICAM S. PETRI

SOLEMNITER TRANSLATUS

DIE XVIII FEBRUARII MDCCCII.

Sellóse la caja de encima con los sellos del Eminentísimo Cardenal Duque de Yorck, Cardenal Arcipreste, del Cardenal José Doria, Procamarlengo de la Santa Iglesia, de Monseñor Gavotti, Mayordomo del Sacro Palacio, y con el del Cabildo de san Pedro. El notario del Sacro Palacio leyó entonces de rodillas el acta de reconocimiento que acababa de redactarse.

Asistieron á esta ceremonia S. A. I. y R. la archiduquesa Mariana, hermana del emperador de Alemania, y muchos extranjeros de distincion.

Las cajas se colocaron en seguida sobre el pedestal fúnebre, preparado en medio de la nave mayor, entre los altares de la Vírjen y de san

Gregorio. Delante de la confesion de san Pedro, se había construido un altar para la celebracion de la misa. Un trono para el Santo Padre se hallaba preparado ante la estatua de bronce del príncipe de los apóstoles. Por ambos lados se elevaban tribunas para la archiduquesa y el duque de Chablais, y para el cuerpo diplomático que debía asistir de luto á la ceremonia. Un poco mas lejos, se habían reservado á la nobleza romana, y á las señoras romanas y extranjeras, bancos de honor cubiertos de tapicería.

Así que amaneció el dia 18 se empezaron á celebrar misas, cuyo número llegaría á mil. Se pagaron de los fondos propios del Santo Padre, que para este propósito y por aquel solo dia, declaró privilegiados todos los altares de san Pedro.

Una concurrencia mas numerosa que la de la víspera sitiaba las puertas de la basílica; pero tan grande es la iglesia que todos pudieron estar con comodidad. Empezóse la grande ceremonia, y cantó misa, en presencia del Papa, el Cardenal Antonelli, primera creatura del Pontífice difunto.

Hallábanse á la puerta de la iglesia *camareros secretos de capa y espada*, sujetos de la mas ilustre sangre, que seguidos de una guardia de suizos, acompañaron de orden del Papa para

honrarlos, á los ministros diplomáticos de las principales naciones.

Cuando yo llegué á la tribuna, confieso que la novedad y la magnificencia del espectáculo absorbieron toda mi atencion. Maravilloso era por cierto aquel torrente de fuego que circulaba en torno del catafalco, la altura de este y sus ornatos; casi todos los habitantes de la ciudad de rodillas; las aldeanas de los vecinos lugares vestidas con sus variadas y brillantes ropas, se esmaltaban, por decirlo así en el luto universal; Consalvi, con los ojos casi siempre fijos en la tribuna diplomática, llenos de amistad, de bondad y á veces de lágrimas; el sacro Colejio, ya calmadas sus agitaciones y restablecido á su grave austeridad; por último el sumo Pontífice, que parecia mas bien pertenecer al cielo que á la tierra; y mientras la vista se hallaba así deslumbrada, oíase la música de la capilla llenar los aires respondiendo á la voz del celebrante.

Grande silencio se apoderó de los espectadores, cuando Monseñor Joaquin Tosi, encargado de decir la oracion fúnebre en latin, subió al púlpito. La sabía perfectísimamente de memoria, y la pronunció con voz clara, sostenida y penetrante. Principió por observar, que no habian pasado mas que dos años menos dos dias, desde

que Pio VI habia sido arrebatado de Roma. Declaró el orador que no iba á enumerar los servicios hechos á la santa Sede por el difunto Pontífice en su largo reinado; ni la obra admirable de las lagunas Pontinas, ni los obeliscos erigidos, ni el enriquecido museo: ni tampoco las sanas doctrinas esplicadas por este sucesor de san Pedro, que mostró ser doctor, pastor, cabeza y raiz de la iglesia, tierno padre, y trabajador constante, *quia charitas patiens est.*

Y despues de algunas reflexiones jenerales, continuó animado el orador:

Sin embargo, ¡cuán graves y frecuentes injurias no tuvo que soportar Pio VI por el apasionado y abominable descaro con que el mundo persigue la relijion cristiana, insulta á sus ministros, sobre todo á los mas elevados, y escita contra ellos el aborrecimiento! ¿Y esto acaso, incentivó en Pio VI la ira? ¿Ofendió á nadie, herido por el dolor? Nó, en verdad, porque todo lo conllevaba su paciencia rara y paternal; y aunque maldecido no maldecia. (1.º Pet. 2.º 23.)

El orador, en seguida, ecsaminó el modo con que Pio VI combatió los errores de sus enemigos, ecsaminó la destreza con que supo descubrir y vencer las ocultas intrigas de ellos; reconoció en los escritos del Pontífice, *la columna parlante de la fé*; manifestó que su elogio no perecia, mientras que se tratare de investigar los dógmas divinos, y mientras subsistiere la iglesia, que, como dice Da-

niel (2.º 44.) es reino que la eternidad no disipará, y que ni temporal ni violencia alguna atarrarán ó destruirán.

Pasó luego el orador á alabar el viaje á Viena, y hablar de los misioneros enviados á Constantinopla, de los Obispos nombrados para Baltimore, Pondichery, reino de Siam y Tunquin; y del embajador de la santa Sede recibido en Petersburgo.

Y al terminar el discurso, dando gracias á Pio VI, por haber elevado á la púrpura á Pio VII, la escena muda de aspecto, todos miran al Papa que estaba con la cabeza y los ojos bajos. Contémplale el orador con una libertad respetuosa, le llama, le hace alzar la cabeza, y le obliga á escuchar estas palabras:

A Pio VI debemos, ó santísimo Padre, (escúseme tu injenua modestia si oso decir en este inmenso recinto lo que todos sienten y conocen), á Pio VI debemos el tenerte por soberano Pontífice, nosotros que confiamos en tu ciencia, cordura, sabiduría, fe y virtud. Tu ingenio y tu corazon están hechos para nobles empresas y formados para Dios: escondidas estaban las facultadas de tu entendimiento en los rincones de la soledad: descubriólas Pio VI con vista penetrante, corrió, y se apoderó de ellas, y las puso de manifiesto á la resplandeciente luz de la iglesia. Te elevó de modo, y á tal honor, que por unanimidad te han proclamado el mas digno de sucederle despues de su muerte.

Este hecho glorioso le considera Pio VI como suyo, se complace en él, te desea dias prósperos, y los pide á Dios para tí.

Dice que tú harás florecer las buenas reglas y santa disciplina; que tú consolidarás la paz y tranquilidad de la iglesia, y recabarás para ella honras mayores, consuelos mas eficaces, y frutos mas abundantes que nunca gozó."

Cuando el orador acabó su discurso, el concurso le mostró una aprobacion jeneral.

El Papa bajó de su trono para dar las cinco absoluciones. Mientras los preparativos de esta última ceremonia, se acercó M. Falconieri á M. Cacault, y le dijo al oido, que uno vestido de azul, que se apellidaba oficial frances, queria penetrar, á pesar de la multitud, hasta el pié de la tribuna donde veia al ministro. M. Cacault volvió rápidamente la vista á la parte que se le señalaba, vió una especie de uniforme particular, y embebido todo de algunos rasgos del discurso, respondió con viveza, y en voz muy alta á M. Falconieri: "No conozco ese hombre": respuesta fatal que apenas se dió, se le repelió al extranjero, se le maltrató y resistiendose él, una guardia le desgarró parte del uniforme. Indignado el oficial se retiró al pié de una pilastra, lugar que nadie le contrarrestaba, ya hirien-dose el pecho, y ya empuñando la guarnicion de su espada en ademan de indignacion y de grandísimo enojo.

Concluida la ceremonia de la absolucion, y cuando la jente empezaba á retirarse, el ministro

que habia reconocido ya su aturdimiento , rogó á M. Falconieri le guiase con sus dos suizos, á la pilastra de la gran nave donde se habia arrimado el oficial. M. Cacault le tomó por la mano, y le dijo : “ Señor, pido á usted me disimule, usted es oficial frances : pero me hablaron de usted en mala sazon : usted vendrá ahora y pasará el dia conmigo.” Volviéndose despues á M. Falconieri, añadió: “ Torpeza ha sido la mia en no reconocer este uniforme: tenemos cuarenta mil hombres vestidos de este modo.”

Sorprendido el oficial no supo qué decir, y el ministro llevándole á su derecha se encaminó á la gran puerta de la iglesia : allí se despidió de M. Falconieri, repitiéndole varias veces que haría presente al Papa y al Cardenal Consalvi la solitud de su conductor ; hizo una inclinacion de cabeza á los suizos que le correspondieron con el saludo de la alabarda , y llevádo al oficial en su coche, y hablándole de varias cosas , nada le dijo de lo que había pasado. Este jóven hablaba bien, y había venido á Roma traído por un sentimiento relijioso , mas comun de lo que se cree en los militares franceses de entonces.

Despues de comer me dijo M. Cacault. “ Buen fin ha tenido el asunto del oficial: el vestido que por mi culpa rasgaron, no dará á Paris ventaja algu-

na sobre Roma : pero es necesario escribir á Con-
salvi sobre algunas palabras del discurso , y pe-
dirle una esplicacion capaz de enviarse á Francia.
Una hora despues el Cardenal escribió de su pro-
pio puño, y en frances la carta siguiente :

Han podido creer algunos franceses que en el elogio fúne-
bre de Pio VI se alude á Francia, cuando se llega á hablar de
los libros escritos contra la santa Sede.

Hay mas bien lugar para creer lo contrario , si se atiende
á aquellas palabras *en todo el mundo* que alli se encuentran:
por lo que se vé claramente que no se trata de Francia. Añá-
dase que en el paraje citado se ha querido aludir á dos libros,
uno de ellos el famoso , impreso en Alemania, que ha por titulo
quæ cosa es el Papa ? quid est Papa ? libro horroroso (1) al

(1) En la portada de este rarísimo libro se dice , que la comision im-
perial y real de censura de libros, le concede al autor el que ponga su
nombre: y mas abajo se lee , *en Viena en casa de José Ellen de Kurzbeck,*
1782. — El libro comienza así :

„El Papa vendrá á Viena á visitar al emperador. — ¿ Cómo , el Papa?
¿ El Padre Santo ? Sí , él , él mismo. Todas las gacetas anuncian ya su
aparicion , y traen la carta que Pio VI escribe á José II , manifestándo-
le su designio.

Desde que nuestros amables huéspedes del Norte nos dejaron, (el que
fué despues Pablo I, y su esposa), el viaje del Papa es el asunto de las
conversaciones : y como cada uno tiene su modo de pensar , produce en
los ánimos este acontecimiento , impresiones diversas. Unos admirados
preguntan : “¿ por qué viene el Papa ? ¿ Qué miras, y qué consecuencias
puede tener esta visita ? ” — Otros se ponen á *filosofar* sobre la variacion
de las cosas , y la infinita distancia entre los tiempos *tenebrosos* de los
Enriques y Federicos , y la época *luminosa* de José II. Otros hay tam-
bien que se persuaden venga Pio VI á rendir respetos al trono impe-
rial : posaderos , alquiladores de habitaciones amuebladas , cuentan de
antemano el dinero que debe granjearles la estada de tanto extranjero: el

que respondió Pio VI, con la famosa bula — *Super soliditate petrae &c.* Se ha querido tambien aludir en el mismo paraje al famoso libro del concilio de Pistoya, al que (prévia una congregacion de Cardenales) respondió Pio VI con la bula *Auctorem fidei.*

Me conoceis lo bastante para creer lo que digo; y por lo mismo me apresuro á daros esta esplicacion que os *suministra* una respuesta para todo aquel que sin mala voluntad, mal interpretase el parágrafo que alude á los libros.

Recibid &c.

M. Cacault envió á Paris el discurso y la carta aclaratoria: todo lo aprobó el primer cónsul, y manifestó que en Roma tuvieron razon de hacer la fiesta fúnebre en honra del difunto Pio VI.

devoto se regocija porque va á recibir de manos de su Santidad *agnus Dei*, *rosarios benditos*, y aun quizá la hostia consagrada: el fraile oprimido, la monja asustada por la pérdida de su velo, esperan.....¿ qué es lo que no esperan? Por lo que hace á mí, que ni soy político, ni filósofo indiferente, ni posadero, ni alquilador de habitaciones amuebladas, ni devoto, ni fraile, ni monja, hago otras reflexiones y conjeturas.

CAPITULO DIEZ Y NUEVE.

INFORME DE MR. DE TALLEYRAND SOBRE LOS RUMORES DE REVOLUCION EN ITALIA.—INFORME RELATIVO Á LOS FRANCESES PROTESTANTES.

De cuando en cuando corrian rumores de que iba á estallar en Italia una revolucion contra los franceses y contra gobiernos que pudieran ser tal vez sus enemigos. En 27 de febrero, dirigió Mr. de Talleyrand al primer cónsul el informe siguiente.

Hace algunos meses que se tiene por cierto en Italia el haberse formado una conspiracion contra varios de sus gobiernos. Por una denuncia dada al gobernador de Macerata, se formó un espediente en Roma con el objeto de averiguar si realmente habia ó no, una conjuracion.

De muchas declaraciones judiciales de varias personas, resulta que un napolitano licenciado de la Cisalpina, de vuelta á su pais con otros quince licenciados como él; ha dicho á varios, que era uno de los de la conspiracion para revolucionar toda la Italia: que el fin era echar á todos los franceses, proteger la religion y destronar al mismo tiempo á todos los soberanos incluso el Papa: empero que era preciso todavia ocultar estas dos últimas miras, hasta engruesar mas el partido.

Dijo además el napolitano, que los jenerales Pino y Lecchi, debian proclamar la rebelion en Lombardia: que lo mismo debia hacer el jeneral Vignole en Piamonte, el jeneral Ciccio Pignatelli en los Estados eclesiásticos, y el jeneral Moliterno en el reyno de Nápoles. Cada caudillo de la insurreccion tenia el encargo de valerse de los mas revoltosos del pais. El proyecto debia efectuarse en noviembre, pero la vijilancia del gobierno hizo que los conjurados dilatasen su ejecucion.

A esto se reducen poco mas ó menos las declaraciones de los testigos oidos. Todos vienen á parar á lo que les ha dicho el comandante napolitano, cosa que merece poca confianza. Puede ser que descontento semejante hombre porque le hayan licenciado, solo haya pensado en perturbar los ánimos: puede tambien que solo tratase de sondear la opinion de los que creyese descontentos como él.

No faltan en Italia hombres que quisieran hubiese nuevas revoluciones: pero á juzgar por mi correspondencia no tienen mas union entre sí que la de sus secretos deseos: carecen de fuerza; y en una palabra, no tengo noticia alguna de que se conspire en Italia, ni contra sus gobiernos actuales, ni contra los franceses."

Firmado Ch.-Mau. TALLEIRAND.

Había entre tanto llegado á Roma el conde de Avaray primer ministro y favorito de Luis XVIII. Venia á indagar la verdadera opinion de la santa Sede acerca de los Obispos franceses refugiados en Londres, mas no adquirió acerca de este asunto noticias satisfactorias. La santa Sede se veía en la necesidad de pedir las dimisiones, sin que le fuese dado seguir otra vía. El Cardenal Consalvi

pintó frecuentemente al conde la situacion de la corte romana, y le habló sobre todo del ascendiente político que el primer cónsul comenzaba á adquirir en Europa. "Puede quizá que algunos gabinetes no le amen, decia el Cardenal, pero tratan con él y solicitan su intervencion. Ved hasta la misma Inglaterra y observad ese concierto de apoyo y de sufragios, de debilidad y de paciencia." En una de estas conversaciones confidenciales, habiendo dicho el Cardenal que era muy desgraciada la causa de los emigrados franceses, contestó el Conde de Avaray—"Muchos nobles han vuelto á entrar en Francia; pero yo consumaré el sacrificio empezado por la causa de tan buen rey."

Como los negocios eclesiásticos no marchaban en Paris hácia esta época tan favorablemente como hubiera sido de desear, pidió el primer cónsul al ministerio de estado un informe acerca de esta cuestion y de las medidas que deberían tomarse inmediatamente para asegurar los otros cultos.

Muchos miembros del consejo de estado trabajaron en la redaccion de este informe, el cual fue presentado al primer cónsul el 9 de marzo en los términos siguientes.

Queda arreglada la suerte de los católicos franceses por los artículos acordados entre el gobierno de la república y su San-

tividad. Deben determinarse igualmente las relaciones civiles y políticas de los demás cultos.

El primero de los artículos acordados declara que la religión católica es la de la mayoría de los franceses: y como pudiera abusarse de esta declaración, aunque no revela más que un hecho; es preciso precaverse contra las interpretaciones de la malevolencia. (1)

La voluntad de la mayoría atrae la minoría por las cosas que son al mismo tiempo generales y comunes, como las leyes civiles, las políticas, las instituciones, los usos. Sobre tales objetos no puede establecerse más que un sistema: á saber, que las voluntades de los que disienten, cedan á la pluralidad de los que asienten.

El culto, sus prácticas y sus *dógm*as son cosas especiales, *arbitrarias y de eleccion*. No puede subsistir un estado, sin que todos los ciudadanos se sometan á las mismas leyes; *pero bien puede subsistir sin culto*, ó con una gran diversidad de cultos: por los que todos tienen el derecho de renunciar á un culto, de profesar otro, ó de *no profesar ninguno*. (2)

Al declarar, pues, que la mayoría de Francia seguía el catolicismo, no ha tratado el gobierno de proporcionarle ninguna preeminencia política ó civil. Ha querido solo presentar los motivos de las providencias que ha tomado, para asegurar una independencia que trata de conceder igualmente á los demás cultos.

(I) He puesto en mi obra los argumentos del *dógm*a que firme y abiertamente profesa la corte romana; justo es pues, que presente también aquellos documentos, que si bien no son de hombres enemigos declarados de Roma, están escritos por publicistas que tenían entonces el penoso encargo de conciliar la política con la religión. Era como necesario en aquel tiempo, insultar al catolicismo para favorecerle. La cabeza de gobierno solía decir "soy el mejor amigo de Roma" y añadía con frecuencia "se descompondrá por sí sola esta vieja máquina" por eso se daban informes como el presente á quien se expresaba de tal modo.

(2) Puede juzgarse por estas últimas palabras de las pretensiones inauditas del partido revolucionario.

El protestantismo es una comunión cristiana que reúne bajo la misma ceremonia y los mismos ritos á un gran número de ciudadanos franceses: y así esta comunión tiene derecho á que el gobierno la proteja, mereciendo además por otros respectos consideración y benevolencia. Sus fundadores fueron los primeros que esparcieron en Europa máximas liberales de gobierno: á ellos deben parte de sus progresos la moral, la filosofía, las ciencias y artes útiles. En los últimos tiempos, los protestantes fueron los primeros á colocarse bajo la bandera de la libertad, y nunca la abandonaron.

Debe, pues, el gobierno velar por la pacífica reunión de esta ilustrada y jenerosa minoría de ciudadanos congregados en sus templos, con el laudable fin de penetrarse de los preceptos de la religión de Cristo.

Fuera del cristianismo, pocos son los cultos que se hallen establecidos en Francia: ó á lo menos, corto es el número de ciudadanos que los siguen. Deben gozar, sin embargo, de la misma independencia que los demás cultos: independencia que les queda suficientemente asegurada con los principios jenerales contenidos en los proyectos presentados á la decisión de los cónsules.

Cuanto queda acordado en favor de las diversas comuniones cristianas por los artículos en que su Santidad y el gobierno de la república han convenido; se entiende también en favor de los protestantes, fuera del subsidio pecuniario prometido á las primeras. Deben darse las razones de esta diferencia.

1.^a El empleo de los fondos públicos es una de aquellas cosas comunes y jenerales, que tocan á la legislación, y en las que está sujeta á la mayoría, la minoría numérica de ciudadanos.

Bajo este punto de vista, el gobierno que tiene la iniciativa de las leyes, tiene derecho á presumir que el voto nacional

le autoriza á pedir la habilitacion legislativa , para aquellos gastos que interesan al mayor número de ciudadanos , y de no pedirla , para los que interesan á un corto número.

2.^a La aplicacion de un fondo nacional al sostenimiento del culto , considerado en sus resultados no es un acto de munificencia.

Los ministros católicos se mantienen hoy á espensas de los suyos ; y la opinion que se tiene de su pobreza , sirve de aliciente al fervor y liberalidad de los católicos. Debilitar, pues, esa opinion, por medio de un señalamiento nacional concedido á los ministros católicos; equivale á evitar una prodigalidad jeneral, verdadera carga para la clase de menos posibles, y que por otros medios sería inevitable. (1)

3.^a Por los artículos en que han convenido la cabeza de la iglesia romana , y el gobierno de la república ; se compensa al Estado del cargo que se impone , por el derecho *que se adquiere* de intervenir directa y eficazmente en la administracion de la iglesia , para el nombramiento de sus principales ministros, y vijilancia en sus subalternos. (2)

Propónese pues á los cónsules el proyecto siguiente.

A este documento iban unidos cuatro proyectos de ley , que se refundieron en el siguiente.

Los cónsules de la república , despues de haber oido al ministro de lo interior y de la policia jeneral, decretan lo que sigue:

Art. 1.^o Todos los actos y reglamentos represivos de la

(1) Debiera haberse añadido tambien , que el gobierno , apoderándose de todos los bienes del clero católico, contrajo la obligacion de mantenerle.

(2) No fué el gobierno consular quien adquirió este derecho. Francisco I fué quien le obtuvo , y le trasmitió á sus sucesores.

libertad de cultos, ó adversos á su respectiva independencia, quedan anulados.

Art. 2.º Los ciudadanos franceses pertenientes á las comuniones protestantes ó á cualquier otra comunión cristiana, presentarán al gobierno en el término de tres meses, el cuadro de la jerarquía eclesiástica de sus ministros, y la circunscripción de sus parroquias. Indicarán asimismo los edificios destinados en cada lugar para el ejercicio de su culto.

Art. 3.º Será protegido por las autoridades el libre ejercicio del culto; pero solo en los recintos destinados á este uso y autorizados para él.

El artículo 4.º trata de los juramentos.

El 5.º es relativo al nombramiento de los ministros.

Art. 6.º Los templos protestantes que no se hayan enajenado á la publicación de este decreto, se pondrán á disposición del culto protestante.

Art. 7.º El gobierno tomará las medidas oportunas para que se permita á los protestantes franceses hacer en favor de sus iglesias fundaciones en bienes ó en rentas sobre el estado. Estas iglesias quedarán sujetas en sus fueros, así como en los indicados en el anterior artículo, á todas las cargas del estado.

Art. 8.º Los ciudadanos franceses no cristianos, y que profesan un culto cualquiera, declararán en el término de tres meses el nombre de los individuos unidos á la misma creencia, del estado jerárquico de sus ministros, y la designación de los lugares destinados á su culto, para que puedan tomarse por el gobierno las medidas conducentes, á fin de asegurarles la misma independencia de que gozan las otras religiones.

Art. 9.º Los ministros de lo interior y de la policía jeneral, quedan encargados de la ejecución del presente decreto.

Al márjen de la minuta se halla estendida esta observacion del primer cónsul.

Falta en este proyecto. 1.º El juramento que deben prestar los ministros del culto protestante.

2.º Las elecciones de los ministros del culto. Seria muy esencial impedir á los consistorios situados á la orilla derecha que nombrasen los puestos vacantes, y nombrar con este fin un consistorio en Francia. 21 Ventoso año X

El primer cónsul

Firmado.—BONAPARTE.

Esta observacion manifiesta la sensatez, penetracion y tino político del primer cónsul.

CAPITULO VEINTE.

OBJETOS DE ARTES SECUESTRADOS EN ROMA POR LOS FRANCESES.—ANUNCIASE QUE M. DE CHATEAUBRIAND ESTABA NOMBRADO SECRETARIO DE LA LEGACION DE ROMA.—PARTIDA DEL CONDE DE AVARAY.—LLEGADA A ROMA DEL JENERAL MURAT.

El primer cónsul apenas hallaba por ninguna parte otra cosa que resistencias. El ministro de lo interior le presentaba peticiones dirigidas por la administracion del museo central de las artes, faltas de todo derecho.

Cuando salieron los franceses de Roma se vieron obligados á abandonar parte de los objetos de bellas artes confiscados á las casas de Braschi, de Albani, y de un ingles llamado Fagan. Estos objetos se hallaban aun sellados cerca de *Ripa grande*, en las márgenes del Tibre. Los propietarios los reclamaban con razon, y M. Cacault apoyó sus instancias. Respondióseles que el gobierno consentía la devolucion de estos objetos siem-

pre que se esceptuase el Antinoo colosal de la casa de Braschi, y otros seis fragmentos de la coleccion de Albani; pero que el Papa decidiría definitivamente sobre este particular.

El inflexible Mr. Cacault contestó, que aquellas negociaciones parecian hijas de los errores que habian manchado la revolucion francesa; que no consistía el honor de la Francia en acumular objetos extranjeros de artes, sino en producir otros semejantes ó mejores.

El ministro Cacault tuvo la delicadeza de no enseñar esta carta al Cardenal Consalvi, y solo le dijo que habia espuesto al gobierno sus razones particulares. Tambien lo hizo el Cardenal como ministro del Papa, entregando una nota la cual decia así.

A cada paso se presentan motivos para admirar la justicia y jenerosidad del primer cónsul. Enterado de las causas alegadas por la junta administrativa del museo central de Bellas Artes, para que se la proporcionasen siete monumentos que indicaba en una nota, el primero de los cuales pertenece á la casa Braschi, y los otros seis á la casa Albani; el primer cónsul, no obstante, le ha dejado al Padre Santo en libertad de hacer lo que le parezca mas conveniente. El entendimiento elevado del primer cónsul, solo puede considerar á lo mas justo, como lo mas conveniente. Segun esta mácsima no creerá sea justo violar la propiedad particular de los poseedores de esos preciosos objetos. Encontrará, pues, conveniente que el Padre Santo se

abstenga de hacer uso de su autoridad, para perjudicar el derecho sagrado de la propiedad particular.

Por lo que hace á las razones particulares que se aducen en la carta del respetable ministro, debe notarse que á los objetos del arte, no les dá estima su número, sino el mérito de la obra. ¿Qué valor tiene, pues, el raciocinio de que el privarse del corto número de objetos de que se trata, no puede causar un gran vacío en los museos de los poseedores? Pocos son y raros los monumentos capaces de aumentar el precio de una coleccion: y si de ellos se la despoja, lo demas queda sin prez ni valor. Trátase ademas de particulares, cuyas colecciones son reducidas: los objetos que se piden de las familias Braschi y Albani, son lo maspreciado y raro que poseen, y los tienen en tanto sus dueños, que no los darian por interes, ni indemnizacion alguna. El Padre Santo no podría obligarles á cederlos sin violencia; y el tesoro público por otra parte no podria invertir la suma necesaria á su compra, sin grave daño y perjuicio del estado.

Ademas, tras las desgracias, que han privado á Roma de sus monumentos mas preciosos; no podria su Santidad acceder á los deseos de la junta administrativa del museo central, sin chocar con las ideas de toda la poblacion. (1)

(1) Los principales objetos del arte, que ecsisten actualmente en Roma en el Palacio Braschi, en plaza Navona: son— Una soberbia estatua colosal de *Antinoo*, hallada en una escavacion junto á Palestrina: una estatua de Cincinato, una de Julia Augusta, hija de Druso; una Diana, un Baco y alguna otra. En la villa Albani, fuera de la puerta *Salaria*, ecsisten hoy, entre otros muchos objetos del arte—

Un Apolo Saurótono, estatua de bronce de las mejores de esta coleccion; el célebre bajo relieve del reposo de Hércules; el famoso bajo relieve del *Antinoo*; el de Hércules y las Hespéridas, bellísimos, una Cariátide ó mas bien Canéfora, con la inscripcion de los escultores Criton y Nicolao, atenienses: el célebre Mercurio con la inscripcion greco-latina y

Esta negativa ofendió profundamente al gobierno de Paris. Díjose que el ministro de Francia estaba gobernado por el Papa; y se pensó en herir á Mr. Cacault, maltratando á su secretario que se suponía ejercer demasiado influjo con su ministro.

El Diario de los Debates anunció, sin la participacion de Mr. de Chateaubriand, que empezaba á adquirir grande renombre literario, que este autor debía pasar á la legacion de Roma. Sorprendido él mismo de esta noticia, escribió así á Mr. Talleyrand:

„Acabo de leer en el *Diario de los Debates* el siguiente artículo : Se asegura que el ciudadano Chateaubriand, autor del *Jenio del cristianismo*, está nombrado secretario de la legacion romana. Yo no sé de donde ha tomado el diarista la noticia; y me tomo la libertad de preguntaros si es conveniente que desmienta yo semejante nueva, ó si debo dejarla correr.

Soy, ciudadano ministro, vuestro muy humilde y muy obediente servidor.

Firmado.—CHATEAUBRIAND.

P. D. Si teneis la bondad de dejar una línea para mí en vuestra oficina, yo mismo iré á recibir la contestacion.

Mr. Cacault habia leído el *Diario*, é impidió que yo lo viese ni tuviera noticia de este asunto.

otros muchos monumentos, entre los que se cuentan preciadísimos bustos de señalados hombres antiguos.

(Nota del Traductor.)

Habiendo sabido el conde de Avaray que el jeneral Murat venia á Roma, pensó que era llegado el caso de abandonar aquella ciudad. El príncipe Camilo Borghese, así que supo la llegada del jeneral, anunció que deseaba darle un convite en su magnífica *Villa Borghese*. Pero Mr. Cacault que era á la vez ministro hábil, íntegro, jeneroso y grande, quiso anteponerse, reunió á toda la nobleza y al cuerpo diplomático á la llegada del jeneral. No fué su ánimo rivalizar con tan opulento príncipe, mas quiso dar ejemplo, y agradecer la hospitalidad recibida en Florencia del marido de su *hija*.

Segun los despachos de Mr. Cacault, el recibimiento del jeneral Murat fué grato, con órden, con lucimiento, no el de la magnificencia pródiga, y el del orgullo, sino el de la lejitima urbanidad y conveniencia.

El príncipe Borghese había dado órdenes para que su banquete fuese suntuoso. Se comió, de dia, en una de las mas hermosas salas de su célebre quinta, en medio de las hijas de Júpiter, de Marte y de Faustina; y ostentábanse en derredor de la mesa donde concurría toda la alta nobleza de Roma, las riquezas en que abundaba el museo.

Quedó el jeneral Murat tan satisfecho de los modales elegantes y afables del príncipe, y de los

testimonios de urbanidad de su hermano el príncipe Francisco Aldobrandini, hoy príncipe Borghese, que desde aquel instante concibió la mas sincera amistad por la familia; y sus informes al primer cónsul no contribuyeron poco á preparar el casamiento que se verificó al siguiente año, entre la viuda del jeneral Leclerc, hermana de Bonaparte, y el príncipe Camilo.

CAPITULO VEINTE Y UNO.

PUBLICACION DEL CONCORDATO DE PARIS.—CARTA DE
MR. CACAULT. —PRESENTES DEL PAPA A LA LEGACION
FRANCESA. —NEGOCIACIONES CON LA INGLATERRA.

Aflijase la corte de Roma al contemplar que la de París, no obstante las representaciones del gobierno pontificio, había nombrado varios constitucionales para las mitras, y que la publicacion del concordato, hecha el dia de Pascua, hubiese precedido inmediatamente á la publicacion de los artículos orgánicos no concertados con el Cardenal Caprara.

Mr. Cacaault despues de haber obtenido una audiencia del Papa, escribió á Mr. Portalis.

El Papa ha visto con dolor el nombramiento de varios Obispos constitucionales, á quienes la opinion no supone con los requisitos necesarios para ser pastores. Y lo que mas le ha aflijido es que esos constitucionales no hayan hecho nada de lo que se les ecsijia con la mayor moderacion, para reconciliarse con la cabeza de la iglesia.

El Papa dice que hay reglas imprescindibles: que su de-

ber era pedir á los constitucionales, con arreglo á las leyes de la iglesia, lo que les prescribía, y que tiene dadas pruebas de su adhesion á Francia.

Me ha hablado de los artículos orgánicos: y se ha conmovido grandemente al observar que su publicacion coincide con la del concordato: ha dado á entender al público que Roma ha convenido tambien en el nuevo trabajo.

Los está ecsaminando: desea con ardor que *dichos artículos no esten en oposicion con las leyes de la iglesia católica.*

Ha sentido, que conviniendo ya en recibir al legado sin que prestase juramento, y que se incluiría ese juramento en un discurso al primer cónsul, al cabo se haya ecsijido al legado juramento á parte. El Monitor ademas, ha impreso este juramento de un modo inecsacto. He visto siempre en el Papa los mismos sentimientos á favor de Francia, y del primer cónsul, los mismos abriga el Cardenal Consalvi: los franceses están muy bien vistos en la ciudad.

Las causas que han aflijido al Papa, no han permitido aquellos regocijos que la conclusion feliz del concordato dictaba. *El Papa no ha hecho cantar el Te Deum en san Pedro.* Yo me esfuerzo para que, segun las fórmulas de este pais, se regularice lo que habeis hecho.

Por este tiempo principióse á tratar el importante negocio de Malta.

Se deseaban hallar, de acuerdo con el Papa, los medios de elejir un gran maestro en reemplazo de Mr. de Hompesch, á quien muchos prioratos no querían reconocer y á quien el primer cónsul tampoco quería ver de nuevo á la cabeza de la órden. El Papa deseaba que se concediesen á Mr.

Cacault credenciales que le autorizasen á ser él quien tratara de este asunto; pues el Papa decía de este ministro, que le amaba tanto como había amado á su madre. Por la carta que sigue pueden conocerse los sentimientos del santo Padre hácia Mr. Cacault.

" El santo Padre me ha dado el 12 de mayo su retrato enriquecido con diamantes en una caja parecida á las que se dieron en Paris á los ministros franceses signatarios del concordato.

Su Santidad me ha dicho que habia esperado el momento de la publicacion, para manifestarme lo satisfecho que estaba del celo con que yo habia concurrido al buen écsito de este grande negocio: prueba de que el santo Padre se alegra mucho de la publicacion del concordato y de la probabilidad de verle cumplido.

Por otra parte, el buen Papa se pica de corresponder á la jenerosidad del primer cónsul. Los presentes hechos al legado y á la legacion han escitado el reconocimiento del santo Padre, que no ha podido menos de manifestar su aprecio haciéndome á mí otro. Y semejantes obsequios son aquí novísimos. Los antiguos Papas no han regalado jamas otra cosa que cuerpos de santos, pedacitos de la verdadera cruz y á lo mas algun fragmento de mosaico ó cabezas de apóstoles en tapicería.

Al otro dia el Cardenal Consalvi me envió una caja de oro esmaltada y embutida en pedrería, con la cifra de su Santidad formada de diamantes. Yo subí inmediatamente á dar gracias al Papa, que tuvo la bondad de decirme que habia querido que hiciesen la caja en París, en casa de

Foncier para que saliera mas elegante y primorosa.

En Cerdeña se alteraba la pública tranquilidad. El 7 de mayo murió en Nápoles la santa reina Clotilde, de ejemplarísima virtud. El Papa dió lágrimas á su memoria. Tres meses despues de su muerte, inconsolable Cárlos Manuel IV por esta pérdida, quiso retirarse á un convento. Abdicó en favor de su hermano el duque de Aosta, que tomó el nombre de Victorio Manuel V: el príncipe abdicador se reservó el título de rey, una pension de cien mil duros, que su hermano estaba obligado á aumentar si los negocios de esta familia mejoraban de situacion.

La nueva corte de Cerdeña, deseaba tratar con el gobierno francés para la eleccion de gran maestre de Malta, pero se hallaba dividida en dos partidos; uno ecsistente en Roma que deseaba se solicitase la intervencion del Papa; otro en Nápoles que ecsijia la intervencion del caballero Acton.

Util era entonces la intervencion del soberano Pontífice. Sabíase que el primer cónsul deseaba ver al Papa negociando en muchos asuntos; y aun había declarado ya de concierto con la Inglaterra, á la cual hacía condescendiese, que convenia elejir cuanto antes un gran maestre de Malta por Pio VII.

M. de Talleyrand escribió al ministro de S. M.

británica en París, que como el primer cónsul, lo único á que aspiraba en los asuntos relativos á Malta, era á lograr la conveniente ejecucion del artículo 10 del tratado de Amiens, separando las dificultades que pudieran hacerla difícil ó larga, consiente en que su Santidad elija entre los candidatos que los prioratos propongan.

En este despacho en que Mr. Talleyrand propone al gobierno inglés se solicite el consentimiento del Austria, de la Rusia y de la Prusia, no se nombra siquiera á la España. Puede que sea porque las peticiones del señor de Vargas habian ofendido un poco á la corte de Roma, ó porque ecsistiese un obstáculo aparente en la persona del príncipe de la Paz, á quien una lisonja del caballero Azara habia hecho proponer, años antes, para gran maestro de Malta.

Era Mr. de Talleyrand demasiado habil, para no aconsejar á Bonaparte que en semejante circunstancia se hiciese grato al Papa, á quien instaban casi todas las potencias para que eligiese un gran maestro. El negocio de la querella de Benevento era uno de los que mas directamente interesaban al santo Padre, y en ese sentido trataba la Francia de complacer al gobierno pontificio.

CAPITULO VEINTE Y DOS.

CUESTION DE BENEVENTO Y DE PONTE-CORVO.—PUBLICACIONES HECHAS EN PARIS.—EL JENERAL SOULT.—RETRATO DEL PRIMER CONSUL POR EL ESCULTOR MACSIMILIANO.—PETICION DE CINCO CAPELOS PARA LA FRANCIA.—VUELVE MR. DE TALLEYRAND AL VESTIDO SEGLAR.

En el año de 551 era Alboin rey de los Longobardos y señor de una parte de la Italia. Para conservar sus conquistas fundó tres grandes ducados el de Friuli, el de Spoleto, y el de Benevento. El último estaba destinado á hostilizar á Roma, y á repulsar los ejércitos de los emperadores griegos hácia la parte mas meridional de la península. Los duques de Benevento no tardaron en declararse independientes; y por mas de quinientos años dieron leyes á grande parte del actual reino de Nápoles. Grimualdo II, duque de Benevento que reinó desde 806 hasta 818 resistió á Carlomagno, é hizo paz con él en 812, mediante un tributo que ascendió á 25000 sueldos de oro. En 1076, Ro-

berto Guiscardo, primojénito del segundo matrimonio de Tancredo, combatió á Pandolfo VI duque de Benevento, le lanzó de su principado y se le dió á Gregorio VII. Tal es el título que justifica el derecho de señorío pontificio sobre este ducado, posesion que data del año 760 y que dura todavía (1836). En 1081 Roberto acababa de vencer al emperador Alejo Comneno en persona ante Durazzo, y súbito se volvió hácia el occidente adonde oía la voz de Gregorio implorando su auxilio contra Enrique, rey de la Jermania, el primero que se había titulado rey de romanos y que en 1084 fué emperador bajo el título de Enrique IV. Roberto Guiscardo acudió con sus romanos, libró á Gregorio, y confirmó el don de Benevento.

En 1265, Clemente IV hizo un tratado con Carlos de Anjou, y dió á este príncipe que era hermano de san Luis, la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia. Quedaron aseguradas entonces 1. ° la herencia solo á los sucesores de Carlos de ambos sexos, sin ley sálica y por falta de estos debia la corona volver á la iglesia; 2. ° la incompatibilidad de la corona de Sicilia con el imperio y con la dominacion de la Lombardía ó de la Toscana; 3. ° la reserva anual de un tributo compuesto de un palafren blanco (orijen de la blanca haca-

nea) cargado con ocho mil onzas de oro en dos cajitas; 4.º el subsidio de trescientos caballeros mantenidos tres meses cada año al servicio de la iglesia; 5.º y último, la remision de Benevento con todo su territorio, y la conservacion de todas las inmunidades eclesiásticas para el clero de las dos Sicilias. Previamente se había pronunciado la ilejitimidad de todo rey descendiente de Carlos que no observase estas condiciones.

Pío II, Papa en 1458, reconoció por rey de Nápoles á Fernando hijo de Alfonso el magnánimo y le hizo consagrar por el Cardenal Latino Orsini, aprovechando esta circunstancia para lograr que se respetasen las antiguas posesiones de la iglesia; fijó tambien el tributo que los reyes de las dos Sicilias debian á la santa Sede y que no se habia pagado en muchos años, é instó para que se le restituyesen Benevento, Ponte-Corvo y Terracina. Esta última ciudad, no ha sido despues objeto de ninguna contestacion.

Cárlos V, poseedor de Nápoles no rehusó el tributó y dejó á los Papas el señorío de Benevento y de Ponte-Corvo. En un despacho de M. de Sillery embajador en Roma del rey de Francia Enrique IV, con fecha de 29 de junio de 1599, se lee lo que sigue:

" La víspera de san Pedro , el embajador de España dijo

de rodillas y en español. S. M. Felipe III, rey de las Españas de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalem, presenta á su Santidad la hacanea y siete mil ducados por el censo debido á causa del reino de Nápoles; mi señor desea larga vida á su Beatitud para bien de la cristiandad; y que plegue á Dios que su Santidad reciba todavia por largos años el dicho censo."

"El procurador fiscal se levantó y en lengua italiana declaró que este pago quedaba aceptado sin perjuicio de los derechos de la santa Sede y de su Santidad, pues los reinos de Nápoles y de Sicilia habían revestido á la iglesia y le pertenecian de pleno derecho.

"El Papa (Clemente VIII) respondió en latin que recibía gustoso el censo enviado por el rey de las Españas, á causa del reino de Nápoles; que deseaba al rey y á la reina su esposa toda prosperidad y que les concedia su bendicion."

Verificóse esta ceremonia á la estremidad de la grande nave de la iglesia habiéndose colocado el Papa en su *Sedia gestatoria* y hallándose rodeado de todo el sacro Colejio, y de los embajadores extranjeros.

Durante la guerra de sucesion de España al principio del último siglo mientras que se preparaban marchas, sitios y batallas, pasó en Roma un suceso que hasta cierto punto manifestaba á la faz de la Europa los derechos que los precedentes reyes de España reconocian en los Pontífices.

El Cardenal de Sanson, ministro de Francia, y el duque de Uceda, embajador del rey Católico Felipe V, pidieron al Papa Clemente XI, que

diese á este príncipe la investidura de los reinos de Napoles y de Sicilia. Ya se han visto las condiciones de la primer investidura firmadas y convenidas entre el Papa Clemente IV y Carlos de Anjou. La España prometía cumplir estas condiciones menos en lo relativo á la ley sálica.

A la primer noticia de las instancias del Cardenal y del embajador de España, el conde de Lamberg, embajador de Leopoldo I, solicitó el mismo favor en nombre del archiduque Carlos su hijo. Presentáronse, pues, dos tributos y dos hacaneas. El Papa no quería aceptar el homenaje de ninguna de las partes por no ofender á la otra y sentía no conceder lo que solicitaba Francia, porque secretamente deseaba favorecerla. Continuaban entre tanto las negociaciones. Ofrecíanse al Papa, por parte de España, las dos provincias de los Abruzos situadas en los límites de sus estados; Lamberg, menos seguro de conseguir su intento, no ofrecía nada. Acercábase, empero, el día de san Pedro. El Papa tuvo que publicar una respuesta clara y positiva. Dijo que mas apegado que nunca se hallaba á su derecho de investidura; que se complacía al ver cuatro príncipes ilustres rivalizar en celo por los derechos de la santa Sede; pero que le era forzoso esperar á que las potencias europeas se conviniesen para no recono-

cer mas que un solo rey de España. En medio de esto, el duque de Uceda prestó el homenaje *por medio de una sorpresa*; contra cuyo acto protestó el conde de Lamberg.

Hemos espuesto con tal minuciosidad esta cuestion, por considerarla capaz de llamar la atencion de los que estén en primera línea, como políticos, para debatir los altercados de Europa. Bonaparte, favorecedor primero de la santa Sede contra Fernando de Borbon, abandonará la causa de Roma; al paso que Murat ocupando el lugar del destronado Borbon, propondrá, valiéndose de los Ucedas de su tiempo, aumentos y accesiones, que nos dejarán sorprendidos. Con razon decía Mr. Choiseul á Mr. de Bernís: " Los soberanos son hombres que viven y mueren, pero los negocios son cosas que no varian con la mudanza de soberanos." Roma sabia esto: no creia del caso el manifestarse públicamente irritada por la querella y disputa á cerca de la hacanea, pero defendía con firmeza su derecho de soberanía directa sobre Benevento y Ponte-Corvo.

Bonaparte no deseaba ver en Malta ni al Príncipe de la Paz ni á un aleman; quería, si fuese posible; que recayese la eleccion en un italiano. Iba á pronunciar el Pontífice cuando se ocurrió una dichosa idea al primer cónsul, que te-

niendo respetables fuerzas en el reino de Nápoles, escribió así á su ministro de Estado :

„Decid, ciudadano ministro, al ciudadano Alquier, que es necesario que el Rey de Nápoles deje gozar al Papa de la integridad de sus estados, y justo que Benevento y Ponte - Corvo continuen lo mismo.” Os saludo.

Firmado BONAPARTE.

París 2 pradiel año 10 (22 de mayo.)

Esta carta que tan satisfactoria debia ser para el santo Padre , marchaba rápidamente á su destino, á la sazón que el Cardenal Consalvi dirijía á M. Cacault diversas notificaciones relativas á los negocios eclesiásticos, hablándole de la conducta de los Obispos constitucionales , y solicitando se modificasen los artículos orgánicos.

El infrascripto Cardenal secretario de estado , obedeciendo al mandato de su Santidad , os anuncia que en un consistorio secreto celebrado por su Santidad , se ha publicado la bula del 15 de Agosto de 1801, comprehensiva de los diez y siete artículos del concordato concluido entre su Santidad y el gobierno frances.

Con satisfaccion ha sabido el Padre Santo que la bula se ha publicado por fin en Francia, proclamándose en ella el restablecimiento de la religion católica. Ha dispuesto se haga solemne accion de gracias al Todopoderoso, y con este motivo cantará su Santidad misma el *Te Deum*, el augusto dia de la Ascension, que está prócsimo. Fiesta es de las mayores que celebra la santa

iglesia, y se acostumbra celebrar con extraordinaria pompa en la basílica Lateranense, que es la primer iglesia del universo. (1) El Papa dá entonces desde la *loggia* (galería, ó corredor), la solemne bendicion papal á todo el pueblo de Roma y de los alrededores. Esta circunstancia análoga á tan gran acontecimiento, contribuirá á que la sagrada ceremonia sea mas augusta y memorable.

Su Santidad, como es costumbre, ha dado parte al sacro Colejio de la publicacion hecha en Francia.

El Padre Santo en la alocucion que os remito, ha dado á conocer al sacro Colejio, y al mundo todo, lo que el primer cónsul se merece por haber *concebido y llevado á cabo el gran pensamiento*, de restituir á Francia la antigua relijion de sus padres.

De órden del Padre Santo, el infrascripto no os debe dejar ignorar, que varias *concomitancias* que han seguido á la publicacion hecha en Francia del concordato del 15 de Julio 1801, y bula que contiene; han escitado la sensibilidad de su Santidad, y puéstole en embarazos respecto á la publicacion que debe hacerse del concordato.

(1) Efectivamente se la denomina en Roma *Ecclesia Urbis et Orbis Mater et Caput Ecclesiarum*: llámase tambien *Basilica Constantina*, de Constantino Magno que la fundó: *Basilica Lateranense*, por estar edificada en el sitio donde estuvo la casa de Plauzio Laterano, muerto en la conjuracion contra Nerón: *Basilica aurea*, por los preciosos dones con que se halla enriquecida: y *Basilica de S. Juan* por estar dedicada á los Stos. Juan Bautista, y Evanjelista. Urnas antiguas de pórfido, columnas, estatuas, sepulcros magníficos la ennoblecen. En el gran pórtico que la dá entrada principal, está la estatua colosal de Constantino Magno, hallada en sus termas. Pasan de 24 las estatuas colosales que hay en ella, fuera de otras de diverso tamaño.

(Nota del Traductor Español.)

El infrascripto no alude aquí á la institucion concedida á los Obispos constitucionales, á quienes su Santidad acaba de estrechar contra su seno, confiando en el Señor, no haya motivo de arrepentirse de la benignidad que se les ha mostrado por amor á la union.

El infrascripto alude, siempre por órden de su Santidad, á los artículos orgánicos, desconocidos á su Santidad, y publicados con los diez y siete artículos del concordato, como si de él hiciesen parte. Varios de estos artículos á los ojos del Santo Padre, están en contradiccion con las reglas de la iglesia; y su Santidad no puede menos de desear que reciban las convenientes modificaciones y cámbios necesarios. El Padre Santo confía en la relijion y saber del primer cónsul, y directamente le ruega acceda á estas variaciones.

El infrascripto Cardenal os ruega, ciudadano ministro, recibais la seguridad de su mas distinguida consideracion.

Firmado HÉRCULES CARDENAL CONSALVI.

M. Cacault contestó verbalmente que debia esperarse mucho de la docilidad de los Obispos constitucionales, y que todos los demas negocios era de presumir concluyesen amistosa y felizmente.

El 2 de junio evacuaron el reino de Nápoles, y pasaron á Roma el teniente jeneral Soult y varios oficiales. M. Cacault solicitó para ello una audiencia del Papa que les recibió con mucha benevolencia. Precedia al jeneral la fama de buen administrador, nuevo lustre de la gloria militar,

y celebrábase mas que todo, la ecsacta disciplina que habia mantenido entre sus tropas.

El conde de Cassini, piamontés, y encargado de negocios de Rusia, era uno de los miembros del cuerpo diplomático que mas se interesaban en la prócsima eleccion del gran maestro de Malta, acerca de la cual tuvo algunas conferencias con M. Cacault ministro de Francia.

Habia mandado Melzi, el vice-presidente de la república de Milan, á un escultor frances domiciliado en Roma llamado Macsimiliano Laboureur, hacer un busto en mármol del primer cónsul. M. Cacault dirijia este negocio; y como muy entendido en las artes, lo hacía con acierto. Así escribía á Paris sobre el particular:

„Ha imaginado el autor poner en el pie que sostiene el busto un emblema bastante característico.

„El lobo y el cordero bebiendo en el mismo vaso, y en medio de ellos la espada del primer cónsul que ha cortado el hilo de todas las disensiones.”

El 6 de Junio anunció M. Cacault que el caballero Acton habia declarado que entregaría á Benevento y á Ponte-Corvo, no obstante los imprescriptibles derechos de la corona de Sicilia á estos principados. Tambien pensaba el caballero

que no se le debia impedir mantener en dichos puntos sus guarniciones.

La intervencion del primer cónsul habia logrado esta gran ventaja á la santa Sede.

Cuantas personas tenian algun interés en los negocios de Malta, volvian los ojos á Roma, donde iba á verificarse el nombramiento de gran maestro. No era posible que en tales circunstancias permaneciese pasivo M. de Hompesch, que lo era cuando se tomó la isla. Residía á la sazón en Porto di Termo, en los estados de su Santidad; y sabiendo el influjo de M. Cacault en la corte, le escribió de su propio puño una carta harto suplicatoria pidiéndole se interesase en su favor con el Papa y con el primer cónsul. El ministro la envió á Paris por extraordinario, y el primer cónsul contestó inmediatamente de un modo que nada ó poco dejaba que esperar al interesado.

La Europa toda se ocupaba entonces del asunto de Malta, cuyo centro estaba en Roma. Mr. de Talleyrand le dedicaba la atencion preferente: he aqui lo que escribía al ministro de Francia en Roma el 30 pradiel (19 Junio 802).

Ciudadano:

La ejecucion del artículo 10 del tratado de Amiens, por lo respectivo á la eleccion del gran Maestro, de la órden de Malta merece por vuestra parte una especial atencion.

Me habeis anunciado el 7 pradiel (27 mayo) que el resultado de los votos de cada priorato, escepto los de España, le habia traído á Roma un correo procedente de san Petersburgo, y que el ministro de Rusia, habia dado á su vez, pasos oficiales, en nombre de su corte, para determinar á su Santidad, á que elijiese entre los candidatos presentados.

El mismo día de la llegada de vuestra carta, me comunicó una lista de estos eandidatos, M. Merry, ministro plenipotenciario de S. M. Británica. En la nota adjunta me decia, que los prioratos que habian concurrido á las elecciones, habian convenido en diferir, por esta vez, á su Santidad, el nombramiento de gran maestro, sacado de entre los candidatos: que S. M. Británica estaba dispuesto á considerar como válida una eleccion hecha de este modo; que deseando estar, en este punto, perfectamente de acuerdo con el gobierno francés, anhelaba que éste accediese al modo del nombramiento.

El primer cónsul consiente en que se defiera, por esta vez la eleccion á su Santidad, sacándose el gran maestro de entre los candidatos propuestos por los priores. Mira esta manera de eleccion, como propia á remover cualquiera dificultad, y á acelerar la ejecucion de todas las cláusulas del tratado de Amiens, que determinan la organizacion de Malta, y sus relaciones con los demas estados.

El primer cónsul aprovecha esta ocasion de dar una nueva prueba á su Santidad, de sus particulares sentimientos: mas importa que la santa Sede, no elija ningun candidato, sin prévio asentimiento del primer cónsul, y sin haber presentado datos ciertos sobre las disposiciones de estos candidatos, para con la Francia. Habiendo consentido la república en no entrar en la nueva composicion de la órden; solo trata de recobrar parte de su influencia en Malta, asegurándose de los sentimientos que, respecto á ella, tenga al gran maestro. Tratareis, pues, de que

no se haga eleccion alguna sin que yo de antemano os haya hecho conocer las disposiciones del primer cónsul.

Recibí á su tiempo las diferentes cartas que me habeis dirigido sobre la órden de Malta, y leílas con gran interés. Continúad participándome todo.

Yo me ocupo en que las demas potencias, que protejen y garantizan la independendia de toda la isla de Malta, den su aprobacion.

Los respetos que Monseñor Tosi manifestó á Pio VII de un modo tan directo, parecian haber venido á ser la regla de la conducta y de la opinion de los gabinetes de Europa, aun de los que no profesaban el catolicismo. De todas partes recibía felicitaciones el Cardenal Consalvi. Despues de haber organizado el Papa, decian, tan enérjicamente el episcopado francés (en toda Europa hubo una reclamacion sola, en favor de los Obispos refugiados en Lóndres); vá á elejir un Soberano. Todos querían influir en la eleccion. El mismo primer cónsul dejaba el tono usado, en sus relaciones con Pio VII, y tomaba el tono de los demas, y espontáneamente se ocupaba de los intereses de la santa Sede, contra las pretensiones del caballero Acton: velaba por el mas importante, inmediato y delicado de los intereses romanos. Pero el gobierno napolitano no se prestaba de buena gana á lo que ecsijía el primer cónsul. Por eso M. Cacault, de resultas de lo que acababa de

pasar respecto á la invitacion hecha á M. Alquier, escribía:—

He recibido la carta que me habeis hecho el honor de escribirme el 11 pradiel (31 mayo), anunciándome ser la intencion del primer cónsul, que Benevento, y Ponte-Corvo se devuelvan á la santa Sede, y se restablezcan las cosas como antiguamente. He aqui el estado de este asunto. Por despacho y edicto del 17 octubre de 1800, y diferentes cartas del ministro Acton, anunció la corte de Nápoles que solo devolvería al Papa el *dominio útil* de Benevento y Ponte-Corvo, y que retendría el dominio directo. De este modo hacía al Papa feudatario del rey. De resultas de este dominio directo, ó autoridad superior, declaró que se harían diversas innovaciones; que se tendría un presidio militar permanente en estas dos posesiones: que no se reconoceria el derecho de asilo: que se variaria en lo relativo á desertores; que se sacarían soldados de las milicias, para incorporarlos á las tropas de la línea del rey.

Se reclamó contra la retencion de esta *autoridad superior*, y contra los efectos de esta autoridad, pero siempre inutilmente. Estos últimos dias, retiró la corte de Nápoles de Benevento y Ponte-Corvo su *presidio militar*, sin dar parte á su Santidad: sin indicar de modo alguno, que desiste de sus primeras pretensiones.

Con alejar, y nada mas, el *presidio*, la corte solo ha tenido la mira de restablecerle algun dia, por medio de una determinacion particular. Bajo pretesto de reclamar los desertores, la corte de Nápoles ha dirigido una nota ministerial á su Santidad, manifestándole que S. M. ha nombrado un capitan, para que residiendo en Benevento, pueda reclamar los desertores. Se quiere, pues, conservar una autoridad militar en Benevento, á falta del *presidio*. En su respuesta, ha propuesto la corte de Roma, la remision de los desertores, bajo las condiciones

de los antiguos concordatos : y ha manifestado que es cosa fuera de uso la permanencia de un capitan en Benevento , siendo ademas inútil, y como una muestra de jurisdiccion en territorio extranjero : que esperaba, pues , desistiese S. M. de esa pretension.

La corte de Nápoles ha respondido verbalmente, declarando que el rey no trataba mas que de facilitar el arresto de los desertores. La santa Sede no ha admitido la respuesta verbal: y ha pedido formalmente que se le diese escrita. La réplica ha sido que la órden del rey era , que la respuesta se diese *de palabra*.

El primer cónsul hizo poner al márjen la siguiente nota que él dictó :

Hágase observar al Papa, que habiendo evacuado los napolitanos esos dos paises , debe hacerlos ocupar lo mas pronto posible por sus tropas , y que el rey de Nápoles *nada dirá* ; que *este negocio está concluido*."

Mas no lo estaba , en verdad , y Mr. Cacault tuvo que escribir aun á Paris sobre el asunto :

He recibido la carta que me habeis hecho el honor de escribirme el 7 mesidor (26 de junio) (aquella en que se dice que el rey de Nápoles *no dirá nada*), relativa á Benevento y Ponte-Corvo. La he comunicado confidencialmente al Padre Santo , que me ha manifestado agradecimiento por las pruebas de benevolencia , que no cesa de darle el primer cónsul. Al paso que le aflige la poca importancia que se dá en París á las reservas hechas por Mr. el caballero Acton, en su carta al Embajador de la república. El *statu quo ante bellum* aseguraba al Papa la soberanía real y absoluta de Benevento y Ponte-Corvo. Un edicto del rey de Nápoles con fecha del 17 octubre de 1800, contra el que ha protestado siempre la corte de Ro-

ma, estableció una distincion entre el *dominio directo*, y el *dominio útil*, y declaró que el *dominio directo* pertenece á S. M. siciliana.

Si las reservas notificadas á Francia en la carta de Mr. Acton están dictadas bajo el mismo espíritu que sujirió este edicto; son un nuevo título de usurpacion. Verdad es que se han retirado las tropas napolitanas, pero se ve que siempre subsisten las pretensiones respecto al *dominio directo*. De esto se duele y queja el Papa, pero sin querer llamar en su apoyo á ninguna potencia. M. Acton cree que el Papa ha implorado el socorro de Francia no solo sobre esto, sino sobre el asunto de la *hacanea*; por el interés que el primer cónsul ha manifestado tomar, en la restitucion de Benevento y Ponte-Corvo.

La esperanza de que fuese el Papa favorable á los candidatos de Francia, para la eleccion de gran maestro de Malta, no era el solo motivo de la proteccion concedida á la santa Sede. El primer cónsul deseaba que hubiese Cardenales franceses. He aqui como él imaginó que deberia establecerse esta negociacion, por medio de otra especie de *pistoletazo*, como cuando ecsijia que se hiciese en tres dias un concordato.

El primer cónsul de la república al ciudadano ministro de relaciones exteriores.

Paris 19 messidor año X (8 julio 1802)

Os suplico, ciudadano ministro, que envíeis la adjunta carta al ciudadano Cacault, para que la manifieste al Papa.

Cinco *plazas de Cardenal*, hay vacantes en el sacro Colegio. Direis al ciudadano Cacault que *yo deseo que estas plazas*

se concedan á la Francia. Cuatro Obispos, y el quinto Mr. Bayanne. Asi se compensará el derecho que no ha gozado la Francia en quince años. En las discusiones que pudiera acarrear este asunto, hará conocer el ciudadano Cacault, que el Cardenal Montmorency, lejos de ser francés debería hallarse destituido por haber *rehusado el juramento*; que Rohan es Obispo de Alemania; que Gerdil, que pasa por saboyano, no habiendo sido jamás Obispo en Francia, no puede considerarse como miembro del clero francés; que Franckenberg no siendo tampoco Obispo en Francia, le considero del mismo modo; que por lo demas apelo á la decision del Papa; que si no se adhiere á mi justa demanda, *renuncio* desde luego á toda eleccion de Cardenales; porque prefiero el que la Francia nada tenga de comun con el sacro Colejio, á verla menos considerada que á las otras potencias. Os saludo.

Firmado BONAPARTE.

Esta carta se envió por estraordinario con instrucciones separadas del ministerio de estado.

Bajo la proteccion calculada de la ajitacion y movimiento que debian producir estos despachos, solicitó el señor de Talleyrand un breve de secularizacion, por medio de una carta dirijida al Cardenal Consalvi. Los pocos Cardenales que lo supieron manifestaron, vivísima desaprobacion; y eso que estaban bien léjos de preveer las consecuencias que el logro de semejante breve produciría en Paris. Se ha dicho que lo habia firmado el Papa; pero es grave error por cierto, aunque no pue-

de negarse que tuvo conocimiento de todo el asunto.

Semejante condescendencia [no se conformaba con lo que se ecsijia en Paris, de arrancar á viva fuerza cinco capelos de Cardenales. Consalvi escribió el 22 de julio, á los Nuncios en Viena, Madrid, y Lisboa, la circular siguiente.

V. E. habrá ya recibido mi despacho del 3 del corriente, por el cual de órden de nuestro Señor se os imponia notificar á la corte de vuestra residencia, que el Padre Santo se hallaba en estado, visto el suficiente número de capelos vacantes, de hacer la promocion llamada *de los cursos*, y que por lo mismo, no esperaba ya sino el nombramiento de S. M., y el de otras potencias que gozan de este privilegio; para proceder á la creacion de los Cardenales presentados. Su Santidad mirará siempre como una obligacion el cumplir con lo que el uso ha establecido, y si S. M. lo ecsije, el Padre Santo no dejará de crear Cardenal al súbdito que S. M. nombrare. Mas un acontecimiento importante y reciente, obliga á su Santidad á dar á V. E. una comision relativa á este objeto.—El primer cónsul de la república francesa ha escrito al Padre Santo, que para consolidar la relijion en Francia, cree indispensable, que se nombren, *sin demora*, cuatro Cardenales tomados del cuerpo de los nuevos Obispos. Su Santidad *desea*, que atendida esta circunstancia absolutamente extraordinaria del restablecimiento de la relijion en Francia, y renovacion de la iglesia galicana, se haga una promocion extraordinaria en favor de Francia.

El primer cónsul hace observar á su Santidad, que ninguna córte podrá llevar á mal, que en ocasion tan importante y extraordinaria haga en favor de porcion tan considerable del

catolicismo , lo que ecsije el bien de la religion. El Padre Santo no ignora la parte que ha tenido S. M. en el júbilo del mundo católico por el restablecimiento de la religion en el vasto territorio de Francia. La reconciliacion con la iglesia, de tantos millones de hombres , la profesion de una religion seguida por los demas paises de Europa relacionados con Francia ; no pueden menos de causar satisfaccion á la santa Sede y á las potencias católicas ; si se consideran las ventajas que resultan , y los males que se precaven por ese restablecimiento.

Su Santidad piensa que tal promocion en favor de la iglesia de Francia , pedida tan eficazmente por el primer cónsul será ventajosa á la religion, y que S. M. querrá coadyuvar á ella , y dar en esta sazon una nueva prueba á los franceses del interés que toma en que se restablezca entre ellos el catolicismo. Tal promocion no retardará mas que por poco tiempo , y solo por esta circunstancia *extraordinaria* , la promocion dicha *de curso*. V. E. puede asegurar que se procederá á ella luego que hubiere la totalidad de las necesarias vacantes ; y fácil es echar de ver que este caso no está lejano á causa de la condicion de la naturaleza humana en la edad decrépita de varios (1) : esta circunstancia , pues , no debe ser un obstáculo para que S. M. trasmita el nombramiento que se pide.

Sin embargo de la premura , no se procederá adelante sin el consentimiento de S. M. Su Santidad , nuestro Señor , me

(1) Sometido este documento á una congregacion de Cardenales , hubiera sufrido alguna variacion su contenido. No habia entonces mas que cuatro Cardenales que tuviesen ochenta años: los Cardenales Migazzi, Albani, Lorenzana y Caraffa: habia diez y seis que pasaban de los setenta. Un Cardenal ministro no puede echar cuentas sobre la edad decrépita de sus cohermanos. Suelen los cálculos salir fallidos. Pasó la guerra de Napoleon , y despues de muchos años , en 1814 el octojenario Caraffa gozaba de muy buena salud.

manda, pues, encargáros que pidáis este nombramiento, y cuanto antes me hagáis saber la respuesta de S. M.

Firmado HÉRCULES, CARDENAL CONSALVI.

Por entonces se ocupó mucho Roma del estado de enfermedad en que cayó el Cardenal duque de Yorck, de edad entonces de setenta y siete años. Su muerte sin embargo, sucedió varios años después. Su testamento hecho en los primeros días de la citada enfermedad, contenía disposiciones de que hablaremos á su tiempo.

Entretanto el primer cónsul activaba su petición: y parecia que el Pontífice tenía intención de hacerle responsable de tan solícita instancia; y tenía razón, puesto que hallándose en este caso con tan poderoso y prepotente aliado, no debía comprometerse directamente.

El 9 thermidor (25 Julio) escribió el primer cónsul á su ministro de relaciones exteriores, lo que sigue:

Ciudadano ministro: las seis potencias católicas que tenían nombramiento de Cardenales, eran el emperador de Alemania, Francia, España, la república de Venecia, Polonia, y Portugal.

Venecia y Polonia ya no ecsisten. (1) No quedan, pues,

(1) El jeneral procede tan de lijero en sus enumeraciones, que no piensa ni un instante en las faltas del reinado de Luis XV, y las que hi-

mas que cuatro potencias : hay diez *puestos* de Cardenales vacantes , y el Papa pudiera conceder tres á Obispos del nuevo clero francés ; y podria nombrar otros dos en las próximas vacantes. Asi se conseguirían los cinco capelos que Francia desea lograr , y el Papa *saldria de este embarazo*.

Deseo que hagais conocer este *mezzo término* al ciudadano Cacault , para que le sirva de regla , en caso que el *embarazo* que experimenta el Papa por el nombramiento de los Cardenales frances , no fuere finjido , sino que en realidad exista,

Os saludo.

Firmado — BONAPARTE.

Esta carta tenia la fecha del 9 thermidor , y el 3 se habian concedido los capelos á Roma: pero era preciso que se acusase al Padre Santo de falsedad.

Los candidatos eran, el comendador Taufikirken bávaro, el baron de Flachslanden, francés al servicio del rey Luis XVIII; Mr. de Morawitzky, ruso; Mr. Pfürdt Blumberg, y el baron de Rinch, alemanes ; MM. Pignatelli, Masini y Bonelli, nombrados por el priorato de Sicilia; los condes Colloredo y Kollowrath, nombrados en Bohemia; D. Rodrigo Mansel Gorjao, y Carvalho Pinto por-

cieron los primeros jefes de la revolucion francesa : con esto revela el secreto de las que él mismo cometerá.

tugueses; el bailío Tommasi, toscano; y el bailío Rusp oli romano.

El gran maestro Hompesch, que veía cada vez mas próximo el peligro, continuaba interesándose con Mr. Cacault.

Monseñor Spina á quien Pio VII habia concedido el gran testimonio del reconocimiento pontificio creándole Cardenal en 29 de marzo, pedía en nombre del gobierno de Jénova que se tratase con benevolencia al antiguo gran-maestre, pero Mr. Cacault le manifestó los obstáculos que á este negocio se oponian. Contestó á Mr. Hompesch en términos jenerales, y le remitió una grande suma de dinero que el primer cónsul le destinaba, pero sin indicarle siquiera que se le restableceria en su principado.

Mas nuevas ecsijencias se preparaban para fatigar la paciencia y buena voluntad del Papa. Pidióse de Paris para la república italiana, un concordato conforme en muchas de sus disposiciones al que se habia celebrado con la Francia.

De esta época data la primera disposicion del Papa á resistir al gobierno francés y á sus agentes de Paris. Aun no habia llegado el Pontífice á las últimas concesiones, pero un presentimiento inesplicable le advierte que despues de la secularizacion que ha tolerado se le harán mas y mas

peticiones comprometiéndole y despojándole de sus derechos. Conserva en adelante su política, su mansedumbre, la esperanza de una recíproca armonía y la amistosa condescendencia: pero un fondo de tristeza, de vaga desconfianza se apodera de su espíritu; la vista de un abismo intimida sus miradas; la política acababa de conducir á la primera culpa al corazon mejor penetrado de los deberes mas imperiosos de la relijion.

El 9 thermidor, (28 julio) M. Cacaault refirió así en un despacho á su gobierno la conversacion característica y notable que había tenido con su Santidad.

" Debo informaros de que el Papa me llamó á una audiencia particular para hacerme conocer un despacho que había recibido del Cardenal Caprara, de fecha de 3^o de julio, en el cual se inserta un proyecto del concordato entre la república italiana y la santa Sede.

" Hallábase el santo Padre afectadísimo de dolor por tener que rehusar al Cardenal Caprara los poderes que le pedia para tratar de este negocio.

Su Santidad me dijo: Quisiéramos no negar nunca cosa alguna al primer cónsul; pero que no se nos haga salir de límites ni de la medida de lo que puede hacer un Papa. Motivos había, que justificaremos siempre, para lo que se ha concedido á la Francia, donde, no obstante nuestra condescendencia respecto á algunos Obispos que escandalizan con los escritos de que andan llenas las gacetas, ha tenido ya un inconveniente funesto que nos espone á grandes acusaciones.

Lo que hemos hecho por la Francia era necesario y nos se

rá meritorio delante de Dios; pero el soberano Pontífice es el conservador y el guardian de las leyes y de las reglas de la religión católica. No queremos turbar el mundo declarando ninguna especie de guerra á las autoridades temporales que abrogan las instituciones religiosas; pero tampoco seremos el primer Papa que obre contra nuestras leyes y nuestros principios. ¿Cómo; sería posible que adoptásemos por medio de un concordato con una parte de la Italia, nuevos trastornos, nuevas supresiones, ni una doctrina subversiva de los derechos de la iglesia?

El primer cónsul nos ha decidido á establecer de concierto con él, el mejor orden de cosas posibles para la Francia, respecto á la religión. La Francia ha manifestado en sus habitantes un fondo de moralidad superior á todo elogio, cuando vuelve á la religión despues de tan terrible sacudimiento. La Francia y el primer cónsul *lo han merecido todo*. Pero ¿por qué hemos de hacer hoy comun y jeneral lo que ciertamente no se debe mas que al mérito de la nacion francesa y de su jefe?

” Si firmásemos el concordato que se nos propone con la república italiana, sería menester al otro dia firmar un convenio igual con las demas potencias. Asi se volvería el Papa promotor de una nueva revolucion, despues de la que acabamos de pasar, y á la cual ha sucedido la calma necesaria despues de tantos desórdenes.

Yo he hecho cuanto me ha sido posible para tranquilizar el espíritu del Papa haciéndole sentir que el primer cónsul sabia tan bien como los soberanos que hacen por ellos mismos todas las reformas sin el concurso de la santa Sede, que la autoridad del cónsul llevaría á cabo todos los cambios que desease; pero que su amor á las reglas y principios, y su respeto por la conciencia de los pueblos, le hacian solicitar el apoyo del Papa;

que el demasiado rigor en la observancia de las antiguas reglas , esponía la relijion, en su parte esencial á mayores pérdidas y que los progresos del protestantismo (rito tal vez mas cómodo para los gobiernos) se hacía cada dia mas temible si rehusaba el Papa su aprobacion, á medidas temporales y de economia política , necesarias en paises arruinados por la guerra.

El Papa me respondió de lo mas íntimo de su corazon. —¡Ah! No gozamos de verdadera paz y de reposo, mas que en el gobierno de los católicos sujetos á infieles ó á herejes. Los católicos de Rusia, de Inglaterra, de Prusia y de Levante no nos causan el menor quebranto. Piden sus bulas, los consejos ó sentencias de que necesitan, y se conducen despues del modo mas pacífico segun las leyes de la iglesia. Pero ya sabeis lo que nuestro predecesor tuvo que padecer á causa de los cambios que plantearon los emperadores José y Leopoldo. Testigo sois de las ecsijencias con que diariamente nos asedian las Córtes de España y de Nápoles. Nada mas desgraciado hoy dia que el soberano Pontífice. El es el guardian de las leyes relijiosas, el jefe supremo; y la relijion un edificio cuyas partes quieren trastornarse diciendo al mismo tiempo que se respetan sus leyes. Necesitase de nos para llevar á cabo incesantes subversiones ; sin considerar que nuestra conciencia y nuestro honor se oponen á tales cambios. Repulsasen con enfado , con ira nuestras observaciones; y siempre llegan á nos las súplicas acompañadas de amenazas.

Nos habiamos prometido señor que la Francia poseyendo ya lo que forma la ambicion de las otras potencias, seguiría en perpetua paz con la santa Sede. Creíamos ya gozar de ese gran bien de que en gran manera depende la perfecta tranquilidad de los espíritus, y el amor de la relijion en la vasta estension de la Francia. Sin embargo el primer cónsul introduce innovacio-

nes en Italia, ya no se podrá parar en Roma, y este grande hombre seguramente no aspira á nuestra ruina ni á hacernos objeto de las inculpaciones y reprobacion de todas las iglesias de que somos cabeza.

Someteré á vuestra consideracion , ciudadano ministro , algunas reflexiones.

El espíritu dominante por ahora en las jentes que gobiernan, está en espantosa discordancia con los sentimientos de un Papa como el actual, cuyo corazon bueno y puro, cuya inteligencia recta y sábia, no impiden que se halle poseido de ideas relijiosas, ni que sea un consumado teólogo. Este buen Papa, á quien amariais como yo le amo si le conocieseis, es de naturaleza infinitamente sensible, y se afecta de todas las contradicciones y del menor peligro. El espíritu de los gabinetes de Europa no usa de ternura con su Santidad, que no tiene otra confianza ni apoyo que el primer cónsul, á quien cuanto es imaginable temería discontentar.

Considerando la debil salud del Papa, y su sensibilidad, deo hacer presente al primer cónsul quien seguramente no quiere hacer morir de pesadumbre á un relijioso respetable que es preciso solicitar de él lo que se desea sin molestarlo demasiado; *ha concedido ya tantas cosas*, que en ostigándolo con demasiado vigor se podria hacer desesperar no solo al Papa, sino á los ancianos Cardenales que tienen ya mas de ochenta años y que dicen: — Voy á parecer delante de Dios solo á quien tendré que dar cuenta. ¿Que me importa el poder de la Francia?

Yo he determinado al Papa á que consulte sobre la proposicion de enviar sus poderes al Cardenal Caprara, para negociar el concordato de la república italiana: he reunido una asamblea de los primeros consejeros, he hecho todos mis esfuerzos para proporcionar una decision favorable; *pero no ha*

sido posible obtener los plenos poderes. El Cardenal Caprara recibirá instrucciones muy estensas, explicándole el motivo de la negativa.

El ministro Cacault creyó debía aun mucho despues explicar con igual fuerza las intenciones en qué persistia la corte romana.

La corte de Roma, ciudadano ministro, conoce bien las enormes pérdidas que vá haciendo en los paises católicos, y las que sufre actualmente en Alemania, donde se estan dando abadías y obispados á príncipes protestantes: y en Baviera donde el catolicismo está por tierra. Pasó el tiempo de hacer la guerra á nadie con escomuniones, ni detenerle á viva fuerza. Roma dejará obrar con libertad, pero si se la pide su asentimiento á cosas contrarias á sus máximas fundamentales, subversivas del edificio y leyes que forman su ecsistencia; de leyes que unen y artejan todos los miembros del clero católico; se negará en virtud del derecho natural que cada uno tiene de *no degollarse á si mismo*, y por un efecto del temor secreto que tendrán los Papas, de que contra decisiones suyas demasiado *filosóficas* se alzase parte considerable de los doctores y pueblos, constantes en seguir las reglas é instituciones antiguas.

Reducidos los Papas á la soberania de sus pequeños estados como algunos soberanos de Alemania, vivirían felices y tranquilos, sin tener nada que hacer con las potencias de Europa. Pero lo que hace dura y desgraciadísima la situacion del Papa, es su calidad de soberano Pontifice reconocida por todos los católicos del universo.

Todos necesitan del Padre Santo: llamado en todas partes á coadyuvar á la ventura y tranquilidad de los pueblos; todos le hacen trabajar, sin que nadie le recompense sus fatigas.

Sin cesar se le pide, y concede hasta lo infinito: y ocupado siempre en negocios de los paises extranjeros, no tiene á veces

el tiempo ni la atencion necesaria para gobernar su pequeño estado. Cuantos gobernantes de Europa han leído á Voltaire pretenden saber mucho mas que los teólogos todos y cada uno á su modo forman reglas para la iglesia. Nadie se cura de si; cediendo á todo, el Papa caeria ó no en la infancia y en el desprecio.

El Patriarca griego está sujeto al gran turco de Constantinopla; pero nunca le obliga el sultan á dar decisiones *á la turca*, sobre el dogma y la disciplina: mientras que el Papa se ve atormentado sin cesar, por los potentados sus caros hijos, para que haga nuevos sacrificios.

No hay *fetiché* apaleado y mal tratado por su negro, que esté en peor situacion; que la que hace diez años, hacen experimentar los fieles católicos á la santa Sede, Papa y sacro Colegio.

Despues de la batalla de Marengo, el primer cónsul ha devuelto jenerosamente al Papa (1) su estado reducido á la mitad: y le ha devuelto tambien su consideracion de soberano Pontifice, por el concordato firmado: pero toda la Europa abriga diferentes sentimientos y nosotros hemos manifestado, en los discursos pronunciados sobre el concordato que teniamos siempre *el latigo en la mano* prontos á castigar al *fetiché*.

Nuestros *espíritus fuertes*, y sus discipulos, se engañan torpemente si creen de ningun valor el poder de las opiniones religiosas, y el crédito que tienen los curas en lo intimo de los corazones y de las conciencias. Es menester no tocar este punto sin gran precaucion.

Los sentimientos de orgullo son iguales en fanáticos y filósofos. Los fanáticos caidos en el dia han tomado las apariencias de la humildad; pero si los filósofos reflexionasen un poco sobre los grandes males producidos por el abuso de sus ideas é

(1) Es decir: *se ha abstenido de invadir*.

indiscretas palabras ; no hallarían como les sucede á los fanáticos, porque envanecerse.

Me parece que en la época presente en que un concordato ha hecho necesaria la buena armonía y paz entre todos ; sería menester tratarse recíprocamente con consideracion , atendiendo á la felicidad y tranquilidad de los pueblos."

M. Cacault concede en este despacho algunas ventajas á los que ataca : ¿pero se figuraría nadie que un ministro de Francia escribiese de este modo á su gobierno ; y hablase con esta libertad de las injurias hechas al Papa durante diez años por la Francia ?

En este intermedio, Mr. de Hompesch pidió el capelo : pero á la sazón se disputaban tanto los capelos, aunque aparentando despreciarlos, que no podia quedar uno para Mr. de Hompesch.

Estaban prometidos los capelos, pero como aun no se tenia la respuesta de los gabinetes , no podian hacerse las preconizaciones. De esto provinieron descontentos, tratos, altercados sobre jerarquías, quisquillas de toda especie sujeridas por la avaricia y mezquina ambicion. Mr. Cacault escribió á Paris en estos términos.

CIUDADANO MINISTRO,

He recibido la carta que me habeis hecho el honor de escribirme, relativa á los capelos de los Cardenales que el primer cónsul quiere tener para la iglesia de Francia.

Se ve que la sublime materia del protocolo de las reglas y

leyes de la corte romana , no tiene ya en Paris doctores , y ha caido un poco en olvido. De aqui nace que hay en vuestra carta algunos errores de hecho. Agradable os será que os ilustre sobre este punto , mucho mas cuando vuestras luces son tan superiores á las mias en cosas de una verdadera importancia.

Los pomposos razonamientos de nuestros mayores hombres de Estado , y los mismos con que unos de nuestros mas aventajados injénios , el consejero Portalis , ha apoyado algunas veces sus peticiones ; se presentan á los oidos romanos como mal sonantes y erróneos ; y aun muchas veces siu que lo echéis de ver en Paris , se os deslizan diariamente monstruosos errores.

El gran edificio del culto , la institucion de los honores hechos á sus ministros, y cuanto compone la jerarquía católica se consolida solo por el respeto y consideraciones que los cercan, y la relijion no producirá los útiles efectos que de ella se esperan , si no se reducen las cosas , no diré al punto en que estaban , (porque los abusos quédan irrevocablemente destruidos), pero si al estado de tranquilidad y armonía , imposibles de restablecerse , mas que por la observancia de las reglas y protocolos , que fijando y determinándolo todo , se convierten en nuevos hijos que en la sociedad unen á los hombres unos con otros. Sigamos la relijion católica: suprimidos ya los abusos procurémos conformarnos á sus reglas , usos y lenguaje ; porque es menester que el pueblo no crea que los que le gobiernan carecen de relijion. Demasiados males le han hecho sufrir, para que no los odie, los propagadores de la impiedad. Si queremos Cardenales , es preciso no ecsijir del Papa que trastrueque de golpe y á nuestro favor las reglas antiguas, miradas como un derecho respecto á las demas potencias: es preciso que se atienda á la dignidad de este gran carácter eclesiástico ; pues si los Cardenales franceses no conservasen *homojeneidad* con los de Italia y otras naciones , no tendrian la consideracion que el gobierno quiere dar á nuestra iglesia.

Vuestra carta que acabo de recibir, contiene lo mismo que vuestra nota al Cardenal Caprara, en respuesta á la suya, en que os prevenia que el Papa estaba pronto á hacer la promocion de las coronas.

El Cardenal legado ha debido responderos con las observaciones propias para desvanecer leves errores de hecho; y al primer cónsul se le han dado todas las esplicaciones posibles en esta materia, en las cartas que el mismo Papa le ha escrito directamente. Leídos con atencion esos documentos, conoceréis lo relativo á los Cardenales, y sabreis que el Papa hace en la actualidad cuanto puede, asegurándonos el nombramiento de cinco franceses para el capelo.

Uno de estos franceses está ya proclamado. Se aguardan las respuestas de España, Viena y Portugal; y se aguarda sobre todo para hacer esta promocion francesa, á que dé á conocer el primer cónsul los cuatro sujetos á quienes acuerda este nombramiento.

No hay duda en que el emperador, el rey de España, y la reina de Portugal consentirán en la peticion del Papa, para nombrar desde luego Cardenales franceses; pero si todos, ó el uno de ellos no consintiesen, no por eso dejaria de hacerse el nombramiento de los franceses, porque en el dia hay siete capelos vacantes, y con otro mas que vaque, el Papa tendrá ocho, número suficiente para la promocion de los franceses, y de las cuatro córtés.

Si en vista de esto, el primer cónsul quisiere todavia mas Cardenales, las vacantes no pueden faltar. Solo se trata de continuar entendiéndose, y concertarse amigablemente.

En vuestra carta se encuentran algunos *errores de hecho*, que es preciso indicar. (1)

(1) Entre los errores de esa carta los habia de Mr. Tayllerand, y de Bonaparte que sujirió algunos.

No es cierto, como punto de derecho positivo, que el aumento de territorio dé título para tener mayor número de Cardenales de *nombramiento real*: no dá mas, que medios y facultades de distinguirse á un número mayor de eclesiásticos nacionales, que por sus servicios á la santa Sede, merezcan ser nombrados por el Papa. Asi es como el Cardenal Maury, ganó el capelo por su nunciatura en Francfort, y el Cardenal Bayane el suyo, por veinte y cinco años de tareas, como auditor de Rota francés en Roma. Y asi tambien, muchos italianos, milaneses, napolitanos &c., alcanzaron el capelo, despues de haber llegado por sus servicios á desempeñar los cargos llamados *Cardenalicios*. Una sola prueba citaré, para convencerlos de que el aumento de territorio, no dá derecho á ecsijir del Papa, la concesion de mayor número de Cardenales. Por un concordato hecho con el emperador en 1747, se estableció que cuando el reino de Hungría se encontrase reunido bajo una misma cabeza del imperio, no pudiese el emperador tener dos presentaciones ó nombramientos, y que no nombrase mas que un Cardenal. Asi es que yendo unido al título de rey de Hungria el derecho de nombrar un Cardenal, y otro al título de emperador; reunidas en uno solo las dos coronas, desaparecia uno de los dos derechos. Lo mismo sucederia, si Francia reuniese á su imperio el Piamonte y la isla de Cerdeña.

Siempre han conservado los Papas, aun á los reyes destronados; como ha sucedido al rey de Polonia, un capelo en la promocion de las coronas. El rey de Cerdeña, con una especie de derecho secundario y reciente, conservará este derecho de presentacion ó nombramiento, mientras que tuviere la corona de Cerdeña: pero nuestro pretendiente Luis XVIII no gozará jamás nombramiento, porque la república es demasiado poderosa, y por hallarse universalmente reconocida, lo que destruye toda pretension á título de rey reconocido en Roma.

La presentacion ó nombramiento de Polonia ha desapareci-

do, con la muerte del rey á quien estaba anejo este derecho. Lo mismo sucede con Venecia, bien que ella no tiene el derecho de presentacion, sino el privilegio dado por el Papa á la *Nacion*, de tener un Cardenal veneciano que el Papa elijia por sí mismo, y que ni el dux, ni el senado presentaban. Debe siempre nombrarse á un *hijo de san Marcos*, á un veneciano.

Por eso conservará Venecia su derecho al capelo, al mismo tiempo que Polonia y Hungría le han perdido. Pero el rey de Cerdeña, aunque su derecho sea reciente, lo conservará, mientras conservare sobre su cabeza la corona, por desmembrada que esté, y aun cuando solo le quedase el título de rey.

Tales son las rúbricas de Roma. Es necesario no hacerse el esclavo de esta corte, ni mostrarse erudito con ella en materias teológicas, porque todo se volveria en ese caso discusiones interminables. No es menester tampoco combatir el sistema, y echar por tierra las reglas. Por respeto á los principios del derecho positivo y de la religion, por medio de la razon, es como se alcanzarán del Papa las variaciones necesarias: empero si se quiere cortar todo parejo en la viña del Señor, en nombre de Bonaparte; no se conseguirá mas que esparcir el terror, y hacer que pierdan la cabeza unos ancianos de mucho ingenio, sensibles y nada valientes.

No hay mérito alguno en escudarse con todo el poder de Francia, y usar de un tono altanero con semejantes jentes: además que este seria el medio de echarlo todo á perder, causando espanto y confusion en los ánimos.

Firmado CACAULT.

El 15 de agosto respondió el gabinete de Viena á la notificacion del nuncio, relativa á la promocion de las coronas.

El infrascripto vice-canciller de la corte y del estado , no ha dejado de dar cuenta al emperador de la nota que Monseñor el nuncio apostólico de su Santidad, ha tenido á bien remitirle con fecha del 9 agosto , y se ha dado prisa á cumplir con las órdenes que á consecuencia se ha dignado darle S. M.

En todas ocasiones , y sobre todo en el momento de las negociaciones entre la santa Sede y la Francia , respecto á materias eclesiásticas ; ha mostrado el emperador vivo deseo de que se restableciese en Francia el culto católico. Su Santidad no puede dudar , que cuanto contribuya á que se consoliden las disposiciones favorables del primer cónsul de la república francesa , relativas á la religion; no puede menos de aprobarlo S. M.: y por una consecuencia de estos mismos sentimientos , no difiere de los motivos que tiene su Santidad para prestarse á la petition que se le ha hecho , sobre los Obispos de la iglesia galicana que se trata de elevar á la dignidad de Cardenal. Pero por bueno que sea el deseo que anima al emperador para contribuir á lo que sirva de agrado al Padre Santo , y consolide las buenas relaciones actuales entre la corte de Roma y el primer cónsul de la república francesa ; S. M. , sin embargo , no puede *consentir* en diferir el ejercicio de los derechos que le competen, respecto á la promocion de Cardenales que acostumbran hacer las coronas ; y Monseñor el nuncio apostólico querrá recordar que el mismo Padre Santo , ha hecho invitar al emperador á designar el súbdito que S. M. deseaba ver condecorado con la romana púrpura.

El infrascripto tiene , pues , el honor de hacer conocer á Monseñor el nuncio apostólico , que persistiendo el emperador en la resolucion de usar de sus derechos para el nombramiento de los Cardenales de las coronas , indicará muy luego el prelado sobre el que haya recaído su eleccion. S. M. no cree que el ejercicio de sus derechos sea *incompatible* , con los arreglos que el Padre Santo juzgare oportuno hacer con el primer cón-

sul. Persuadido está, por el contrario, el emperador, que su Santidad encontrará en su sabiduría, medios para llenar sus deseos, sin menoscabar los de S. M.

El insfrascripto aprovecha esta ocasion &c.

Firmado LUIS C. COBENAL.

D. Pedro Cevallos, primer secretario de estado, respondió al nuncio en Madrid:

He presentado al rey la nota de V. E. con fecha de 20 de agosto, relativa á la promocion Cardenalicia dicha de *curso*. Mándame S. M. responder á V. E. que aun no se ha decidido S. M. á hacer el nombramiento que le *compete*; y que luego que se hubiere decidido á favor de persona digna y adornada de las cualidades necesarias, la propondrá al Padre Santo.

Zaragoza 26 de agosto 1802.

La respuesta de Portugal al nuncio en Lisboa, fecha el mismo dia 26, y dada por el comendador Almeida es como sigue:

Esclentísimo y Reverendísimo Señor,

He puesto á la presencia real del príncipe rejente mi señor, el oficio de V. E. con fecha de 24 del corriente, por el que V. E. participa á esta corte, tanto los deseos manifestados por el primer cónsul, para que se anticipe la promocion de cuatro Cardenales franceses; quanto la inclinacion de su Santidad á consentir en una peticion que mira como propia á escitar y consolidar en Francia el restablecimiento de la relijion católica, conseguido últimamente con universal aprobacion del mundo cristiano por los cuidados paternales y trabajos apostólicos de su Santidad,

y por la *prudente devocion*, influjo y cualidades raras del primer cónsul.

Tan notables reflexiones no podian menos de hacer impresion en el ánimo de S. A. R. siempre deseoso de manifestar á su Santidad su afectuosa deferencia: y dispuesto igualmente á cooperar, á cuanto fuere del agrado del primer cónsul, me manda ofrecer al Padre Santo, por medio de V. E. su consentimiento real, y su aprobacion, para que se anticipe la promocion en favor de la iglesia de Francia, en la forma pedida al Padre Santo por el primer cónsul. Estos son los augustos sentimientos del príncipe rejente, mi amo, que V. E. comunicará á su Santidad. Aprovecho esta ocasion para renovar á V. E. la protesta de mi distinguida consideracion y respeto. Dios guarde á V. E. muchos años.

Firmado JUAN DE ALMEIDA-DE-MELLO-DE-CASTRO.

Palacio de Quelus 26 de agosto 1802.

He aqui tres respuestas bien diversas. La de Viena muestra la constancia austriaca preparándose en silencio á nuevos combates, niega claramente, y pide su Cardenal, independientemente de toda promocion extraordinaria á favor del primer cónsul. La altanería castellana se muestra disgustada, y desentendiéndose de todo lo espuesto en la nota, fuera de la promocion de las coronas; declara que todavia no se ha decidido á elejir para Cardenal persona alguna. Portugal se humilla ante el Papa y el primer cónsul.

Pero ya Roma habia tomado su partido de an-

temano para satisfacer al gobierno francés. Celosa no obstante, de la gloria de su etiqueta remitió á Mr. Cacault el *Reglamento para la promocion de los Cardenales que se hallen lejos de Roma*. Este reglamento es antiquísimo, y el que aun hoy mismo se practica en toda Europa.

Luego que se publican los Cardenales en el consistorio se les envia de la secretaria de Estado, la carta oficial, anuncio de su promocion.

A los Cardenales que estan fuera de Roma, se les envia este documento por medio de un guardia noble del Padre Santo.

El guardia noble presenta al nuevo Cardenal, junto con el despacho de la secretaria de Estado el *birretillo* rojo, para que desde luego pueda llevar alguna insignia cardenalicia, antes de recibir el *birrete* (que se dá todavía antes del Capelo.)

Recibe ademas el nuevo Cardenal, del secretario de la congregacion de ceremonias una breve instruccion que le señala las vestiduras que debe usar, le advierte comunique su promocion á los soberanos, y le indica el modo de escribir las cartas de oficio.

Se le entrega despues el birrete cardenalicio, por uno que al efecto recibe el título de ablegado apostólico.

El padre Santo da esta comision á uno de sus camareros secretarios de honor, que tienen derecho de usar el vestido morado, pero solo en *mantellone*. (1)

Si el que se destina á ablegado no tiene la distincion hono-

(1) Los prelados *mantellone* no llevan medias moradas. Este es el primer grado para llegar á las prelacias superiores que se llaman de *mantelletta*.

rífica del *mantellone* el Padre santo se la concede por medio de un billete de Monseñor mayordomo.

Recibe de la secretaria de Estado el título de ablegado apostólico y el despacho para el lugar donde debe llevar el birrete. Si el ablegado está en Roma visita luego á todo el sacro Colejio, y recibe despues, de la secretaria de la congregacion ceremonial las instrucciones para hacer las ceremonias. Si el ablegado no está en Roma, el mismo secretario de la citada congregacion, le envia los reglamentos necesarios tanto para el ablegado como para el nuevo Cardenal. Su Eminencia el Cardenal secretario de Breves, de orden del Padre Santo, es quien hace espedir el Breve *misivo* que públicamente se lee, cuando se ejecuta la ceremonia de la presentaciou del birrete al nuevo Cardenal. De la secretaria de Breves *ad principes*, recibe el ablegado los breves que el Padre Santo dirige al soberano en cuyos estados se encuentra el nuevo Cardenal. El ablegado no debe presentar estos breves al soberano, sin prévio conocimiento del ministro de negocios extranjeros; y segun las reglas de la real corte á la que se dirijen.

Si el nuevo Cardenal está donde reside la corte, el ablegado le ruega al soberano, en nombre del Padre Santo, se digne honrar la *funcion* colocando él mismo el birrete en la cabeza del nuevo Cardenal. Si éste no vive en la corte; despues de haber presentado los breves dirigidos al soberano, y cumplido con todos los actos de etiqueta debidos al *ministerio primario*; continuará el ablegado su viaje para ejecutar su comision.

En las cercanias del lugar donde habitare el Cardenal, deberá hallar el ablegado, un coche del Cardenal, que le conducirá á la posada, que el mismo Cardenal le tenga preparada. El ablegado visita inmediatamente al nuevo Cardenal, y con él acuerda el dia y lugar (éste, por lo comun, es la catedral) en que se ha de hacer la ceremonia. La tarde antes jura el Carde-

nal el juramento que hacen todos los Cardenales. El dia de la *funcion* se canta una solemne misa de accion de gracias: y concluida ésta, se procede á la cerimonia de la imposicion del birrete, que la hace ú otro Cardenal que alli hubiere, ó á falta suya, un Obispo: y si tampoco hubiese Obispo, el ablegado remite al Cardenal el breve *misivo* de su comision, el cual se lee, y en seguida le presenta en una fuente el birrete que el mismo Cardenal se pone en la cabeza.

Recibióse en Paris este documento al que en un todo se conformaron.

El gabinete de Paris hizo regradar al de Lisboa, por la respuesta del Sr. Almeida. La respuesta de Madrid se interpretó como favorable. En Viena el C. de Cobenz escribió al nuncio en aquella corte, este billete.

El Vicecanciller de corte y estado, manifiesta á Monseñor el nuncio apostólico, su sentimiento, por no haber tenido la satisfaccion de verle esta tarde. Le hubiera dicho, al mismo tiempo, de palabra, que deseando el emperador agradar á su Santidad y al primer cónsul, consiente eu que la promocion de los cuatro Cardenales franceses preceda á la del prelado designado por S. M.

Viena 18 de setiembre de 1802.

Este billete no estaba firmado, pero fue lo bastante, para quedar de acuerdo en este negocio, que no se terminó sin embargo en el momento, por las atenciones y respetos que el Cardenal Consalvi

guardó, con las potencias que consintieron inmediatamente, de grado, ó de mala gana. En este caso, Roma será siempre la verdadera escuela de urbanidad y delicadeza.



CAPITULO VEINTE Y TRES.

PESARO ENTREGADO AL PAPA. — RENTAS DE MALTA EN 1783. — ELECCION DE GRAN MAESTRE. — INVITACION^a Á CANOVA PARA HACER LA ESTÁTUA DEL PRIMER CONSUL.

El 22 de setiembre mandó el primer cónsul que se entregase Pesaro al gobierno pontificio, al tenor de los tratados ecsistentes que no le comprendian entre las ciudades destinadas á formar parte de la república cisalpina. El Papa quedó complacidísimo con esta determinacion y moderó el ardor de algunos de sus súbditos que aun apetecian mas latas concesiones.

La secretaría de Estado á cargo del Cardenal Consalvi tomaba los informes convenientes para conocer á fondo los recursos de Malta, la manera de sus contribuciones y la estension de sus antiguas rentas. Pio VII habia dicho muy oportunamente á Mr. Cacault. — "Esplicadnos en efecto, qué es lo que regalaremos á quien hagamos gran

maestre. Sabemos que vamos á concederle una alta dignidad; ¿pero tendrá con qué sostenerla? El bailío de la Tramlaya, y el comendador de Ligondez, francés que se hallaba momentáneamente en Roma, pudieron dar á Mr. Cacault informes positivos acerca del estado de las rentas y de los gastos de Malta en 1788. Las rentas subian á dos millones novecientas noventa y cuatro mil trescientas sesenta y una libras tornesas.

Los gastos subian á tres millones ochenta y cuatro mil setecientas sesenta y nueve libras. Habia, pues, un deficit, de noventa mil trescientas noventa y ocho libras, que se saldaba todos los años por medios extraordinarios.

La órden de Malta habia perdido la mitad de sus rentas, sin serle posible disminuir en la misma proporcion los presupuestos y gastos, sobre todo los relativos á embajadores, manutencion de un navio, tres fragatas, cuatro galeras y dos galeotes de guerra, hospitales y prision de esclavos. Asi cuando la toma de Malta se hallaba la órden recargada de deudas; porque la administracion de Mr. de Hompesch no habia sido suficientemente firme, para restablecer el equilibrio en la hacienda.

Al saber estas circunstancias y pormenores, dijo el Papa á Mr. Cacault. — "Mucho nos comprometéis haciéndonos realizar esta eleccion; y no

es por cierto grande don el que vamos á hacer al preferido.”

”Santísimo Padre, contestó Mr. Cacault, elegido, y no calculeis la importancia del presente, sino calculad el influjo que de la eleccion resulta para el nombre del santo Padre, y por consecuencia para el interés de la religion católica. Ved á la Europa entera, creyente ó incrédula que trata con vuestra Santidad, que lo solicita, y que tendrá ocasion de admirar vuestra virtuosa independencia en una eleccion libre y sábia. Dícese en Paris que yo tengo por vuestra Santidad el amor de un nuncio; y que cuido poco de la inspeccion que debería ejercer en Roma por los intereses de la Francia. Pero Consalvi sabe muy bien, que cuando se estravía no le trato á él con mas consideracion que á los míos.

El Papa reunió una congregacion de Cardenales, citando especialmente á Prieto y Castelli empleados, habia poco, en la negociacion del concordato.

Escuchó su dictámen acerca del mérito de los diversos candidatos al majisterio, y en seguida se resolvió á elejir gran maestro al bailío Rúspoli, hermano del príncipe del mismo nombre, señor romano que habia sido anteriormente embajador austriaco acerca de la corte de Nápoles y

decorado con la órden del Toison de oro de Viena. El bailío Rúspoli, era caballero de distinguido talento, é instruccion. No se pensaba que estuviesen sus ideas de absoluto acuerdo con la revolucion francesa; mas pasaba por moderado, sábio y prudente en la emision de sus opiniones.

El 16 de setiembre, partió para la Inglaterra el caballero Nicolás Bussi, para llevar al bailío Rúspoli el breve de su eleccion. Esperabase impacientemente su respuesta, porque hallandose el novel gran maestro, aunque de un modo indirecto bajo el influjo inglés, ó al menos en posicion de conocer la buena ó mala voluntad del gobierno británico, relativamente al restablecimiento de la órden de Malta, era de mucha consecuciã su cision.

Pero dirijamos la vista por un momento asuntos de otra especie. En setiembre recibió Mr. Cacault, (que en su correspondencia particular hablaba mucho de artes y de estátuas) una carta

Mr. Bourienne, por la cual le anunciaba que Canova habia sido invitado á pasar á Paris para hacer la estátua del primer cónsul. Dejábanle al artista la facultad de realizar su obra como gustase; y debian abonársele los gastos del viaje, dándole ademas, veinte y cuatro mil pesos fuertes (120 mil francos) por su trabajo. No perdonó Mr. Ca-

cault ningun esfuerzo para determinar al célebre artista á emprender prontamente el viaje ; pero Canova no se decidia. — " Bonaparte, decia, el mismo Bonaparte , es el que ha destruido el gobierno de mi patria , (Venecia) entregandola despues a Austria. Tengo aqui muchas obras pendientes: no soy hombre político, y nada pido al poder; ademas viene el invierno, y no quiero ir á morir en las nieves de Paris."

Mr. Cacault le replicaba: — " Produce la naturaleza de cuando en cuando , grandes hombres en todos los jéneros ; y débense mutuamente , estos grandes hombres , cuando pertenecen al mismo siglo, conformidad, afecto y apoyo. El grande hombre de guerra de la Francia , ha hecho sú deber , y él es quien primero llama con réjio modo, al grande hombre de las artes itálicas. Este no puede rehusar la invitacion que le era debida; porque faltaria si lo hiciese , á su vocacion , á su estrella y á su destino. Yo conozco el *crimen privado* de Venecia , y sé apreciar la indignacion y escrúpulos del *hijo de las góndolas*. Pero Canova no es en Roma veneciano. Bonaparte sirve y defiende á Roma , nueva patria de Canova. Los sentimientos de dolor , prodigados á la autoridad de un gobierno tan antiguo , á quien ya habia devorado la guerra , esta ternura que un hijo de Asola con-

serva por sus montañas , es digna de un corazon noble , de un *culto de patria* casto y puro ; pero es solo una circunstancia secundaria en una carrera vasta é inmortal. ¿Y se resistirá Canova á cumplir la mision para que ha sido enviado? ”—El artista rehusaba , empero , su asentimiento con dulce firmeza. Entonces intervino el Santo Padre, casi con súplicas que debieron enternecer un alma tan piadosa como la de Canova. Consalvi añadió convincentes palabras y argumentos.—” He aqui el tercer año del pontificado. Aun no hemos cometido ninguna grave falta , y vos , nuestro huesped , nuestro hijo , nuestro conciudadano , ¿ vos vais á ocasionarnos resentimientos , tanto mas implacables cuanto que no se confesará la razon porque se nos ofende? ”—Canova alegaba por su parte una razon harto poderosa , tomada del pensamiento que anima á la imajinacion y alto ingenio.—” Yome siento helado , decia ; yo prestaré mi mano , solo mi mano á la obra , y carecerá de calor y de entusiasmo ; está herida mi alma y siento frio el corazon.”

Advertido Mr. Cacaault del reparo que oponia Canova , le vió segunda vez , aprobó su descontento político , alabó su candorosa respuesta , la finura de su negativa : y añadió que por consideraciones al primer cónsul , retardaria su embajador el enviar la respuesta.

Fuése Canova; y el ministro, ya entrada la noche, me dijo.—"Id á verle esta misma noche y hacedle introducir de parte mia: decidle que, á pesar mio y á causa de otros negocios importantes á Roma, y por favores imprevistos que pide el Papa; me veo en la precision de mandar esta misma noche un correo: que me ha parecido debo pedir á mi amigo Canova una respuesta definitiva, *la última negativa*. Decidle lo que nunca le dije yo Francisco Cacault: que bien sé, que un hermano mio Pedro Cacault, á quien se le antojó ser pintor y venir á Roma á estudiar los modelos hace ya unos diez y seis ó diez y siete años se halló en la última miseria y que Canova fue quien sin conocerle le asistió y alimentó: el mal se sabe siempre, el bien algunas veces. Véome aquí en alto puesto, pero no olvidaré al bienhechor de mi pobre hermano Pedro Cacault. Decidle que aunque hombre pundonoroso, delicado, aunque Fidias altivo como él hace bien de mostrarse, está ya vencido mas por sus propias reconvenciones, que por mi solicitud. Si se diesen mas largas nada se conseguiria. No os volvais sin arrancar su consentimiento. Cómo? Estaria de ver que yo hubiese sido capaz de enviar á París, al primer ministro del sucesor de los Apóstoles: y que me faltase la fuerza suficiente para hacer aceptar veinte mil fran-

cos, un excelente carruaje, pagar cuantos dependientes necesite y quiera, y proporcionar prez y gloria á un hombre que es sin disputa el príncipe de las artes; pero que debe responder de otro modo á un nuevo Alejandro, que en sus ocios, le llama para honrarle.

Referí ecsactamente á Canova esta conversacion, arranqué su consentimiento, y aun le ví conmoverse al recordarle el dicho aquel de Bonaparte, á vista de una estatua colosal descubierta en Egipto á su presencia:—"Ah! si no fuese conquistador, querria ser escultor—"

El agente austriaco, advertido por Mr. Cault dió una especie de consentimiento, semejante al que habia dado para el nombramiento de los Cardenales, para el viaje de Canova, nacido en los estados de S. M. el emperador de Alemania. (1)

Encargósele á Canova indirectamente que dijese en París, como en conversacion, que se iban á crear muchos Cardenales franceses en Roma, en-

(1) Canova; este moderno Praxíteles, nació en *Possagno*, lugar cerca de Treviso en la alta Italia en pintoresca y campestre situacion. Nació en 1757. Mandó edificar en su patria el magnífico templo, que ahora visita el viajero con admiracion, y en el que contempla, el sepulcro, las pinturas, los dibujos, y esculturas, obras todas del ilustre artista que murió en 1822 en aquellas alturas desiertas y solitarias. En Roma sobre todo, en Italia, en Europa se admiran obras excelentes del cincel de Canova.

(Nota del Traductor)

tre otros Mr. Latier de Bayane, auditor de rota francés: que la preconizacion reciente de Monseñor di Pietro, y del Padre Caselli, verificada el 9 de agosto, era una *promocion interior* debida á dos personas que con sus luces habian sido tan útiles en la época del concordato y que los derechos de Francia y Europa no experimentarían retardo alguno.

CAPITULO VEINTE Y CUATRO.

MUERE EL CARDENAL LUCHI.— APRUEBA FRANCIA LA ELECCION DEL BAILÍO RUSPOLI.— DIFICULTADES DE LOS NEGOCIOS DE LA LEGACION EN ROMA.

El 2 de octubre tuvo el Papa un sentimiento: se le notició la muerte del Cardenal Luchi, antiguo benedictino amigo suyo, y á quien amaba tiernamente. Le habia dado el cápelo, en recompensa de su raro saber. El Cardenal Luchi de Brescia, era entonces uno de los mas sabios grecistas de Italia. Publicó mas de doscientas obras sobre diversas cuestiones de erudicion griega.

El dolor del Papa, tuvo al fin que ceder, al menos durante el dia, al torrente de los negocios, é intereses de Europa, con que Consalvi llamaba siempre la atencion del Padre santo.

Casi todas las potencias habían aplaudido la eleccion hecha por el Papa en la persona del bailío Rúspoli; no obstante, se pudo percibir al trasluz de algunas reflexiones del conde de Souza,

embajador de Portugal, que no era del mismo sentir el gabinete de Lisboa. Otro diplomático, Mr. de Lisakewitz, ministro de San Petersburgo cerca del rey de Cerdeña refugiado en Roma, y acreditado indirectamente en la corte del santo Padre, que aun no recibía un enviado patente del Czar, pareció olvidar subitamente que los prioratos rusos habian propuesto al bailío Rúspoli por candidato, y no parecia muy dispuesto á apoyar eficazmente esta eleccion.

El negocio de los capelos continuaba tratandose con actividad en Roma y en Paris. Ocho eran los vacantes; la Francia pedia cuatro extraordinarios; otros cuatro eran necesarios para la Francia, la España, el Portugal y el Austria, que gozan derecho directo de nominacion; uno para el rey de Cerdeña, á quien ni el Papa ni Consalvi querian humillar; necesitábase otro para el hijo de *San Marcos*, ó el Cardenal Veneciano que es costumbre preconizar al mismo tiempo que se procede á las promociones de las coronas; y por último ecsistian nombramientos romanos *in petto*, y era forzoso publicarlos. Estas consideraciones, llenaban de incertidumbre y de ansiedad al Papa, que se vía comprometido á realizar á la vez órdenes, derechos y deberes, sin poder contentar tantas ecsijencias.

Mr. de Talleyrand, que apreciaba los talentos de Mr. Cacault en lo que valían, le escribió á fines de septiembre, participándole que el primer cónsul se hallaba satisfecho de todos los procedimientos de la santa Sede; que el correo enviado á Inglaterra á Mr. de Rúspoli aun no habia vuelto; que despues de la instalacion en Malta de este nuevo gran maestro se proveería á la subsistencia del antiguo (Mr. Hompesch), y que importaba á los intereses del rey de Cerdeña pasar á sus estados.

Mr. Cacault respondió convenientemente á este despacho, y anunció al mismo tiempo, que el sacro Colejio acostumbraba escribir á todos los soberanos por pascua de Navidad.

„El Emperador de Alemania, decía se ha esceptuado de esta costumbre; pero la Francia ha recibido cartas semejantes, hasta el penúltimo año de Luis XVI.

„Todos los Cardenales están dispuestos á escribir este año al primer cónsul el cumplimiento de costumbre. Se me ha preguntado si me parecía á mí conveniente, ó si habría razones que debieran impedirlo; yo he declarado que debian dirigirse al primer cónsul todos los homenajes que en otros tiempos se hacían á los reyes; que podia haberse notado cuan lleno estaba el primer cónsul de consideraciones por las antiguas, honestas y razonables prácticas, especialmente por las que tocaban á la corte de Roma. No me pertenecia á mí renunciar y dispensar en esta ocasion, como lo habia hecho el emperador; sino que al contrario, debia ecsijir que se diese lo que era suyo al pri-

mer cónsul, si la corte de Roma no estuviese de por sí inclinada á hacerlo. El primer cónsul recibirá pues cartas estas pascuas, á las cuales responderá su secretaría."

Ya el ministro no pedia una respuesta: explicaba solo lo que sucedería en Roma, y lo que habría que hacer en Paris. No se cansaba de escribir en este sentido, é instruir al gobierno frances, que por su parte se mostraba dócil en gran manera.

„Me parece, escribía Mr. Cacault el 5 brumario (27 octubre de 1802), me parece que podemos considerar al Padre Santo y á su secretario de estado, como grandemente unidos y adictos á Francia.

Decís bien, ciudadano ministro, que *Roma será siempre un centro importantísimo de los negocios*. Hay aquí una especie de éco que revela los secretos del mundo, y esta capital de las artes y del universo estiende sus relaciones hasta lo infinito.

Pero como hay quien se interesa en perpetuar *il sacco di Roma*, y algunos se persuaden que el reino de los curas es siempre el reino de la abundancia, donde basta solo pedir para obtener, mi mayor trabajo ha sido siguiendo la voluntad del primer cónsul, el hacer respetar y obedecer al Papa como á un soberano que tuviese á sus órdenes *quinientos mil hombres*. Todo va bien: los franceses se conducen aquí con mucho juicio, y es fácil contener su impetuosidad con razones. Unos querian se les ecsimiese de toda formalidad con respecto á aduanas, y pasarlo todo como si cada una de sus personas fuese la de un embajador. Los compradores de bienes nacionales, los negociadores del tiempo de la república romana quisieran ser pagados del todo. Los ricos antojadizos que tienen gusto por

cuadros y antigüedades, ecsijen que sin poner obstáculos se les entreguen cuantos objetos de arte quieren comprar, á pesar de las leyes del pais preventivas de la especulacion de estos objetos, y á pesar de la ley de sustituciones ecsistente en estos estados."

Con motivo de los *quinientos mil hombres*, que acaban de desfilas ahí á nuestra vista en ese escrito; me permití hacer alguna observacion á mi jefe, sobre lo ecsajerado de esta revista. Y me respondió: " El primer cónsul me dijo, al despedirme, que tratase al Papa como si tuviese doscientos mil hombres. Con estas palabras despaché á Consalvi á Paris. Entonces no tenia Roma un soldado mas: pero la ratificacion del concordato, las peticiones de los Cardenales franceses, la paz celebrada con casi toda la Europa, la atribucion de la eleccion de un gran maestro, la restitucion de Benevento, una especie de mediacion que se prevee deberá hacer Roma entre los negocios de Cerdeña y Francia: Pio VII y su virtud, Consalvi y su talento, yo (1) y Roma; todo esto ha mas que duplicado el ejercito del Padre santo. Si el ministro lee mi despacho al primer cónsul, inventor de este modo de instruccion, y de este jénero ó manera de valuar á una potencia; no reñirá á su embajador por haber puesto cinco en lugar de dos. Tampoco hay

(1) El lector español no debe olvidar que el que habla es un frances.

mal alguno en que Mr. de Talleyrand nos crea con esta fuerza, de que no abusaremos, á no ser que un gran deslíz nuestro nos haga perder una batalla.

CAPITULO VEINTE Y CINCO.

MR. DUVEYRIER. — EL GRANADERO DE LA GUARDIA CONSULAR.—CONCORDATO CON LAS REPUBLICAS ITALIANAS DE LUCA Y DE LIGURIA.

Dos especies de instrucciones llegaron á Mr. Cacault; órden para negociar en favor del ciudadano Duveyrier, tribuno, y comprador de bienes nacionales en Roma, y órden para conducir á buen resultado los proyectos de organizacion eclesiástica para la república italiana.

Mr. Cacault no mezcló los dos negocios; pero mientras mas claramente conocia que no era posible lograr buen écsito en la segunda negociacion, mucho mas eficazmente se consagraba á obtener un buen resultado para la primera. Habia pasado en Paris una circunstancia notable entre el primer cónsul y el ciudadano Duveyrier. Era este último uno de los ciudadanos franceses que habia residido en Roma durante la corta vida de la república, en cuya época adquirió considerable canti-

dad de bienes nacionales. De vuelta á Paris formaba parte del tribunado y en un momento de vivacidad , habia exclamado refiriéndose á ciertas leyes algo violentas impuestas por el primer cónsul. — " Nosotros hemos derrocado un ídolo de quince siglos (los Borbones) ; ¿ tan difícil nos fuera derrocar un ídolo de quince dias? Esta exclamacion de que tuvo noticia el primer cónsul le incomodó sobre manera. No repetiremos las amenazas del primer majistrado de la república , ni las recriminaciones dirigidas contra la persona del ciudadano Duveyrier. En fin pareció útil á los intereses recíprocos consentir en una reconciliacion; y se convino en que el ciudadano Duveyrier solicitaria una audiencia del primer cónsul , que esta audiencia se concederia inmediatamente, y que seria recibido con benevolencia el descontento Graco.

El acreedor de la corte de Roma esplicó en la audiencia sus pretensiones. Bonaparte sabia que eran precisos para satisfacerlas algunos sacrificios; pero habia prometido manifestarse condescendiente y le interesaba guardar su palabra. Era el tribuno hombre de talento, franco y jeneroso; hablaba bien y tenia influjo en Paris, donde se pensaba que la Francia gozaba de grande crédito en Roma, y que Mr. de Cacault podia hacer milagros. Fué la conversacion por parte del tribuno respetuosa, y

afable; por parte del cónsul acariciadora y llena de afecto. Se habló de Roma, donde el jeneral no habia jamás estado, pero en cuya sociedad recitó el ciudadano el año de 1798, la tragedia de Roma libre. El finjido conspirador romano, habia herido á Cesar al pie de la misma estatua de Pompeyo (del palacio Spada) que espresamente se condujo para este fin al teatro. Cuando salió el ciudadano Duveyrier, el primer cónsul, contra lo que tenia de costumbre, le acompañó siguiendo la conversacion, hasta la puerta de la primera antecámara, donde se hallaba de faccion un granadero de la guardia consular. Allí dijo el primer cónsul al tribuno — "Bien, bien, yo os daré la mano en ese asunto" — Y el granadero, al presentar las armas, dijo como para sí, aunque de modo que pudo oírsele — "*¡ Ah! ¡ Darle la mano y una mano como esa!*" Ni el primer cónsul ni Duveyrier pudieron ocultar su sonrisa al oír la exclamacion del soldado, y se separaron resuelto el uno á mantener su palabra, y lleno el otro de las esperanzas mas halagüeñas. Por resultado de esta buena armonia, recibió Mr. Cacaullt instrucciones, en términos poco usados, para servir con la mayor eficacia á Mr. Duveyrier. El ministro respondió inmediatamente:

"Tengo el honor de incluiros la respuesta del señor Carde-

nal secretario de estado , á la memoria del apoderado de Mr. Duveyrier.

He defendido enérgicamente su causa , y he logrado que los bonos por medio de los cuales ha hecho sus adquisiciones , segun se demuestra por auténticos documentos , fuesen admitidos en las liquidaciones , como si los pagos se hubiesen hecho en dinero contante ; de modo que , Mr. Duveyrier aunque no reciba mas que la acostumbrada cuarta parte , habrá recuperado todos sus verdaderos desembolsos. ”

El Cardenal Consalvi habia protegido en esto, tal vez pasando los límites del derecho , los intereses de un súbdito frances , y por lo mismo se sentia con mayor fuerza para resistir á las ecsijencias de su gobierno.

” Ya podeis juzgar, escribía Mr. Cacault , que no he cesado de hacer por mi parte las mas vivas instancias para lograr vuestros deseos concernientes á la república italiana , tales cuales están concebidos en las memorias venidas de Paris , y que han servido de base á las conferencias adonde *se me ha llamado*.

” Pero Roma es siempre Roma, y no está en nuestros intereses que se salte sobre algunas cosas tan lijeramente como pudiera hacerse en París porque es *el catolicismo*, y no una nueva doctrina, el que puede atraer los fieles á nuestro derredor. Las innovaciones demasiado sustanciales deben introducirse de un modo progresivo. Si el Papa las concede gratuitamente á una potencia, queda imposibilitado de rehusarlas á otra. Conócese muy bien, en Roma mismo, que lo que ha ganado la Francia por consecuencia de los sucesos mas extraordinarios, se establecerá poco á poco en todos los paises católicos: pero qué Papa osaría inaugurar él mismo la reforma cediendo facilmente, como un *filósofo* á todas las peticiones? ¿Estaría seguro, al ha-

cer semejante revolucion, de no dar á la Italia, á la España, á la Alemania y al Portugal motivo para un peligroso sacudimiento político y moral?

“El Papa es el soberano Pontífice de los católicos del universo entero. Pio VII, piadosísimo y devoto de alma y corazón, tiene un caracter dulce, bienhechor y sensible, que le inclinaria á conceder al mundo entero lo que ha hecho por la Francia si estuviera ya el resto del mundo como estamos nosotros, y si fuese evidente que tantas concesiones harían en otras partes el bien que han hecho á la república francesa.

“El Papa considera con grande respeto las miras del primer cónsul. Conoce que son siempre muy luminosas y justas; pero al mismo tiempo coloca en la rectitud de ideas del primer cónsul y en la dulzura y elevacion de su propio caracter una confianza que le hace firmísimo en mantener lo que él cree que son las buenas reglas. Ya ha pasado aquí el miedo del *terror*, y mas me complace ver que obran en nuestro beneficio guiados por el afecto que por el temor. Los negocios se convierten así en negociaciones, en que la consideracion de la Francia, y sobre todo las miras sabias de su gobierno alcanzarán del Papa á medida que la necesidad aparezca, cuánto el primer cónsul desee y sin el menor esfuerzo; pero es menester paciencia, para tratar con esta corte.

“Cuando el Cardenal legado reciba las decisiones que se preparan, si no son todas satisfactorias habrá menester *sin enfadarse*, volver á la carga y continuar *por via de negociacion*, y todo se logrará; pues aquí se desea muy viva y sinceramente satisfacer al primer cónsul. Esperamos el nombre de los Cardenales cuya eleccion desea el gobierno. Mr. de Giustanini, hermano del príncipe que está en París, es el guardia noble que llevará el solideo rojo. Mr. Jorje Doria, hijo del príncipe Doria Pamphili, y sobrino de los Cardenales Antonio y José Doria,

llevará el bonete rojo. El Papa ha tratado de satisfacer al primer cónsul elijiendo enviados de las principales familias de Roma.

Razon tenía Mr. Cacault en suponer que todas las naciones pedirían lo que se concediese á la Francia. La república de Luca rejenerada por la Francia, tenia muchas deudas, y para satisfacerlas, deseaba obtener del Papa permiso para vender algunos bienes eclesiásticos. El encargo de solicitar el oportuno breve, se había dado al señor Mencarelli, enviado de la república, á quien Mr. Cacault daba consejos de moderacion. Pero la república deseaba salir sin dilacion de sus empeños; quería contratar un empréstito, mas de modo alguno hallaba fondos. Airada por semejantes embrazos escribia la república cartas coléricas como solía hacerlo Bonaparte. Mr. Cacault, protector por su posicion de todos los gobiernos que dependian de la Francia, recibió una de estas notas. He aquí la respuesta que escribió y firmó incontinenti;

“Habia obtenido para vosotros la promesa de un breve que autorizase la venta de bienes suficientes para procurar al gobierno 66000 pesos; habia logrado ademas, que pudierais ecsijir una contribucion anual al clero, destinada á satisfacer las necesidades de los curas. Habia puesto á vuestro diputado en Roma Mr. Mencarelli en la buena vía. Pero entre tanto habeis querido tomar dinero á interés, y no hallándole escribir con enojo. Yo he vuelto á seguir la negociacion de vuestros negocios bajo

las reglas y suaves formas con las cuales la república francesa trata los suyos propios cerca de la santa Sede.

La república liguriana habia mandado erijir una estatua al primer cónsul y otra á Cristobal Colon.

Mr. Cacault manifestó respecto á este particular en un despacho las mas ingeniosas ideas sobre las artes en Italia. Despues veremos que á un amor escesivo por ellas reunía Mr. Cacault conocimientos poco comunes. Manifiéstalo su coleccion depositada hoy dia en el museo de Nantes. Se acusa á este ministro de no comprar cuadros que no fuesen baratos; pero en aquella época tenian muy corto precio en Roma. Las disertaciones artísticas de Mr. Cacault admiraban frecuentemente á Canova y á los mas distinguidos profesores romanos.

CAPITULO VEINTE Y SEIS.

MANDAS DE MONSEÑOR CORNARO.—EL CONDE DE KHEVENHULLER.—ENTRADA DEL CONDE DE SOUZA.—REGALO DEL PRIMER CÓNSUL AL PAPA.—AUDIENCIA DE PIO VII A LOS OFICIALES FRANCESES DE MARINA.

Un veneciano, Monseñor Cornaro, que cuando el consistorio tuvo ocasion en Venecia de admirar las virtudes del Papa, y que posteriormente sentía redoblarse su admiracion, dejó al Pontífice por testamento un palacio en Venecia con todos los cuadros que contenia.

Viendo la córte de Viena que se iba convirtiendo Roma en centro importante de los negocios de Europa, acreditó en ella por ministro al conde de Khevenhuller. El conde de Souza, embajador de Portugal, verificó por entonces su entrada de media gala. Pidió al Papa una audiencia pública, en la cual, por órden de la corte de Lisboa, desplegó grande magnificencia. El embaja-

dor tenia por secretario á su hijo el caballero de Souza hoy duque de Palmella.

Conforme á las instrucciones dadas por el Papa al sacro Colejio , las cartas de los Cardenales al primer cónsul partieron el primero de diciembre. Todas las peticiones de Mr. Cacault se consiguieron en Paris. El primer cónsul pensó hasta en regalar al Papa dos bergantines de guerra destinados á proteger su comercio. Nombráronse expresamente estos buques el uno el *san Pedro*, y el otro el *san Pablo*; y los condujo á Civita-Vecchia el comandante Dornaldegny. El envío de los bajeles completamente municionados y armados se hizo con las debidas formalidades. Envió el Santo Padre al puerto carruajes que trajesen á los oficiales á Roma , adonde se les trató con la mayor benevolencia. Como se componia de franceses el estado mayor de las tripulaciones de ambos barcos, y de otro que los habia acompañado, solicitaron sus individuos el honor de saludar al Papa. Yo escribí á Monseñor Odescalchi *maestro di camera*, esto es , primer jentil hombre de cámara , suplicándole hiciese presente á su Santidad la peticion de los oficiales franceses. Respondióme que al otro dia recibiría el Papa con mucha satisfaccion á los sujetos que yo le presentase. Como Mr. Cacault se hallaba á la sazón indispuesto y en cama , yo

conduje á Monte-Cavallo á los solicitantes. Parecian un ejército entero , pues se habian reunido á los oficiales todos los empleados que venian á bordo. Llegados á la antesala , no encontré á Monseñor Odescalchi , sino á uno de los subalternos que le reemplazaba. A la vista de la oficialidad se turbó , me hizo mil felicitaciones y cumplimientos, y como romano me dió gracias por el presente de los buques , manifestó á nuestra presencia grande alegría , y dijo que no sería menor la del Papa. Yo hice deponer las espadas á los oficiales , esceptuando á Mr. Dornaldegny ; pues es uso dejen las armas y sombreros en la antesala cuantas personas son presentadas al Santo Padre ; esceptuando de esta formalidad solo á los embajadores , á los ministros y encargados de negocios, á los jenerales , á los caballeros Sanjuanistas , y á los de la Real y distinguida órden española de Carlos III. El introductor, cuando hubo apaciguádose un poco, esplicó á los franceses como habian de entrar, como de salir y evolucionar por decirlo así, en presencia del Santo Padre. — „Ya, ya entiendo, le dijo interrumpiéndole un guardia marina ; ahí se maniobra como en la guerra ; siempre adelante , nunca volver la espalda aunque se vaya el ejército retirando.”

Despues de tantos preparativos, olvidó el in-

troductor una formalidad harto importante, y no avisó al Papa de nuestra llegada. Abrió, pues, la puerta del gabinete, púsose de rodillas, y pronunció mi nombre. Estaba el Papa sentado escribiendo. Yo me acerqué el primero, precediendo á Mr. Dornaldegny, y al instante conocí que estaba su Santidad sobrecojido y que no nos esperaba. Todos los oficiales entraron á la vez, y la vista de tantos hombres vestidos de extraño uniforme, aumentaba la sorpresa del buen anciano. Preguntóme en voz baja qué era aquello „*Cos' è mio caro?*” Yo le contesté en el mismo tono que Monseñor Odescalchi me habia escrito que su Santidad recibiría el estado mayor del san Pedro y el del san Pablo. „*Ma tanti!*” replicó en voz baja el Padre Santo. Y era bastante natural que este modesto religioso acostumbrado á una vida tan sencilla, á sensaciones tan apacibles, á visitas anunciadas de antemano, probase alguna sorpresa en los primeros instantes de tal invasion. Yo no me alejé de un taburete que muy bien conocía, y en el que se dignaba su Santidad hacerme sentar en las audiencias ordinarias, y creí que nos iba á recibir sentado cuando le vi levantarse para bajar á la plataforma. Quise ofrecer el brazo, pero con una sonrisa anjelica me hizo seña de que pasase al lado derecho, y apoyando la mano en mi hombro, é

imprimiéndome movimiento con una suave presión se adelantó apoyandose en mí hasta entrar en medio de los oficiales. Entonces pronunció algunas palabras dándome gracias, y luego saludó al comandante, quien le contestó con un respetuoso cumplimiento. Poco á poco fué cesando el temblor de la mano del Papa, aunque no la retiró de mi hombro. Repitió muchas veces "*Bella, bella gioventú*"; y añadió luego", y les gustará recibir rosarios para llevarlos á sus madres y á sus hermanas." Entonces, siempre sostenido por mí, me llevó á la puerta de su cuarto adonde entró solo. Salió despues de algunos minutos con muchos rosarios que repartió á los oficiales á medida que se presentaban. Distinguió entre otros al cirujano, y al comisario de la contabilidad porque tenian diversas bordaduras. Luego habló en voz mas alta. Celebró el valor de los franceses en las batallas; y con una presencia de espíritu llena de ternura elojó los viajes científicos de los marinos que conducian y protegian á los misioneros á las Indias. Y habiéndome hecho seña de que me acercase, me dijo á media voz: — "Mandarémos escribir en favor de ese valiente comandante para que logre algun ascenso: ademas os diremos una cosa que nos es agradable; el conde de Souza quiere dar un banquete á estos

señores ; nos se lo agradecerémos mucho.”

Retiróse el estado mayor como el introductor habia prescrito. Su Santidad se adelantó hasta cerca de la puerta ; me dijo que deseaba que vienesen los marineros de los bajeles á ver las fiestas de Pascua ; y despues nos hizo con ambas manos un saludo afabilísimo. He descrito esta escena para probar la suma sensibilidad del Papa , su disposicion á conmoverse y afectarse ; y la cándida sencillez con que dejaba hacer en derredor suyo el servicio de honor. Habiamos llegado á su aposento cual pudieramos á la puerta de la celda del benedictino. El Papa no dirigió reprension alguna á Monseñor Odescalchi que se habia equivocado en la hora, y que, si hubiese estado presente, habria impedido aquella confusion, previniendo al Santo Padre para que nos recibiese sentado, y tuviera ya en la mesa los rosarios destinados á los oficiales.

Los romanos de todos los partidos recibieron á los franceses con afecto. Mr. Cacault tuvo la satisfaccion de escribir á Paris , — “ En fin los romanos han vuelto á sus antiguas costumbres , y pronto no se acordará nadie de que ha habido una revolucion.”

Todos estos milagros llevaba á buen término el espíritu firme , justo y conciliador de un solo

Dos Cardenales no habian aun escrito al primer cónsul, el Cardenal Busca, y el Cardenal Fabricio Ruffo : pero remitieron al fin las cartas de costumbre lo mismo que sus colegas.

Al enviar la del primero de estos Cardenales, recordó Mr. Cacault que los despachos que se le habian interceptado á este Cardenal, determinaron la marcha á Roma. “Este Cardenal ha hecho perder á la santa Sede las dos legaciones y la Romana.” Mr. Cacault habia olvidado ó no quiso decir, que aun sin el estravío de aquellas cartas, la invasion se hubiera consumado, y que Pio VII recibió aquel ataque no como castigo, sino como sentencia prévia. Mas la intencion de Mr. Cacault era neutralizar el mal humor del primer cónsul, fingiendo creer que en aquellas circunstancias era natural el enfado, y que no habia que pensar ya en aquellos asuntos.

Lo que se dijo del Cardenal Ruffo fué mas severo, injusto quizá; pues no estuvo en su poder obligar á los ingleses á que respetasen la capitulacion de Nápoles.

“Os dirijo la carta de buenas pascuas que el Cardenal Ruffo dirige al primer cónsul.

Este Cardenal está en desgracia con Mr. Acton; se conduce bien en Roma; pero creo que repugnará siempre á la grande alma del primer cónsul usar de consideraciones con un sacerdote que ha sido jeneral de un ejército abominable. Sin embargo,

tan elevadas y tan superiores á lo pasado son nuestra situacion, y nuestra política, que quizá conviene no rehusar la respuesta de etiqueta á ninguno de los Cardenales que han escrito. Si á todos no se les contesta, se desairará al cuerpo entero."

Enviáronse con efecto todas las respuestas, y Mr. Cacault nunca llegó á saber que en las querellas posteriores de la santa Sede con el emperador, se inclinaría á este último, ese mismo Cardenal.

CAPITULO VEINTE Y SIETE.

EL BAILÍO RUSPOLI REHUSA EL GRAN MAESTRAZGO DE MALTA.—LOS MARINEROS FRANCESES EN LAS FIESTAS DE PASCUA.—RETRATO DEL PRIMER CÓNSUL POR CANOVA.—OFRECE EL CUERPO DIPLOMÁTICO SUS RESPETOS AL PAPA Á LA ENTRADA DE AÑO.

El caballero Bussi había alcanzado al bailío Rúspoli en una ciudad de Escocia y entregádole el breve del santo Padre. El bailío manifestó desde el primer momento su repugnancia. Algunos agentes ingleses, se mezclaron, bajo pretesto de dar consejos en los debates entre el bailío y el caballero. Este empleó los mas eficaces argumentos para persuadirle á que aceptara el nuevo encargo; pero el bailío, creyendo que insuperables obstáculos se opondrian al franco restablecimiento del órden, tal cual él lo deseaba, dió su dimision por escrito. Sabiendo el primer cónsul esta nueva, por medio del Cardenal Caprara dió terminantes órdenes á Mr. Cacault para que solicitase otra eleccion.

Prometió el Papa acceder á los deseos del primer cónsul sobre todo porque se traslucía en Roma que la corte de Londres, no accedería á dar la soberanía de Malta al orden de san Juan, si continuaba el interregno.

Las fiestas de Pascua interrumpieron por algunas semanas los negocios. No olvidaba el Papa que habia convidado á los marineros franceses á participar de estas ceremonias; y desde Civita-vecchia se les recibía y trataba cariñosamente á nombre del Papa. Una de las personas destinadas al servicio pontificio y revestida de moradas ropas, obtuvo el espreso encargo de conducirlos á la iglesia cerca del altar mayor. El lugar que se les destinaba era tan honroso que no podian entrar en él hasta que empezaran las funciones; pues que debian colocarse delante de los bancos adonde se sientan los jenerales y los protonotarios apostólicos á cuatro pasos detras del banco de los Cardenales diáconos, pero en el mismo orden de asientos. Cuando el celebrante apareció en el altar frente á frente del gran trono del Papa levantado á par de los escalones de pórfido que conducen á la silla de san Pedro, llegaron los marinos precedidos por su guia y marchando uno á uno bajo la direccion de los maestros y contra-maestres. Desde lo alto de nuestra tribuna admirábamos su con-

tinente á la vez marcial y respetuoso. ¿Cuál de aquellos provenzales ó bretones hubiera podido imaginar que habia de verse tan agasajado, alternando en sociedad tan escojida y siendo partícipe del esplendor y magnificencia mas grande del culto católico? Así puedo asegurar que no hubo uno solo de aquellos hombres que no manifestase sentir la dignidad de su situacion.

El conde de Cassini encargado de negocios de Rusia, había pedido el mismo favor para los marineros de la escuadra imperial. Esta peticion disgustó al Cardenal Consalvi, pero creyó oportuno acceder á ella. Los rusos no sé por qué, entraron mas tarde que los franceses: y como ni se podía ni se deseaba ponerlos en situacion poco conveniente, se les colocó delante de todos. La estimacion recíproca produjo una especie de fusion entre los marineros de ambas naciones; pero el frente quedó casi exclusivamente compuesto de rusos, que mantenian una inmovilidad inalterable. Los franceses, aunque incómodos por tener delante y en pie aquellos hombres jigantescos, no hacian empero movimiento alguno. Preveía el Papa claramente, la falsa posicion de sus huéspedes y la procsimidad de un escándalo, si toda la primera línea, perteneciente á un culto no reunido ba de pie, casi en la misma línea que el sa

cro Colejio ya arrodillado. El prelado maestro de ceremonias contemplaba esta escena con pasmo é incertidumbre; pero el Cardenal Consalvi le dijo solo estas palabras—" *I Francesi si facciano avanti*"—El maestro de ceremonias marchó gravemente y con los brazos cruzados hácia el maestro que mandaba el destacamento francés y le dijo:—"Mandad á vuestros subordinados que os sigan uno á uno; vos me seguireis paso á paso y despues hareis lo que yo"—Advertido cada francés por el codo y la mirada de su compañero se pusieron todos en marcha. Cuando llegó Monseñor *cerimoniere* con su banda, á la línea de bancos de los Cardenales diáconos, paróse é hincó en tierra las rodillas. La comitiva francesa despues de alinearse se arrodilló tambien cual si un solo individuo fueran. Entonces los rusos dominados eléctricamente por este movimiento se inclinaron á su vez y concluyó la ceremonia con todas las conveniencias que podian desear los católicos. Sabíase que el Papa había convidado á los marineros franceses; y toda la ciudad aplaudió á Consalvi por su cortesía con los convidados de su soberano.

Es preciso acostumbrarse, al hablar de un pontificado á ver los negocios y peticiones acumularse todos los dias. Apenas llega un correo á Roma que no traiga en su valija imprevistas súpli-

cas y esposiciones. En aquel grande centro desahogan los votos y las consultas de todo el universo católico. El Papa recibió de la Francia una súplica que conmovió vivamente su sensibilidad.

Los habitantes de Valencia, en el delfinado, recordaron que al entregar al Arzobispo de Corinto el cuerpo de Pio VI habían pedido que se les remitiesen á ellos sus entrañas para colocarlas en la iglesia de la ciudad; y el Papa lo había concedido.

En 29 de diciembre partió de Roma para Civita-Vecchia un Arzobispo para colocar á bordo del *Alcyon* que salía para Tolosa, el funeral depósito. Al mismo tiempo se entregaron al comandante Dornaldegny para que los ofreciese en presente al primer cónsul, una chimenea de las mayores dimensiones ornada de preciosos mármoles, y una péndola de gran precio.

La traslacion de las entrañas de Pio VI, último deber fúnebre que tenia que llenar el Papa por su bienhechor se verificó en medio de imponentes ceremonias. Este presente era prenda de verdadera reconciliacion. Los franceses le hicieron los honores militares debidos á un soberano. He aqui lo que decia Mr. Cacault en un despacho á Mr. Talleyrand:

“Los súbditos del Papa lloran de alegría al ver que son tan

buenos católicos los franceses; y se regocijan al contemplar á los hijos predilectos de la iglesia recuperando sus puestos. Ahora piensan que ya tienen segura la vida dulce, muelle y tranquila que aspiran á gozar bajo la proteccion de la fé de los franceses y de la espada del primer cónsul. Los antiguos sentimientos de los pueblos son siempre los mismos. Lo que se escribió en el alma desde la tierna infancia, no puede borrarse: y se complace grandemente á los hombres, devolviéndoles el goce de las contemplaciones y de la veneracion de aquello que imaginan que es superior á ellos y que los protegerá.

Canova ha llegado aquí antes de ayer con buena salud. El busto del primer cónsul ha venido con él en excelente estado con la envoltura que le cubre todavía, de modo que hasta ahora no he podido satisfacer mi gran deseo de verlo."

Canova había merecido en Paris mucha consideracion, por su conducta sábia, y por extremo alentada. Había dicho al cónsul en la primera entrevista, que estaba Roma sumergida en la indigencia; el comercio se hallaba arruinado, y las mas hermosas estatuas antiguas habían pasado á manos de los extranjeros. Respondióle el primer cónsul.—"Yo restauraré el esplendor de Roma. Yo deseo el bien de la humanidad y quiero proporcionárselo."

Por una relacion extractada de los papeles del escultor, sabemos muchas circunstancias importantes de las que pasaron entre el gran estatuario y el gran guerrero.

En el discurso de la obra solía distraerse el

primer cónsul bien leyendo ó bien chanceandose con Josefina, ó ya hablando de política con el artista.

Hablándose de la traslacion de los célebres caballos de bronce de la fachada de san Marcos de Venecia, se habían escapado al artista estas palabras.—“La subversion de la república veneciana me aflijirá toda mi vida.”

No parecía que el primer cónsul hubiese oido las quejas del veneciano; antes mandó que se le tratase con gran cordialidad. Los artistas franceses le obsequiaron con festines, y el sustituto le manifestó su alta estimacion, felicitándose de haberle admitido en su seno como á sócio extranjero. En la audiencia de despedida, teniendo el cónsul junto á sí un enviado de Tunez, lo señaló á Canova y le dijo: — “Saludad al Papa de mi parte, y decidle que me habeis oido recomendar la libertad de los cristianos.” Al mismo tiempo habia prevenido dirijiesen al enviado palabras de paz, de reconciliacion y de vivo interes en favor de los esclavos que profesasen nuestra fé. Mas de una ocasion tendremos de hablar de la estatua del primer cónsul que entonces emprendió Canova, y que debía tener las proporciones del Hércules Farnesio, esto es, diez pies de altura.

Mr. Cacault creyó deber reunirse en un ban-

qu бере á todos los artistas de Roma, para que oyeran á Canova hablar de Paris, de sus artes, de sus monumentos, del Instituto, de Mr. Quatremére, de Quincy, de Gerard, de Guerin, de Chaudet, y de las observaciones que habia hecho en su viaje. Dió despues cuenta al gobierno de las buenas disposiciones en que habia dejado á Canova, quien, aun antes de la llegada del marmol de Carrara, iba á ejecutar el gran modelo de la estatua, segun los empeños que por orden del primer cónsul habia renovado con Mr. de Bourienne.

Por los despachos de Mr. Cacault se conoce el empeño con que este ministro deseaba consolidar la paz, y conducir á su gobierno en las vías de la buena intelijencia, de la moderacion y de la probidad política.

De concierto con el Cardenal Consalvi, manifestaba las mayores atenciones á las legaciones de Austria, de España, de Portugal y de Rusia. Un solo punto habia en que no manifestaba los mismos sentimientos. Sus opiniones fueron siempre desfavorables al caballero Acton; y este, creyendo con frecuencia tener motivos de queja contra la Francia, no habia circunstancia que pudiese debilitar esta antipatía arraigada y recíproca.

Es costumbre en Roma, por Pascua de Navidad, desear *buenas fiestas* á los amigos. Cuando

el cuerpo diplomático pasó con esta ocasion á ofrecer sus respetos á su Santidad, pudo observarse que la salud del santo Padre se habia robustecido. Manifestábase lleno de alegría aquel semblante plácido en que estaban retratadas la bondad y la dulzura. El Papa dirijía á todos palabras tiernas, y hablaba cual padre común de toda la cristiandad. Regocijábase de la paz que reinaba en Europa; y decía que por todas partes pudieran concluirse ciertas operaciones relijiosas demasiado abandonadas. Los soberanos protestantes ó separados por cismas, pedían concordatos para sus súbditos católicos; la Prusia y la Rusia deseaban arreglar estos importantes negocios; parecía, en fin, que el nuevo año prestaría un apoyo seguro á las medidas de orden y de tranquilidad. Pero los hombres, por sábios que sean, carecen de arte para leer los decretos de la providencia; y otras escenas y espectáculos de combates debían aun al par que ensalzaban á la Francia, humillar é irritar al resto de la Europa.

CAPITULO VEINTE Y OCHO.

TRIBUNAL DE LA ROTA.—NOMBRAMIENTO DE CARDENALES.—BREVES DEL PAPA AL PRIMER CÓNSUL, A SU ESPOSA Y AL MINISTRO DE ESTADO.—NOMBRAMIENTO DE GRAN MAESTRE DE MALTA.

Próximo estaba ya el Pontífice á cumplir los sesenta años. Su celo se extendia con igual perseverancia á todos los intereses de la cristiandad; pero sus miradas parecian fijarse con especialidad en Francia, árbitra entonces del destino de casi toda la Europa. Además parecia que el gobierno consular se conviniese voluntariamente á todas las antiguas costumbres. Mr. de Bayane, frances, y decano de la Rota, iba á ser nombrado Cardenal, y se necesitaba encontrar quien le sucediera.

Es la Rota un tribunal ó jurisdiccion esclusiva, compuesto de doce miembros, que se titulan auditores de la Rota. En los primitivos tiempos se componia casi totalmente de italianos; pero como

muchos negocios eclesiásticos , alemanes , españoles y franceses refluían á este tribunal , y se sentenciaba por italianos , resolvióse que Alemania nombrase un auditor aleman , España un auditor aragonés y otro castellano , y Francia uno frances , y que las otras ocho auditorías se concediesen á italianos, de este modo: tres romanos, un toscano , ó *perusino* , por turno , un milanés , un boloñés , un ferrares y un veneciano. Presentan á los cuatro auditores extranjeros las respectivas naciones , institúyelos Roma , se declaran inamovibles. La Rota no tenia entonces otras funciones que las de juzgar á los súbditos del Papa.

Mr. Cacault manifestó al gobierno que se estaba en el caso de nombrar un sucesor á Mr. Bayane , y propuso á Mr. Pisani de la Gaude , antiguo Obispo de Venza , consejero que fué en el parlamento de Aix ; pero esta eleccion no convino al primer cónsul, y nombró al hijo de un amigo de su familia , natural del mismo Aix , á quien se recomendaban todos los miembros de la familia de Bonaparte, que pasaban de Córcega á Francia, para ir á Paris. En 1.º de enero de 1803 Mr. Joaquín Javier Isoard , recibió el empleo de auditor de la Rota en la corte romana, vacante por promocion al capelo de Mr. Bayane.

El 17 de enero preconizó el Papa los Cardenales cuyo nombramiento estaba anunciado. En su alocucion al sacro Colejio, decía su Santidad:

“ Como antiguamente despues del concordato concluido entre Leon X , nuestro predecesor de feliz memoria , y Francisco I rey de Francia , este sábio Pontífice elevó estraordinariamente al Cardenalato á algunos súbditos distinguidos de aquella nacion , hemos decidido obrar del mismo modo. En consecuencia hemos nombrado Cardenales de la Santa Iglesia Romana á José Fesch , Arzobispo de Leon , á Juan de Dios Raymundo Boisgelin , Arzobispo de Tours , á Esteban Huberto Cambaces , Arzobispo de Roüen , y nos reservamos *in petto* por justas razones otro sujeto igualmente digno de estos honores (era Mr. Bernier.) ”

Seguia un elogio á los venecianos: “*Venecia que ha sido para nos puerto seguro*”— “En consecuencia nombramos á Pedro Antonio Zorzi, veneciano, del orden de clérigos de la congregacion de Somasques y Arzobispo de Udina. Los otros preladados nombrados fueron: Francisco María Locatelli, Obispo de Spoleto , Juan Castiglione , Receptor del orden hospitalario del Espíritu Santo, Carlos Erskine, ingles, Mr. de Colloredo, Obispo de Olmutz , Gregorio Cardello , Arzobispo de Caller , y Juan Rafael de Belloy , Arzobispo de Paris.

Los tres primeros franceses, y Mr. de Bayane

eran los cuatro Cardenales nombrados con motivo del concordato. Mr. de Belloy, el Cardenal de la corona de Francia. Quedaban por nombrar los que debían presentar los gabinetes de Madrid y de Lisboa.

El 22 de enero dirigió el Papa al primer cónsul un breve, por el cual le anunciaba que iba Mr. Doria encargado como *abogado* de llevar á Paris los cuatro birretes franceses. Suplicábale recibiese con especial benevolencia á este excelente jóven adornado de todas las ventajas del nacimiento y de la virtud.

Tambien dirigió un breve á Josefina.

PIO PP. VII.

Cara hija en Jesucristo, salud.

Como debemos enviar el birrete de púrpura á vuestros queridos hijos Juan de Boisgelin, José Fesch, Esteban Hubert Cambaceres, y Juan Rafael de Belloy, que recientemente hemos elevado al cardenalato á causa de su distinguido mérito, hemos escogido para nuestro abogado apostólico, á nuestro caro hijo Jorge Doria, camarero secreto, que les llevará estas insignias de su dignidad. Con esta ocasion le hemos mandado que se os presente en nuestro nombre, que os salude, y que os espese todos los testimonios de nuestra paternal benevolencia por vos. Tambien deseamos haceros partícipe de los actos de gratitud dirigidos al ilustre primer cónsul, vuestro esposo, por todo lo que con tanta gloria ha hecho para el restablecimiento

de la religion en Francia , lo cual hará su nombre inmortal para dicha de la república francesa. Os suplicamos concedais vuestro afecto á nuestro ablegado , jóven tan ilustre por su nacimiento , como por sus virtudes , y por el candor de su espíritu , y el cual por estas razones nos es muy caro. Concededle vuestro apoyo en todas las circunstancias en que sea necesario. Lo que por vuestra bondad singular hagáis en su favor , lo miraremos como hecho por nos mismo. Cara hija en Jesucristo, os concedemos la bendicion apostólica.

Dado en Roma en 22 de enero del año de 1803 , de nuestro pontificado el tercero.

PIO PP. VII.

Tambien se dirigió una carta de recomendacion á Mr. de Talleyrand , segun costumbre, á fin de que como ministro de estado supiese la mision de Monseñor Jorje Doria , y que este ablegado pudiese acreditarse oficialmente en Paris.

El pensamiento del concordato se presentaba de continuo á la imaginacion de Mr. Cacault , habia querido que las artes le consagrasen un monumento permanente , y escribió así al ministro:

„ Nuestro célebre dibujante Wicar , ha hecho una composicion histórica de los retratos del Papa , y del Cardenal Consalvi , en el acto en que su Santidad entrega su ratificacion al secretario de Estado que le había presentado la convencion firmada en Paris. La semejante es admirable. Si el dibujo se graba bien en Paris , tendremos una estampa clásica de primer orden. Canova nos ha traído el retrato del primer cónsul; justo es que en cambio [os enviémos el de su Santidad en

el cual verán nuestros franceses al natural la mula del Papa de que hablan tanto, así como el anillo del pescador, y el hermoso traje del Santo Padre y de los Cardenales, tan apropiados para el dibujo y para la pintura “

La Europa apremiaba en tanto al Papa pidiéndole que arreglase definitivamente los asuntos de Malta. Alegaba la Rusia que bastaría nombrar un lugar teniente del majisterio, porque el Papa *había consumado su derecho y sus facultades en el anterior nombramiento*. La Francia de buena fé, la Inglaterra con un pensamiento ulterior, el Austria animada por sentimientos de concordia, y hasta el gabinete de Nápoles, uniéndose por esta vez á los intereses de la verdadera y recta política, solicitaba la eleccion de otro gran maestro. El Papa nombró al bailío Tommasi, toscano, que residía en Sicilia, cerca de la isla de Malta. El caballero Bussi, apenas vuelto de Escocia, recibió encargo de llevar tambien á estotro bailío el breve de su eleccion. El bailío Tommasi aceptó la dignidad que se le concedía, y apresuróse á dar gracias á Mr. Cacaault, quien, deseando hacer algun acto agradable á la Toscana, había encontrado apoyo en el Cardenal Consalvi, interesado en agradar al Austria.

La nueva eleccion desagradó á la España que por otra parte insistía con ardor en pretensiones

relativas á disminuir la autoridad de los nuncios; pero al fin cedió, admitiendo á Monseñor Gravi-
na que hacía mas de un año no era recibido. La
Rusia, que tambien había hecho esperar el pasa-
porte de entrada á Monseñor Arezzo, cesó al mis-
mo tiempo de rehusar la entrada.

"He aqui el estado de Roma, decia Mr. Cacault: todo
vuelve en Europa á entrar en el camino civil y regular; al je-
nio del primer cónsul que ha dado el ejemplo, deben aquellos
soberanos de Europa que carecen de armas, su independencian
y consideracion. Todo vuelve aqui al tono de dignidad y de
honor para la santa Sede y para el santo Padre, hombre
de bien y virtuoso, por el ejemplo y la consideracion que
nosotros manifestamos al Papa. Esta soberania que la revolu-
cion había hecho mirar con desprecio, recupera aqui su autori-
dad. Los ministros extranjeros gozan de sus prerogativas sin
cometer acciones imperiosas, y tal es la consideracion de la
Francia; que ninguno osaria manifestarse insolente, cuando
no lo es el ministro de una grande nacion.

El 15 de marzo, descubriendo el bailío Tom-
masi en el caballero Bussi, mucha actividad y
celo, le nombró bailío, y su lugar teniente comi-
sario en Malta, con órden de aprestarse á gober-
nar las islas de Gozo y de Cumino. Pero el co-
mandante inglés suscitaba diarias dificultades que
aflijían al gobierno pontificio y al ministro de
Francia.

Tenia este ademas motivos de queja por las
amenazas de los compradores de bienes nacionales.

Entre estos habia venecianos y alemanes. Reclamaban la proteccion de sus soberanos, y en definitiva escitaban á los acreedores franceses á hablar alto , creyendo que *la mano* que habia ofrecido dar el primer cónsul , sería harto eficaz. Nuevas solicitudes llegaban á Mr. Cacault ; he aqui lo que sobre ellas contestó al ministro :

CIUDADANO MINISTRO :

He apoyado las peticiones del ciudadano Duveyrier , con el tacto y la dulzura que para conseguirlos es indispensable usar en tales negocios. En la actual época , lo que se llaman *negocios* , en los cuales es forzoso partir , dando al protector la tercera parte ó la mitad , no tienen voga , ni cosa semejante se ha hecho jamás *en mi presencia*. Los ministros del pais y sus oficinas son puros , y nunca pedirían nada á nadie. Lo mismo sucede en la legacion francesa. Los interesados en compras de bienes nacionales recibirán sin pérdida de un sueldo , lo que resulte de las liquidaciones; y yo he calculado que en virtud de estas ventajas el ciudadano Duveyrier y compañía deberian hallarse sumamente satisfechos. En otras circunstancias realizando por completo la especulacion , y dividiendo como era justo los intereses no hubieran recibido mas de lo que les tocará hoy dia. Las quiméricas esperanzas de alta proteccion del ciudadano Duveyrier y compañía , han retardado el fin de este negocio : pues como el ciudadano tribuno era el fanal á cuya luz dirijian los otros interesados su marcha , resulta una estagnacion contraria á los intereses de los demas compradores , que despues de perder el tiempo y los reditos que les tocan , se privan de otras ventajas , alejándose de la época en que era todo per-

mitido. Los acreedores se han arriesgado á que anulasen sus derechos, por no reclamar antes del término fatal.

Desea el primer cónsul favorecer los intereses de los franceses, y yo me complazco en realizar sus intenciones; pero tambien quiere el primer cónsul que todo vaya en regla, y en el sistema de paz y de justicia que hace hoy la felicidad del mundo. Si tuvieseis como yo á la vista la revelacion de todo lo que la avaricia ha hecho en Roma, segundada por el vandalismo de los romanos que se llamaban patriotas, os admiraríais de que algo quede aun, y os causarían indignacion los planes y proyectos de los que consideran á esta capital como sometida á las mismas violencias de entonces. Sin las consideraciones y proteccion del primer cónsul este pobre pais nunca podria recuperarse. El Papa que es un santo y el mejor de los hombres, pero que no sabe hacerse temer, caeria, sería *lanzado* de la santa Sede. Todo su poder se cifra en el poder de la Francia; y la firmeza con que se sostiene por nosotros la autoridad pontificia, es lo único que conserva aqui el orden. Cuando querais que todo se arruine en Roma, retirad la mano protectora del primer cónsul, á quien no se podría amar ni respetar si dejase de ser bienhechor y justo.

Tengo el honor de saludaros respetuosamente.

(*Firmado*) CACAULT.

¡ Que triunfo para el honor y para la moral este lenguaje lleno de probidad, este ejemplo de virtud política, en el representante de una potencia formidable !

CAPITULO VEINTE Y NUEVE.

FUNDACIONES FRANCESAS.—INNOBLES SÁTIRAS CONTRA EL PAPA.—HIERE UN FACINEROSO Á Mr. CACAULT.—CENOTAFIO DEL CARDENAL DE BERNIS.

Habia que tratar aun otro asunto hasta entonces pasado en silencio. Era el de las fundaciones francesas, hechas desde tiempo inmemorial, por nuestros reyes, y compatricios jenerosos. Quería Mr. Cacaault dar á este negocio una direccion prudente y atinada.

CIUDADANO MINISTRO.

Cuando tuve el honor de firmar el tratado de Tolentino con el jeneral Bonaparte, consideramos que Francia tenia en Roma y en el estado eclesiástico fundaciones religiosas de toda clase cuya venta, segun el espíritu de entonces, produciria altercados y divisiones entre las dos potencias. Para quitar todo pretesto al espíritu de codicia y fermentacion, se estableció en Tolentino la renuncia, por parte nuestra, de todo derecho y pretension sobre las fundaciones religiosas. En realidad nada se cedia con dicha renuncia, puesto que los alemanes, é ingleses, que se separaron de Roma, y vendieron en sus respectivos

países los bienes eclesiásticos, nunca pretendieron conservar derecho alguno á las fundaciones en este país. Los ministros de los soberanos católicos, tienen en Roma la protección honorífica de las fundaciones religiosas nacionales, pero los cuerpos de frailes, ó sacerdotes seculares, ó hospitales, en cuyo favor se han hecho dichas fundaciones, las disfrutan y administran según las reglas y contratos de las fundaciones, bajo la protección y las leyes de los soberanos del país. Además, y no obstante el tratado de Tolentino, nada quita que cuando quisiéremos, volvamos á recobrar el derecho de protección, sobre las fundaciones religiosas francesas: mas por ahora debemos desentendernos de los ladrones acostumbrados á mirar este país como bienes comunes, y como un estado cuyo soberano debe ceder á toda petición, y á cualquier impulso."

Aunque no se pudiese negar que los negocios gubernativos marchasen bien en Roma, no faltaban tampoco enemigos. Habiendo el santo Padre padecido una ligera indisposición, le aconsejaron los médicos que se abstuviese de hablar; y he aquí que sus malquerientes, y los enemigos del buen orden y armonía que reinaba, empezaron á decir en burlesco tono, que Pio VII había perdido el habla, á fuerza de hablar con los franceses. Nosotros nos vimos obligados, bien á pesar nuestro, á intervenir en estas malignas necesidades.

Trajeron un día á Mr. Cacault una carta sumamente gruesa y de costoso porte. Después de abierta y de separados inmensidad de pliegos de papel blanco, se encontró uno, en que estaba es-

crita la palabra *Pax*. Dificil hubiera sido adivinar la gracia ú oportunidad de tan estraña misiva. Circulaban , empero, los enemigos del Cardenal Consalvi el rumor de que se alteraba la salud del Papa ; circunstancia que tampoco tenia relacion alguna co n la palabra *Pax*, grabada, segun nuestros amigos nos dijeron , en la portada de la casa grande de Benedictinos ; pues si se queria indicar que habia sido el Papa monje de aquella órden, poca sutileza mostraba sacar á luz tan palpable hecho. Un pliego que llegó algunos dias despues, venia ya mas circunstanciado , y decíasenos en el , que era muy singular que no entendiésemos el sentido de la palabra *Pax* , no obstante que conocian tantos Benedictinos que podrian esplicarlo ; por lo que el autor anónimo nos decia que este breve vocablo debía escribirse asi : P. A. X.; y que significaba *Puer annorum decem*, esto es , muchachuelo de diez años. Bajo esta esplicacion injuriosa , hallábase escrito como por nota : "*Nescio loqui , quia sum Puer*; ó lo que es lo mismo, no sé hablar porque soy niño. Enseñé la carta á mi amigo el padre Torelli, diciéndole al mismo tiempo que me aflijía tan insigne injusticia, contra un Papa tan virtuoso. El padre Torelli ecsaminó el papel de varios modos, y al fijar la vista en el *nescio loqui* &c. — " ¡ Gracias á Dios que no es ecle-

siástico el desdichado que en esto se divierte! Pero yo le contestaré.” — Y tomando una pluma escribió en aquel instante mismo sobre la carta anónima:

” *Et dixit Dominus ad me: Noli dicere puer sum, quoniam ad omnia quæ mittam te, ibis, et universa quæcumque mandavero tibi loqueris* ” —

”Y díjome el Señor: No digas, niño soy; que irás por cuantos lugares yo te envíe, y hablarás cuantas palabras yo te mande.” — Sin duda el calumniador anónimo habia oído citar el vers. 6. cap. 1. de Jeremías, é ignoraba la magnífica respuesta con que consuela Dios á su siervo en el vers. 7.

El Papa supo posteriormente todo lo ocurrido en este asunto, y no pudo menos de mostrar grande alegría, cuando vió la felicidad con que el padre Torelli, su antiguo colega habia respondido por medio del citado verso, cuyas palabras fueron en adelante una verdadera profecía.

Acostumbraba Mr. Cacault á pasear de cuando en cuando solo y á pié, conocia muy bien la capital, en todos los barrios de la cual habia vivido.

Esta misma clase de enemigos que, por no conocerlos distintamente, dejamos de nombrar, tendieron un lazo á Mr. Cacault. Un dia, muy de mañana, pasaba este por una calle estraviada de

Trastevere, y se encontró con uno de aquellos hombres á quienes llaman los italianos *facineroso*, especie de jaque ó capeador.

Díjole este hombre, con tono descompuesto; "¿Por qué no me saludas?" Sin responderle, echaba á andar Mr. Cacault, con ánimo de llegar á un cuerpo de guardia, de allí no distante, pero acercándosele mas el que le insultaba, en ademán amenazador, repitió las mismas palabras, añadiendo: "Eres, acaso, francés?" — Sí, repuso Mr. Cacault, creyendo que el hombre dejaría de insultarle. — Pues ya que lo eres, replicó el hombre aun mas irritado, me alegro encontrarte: harás lo que te digo (*á modo mio*) y me saludarás.

Era Mr. Cacault pequeño de cuerpo, iba vestido ordinariamente, su aire no imponía, ni mostraba que él fuese persona de suerte y jerarquía; y nunca en Roma los señores principales del país, van á pie sino rarísima vez. El vil agresor trató de arrancar el sombrero á Mr. Cacault, cuando este creyendo contenerle, le dijo: — "Déjame, infeliz, que soy el ministro de Francia" — Al oír esto el *facineroso*, replicó luego.... *meglio, meglio, per Cristo!* y quiso renovar su violencia; pero como Mr. Cacault, aunque gordo y corpulento, aligeraba el paso, tiróle una piedra, con que le hirió en la cara, y siguió tras él injuriándole siempre.

Al volver una esquina vió venir el asesino á un soldado, y dió á huir: el ministro, despues de haber restañado en lo posible su sangre, y tapándose con un pañuelo la cara, dió la vuelta á su palacio.

Al momento me mandó llamar, encerróse conmigo y me refirió el caso. Bien habian visto sus criados la herida, en particular su *Guarda-portone* (portero) que cuidaba mucho, siempre que entraba ó salia su amo de saludarle tres veces con su gran baston de puño de plata. Lo primero que hice fué decirle que era preciso prender y castigar con el mayor rigor al delincuente que ultrajó á sabiendas el sagrado carácter de embajador. Mr. Cacault dejó que yo escribiese una carta fuertísima al Cardenal Consalvi, y cuando iba á firmarla, despues de haberla leído dejó la pluma. “ Bien, muy bien me dijo: ¿ pero y el resultado? Sabido es hace tiempo, que los embajadores se envian para *tratar los negocios de sus gobiernos*, y no para darles *negocios suyos que tratar*. Este gobierno, ademas del suplicio del delincuente, propondrá mil reparaciones: nuestro gobierno que es enteramente militar, y que se resiente de las injurias con esceso, sobre todo por ser un gobierno nuevo, quizá no querrá aceptar estas reparaciones: ¿ en qué vendría á parar, pues, nuestro

concordato? ¿Y quien ha tenido la culpa, si bien se mira? Bien sabia, y mil veces lo he escrito, que ecsistian en Roma miserables adjuntos del ejército de Rufo, que diariamente provocaban á los franceses y los maldecian. Conocia á Roma mejor que otro alguno: y con razon se me dirá, y yo mismo me diré, que un ministro de Francia residente en esta época en un pais semejante, no debe nunca pasearse solo cuando tiene once criados: que él mismo se buscó lo que mueve sus quejas: ademas, no sé si podria presentar testigos del hecho.

Verdad es que un soldado presenció el lance, y que dará noticia de él; pero se le impondrá silencio bajo graves penas. Los agentes del gobernador de Roma Cavalchini, podrán negar este insulto, porque el probarlo no está á mi alcance, y harán muy bien. Su primer interés es el de su gobierno. Consalvi, sin embargo, sabrá lo bastante para poder apreciar mi silencio. Sin pedir satisfaccion, dejemos no obstante, que aquí se dude, si he dado ó nó cuenta á Paris; y en el intervalo necesario para una respuesta, aprovechémonos del estado de consternacion en que se hallan quizá nuestros adversarios para conseguir la revision de la circunscripcion de las diócesis. Mi pais no tiene derecho á que se le dé una satisfac-

cion, sino por un insulto público, notorio, declarado, y que yo denunciaré. Rómpase, pues, esa carta."

Nada me quedaba sino admirar tan cuerda resolución. Sucedió lo que habia previsto el prudente ministro. El Papa y Consalvi no miraron al ministro, sino con el mayor respeto. El *facineroso* fué enviado inmediatamente á galeras por otro crimen que se le probó.

Habia encargado el Cardenal Consalvi al bailío Bussi, le diese cuenta ecsacta de lo que en Malta pasaba. En la primer audiencia que el plenipotenciario del Gran-Maestre obtuvo del jeneral Ball, gobernador ingles, no consintió éste en la evacuacion de las tropas británicas. El bailío, á quien no le faltaba resolución, escribió á Mr. Tommasi, sobre lo conveniente que era obrar con una firmeza digna de los antiguos Grandes-Maestres, y llegar escoltado por las fragatas de S. M. siciliana, que el caballero Acton tenia á disposicion de S. A. eminentísima. Pero no era en Malta donde la cuestion debia decidirse, sino en Lóndres y Paris. Mr. de Talleyrand escribió á Mr. Cacault lo siguiente.

" Por carta del 23 ventoso, os he informado, ciudadano, del estado de nuestras relaciones con la Inglaterra. Tengo órden del primer cónsul de informaros tambien acerca del andamento de

esta discusion importante. Obstinada cada vez mas la Inglaterra en las primeras disposiciones hostiles que manifestó por el mensaje del rey al parlamento; á la no evacuacion de Malta, una ahora la negativa de evacuar la Gorea y el cabo de Buena Esperanza. Sus armamentos y preparativos parecen indicar una voluntad de apoyar con la fuerza la pretension de retener las posesiones que conserva injustamente. Tengo orden de avisar oficialmente á la corte de España, para que provea á la defensa de la isla de Menorca, contra la que parece tener miras la Inglaterra, y para que arme sus navíos, y su comercio proteja.

No favorezcan las potencias continentales el comercio de Inglaterra, y cierren á sus navíos todos los puertos; y la Europa se verá pronto tranquila. Punto es este que debe recomendarse á la sabiduría y justicia de los gobiernos extranjeros."

En todas sus acciones mostraba el ministro frances, sus ideas de justicia y moderacion. Mr. Cacault fué quien consagró un monumento al desgraciado Cardenal de Bernis, cuyo cuerpo yace en la Catedral de Nimes. (1)

(1) Con efecto, en la iglesia de san Luis de los franceses en Roma, en la ultima capilla á mano derecha, está el cenotáfio del Cardenal de Bernis, escultura de Macsimiliano Laboureur, no buena. Para olvidarla, debe el viajero entrar en la sacristía de dicha iglesia, donde verá un cuadro que representa á la Vírgen, obra bellisima atribuida al Correggio.

(Nota del Traductor.)

CAPITULO TREINTA.

SEPARACION DE MR. CACAULT.—ESPOSTULACIONES CANÓNICAS DE TREINTA Y OCHO OBISPOS FRANCESES.

El 8 de abril escribió así Mr. de Talleyrand á Mr. de Cacault.

Ciudadano :

Las circunstancias actuales relativamente á los vínculos políticos y religiosos que unen á la Francia con Roma , parecen ecsijir del gobierno que dé á la legacion de la república en Roma, el mismo aparato que antes de la revolucion tenía, y en consecuencia ha determinado el primer cónsul que se confiera á un Cardenal frances. Solo una consideracion de esta naturaleza, hubiera podido decidirlo á cambiar vuestra residencia y á nombraros un sucesor. Pero al mandarme que os anuncie esta determinacion , me ha encargado espresamente manifestaros que no habían dejado de serle satisfactorios vuestros servicios y que una razon gubernativa como la que acabo de esponeros , era la única que le podría mover á poner un término á la mision que tan á su gusto y tan sábia y honoríficamente habeis desempeñado. El Cardenal Fesch , arzobispo de Leon ha sido nombrado en vuestro remplazo; debe partir antes del 1.º floreal para llegar á Roma antes del 20. Al participar este nombramiento á

la corte romana, le hareis observar, sin que sea necesario que yo os lo recomiende, que semejante eleccion, por las relaciones que ligan al Arzobispo de Leon con el jefe del gobierno frances, y por su mérito personal, es un especial testimonio de la consideracion del primer cónsul hacía su Santidad, y que se regocija de cumplir, por medio de esta especie de manifestacion pública de su respeto por la santa Sede, la grande y memorable obra de la reunion de la Francia á la metrópoli del catolicismo.

La intencion del primer cónsul es que continueis gozando de vuestro sueldo (60.000 francos) hasta que se os haya nombrado para otra legacion. Pero tambien desea, antes de fijar vuestra nueva residencia, que yo le informe acerca de los motivos de preferencia que pudiéseis tener. Las principales legaciones de Italia pueden y deben probablemente quedar vacantes de un modo ventajoso para los que las ocupen. Tambien desearía saber si pensais entrar en el senado: aunque de todos los modos con que el gobierno de la república puede recompensar vuestro celo, esta distincion no sería la que mas me conviniese, por que interrumpiría por precision la serie de los servicios que prestais al ministerio de mi cargo, y le privaría de un agente cuyos talentos, habilidad y prudencia, nadie conoce ni aprecio mejor que yo.

Recibid, os suplico, ciudadano, la seguridad de mi sincera adhesion.

Firmado C. M. TALLEYRAND.

El Padre Santo quedó inmóble al ver esta carta, y ni aun pudo articular una queja. El Cardinal Consalvi le escribió al punto á Mr. Cacault, manifestándole cuan dolorosa era su separacion al Santo Padre.

Dos golpes debían herir á la vez á su Santidad. Llegaron de Lóndres representaciones firmadas en varias ciudades de Europa por treinta y siete Obispos franceses, y por Mr. de la Tour, Obispo *electo* de Moulins. Intitulábanse: “Espos-tulaciones canónicas y muy respetuosas, dirigidas á nuestro Santo Padre Pio VII, Papa por la providencia Divina, acerca de varios actos relativos á la iglesia de Francia.” Traían la fecha de 6 de abril.

El principio indicaba el respeto con que se presentaban los Obispos ante el trono de su Santidad.

SANTISIMO PADRE.

Llenos de un sentimiento filial y profundo de veneracion y piedad, suplicamos fervorosamente á vuestra Santidad, se dig-ne escucharnos con benignidad pues vamos á tratar de la mayor y mas importante causa que puede presentarse.

Dicen que van á imitar el lenguaje de san Bernardo, cuando hablaba con Inocencio II y decia: “*Hablo fielmente, porque amo fielmente*” Declaran que participan de la confesion de san Jerónimo que decia al Papa español san Dámaso: “Siguiendo solo á Jesucristo, me uno á la comunión de vuestra Beatitud, es decir á la Cátedra de san Pedro, piedra sobre que se edificó la iglesia. El

que come el cordero fuera de esta casa es profano. . . . el que con vos no recoge, desperdicia. . . .” Despues ecsaminan los Obispos la bula de circunscripcion y otras publicaciones hechas de orden del Padre Santo. Combaten una carta del consejero de Estado Portalis con fecha del 8 de junio de 1802, citan al Pontifice Liberio que decia al emperador Constante; “No puede ser que condenemos nosotros á ninguno que no esté ya sentenciado.” Continuan luego diciendo: “No se ha defendido la causa (*indicta causa*). “San Celestino observa:” Que las reglas nos dominan, que no debemos sobreponernos á las reglas, que debemos someternos á los Cánones. San Martin dice: “No podemos destruir los Cánones: somos los defensores y custodios, y no los transgresores de los Cánones.” Recuerdan los términos en los cuales escribió Gregorio VII al rey de Aragon. San Zósimo, el Papa Adriano II, san Leon el grande, profesaron la misma doctrina. No se olvidan los Obispos de las palabras espresas de una encíclica que les dirigió Pio VII fecha en el monasterio de san Jorje de Venecia el 15 de mayo de 1800 año primero de su pontificado: ”Por las santas leyes de la iglesia florecen la piedad y la virtud; por estas leyes se hace formidable como un ejército la esposa de Cristo. Estas leyes son el fundamento que

sostiene el peso de la fé. “El concilio de Trento, sess. 23, cap. 4, ofrece nuevas armas. Aquí hay quizá, si me es lícito decirlo, un poco de confusion. Las cartas *Qui dñmini Christi vices* ya citadas, se las trae de nuevo, se las deja, se las cita segunda vez: y es de temer que los antiguos Padres y las nuevas autoridades, no van en esto de comun acuerdo.

En la página 75 de estas *Espostulaciones* se lee: “Pena da el considerar la manera con que se ha procedido en el doloroso negocio de que se trata. Por una consecuencia de lo que se ha hecho, en lugar de ventajas van á resultar perjuicios considerables á la relijion católica apostólica romana, profesada por la mayoría de los franceses.”

La dimision de Mr. Grégoire se acota íntegra. “Deja de buena gana, dice, una Sede que ocupó sin oposicion canónica—” ¿Cómo no se reconocerá aquí, esclaman los obispos, á los que el predecesor de Pio VII llama *pseudo-episcopi*?” Aun no basta; Mr. Lacombe dice: “Quiso el legado que nos retractásemos, y no lo consiguió: yo miro como las mejores acciones de mi vida, y las mas dignas de recompensa eterna, aquellas que me dictó la constitucion civil del clero. “Segun estos Obispos, sabedor Mr. Lacombe de que se habia ofrecido á los constitucionales un *decretum* de absolucion,

declara que estos le arrojaron al fuego, y que á él no se le ofreció por creerse que aun tendria menos paciencia que los otros. Veremos cuanto ofendieron estas palabras á Pio VII y como le inspiraron uno de aquellos rasgos de valor y presencia de animo que rara vez presenta la historia de los Pontífices.

Mostrábanse los Obispos, quizá mejor enterados que el gobierno frances, y mejor indudablemente que el gobierno pontificio. Presentan á Mr. Fouché escribiendo [á los prefectos : " La organization de los cultos es para la Iglesia lo que el 18 brumario es para el Estado : no es el triunfo de un partido determinado, sino la reunion de todos bajo el espíritu de la república y de la Iglesia." Es muy de notar que la carta del superintendente jeneral de policía á los prefectos, que aqui se cita, y que tiene la fecha del 7 de junio de 1802, se la llama en las Espostulaciones *Encyclica*. ¡Cómo es, que treintaidos Obispos franceses, se han convenido en dejar subsistir semejante equivocacion ? ¡Quien se figuraría que hubiese *Encyclicas* del Sr. Duque de Otranto ? Luego se asegura que una carta ministerial al prefecto de la Somma, trae estas espresiones : " He recibido los documentos que comprueban la retractacion pública hecha por Claudio de la Cour, sacerdote casado, y la nulidad

con que ataca su casamiento. Este proceder es escandaloso. Los sacerdotes que administran la parroquia, en la que hizo de la Cour su retractación, hubieran debido impedir un escándalo semejante. “A esto responden los Obispos con S. Hilario; “que el nombre de la paz es imponente;” y dan una larga definición de la *paz* de Jesucristo. Tan grave publicación, termina así: concluiremos con las palabras de un Arzobispo de Rems (1), en tiempo de Alejandro III: “fijos tienen todos sus ojos en vuestra Paternidad: mirad por el honor, libertad, y conservación de la iglesia.” Aquí había expresiones aun mas fuertes, que desaparecieron en la edición de Londres (diciembre 1803) que tenemos á la vista. Los prelados que firmaron estas espostulaciones son:

El Cardenal de *Montmorency-Laval*, (el que no era mas frances); *Arturo-Ricardo de Dillon*, Arzobispo de Narbona; *Alejandro-Anjélico de Talleyrand Perigord*, Arzobispo de Rems, primer par

(1) Es muy raro que se omita el nombre de este Arzobispo. Los Arzobispos que gobernaron la sede de Rems en tiempo de Alejandro III desde 1159 á 1181, se llamaron Sanson, Enrique y Guillermo. El documento de que hablamos le firma un Arzobispo de Rems: y un Obispo ú Arzobispo debe saber los nombres de sus predecesores. La cita del nombre convenia en este párrafo final. Cuando Alejandro III se hallaba en Francia, ocupaba la sede de Rems Enrique L, Arzobispo de esta ciudad.

de Francia; *Luis Carlos Duplessis-de'Argentre*, Obispo de Limoges; *Luis-Francisco Marcos-Hilario de Conzié*, Obispo de Arras; *José-Francisco de Malide*, Obispo de Mompeller; *Luis Andres de Grimaldi*, Obispo, conde de Noyon, par de Francia; *Juan Luis d'Unsson de Bounac*, Obispo d'Agent; *Pedro José de Lastic*, antiguo Obispo de Rieux; *Aymard, Claudio de Nicolai*, Obispo de Bezieres; *Francisco Clugny*, Obispo de Riez; *Juan Francisco de Marche*, Obispo de Saint Paul de Leon; *Manuel Luis de Grossoles de Flamarens*, Obispo de Perigueux; *Juan Bautista Duplessis d'Argentré*, Obispo de Seez; *Pedro Agustin de Belbeuf*, Obispo de'Abranches; *José María de Gallard de Terraure*, Obispo de Puy; *Sebastian Miguel Amelot*, Obispo de Vannes; *Alejandro Amadeo José de Lauzières de Thenunes*, Obispo de Blois; *Luis Hector Honorato Máximo de Sabran*, Obispo duque de Laon, par de Francia; *Enrique Benito Jules de Bethizy*, Obispo de'Uzes; *Sebastian Carlos Filiberto Rogér de Cahuzac de Caux*, Obispo de Aix; *Seinelay de Colbert*, Obispo de Rhodéz; *Juan Bautista de Chilleau*, Obispo de Châlons-sobre Saona; *Francisco de Gain de Montagnac*, Obispo de Tarbes; *Cárlos Eutropio de Laurencie*, Obispo de

Nantes; *Francisco de Mouchet de Villedien*, Obispo de Digre; *Felipe Francisco d'Albignac*, Obispo de Agoulême; *Francisco Enrique de La Brore de Vareilles*, Obispo de Gap; *Elleon de Castellane Mayauque*, Obispo de Tolon; *Luis Enrique de Fare*, Obispo de Nancy; *Enrique de Chambre-d'Urgons*, Obispo de Orope; *Alejandro Enrique de Chauvigny de Blot*, Obispo de Lombez; *Gabriel-Melchor de Messey*, Obispo de Valenza; *Francisco-María-Fortun de Vintimille*, Obispo de Carcasona; *Francisco de Bovet*, Obispo de Sisteron; *Juan-Carlos de Concy*, Obispo de la Rochelle; *Juan-Renato Asseline*, Obispo de Buloña: *Esteban-Juan-Bautista-Luis des Galois de la Tour*, Obispo electo de Mulens.

Dejo señalados algunos defectos puramente literarios, por lo mismo que son raros y notables, y pocas veces los cometen sacerdotes franceses. También lo es el que ni Bossuet ni Fenelon sean nombrados una sola vez por treinta y ocho Obispos franceses.

Pero sea lo que fuere, leyendo y releyendo estas *Espostulaciones* (denominacion tan modesta como justa); se tiene en pocas páginas un resumen de la sabiduría de los Padres de la grandeza de los beneficios de la unidad, y toda la erudicion de Baronio y Benedicto XIV, con todos los precep-

tos de Pio VI, y las eshortaciones de Pio VII. Esta obra en fin deberá consultarse, por los que quisieren estudiar á fondo las negociaciones del concordato de 1801. (1).

(1) La edicion latina de Londres es 1. vol. en 8.º de 134 páginas.
Londini es officinã cos, filii et Baylis *Great Queen Street* 1803.

CAPITULO TREINTA Y UNO.

REORGANIZACION DE LA JERARQUIA CATOLICA EN ALEMANIA.—MR. DE CHATEAUBRIAND.—INSTRUCCIONES DEL CARDENAL FESCH.

Tal es el destino de un pontífice romano, que apenas puede entregarse al reposo moral, especialmente despues de las turbaciones públicas de la cristiandad. Envuelta se hallaba ésta en graves desórdenes habia mas de veinte años, pues debemos subir hasta los tiempos en que José II comenzó sus reformas, útiles para aumentar y confirmar la piedad de la Béljica, como hoy dia se está manifestando.

La Alemania, á la cual Gregorio V, aleman y pariente del emperador Oton III, llamaba el grande brazo del cristianismo, frase que entonces queria dar á entender del catolicismo, si se considera el número de coronas rivales en ella establecidas, apenas podia aspirar á tan glorioso título. No habia el Santo Padre proferido la me-

nor queja , mientras que las operaciones que parecían necesarias á la paz , hacían perder á los eclesiásticos tan grandes dominios. Su Santidad no habia protestado ni reclamado; pues sabia reducir sus peticiones y arreglar su conducta con sabiduria: pero un pontífice como Pio VII, cualesquiera quebrantos que por otras razones padeciese , no podria mirar con indiferencia el estado espiritual de los católicos , que se habian convertido en súbditos de príncipes protestantes , y que habian perdido sus obispos. Deseaba pues reorganizar y restablecer sobre las bases de tratados con las potencias , la jerarquia eclesiástica de Alemania. Los príncipes protestantes tambien anhelaban por su parte tales medidas; los católicos pedíanlas con instancia: asi se decidió el Papa á nombrar para residir en Ratisbona , un Nuncio encargado de escuchar todas las demandas , y de darle cuenta de las necesidades de los fieles y de los intereses de los gobiernos.

Entre tanto , no habia el *Diario de los Debates* anunciado sin fundamento la promocion de Mr. de Chateaubriand. En 9 de mayo le decia Mr. de Talleyrand :

Me apresuro , ciudadano , á remitiros una copia del decreto por medio del cual el primer consul os ha nombrado secretario de legacion de la república en Roma. Vuestros talentos y el

uso que de ellos habeis hecho, han debido daros á conocer ventajosamente en vuestro pais, y en el que se os destina para vuestra residencia, y no dudo del celo que manifestareis para justificar la confianza del gobierno.

Tengo el honor &c.

No ignoraban en Paris el sentimiento con que se habia sabido en Roma el llamamiento de Mr. Cacault. El primer cónsul escribió directamente al Papa sobre este asunto, segun costumbre.

SANTISIMO PADRE,

Me he decidido á relevar al ciudadano Cacault, del cargo de ministro plenipotenciario de la república francesa cerca de vuestra Santidad, pero no por motivo alguno de descontento. Su conducta ha merecido, por el contrario, toda mi aprobacion. El deseo de remplazarle, cerca de vuestra Santidad con persona revestida de eminente carácter, y de dar á vuestra Santidad, una prueba mayor de mi adhesion y respeto filial, es la razon única que me ha determinado á proceder á su llamamiento. Le *impongo* por consiguiente que se despida de vuestra Santidad, y que al hacerlo le renueve la seguridad de mi adhesion y respeto filial, y juntamente los votos que no cesaré de hacer por la conservacion de vuestra Santidad, y prosperidad de su pontificado.

Dado en San-Cloud el 7 pradiel año XI de la república francesa (27 mayo 1803)

Firmado BONAPARTE.

Era quizá la primera vez que la corte romana sentia que un ministro seglar fuese reemplazado

por un Cardenal. Por lo que hace al título de embajador, la corte de Roma reclamó, y sostuvo que nunca usó de tal título un Cardenal; que el Obispo Mr. de Rochechouart, habia sido *embajador* en Roma en 1761; preconizado despues Cardenal en 23 de noviembre del mismo año, dejó de llamarse *embajador*, y tomó el título de ministro plenipotenciario. Fundábase el gobierno pontificio en una decision del concilio de Basilea (sess. 23, *De qual. Cardinal.*), que prohíbe á los Cardenales tomar el título de *embajador*, aun de su soberano: citábanse tambien los ejemplos del Cardenal d'Estouteville, y del Cardenal Borgia de Montreal: Leon X confirmó esto diciendo: "que los *embajadores* de los príncipes, creados Cardenales, dejasen de ser *embajadores*, porque son miembros místicos del soberano pontífice. *Oratores principum creati Cardinales desinant esse oratores, quia sunt membra mystica summi Pontificis.*

Las representaciones del Cardenal Consalvi sobre este punto decian:

Un Cardenal es una parte del sacro Colejio; de aqui nace que en la corte de Roma, no se le permite á un *embajador*, desplegar su carácter público, y obtener una audiencia pública del Padre Santo, si además de las credenciales dirijidas al soberano pontífice, no trae cartas que le acrediten individualmente cerca de cada Cardenal, y que debe presentar él mismo en su visita de cumplido al Cardenal decano. Si un Car-

denal, pues, pudiese tomar el título de embajador, se encontraría en la misma condicion *activa y pasiva*, lo que se opone á toda regla, por lo que se debe á la dignidad cardenalicia. Por esto el Cardenal Fesch no puede ser mas que ministro plenipotenciario.

Y efectivamente, este era entonces el título que se daba al Cardenal Fabricio Ruffo.

Cuéntase que el Cardenal Fesch, nuevo ministro plenipotenciario, manifestando deseaba ver en el ministerio de estado los legajos relativos á Roma, el primer cónsul le dijo estas palabras: "*Nada leais; tened tacto*", pero Mr. de Talleyrand le remitió en 20 de Mayo instrucciones circunstanciadas.

Hablábale en ellas del tratado de Tolentino, al que se califica de base principal de las relaciones políticas de ambos estados; mandábale proteger los establecimientos religiosos franceses restituidos últimamente á solicitud de Mr. Cacault; poníase la escuela artística bajo el patrocinio especial de su Eminencia; desenvuélvense con patriotismo, las ventajas que deben concederse al gobierno frances; prescribese que vele la legacion por la ecsistencia de un ejército ó fuerza armada del Padre Santo, capaz de hacer respetar la policía interior; recomiéndase á los compradores de bienes nacionales: recuérdanse los intereses de

Francia en los negocios de Malta; prométese á Roma la conservacion de sus principados de Benevento y de Ponte-Corvo: ordénase al ministro de Francia no tomar parte alguna en las diferencias de Nápoles y Roma, en caso de renovarse, relativamente á la soberanía de las dos Sicilias, al tributo de la hacanea y al concordato religioso; mas se le previene dé cuenta inmediatamente, para que pueda el gobierno prever los resultados. Cuidará el ministro, dice la instruccion, de dirigir, sin correspondencia oficial, la conducta de la corte de Cerdeña residente en Roma.

El primer cónsul y la Rusia, añade, están favorablemente dispuestos hácia esta corte; y es posible que ambos poderes se convengan para facilitar mas cómoda ecsistencia al rey Sardo, y debia por último el Cardenal manifestarse celosísimo en los negocios que se le cometian.

El Papa, incapaz de olvidar su proyecto organizador para la Alemania, escribió al primer cónsul la siguiente carta:

Recibid, amadísimo hijo en Jesucristo, nuestro saludo y nuestra bendicion apostólica.

Tantas pruebas nos habeis dado de celo y de afecto, que en todas las circunstancias en que de auxilio necesitamos, no vacilamos en dirijirnos á vos, llenos de confianza.

Las iglesias alemanas han sufrido en los últimos tiempos innumerables pérdidas. Con dolor nuestro se las ha despojado

de casi todos sus bienes temporales, y sin dificultad: conoceréis cuán profundo pesar nos oprime, al verlas, en un momento privadas de tanto apoyo sólido que aseguraba su estabilidad y mantenía su esplendor. Lo que aumenta cada día nuestra pena, es el temor tal vez harto fundado, de que la pérdida mucho más deplorable del bien espiritual, siga á la de los bienes temporales. Y con efecto, si prontamente no tomamos las medidas necesarias para mantener en estos países la religión católica, conservar las iglesias y asegurar la salud de las almas, puede temerse que en tan gran subversion, que destruye los intereses temporales de la iglesia, sus intereses espirituales prueben también grandes daños.

Obligados, pues, por el deber de nuestro ministerio, á reunir elementos para arreglar de un modo estable los negocios eclesiásticos de Alemania, para impedir que en estos países sufra la religión católica perjuicios en ella misma ó en las cosas que le son necesarias, para mantener en su integridad lo que todavía subsiste, y conservar al menos los bienes espirituales, después que tan deplorablemente se han perdido los temporales, hemos resuelto implorar vuestro auxilio, amadísimo hijo en Jesucristo, y suplicaros nos ayudeis en tan importante negocio. Con tanto celo nos habeis ayudado para restablecer la religión en Francia, y devolverle la paz y la seguridad, que después de Dios á vos os somos deudores de todo lo que se ha hecho ventajoso á la religión, en ese país atormentado largo tiempo con horribles ataques. Este motivo tenemos para proporcionaros nueva ocasión en que probeis vuestro amor á la religión católica, y adquirais nuevos títulos de gloria.

Bien persuadidos, por las pruebas de afecto que nos habeis dado, de que cuando le imploremos, no rehusareis vuestro apoyo á la religión católica, y de que nos ayudareis, con todos vuestros esfuerzos, en una empresa tan importante. Os conce-

demos , afectuosamente , amadísimo hijo en Jesueristo , la bendición apostólica.

Dado en Roma , cerca de santa Maria la Mayor , bajo el anillo del Pescador , el 4 de junio del año de 1803 , de nuestro Pontificado el cuarto.

"PIUS PP. VII."

CAPITULO TREINTA Y DOS.

LLEGADA DE MR. DE CHATEAUBRIAND A ROMA. — SUS
PRIMERAS EMOCIONES. — LLEGADA DEL CARDENAL
FESCH.

No tardó el jeneroso , ilustrado y activo Mr. Cacault en dar parte al gobierno de la llegada de Mr. de Chateaubriand.

CIUDADANO MINISTRO:

„ El secretario de la legacion Mr. de Chateaubriand ha llegado á Roma. El decreto de su nombramiento está concebido en los mismos términos que la órden en virtud de la cual es Mr. Artaud secretario de la misma legacion. Ambos los he alojado en mi casa, adonde viven como hermanos , sin que haya entre ellos primero ni segundo.”

Yo me encargué de ser en Roma el *Cicerone* del nuevo secretario. Condújele por la separada calle que corre á la derecha de la del Borgo , casi hasta la misma fachada de san Pedro , para que súbitamente gozase de la sorpresa de aquella magnífica perspectiva ; y me causaron grande placer

sus emociones, espresadas de una manera sencilla, franca y al mismo tiempo imprevista. Hablaba poco, porque parecia absorto en la admiracion. Indudablemente nunca habian sus ojos visto nada tan grande ni suntuoso; y parecia ademas complacido, al contemplar el mas hermoso templo de nuestro culto. Conduje tambien á mi nuevo huesped hácia el coliseo: y alli las sensaciones del viajero refiriéronse á los saludables preceptos de la historia. Eran, empero, tan amenos, elegantes y dulces sus modales, y el estilo de manifestar sus ideas, que no tardó en amarlo la corte de Roma, ni en darle á entender el deseo de que la nueva legacion estuviese tan unida como la precedente, y de que conservando con celo los intereses del gobierno, manifestase las constantes y respetuosas consideraciones á las cuales la santa Sede tenia tanto derecho despues de sus desgracias.

El Cardenal Fesch entró en Roma sin ceremonia alguna el 2 de julio. Parecia que de una y otra parte debia reinar la mejor intelijencia; mas no fue así.

Jamas el Cardenal Fesch se entendió con el ministro su predecesor, aunque hubiese entre ellos la memoria de antiguas relaciones. Una discordia oculta y mal reprimida los separaba hasta en las

materias y asuntos de mas trivial conversacion. Mr. Cacault, que aun debia permanecer en Roma muchos meses, viéndose mas que de ordinario incomodado, resolvió ir á tomar los baños de Luca. Como nada se habia decidido respecto á mí, le propuse acompañarle, aceptó mi oferta, y empezamos los preparativos del viaje.

El Papa hizo nuevos regalos á Mr. Cacault, y bondadosamente me dió tambien á mí la coleccion de medallas de todos los Papas, desde Martin V Colonna. Tambien se dignó esforzarse en consolar-nos, diciendo que esperaba volvernos á ver algun dia. Díjole Mr. Cacault, que el Cardenal Fesch estaba rodeado de eclesiásticos llenos de piedad y de talentos que merecian toda confianza; que Mr. de Chateaubriand era un breton probado en nobles sentimientos, é inclinado por naturaleza á venerar altamente la santa Sede. “ Eso es verdad, replicó el Papa estrechando la mano á Mr. Cacault; pero el Cardenal y Mr. de Chateaubriand no estan unidos; ni uno ni otro conocen nuestros negocios; ¿ y en caso necesario, para arreglar los muchos asuntos dificiles que se anuncian, adonde encontraremos un buen consejo ? “ El Cardenal Consalvi dijo mas al abrazar al ministro “ ¿ Que sucederá ? Partis y me consta que no conservais buena armonía con el Cardenal Fesch. Este prelado quiere

gozar solo de su posicion. Ni una vez, añadió señalándome á mí, ha dirigido á este caballero la palabra (esto era con efecto ecsactísimo). Ya no tendremos á quien confiar los negocios de Europa, de Rusia, del Austria, sobre los cuales conversábamos con plena satisfaccion.”

Sabíase el dia de la partida de Mr. Cacault. Mas de trescientos franceses, romanos adictos á su persona, miembros del cuerpo diplomático, caballeros de los Cardenales, un *Camariere* secreto del Papa, enviado espresamente, los *pobres del ministro*, aquellos á quienes con especialidad socorría, llenaban los aposentos, escaleras y patios. Jamas hubo partida acompañada de tantas lagrimas, de tantas pruebas de ternura y de respeto. Las últimas palabras del ministro fueron estas: “Con Dios quedad, amigos; si deseábais ver llorar á un breton, ya estais satisfechos.

CAPITULO TREINTA Y TRES.

DESEMPEÑO DEL NUEVO MINISTRO.—PACCANARI.—NEGOCIACION DE LA BAVIERA.—LOS ARTICULOS ORGANICOS

Iba Roma á entrar en otras relaciones.

El 20 de julio marchábamos Mr. Cacault y yo en posta hácia la Toscana, y con la misma fecha el cardenal Fesch escribía así á Mr. de Talleyrand:

“Creo deber participar al gobierno, ciudadano ministro, las particularidades de una conspiracion que se tramaba en la república italiana, y en los estados de la Santa Sede, y las medidas tomadas para contener su progreso.”

¡Y Mr. Cacault tan sagaz, tan facundo, tan profundo en sus investigaciones no sabia siquiera que hubiese semejante conspiracion en los estados de la Santa Sede! ¡De qué le servia todo su saber?

Concíbese claramente, que si el secreto del atentado que contra Mr. Cacault cometió un ase-

sino, secreto que tan bien guardaron el Papa, el Cardenal Consalvi, un soldado, el gobernador de Roma, yo, el *facineroso* y sus mandatarios, hubiese llegado á conocimiento del Cardenal Fesch, habríale, inmediatamente comunicado al gobierno frances, para que pidiese al es-ministro cuenta de su silencio; es muy posible, que pequeñas é indiferentes circunstancias escapasen al que acababa de partir colmado de bendiciones, y que en medio de tanto amor y de tantos sufragios olvidase una noche su vijilia, y entonces tuvieran dos ó tres desocupados conversacion trivial, ó revolucionaria en algun oscuro rincon de la península: pero una conspiracion... de seguro no habia ecsistido. Ciertos intrigantes, repulsados por el antiguo ministro, acogidos por el nuevo, soñaron toda la conspiracion. Bonaparte se entregó por frívolo motivo á grandes furores. ¿Pero quién puede vacilar en disculparlo, cuando tantos errores se cometian en derredor suyo, y tantos, aunque innocentemente le engañaban?

Habia á la sazón en Roma, cerca de la archiduquesa Mariana, hermana del emperador, un hombre inmoral, perverso, corrompido, culpable de crímenes que no pueden revelarse; uno de esos entes desenfrenados, á los cuales parece que las leyes no debían conceder proteccion alguna,

si fuese posible considerar á las leyes de otro modo que como las protectoras de todos los hombres. Paccanari, á quien yo rehusaré el título que pudiera hacer creer que pertenecía á un orden religioso, encontró manera de engañar al Cardenal Fesch; y por medio de un emisario oscuro, otros dicen que valiéndose de una autoridad elevada, de la cual el Cardenal no supo ó no pudo descubrir la duplicidad ó la imprudencia, comunicó á su eminencia avisos cuyas impuras fuentes no descubrió el Cardenal.

Este dirigió por consiguiente una carta á Mr. Talleyrand, en estos términos:

Mr. de Sabran, antiguo Obispo de Laon, usa en Viena de palabras injuriosas, y declama contra el nuevo estado de la religion. La archiduquesa Mariana ha escrito á Varsovia, á la hija de Luis XVI, diciéndola que *ellos* ya no debían hacer mas que someterse á los decretos de la providencia: que debían, como cristianos y como franceses, regocijarse al cielo de la milagrosa vuelta de la religion en Francia: que con razon se vituperaba sostuviesen el partido de los Obispos no dimisionarios. Concluye la archiduquesa su carta, rogando á su prima se valga de todo el influjo de su piedad y de su virtud, para empeñar á su tio en desechar un sistema que solo estribaba en mezquinas intrigas, y tan contrario á la gloria de la religion, como á su propio honor. La hija de Luis XVI respondió á la archiduquesa, que todo era nuevo para ella en la carta que habia recibido; que hacia tiempo que oía censurar el partido abrazado por los obispos dimisionarios; (aquí se interrumpe la cita de la respuesta de la hija de Luis XVI, y el Cardenal con-

tinua). Fácil es deducir, ciudadano ministro, que de buena gana se valdrian aun de arma tan perjudicial á Francia. Bien sabreis apreciar los motivos que me han determinado á comunicaros, lo ocurrido en Viena y Varsovia.

Los recién llegados á una legacion, complácense en obrar de modo diverso que sus predecesores, y si estos hasta cierto punto conducian bien los negocios, los sucesores se arriesgan á conducirlos mal. Sin embargo, en las esplicaciones que anteceden, hiérense las costumbres diplomáticas, especialmente, las que prescriben no mezclarse mucho en los negocios de la residencia de otro embajador. El del primer cónsul en Viena, hallábase comprometido si no daba cuenta de las conversaciones del Obispo Sabran. Mejor hubiera sido establecer ante todo su crédito en Roma con dignidad y formas conciliadoras hablar bien de Mr. Cacault, del deseo de imitarlo, de sostener la sensibilidad del Papa de ver venir las cosas, y de ayudar á desenvolverse mas y mas el deseo de complacer propio del Cardenal Consalvi ó si absolutamente se querian dirijir en Roma los negocios de Alemania mas oportuno hubiera sido, ocuparse, por ejemplo de la correspondencia de la Baviera con Roma. Hubiérase ayudado asi al gobierno de Paris á entender las miras de Mr. de Cetto lo cual ofrecia puntos de negociacion que

debían tratarse entre la santa Sede y los estados de la casa Palatina de Baviera.

Solicitaba el elector bávaro determinar de concierto con Pio VII el número de Obispos necesarios para el culto católico y fijar los límites de cada diócesis. También pretendia *como condicion absoluta* que la toma de posesion temporal se hiciese siempre en su nombre y bajo su autorizacion y que cada recién instalado prestase juramento de fidelidad ante la administracion suprema de la provincia en donde su catedral estuviese situada.

También pedia el elector un arzobispo residente en Munich y Obispos sufragáneos en Augsburgo, Wurtzburgo, en Passaw y en Bamberg. La jurisdiccion que el Arzobispo de Salzburgo y el Obispo de Ratisbona ejercían en las provincias electorales debía reunirse á estas nuevas diócesis, y dividirse entre ellos en la proporcion jeográfica mas cómoda y ventajosa al bien y al servicio de la iglesia. Las causas eclesiásticas debían resolverse en primera instancia en el tribunal de los Obispos; en segunda ante el metropolitano; y solo en última instancia podia tomar conocimiento de ellas la santa Sede. Su Santidad concederia su sancion al proyecto de una nueva liturgia conforme en todo á la de la iglesia romana; pero en Roma ajitábanse otras cuestiones.

Como la fisonomía del Cardenal Fesch fuese fría y un tanto, repulsiva, y los modales fáciles, y francos de Mr. Cacault estuviesen aun presentes en la memoria de todas las personas distinguidas de la ciudad, habia parecido muy importante al consejo del santo Padre conmemorar en un breve los sentimientos de Roma hacia Mr. Cacault y ofrecer al Cardenal por medio de delicadas atenciones y aun de algunos elogios medios de seguir los buenos consejos que Mr. de Chateaubriand pudiera darle, asi como los eclesiásticos de la legacion. Por consiguiente escribió asi el Padre Santo al primer cónsul.

“Mi muy caro hijo en Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

Hemos recibido por mano de Mr. Cacault vuestra carta de 21 de mayo último, en la cual nos anunciais vuestra determinacion de llamar á este ministro cerca de vos. Con un verdadero placer hemos sabido, que no debe esta llamada atribuirse como decis, á ningun motivo de descontento, y que, por el contrario, ha merecido su conducta vuestra completa aprobacion. Nosotros debemos por nuestra parte hacer justicia á su numerosos y grandes méritos, á su rectitud, á su sabiduría, á su desinterés, á su prudencia, á su adhesion inalterable y sincera por vuestra persona, y particularmente al celo y á la actividad inflatigables, que le han distinguido durante su ministerio, en el cuidado de vuestros negocios y de los de la república. Ha sabido conciliar con estas cualidades la plenitud de nuestra aprobacion; pues mucho ha contribuido por su par-

te, á establecer y á estrechar entre la Santa Sede y el gobierno francés los vínculos de una verdadera amistad y de una perfecta intelijencia. A las cualidades raras de ministro hábil é intelijente, ha reunido las mas recomendables prerogativas del corazon; así parte de Roma acompañado del universal amor y estimacion. Estos motivos nos hacen justamente dolorosa su partida; pero habeis sabido compensar nuestro sentimiento con usura, destinando en su lugar cerca de nos al Cardenal Arzobispo de Laon, el cual por la eminencia del carácter de que está revestido, y por las distinguidas cualidades que le distinguen, y tambien por la dichosa casualidad de ser vuestro tio, viene á suceder á Mr. Cacault, y á escitar vuestro gozo y el de toda la ciudad de Roma. Al espresaros estos íntimos sentimientos de nuestra alma, llenos del mas tierno afecto, y de una amistad sincera, os concedemos la bendicion apostólica.

Dado en Roma cerca de Santa María la mayor el 13 de julio del año de 1803, de nuestro Pontificado el 4.º

PIUS PP. VII."

En 18 de agosto, reclamó el Cardenal Capra-
ra contra los *artículos orgánicos*. Hé aquí un es-
tracto de su nota á Mr. Talleyrand.

Estoy encargado de reclamar contra la parte de la ley del 18 jerminal, designada con el nombre de *artículos orgánicos*: cumplo con este deber, confiado en la benevolencia del gobierno, y mas que todo, en su adhesion sincera á los verdaderos principios de la religion..... Este código tiene por objeto la doctrina, costumbres, y disciplina del clero; los derechos y deberes de los Obispos; los de los ministros inferiores, &c. Mr. d' Héricourt (*Lois ecclesiast. c. 19.º*) el historiador Fleury, otros muchos, y el mismo Mr. de Castillon (*requisit de 1763*)

reconocen en la iglesia, “el poder que ella recibió de Dios para conservar por la autoridad de la predicacion, de las leyes y juicios, la regla de la fé y de las costumbres, la disciplina necesaria á la economia de su gobierno, la sucesion y perpetuidad de su ministerio”..... El artículo tercero estiende la medida de la verificacion, á los Cánones de los concilios, aun de los jenerales. En ninguna parte merecieron esas célebres asambleas mayor respeto y veneracion que en Francia: ¿cómo pues, en esa misma nacion, se las han de oponer tantos obstáculos, hasta el punto que una mera formalidad civil, dé un derecho para eludir y desechar sus decisiones? Dícese que se quiere ecsaminarlas: *la via de ecsámen en materia relijiosa está proscripta en el seno de la iglesia católica.* (1)

Y lo singular es, que en ese documento, se combaten sucesivamente casi todos los artículos, con citas de autoridades francesas. ¡Rara contradiccion! Los Obispos franceses refugiados en Londres, envian á Roma una reclamacion que por su contesto y demas, parece hecha en la misma Roma: y se remite á Paris una reclamacion contra una ley francesa, á el gobierno frances, por un *legado á latere*, cuyo estilo, argumentos, método y dialéctica brillante, parecen anunciar la obra de un patricio dirijiendo reconvencciones á su propio gobierno.

(1) Es esto enteramente cierto? ¿Podrá aplicarse á la doctrina de la justificacion, á la de las induljencias y otras muchas?

(Nota del Traductor.)

En Roma se movian aun mas que en Paris. El Cardenal Fesch escribió una carta fuertísima á el secretario de Estado, con motivo de un guarda desarmado, puesto á bordo de un buque francés cargado de sal. El gobierno romano ejecutaba con razon sus propias leyes, que prohibian el contrabando de la sal. Mr. de Talleyrand mandó al Cardenal Fesch, no insistiese mas sobre esta recriminacion.

Por setiembre asistió Roma, á la vez, á un funeral, y á una fiesta. El decano del sacro Colegio, Cardenal Albani murió; y la nueva reina de Cerdeña, tuvo un feliz alumbramiento de dos gemelas, á quienes bautizó el Papa. Una de estas princesas es hoy princesa de Luca, y la otra emperatriz de Austria.

Entretanto Mr. Cacault, despues de haberse detenido tres dias en Milan, donde el presidente Melzi le hizo ricos regalos, por haber protegido á los milaneses en Roma, llegó á París. Como aficionado á pinturas habia comprado cuadros en Roma, y antes de su salida, los habia hecho embarcar en un buque dinamarqués, que debia trasportarlos á Francia. Capturado el buque por los ingleses fué declarado por buena presa en

Barcelona. Los cuadros se vendieron en Londres á pública subasta. (I)

(1) Los cuadros, poco ó nada valian; los mas de ellos le habian costado á Mr. Cacaull tres *paulos* (seis reales.) Solo habia uno apreciable, que era una *Madonna* (virgen) de Rodolfo Guirlandaio de Florencia pintado en madera, y que costó unos cuarenta duros. Despojados entonces en Roma todos los conventos, es de advertir que los objetos del arte, estaban á bajo precio: nadie compraba. Un solo chalan de cuadros ó chamarilero, llamado Corazzetto, tenia almacenados en un granero de la plaza Navona mas de veintemil cuadros de todas clases.

(*Nota del Traductor.*)

CAPITULO TREINTA Y CUATRO.

PIDE EL PRIMER CÓNSUL LA ESTRADICION DE MR. DE VERNEGUES, FRANCES, NATURALIZADO RUSSO, Y EMPLEADO EN LA LEGACION DE RUSIA EN ITALIA.—NOMBRAMIENTO DE MR. DE CHATEAUBRIAND DE ENCARGADO DE NEGOCIOS CERCA DE LA REPUBLICA DEL VALÉ.—CARTA DEL PRIMER CONSUL ACERCA DE MR. VERNEGUES.

Ya hemos hablado de Mr. de Vernegues, el frances que acompañaba Mr. de Avaray. Parece que este individuo, que pasaba por empleado en las misiones de Rusia en Italia, participando del nuevo espíritu público de Roma, que se espresaba con disfavor, acerca de la conducta política del Cardenal Fesch, habia manifestado en palabras audaces, ó por lo menos inútiles, algunos sentimientos marcados de oposicion. Mr. Alquier denunció esta conducta en un despacho que no habia podido comunicar al Cardenal Fesch su vecino; lo que hubiera debido hacer, puesto que Mr. Vernegues acababa

de dejar á Nápoles para ir á Roma. Muchas legaciones extranjeras cerca de la santa Sede , recibieron benévolamente á Mr. de Vernegues , y á un amigo suyo, llamado Mr. de la Maisonfort , que habíamos conocido antes bajo el nombre de Des-cours, y que, es necesario confesar, se conducia entonces con mucha reserva. Pero la sociedad se habia desencadenado contra una parte de la mision de Francia. El Cardenal Fesch solo encontraba una frialdad respetuosa en algunas de las personas que le acompañaban, y que se declararon amigos de Mr. de Chateaubriand, quien no se sabe por qué era mal visto del Cardenal. El Secretario particular de este prelado , el abad Lucotte ; verdadero anjel de paz, de bondad y de conciliacion, no tomaba parte en estas discordias domésticas sino para evitarlas; y el resto de los familiares conservaba perfecta neutralidad. Mr. de Talleyrand no tuvo tiempo para usar de su ordinaria prudencia y de su conocimiento del mundo , en el asunto de Mr. Vernegues; pues le habia ordenado el primer cónsul ecsijiese del Cardenal Fesch un mandato del Papa para que inmediatamente fuesen arrestados Mr. Vernegues y Mr. de la Maisonfort , á pesar de su escarapela rusa.

Redobló su atencion el cuerpo diplomático á vista del conflicto que iba á presenciar Roma,

ante un Pontífice tan bueno, tan amigo de la tranquilidad, entre dos potencias como la Francia y la Rusia orgullosa aun por las victorias alcanzadas por Souvarow en el suelo itálico, aunque sea cierto que estos triunfos se ganaron en otros tiempos y contra otros jenerales muy inferiores á Bonaparte.

Cuando el Cardenal Fesch empezó sus peticiones, el Papa y el Cardenal Consalvi resistieron. Algunos amigos prudentes aconsejaron á Mr. de Vernegues que se retirase como acababa de hacerlo Mr. de la Maisonfort; pero no quiso seguir tal conducta y empezó una polémica animadísima entre la legacion de Francia y la secretaria de estado. Tan violentas fueron las palabras pronunciadas en nombre del primer cónsul que el gobierno pontificio consintió en el arresto de Mr. de Vernegues aunque declarando que el santo Padre limitaria su condescendencia á este acto tan doloroso ya para su Santidad, y que de ningun modo se autorizaria; á no cumplirse, lo que el Papa habia prometido á Rusia, esto es que no se realizaria a estradicion del preso. Ningun documento que le comprometiese se encontró entre sus papeles. Las quejas del Cardenal Fesch dirigidas á Paris, habian comprendido tambien á personas de su propia mision; y tantas y tan amargas debieron de ser

estas quejas que el primer cónsul dijo un día á Mr. de Fontanes;—"Yo haré conducir aquí á vuestro protegido, el señor de Chateaubriand atado de pies y manos en una carreta."—Pero el crimen verdadero del secretario de legacion, no era otro que el de haber querido seguir en las negociaciones la consideracion y urbanidad que en ventaja de la Francia estableciera Mr. Cacault. Mr. de Talleyrand apaciguó, empero la cólera del cónsul y en vez de conducir á Mr. de Chateaubriand atado á París, se le nombró encargado de negocios acerca de la república del Valés con invitacion de pasar á Francia á recibir instrucciones. Reemplazado Mr. Gandolphe, á la sazón encargado de negocios de Suiza, y comenzó una viva polémica para la estradicion de Mr. de Vernegues solicitada vigorosamente por Francia, y rehusada por el Cardenal Consalvi en estos términos.

Haciéndose autor, por culpa suya, el Padre Santo, de las consecuencias que podrian resultar, para la iglesia, en el vasto imperio de Rusia, y del justo enojo causado por la violacion de las promesas; experimentaria el vivo remordimiento de haber hecho traicion á los deberes esenciales de su ministerio apostólico, que ante todas cosas le obligan á consagrar sus cuidados y afanes, á la conservacion y tranquilidad de la iglesia en todas partes, y á evitar cuanto pudiese turbar esta tranquilidad.

Volvió á insistir el Cardenal Fesch; volvió Consalvi á negar alegando que Mr. Vernegues

era portador de una declaracion del encargado de negocios de Rusia señalándole como súbdito participante de todos los derechos, inmunidades y prerogativas, de que gozan los súbditos de S. M. el emperador de Rusia.

Remitido por fin el negocio á la decision de las cortes de Paris y san Petersburgo, comenzaron las quejas de la última contra las ecsijencias de la primera. Bonaparte escribió asi á Mr. de Talleyrand sobre este negocio.

Malmaison 10 jerminal año 12 (31 marzo).

He aqui, ciudadano ministro, varias cartas de la Rusia. Os suplico deis una respuesta al encargado de negocios de Rusia en Roma, la cual se transmitirá al Papa por medio del Cardenal Fesch.

Diráse en esta nota que la independenciam de las potencias europeas se halla evidentemente comprometida, pues que la Rusia intenta arrogarse jurisdiccion sobre súbditos que no han nacido rusos; lo cual es subvertir el derecho público del mundo asi como el de la naturaleza; que los emigrados son reos condenados á muerte por las leyes de su pais, y considerados en todos los paises como individuos civilmente muertos. En cuanto á que se empleen los emigrados en Rusia, nunca hemos visto inconveniente; pero que Rusia pretenda protegerlos, en medio de las intrigas que ellos traman en nuestras fronteras, nunca lo conseutirá la Francia, ni admitirá principios tan erróneos. Respecto á Mr. de Vernegues, esto es tanto mas estraordinario, cuanto que ha estado constantemente en Italia encargado de intrigas, llamándose representante del conde de Lille; y en ellas es, en donde le ha conocido el ministro ruso que

hoy está en Roma. Puesto que gustan de la ideología, es preciso analizar la cuestión bajo todos los puntos de vista, decir que es una conducta imprudente é imposible de definir, la de pugnar por causar molestias á un gobierno amigo, por medio de las intrigas de hombres cuyo interés natural, es sembrar la división entre ambos estados; que apenas puede reconocerse en semejantes procedimientos la política y la jenerosidad de un grande imperio. Escribid una carta al Cardenal Caprara, incluyéndole copia de esta nota. Espedid un correo extraordinario al Cardenal Fesch, para hacerle saber que es absolutamente necesario que se le entregue á Mr. de Vernegues. Añadid que los principios de la corte de Rusia son subversivos de nuestros derechos y de nuestra independencia, y que no sufiremos jamás que ninguna potencia se entrometa en disenter nuestros derechos interiores.

Deseo que escribais tambien al embajador de la república en Roma, previniéndole que el abad Bonnevie vuelva á Francia á ocupar su puesto.

(*Firmado*) BONAPARTE."

El abad de Bonnevie, unido al Cardenal Fesch y muy distinguido predicador, era amigo de Mr. de Chateaubriand, y ese motivo bastó para que se le llamase á Francia.

Despues de ejecutadas estas ordenes, escribió Mr. de Talleyrand al Cardenal Fesch diciéndole debia despreciarse la resistencia de algunas familias rusas que estaban en Roma; para lo cual se valieron de algunas espresiones que conocian habian

de ofenderlos : enviando despues una nota que el Cardenal debia remitir á Consalvi.

El ministro de S. M. el emperador de Rusia sostiene que Vernegues en el mero hecho de estar emigrado, ya no es frances , y que habiendole ecsimido la Francia de sus deberes como tal no tiene sobre él derecho alguno ; y sí lo tiene S. M. el emperador de Rusia de reconocerle por ruso. Inecsacto enteramente es este raciocinio y tambien los hechos en que se funda porque las leyes de Francia han podido considerar á los emigrados como muertos civilmente, pero mientras la emigracion no esté definitivamente probada, esta muerte civil, no es mas que una presuncion moral, una suspension del derecho civil, y por consiguiente la ecsistencia política de los emigrados no puede cesar, sino perdida irrevocablemente toda esperanza de reintegracion. Siendo los emigrados hombres que han tomado las armas contra su patria, todos aquellos que no se hayan sometido son contumaces, son desterrados que estan sufriendo la pena de su delito, que si se arrepienten pueden ser perdonados; si persisten en su conducta hostil y culpable, la Francia los mira como franceses rebeldes; pero no por eso puede decirse *que no los mira como franceses*.

Desde la renovacion de la guerra , la Inglaterra ha admitido en su servicio á todos los demas emigrados, y habiéndoles dado ajencias, uniformes y sueldo ha enviado á los mas intrigantes adonde cree que pueden perjudicar á Francia, y á los demas a Offenbourg, Molsheim y Fribourg. Francia ha conseguido su total dispersion, é Inglaterra se ha guardado muy bien de quejarse á los príncipes del imperio germanico; ¿como pues se atreve la Rusia á proteger á los rebeldes franceses mas abiertamente que ha podido hacerlo la misma corte de Londres ?

Hay diferencia entre los agentes ingleses y los agentes emigrados. Aquellos, ajenos á los habitos y costumbres francesas, sin relaciones ni concesiones en lo interior del pais, no conocen

ni los lugares ni los hombres , y no son , por consiguiente , tan peligrosos para Francia. “

La muerte del duque de Enghien espantó á la santa Sede; y temerosa accedió á la entrega de Mr. de Vernegues que fue puesto bajo el poder del comandante de Rimini, y luego obtuvo la libertad.

CAPITULO TREINTA Y CINCO.

PROCLAMASE EMPERADOR AL PRIMER CONSUL.—INVITACION AL PAPA PARA QUE PASE Á PARIS Á CORONARLO.—NEGOCIACION SOBRE ESTE ASUNTO.

Un inmenso proyecto, una colosal idea, un movimiento de ambicion gigantesca, fortificados por las condescendencias de Europa, por los hábitos del jeneralato y de la soberania, por las proposiciones de la misma Inglaterra, que habia indicado durante las negociaciones de Amiens, que reconoceria á Bonaparte como rey, si suscribia á ciertas condiciones, por cierto demasiado humillantes; habian hecho nacer en el primer cónsul el pensamiento de fundar un trono imperial en Francia. El 18 de mayo, declararon los senadores emperador á Bonaparte. Ocho dias antes se habia escrito á S. S. por medio del Cardenal Caprara, invitándole á que pasase á Paris á coronar al nuevo soberano. Súpose que el Cardenal Fesch no habia ido á Roma sino para

establecerse de confidente de tal proyecto, temiendo que Mr. Cacault no se prestase á estas negociaciones facilmente. Preparábase el Cardenal Fesch á usar de palabras decisivas, despues de haber tratado el asunto confidencialmente; el Papa, cayó empero, á las primeras insinuaciones en grande abatimiento, y resolvió pedir consejo á los Cardenales.

Bien comprendió Consalvi que desde aquel punto le arrastraba un impetuoso torrente; que ya no se discutian los intereses de la religion; que no bastaba conformarse con las medias palabras del Cardenal Fesch; que era preciso abrazar la causa de un guerrero entregado á las ilusiones de la gloria; que no podia manifestarse simpatia hácia los antiguos soberanos de la Francia; y que la barca de san Pedro, lanzada á las altas mares, podia sufrir un prócsimo naufragio. No confió el Cardenal Fesch este negocio á ninguno de sus subalternos; hasta al mismo Mr. de Talleyrand se ocultó una parte de la negociacion; y el Cardenal tio, no admitiendo intermediarios entre él y su sobrino, le dirigió el 10 de junio la carta siguiente, escrita de su propio puño:

Señor:

Vuestra majestad imperial está enterado de las primeras diligencias practicadas por mí para persuadir á S. S. á decidirse

prontamente á dar una respuesta favorable al Cardenal legado acerca del viaje á Paris. Desde esta época no he cesado de tratar confidencialmente con el secretario de estado, de responder y de allanar obstáculos; y si hubiese tenido autoridad para entrar directamente en esta negociacion, sin duda hubiera logrado una resolucion favorable y pronta, sin dar lugar á dilaciones que enjendran incertidumbre, y que se afirman á causa de incidentes, tal vez de importancia, pero que se hubieran desvanecido por medio de la palabra ya comprometida.

Por otra parte, en vez de conferencias y de ratiocinios, sin escribir yo una sola palabra, habria reducido por medio de notas el estado de la cuestion, y fuera facil simplificarlo todo, particularmente habiendo encontrado siempre al secretario de estado convencido de mis principios, y deseando solo hacer sentir la verdad y la fuerza de mis respuestas.

No obstante se halla este negocio en buen estado, y tengo motivos para creer que, despues de la respuesta de V. M. imperial á este despacho, se decidirán inmediatamente á responder de un modo favorable al Cardenal legado, si V. M. I. se digna autorizarme para dar las esplicaciones circunstanciadas en la memoria que tengo el honor de dirijirle adjunta, á las dos dificultades acerca del juramento prescrito por el Senado consulte al emperador; y si asimismo V. M. I. se digna acceder á las *condiciones* ecsijidas por su Santidad, que inserto en el cuerpo de dicha memoria. Yo espero y creo que despues de esta autorizacion, su Santidad misma se comprometerá á convencer á los que todavia se obstinan, particularmente cuando les espese su convencimiento de que será su viaje á Francia útil al bien espiritual de los fieles.

Debo asegurar á V. M. I. que los Cardenales á quienes separadamente se ha consultado, y sin conocerse entre ellos, bajo el secreto natural de la confesion y del Santo Oficio, le

han conservado religiosamente, y que en Roma nadie sospecha que de tal asunto se trate.

Para poner á V. M. I. al corriente de los hechos, tengo el honor de acompañarle una memoria muy circunstanciada y exacta de los votos de los Cardenales, de las condiciones que S. S. exige, y de los últimos obstáculos, con la esposición de las respuestas que he dado verbalmente.

.....

.....

No he creído que V. M. imperial debiese ignorar nada, ni aun la locura de algunas cabezas inspiradas por el Austria.

Tambien es de mi obligacion prevenir á V. M. I. que el Padre Santo no hubiera podido partir de Roma, sin consultar al Sacro colegio, y sin obtener el consentimiento de la mayoria. Su Santidad remite por este correo sus breves de felicitacion y de renovacion de credenciales para el Cardenal legado, y en este punto se ha desentendido del uso de su corte, que prescribe esperar á que las otras potencias hubiesen reconocido á V. M.

Soy con el mas profundo respeto.

De Vuestra Majestad Imperial, muy humilde y muy obediente servidor,

(Firmado) EL CARDENAL FESCH.

Pocos documentos hay tan interesantes como la memoria adjunta á este despacho. Hé aquí un extracto de ella.

Habia el Cardenal Consalvi recibido orden para consultar á veinte Cardenales de los de mas influencia, y les habia confiado, bajo el sello de

la confesion, el despacho del Cardenal Caprara de 10 de mayo, en el cual preguntaba el legado si accederia S. S. á la invitacion de pasar á París á consagrar y coronar al emperador de los franceses. Dos veces se consultó á los Cardenales. La primera presentóseles la cuestion pura y sencillamente. La segunda se les indicaron tambien los escrúpulos que S. S. manifestaba, al leer el juramento prescrito al emperador relativamente á los cultos.

Diéronse por escrito las respuestas. El Cardenal Fesch habia logrado saber los votos, aunque no los nombres de los votantes, escepto los de dos Cardenales cuyo humor *atrabiliario* reconoció en en espresiones que habian usado en otras circunstancias.

Acerca de la primera cuestion, hubo cinco votos absoluta é invenciblemente negativos. Quince votos estuvieron por la afirmativa, bajo condiciones mas bien relativas al lugar de la consagracion que al hecho mismo.

Citaremos los propios términos de la memoria, que está muy juiciosamente redactada.

Entre los Cardenales opositores, han dicho dos que el emperador de los franceses estaba ilegal é ilejítimamente elejido, que su Santidad no debia confirmar esta eleccion por medio de las ceremonias de la iglesia. Han distinguido el hecho del derecho, apoyándose en la constitucion de Clemente V, en el concilio jeneral de Viena, en el Delfinado instituyendo que la de-

nomination que dá el Papa de rey ó de emperador no establece el derecho, que solo bajo este aspecto, ha podido el Papa celebrar un concordato con el primer cónsul; que puede, si se quiere, reconocerle como emperador; pero no coronarlo ni consagrarlo, pues que las oraciones del Papa en este caso establecerian y canonizarian derechos usurpados é ilejítimos.

Cinco Cardenales dijeron, que la coronacion y consagracion del emperador por el sumo pontífice sancionaría todas las leyes y actos ya consumados por el emperador, y hasta las mismas leyes orgánicas contra las cuales su Santidad ha debido declararse, y las medidas tomadas en favor de los Obispos rebeldes á las decisiones de la santa Sede, y que estas ceremonias canonizarían, como si hubiese merecido bien de la iglesia, al nuevo emperador, el cual aunque haya contribuido al restablecimiento de la relijion en Francia, protege sistemas envilecedores de la relijion y de sus ministros. Algunos Cardenales añadieron, que habia minado por medio de la secularizacion las iglesias de Alemania. Otro, despues de haberlo puesto en paralelo con Carlomagno, aconsejó al santo Padre diferir esta grande ceremonia, hasta que el emperador se muestre digno de ella, devolviendo á la iglesia, por lo menos, sus derechos espirituales; y dijo además que el nuevo emperador, que habia distribuido coronas y reinos, no ha manifestado siquiera la menor inclinacion á devolver á la iglesia la mitad de su patrimonio, usurpado anteriormente, y cuando él era súbdito.

Representan por otra parte, el peligro á que se espondria la santa Sede. Con semejante acto se atraeria la enemistad de los soberanos de Europa, y particularmente de los de la casa de Borbon y de Austria, que se vengarian en la primera ocasion. Hasta añadieron que Pio VI, por no hacer agravio al *emperador de occidente*, no habia reconocido al de Rusia; hasta despues de solicitarlo José II.

Estos medios de absoluta negativa, espuestos por los cinco

Cardenales opositores, se han repetido por algunos de los otros quince como objetos que debian escitar la solicitud de su Santidad y la sensibilidad de Francisco II si el viaje se decidia.

1.º Casi todos concuerdan en ecsajerar ante su Santidad, los celos de los otros soberanos, que conocerian la union estrecha ecsistente entre la santa Sede y el nuevo emperador, y la *parcialidad* que el santo Padre le concedia; y siendo padre comun de los fieles debia conservar cuidadosamente con todos, tales relaciones, que escluyesen cualquier clase de preocupaciones. Quejábanse, no sin motivo, de la suspension de negocios que este viaje causaria, y temian sus consecuencias.

2.º Entre estos Cardenales, seis manifestaban temor de comprometer la dignidad del jefe de la iglesia, si iba á París por un asunto puramente humano é inaudito desde el orijen de la iglesia. Debia imitar á Clemente VII que no quiso consagrar á Carlos V sino en Bolonia. Podríase diferir esta ceremonia hasta que el emperador en otras circunstancias, descendiese los Alpes, para visitar sus estados de Italia.

3.º Otros seis espusieron el temor del escándalo que produciria entre los fieles la presencia de su Santidad en Francia, si el gobierno francés no queria obviar ciertos abusos en la disciplina introducida por las leyes orgánicas. Se creerá, decian, que su Santidad aprueba estas leyes con su silencio.

4.º Cuatro Cardenales temian que se comprometiese su Santidad, si por acaso llegaban á asistirle los Obispos constitucionales, que habian desmentido el aserto de Mr. Bernier y persistían en los errores de la constitucion civil, no reconociendo las decisiones de la santa Sede; y si oyéndolos persistir en tales sentimientos, no podía el santo Padre hacerles bajar de la silla de la verdad. Observaban, además, que grande parte del bajo clero se hallaba en la misma categoría, y que su Santidad debía evitar el recibirle.

5.º Añadian otros dos, que causaria grande embarazo á

su Santidad ver y recibir las personas que se han conducido mal para con la iglesia en los sucesos pasados, y que permanecen adheridos á sus principios, dando incesante escándalo.

6.º Seis votantes indican á su Santidad la censura á que se espone, si yendo á París no logra beneficios positivos al bien espiritual de los fieles, y si no ponía fin á los negocios que se agitaban desde largo tiempo, es decir, la reforma de algunos artículos de la ley orgánica, la supresion de las leyes orgánicas relativas al concordato italiano, la abolicion de las innovaciones que Moreau Saint-Mery hizo en la disciplina eclesiástica de los estados de Parma. Si las córtes de Europa, y entre otras el gabinete de Versailles, acusaron á Pio VI de lijereza, por emprender aunque por motivos de relijion el viaje de Viena, sin estar seguro de conseguir un buen resultado para la iglesia, ¿qué se diria de Pio VII si se trasladase á París, por complacer á un gobierno que rehusase el bien espiritual de sus administrados.

7.º Otros tres votantes manifestaron el temor de que, á la llegada del Papa á Paris se le hiciesen peticiones ó se le ecsijieran concesiones con las cuales no pudiese condescender, teniendo el dolor de ver turbada la buena armonía con el gobierno francés, y de perder el mérito de su viaje.

8.º Esponen otros cuatro el temor de que su Santidad por su personal modestia no habiendo hablado de los honores y de los actos de reverencia que á su dignidad se deben, encuentre obstáculos para que se realice especialmente en el momento de la consagracion, la forma de besarle el pie &c. y las otras disposiciones del ceremonial; lo cual le atraeria censuras no faltas de fundamento, pues que voluntariamente se habria espuesto á tales desaires.

9.º Dos Cardenales pidieron que se les esplicasen las disculpas que su Santidad daría á otros Soberanos que pidieran ser coronados del mismo modo.

10.º Observaban, por último, que tan largo viaje arriesgaría la débil salud del Papa, poniéndole en peligro de sucumbir al terror, en caso de motines ó de otros accidentes imprevistos.

Después de esta esposición, presenta la memoria las condiciones que su Santidad ecsije para obviar las dificultades enunciadas por los Cardenales opositores.

”El deseo de su Santidad de conocer personalmente á S. M. imperial, y de serle agradable, el bien espiritual de la iglesia de Francia, la esperanza, que es tan persuasiva y elocuente, el convencimiento de que S. M. no querría permitir que en la vuelta del santo Padre se pusiese el colmo á sus aficciones, le habian decidido á responder afirmativamente al legado. Las solas dificultades que naturalmente se ofrecian, y que quince Cardenales le habian repetido, le decidian á hacer presente á S. M. el rey de los franceses, con un voto afirmativo, algunas condiciones ó medidas esenciales é indispensables que ecsija para obviar á la crítica, para dar razones poderosas al sacro Colejio; y plausibles á las diferentes córtés de Europa, aunque tenga su Santidad motivos fundados para temer que estas le guarden un eterno resentimiento.

1.º Para justificar su partida de Roma y la suspension por muchos meses de los negocios comenzados con diversas córtés, S. M. imperial, al invitar á su Santidad por medio de cartas á pasar á París le participará que independiente-mente del deseo de ser coronado y consagrado por el santo Padre, y de los obstáculos que se oponian al viaje del emperador á Italia, los multiplicados negocios relativos á la relijion, sobre los cuales su Santidad le ha hecho muchas esposiciones, le proporcionan una ocasion igualmente oportuna, para suplicar

le haga el honor de pasar á Francia, adonde su Santidad misma podrá resolver los negocios, y llegar á una definicion útil á su Santidad y al bien de la religion. La carta deberá redactarse en los términos mas persuasivos y honrosos para su Santidad: y á fin de hacer mas importante esta invitacion, deberian diputarse dos obispos para conducirla.

2.º S. M. Imperial tendrá á bien *asegurar* á su Santidad, que le escuchará favorablemente, cuando su Santidad incontestablemente le pruebe que ecsisten algunos artículos de la ley orgánica, que estralimitan las libertades de la iglesia galicana, y las pretensiones del antiguo gobierno. Tambien será necesario que vuelvan al órden y á la disciplina, los obispos rebeldes á la autoridad de la santa Sede, ó separarlos por cualquier medio de sus sillas. Finalmente se mandará ejecutar el concordato proyectado con la república italiana, abrogando las leyes orgánicas de la consulta de Milan, y revocando las disposiciones de Moreau Saint-Mery, que ha rehabilitado leyes condenadas por Clemente XIII.

3.º En cuanto á su recibimiento en Francia, se entrega enteramente el santo Padre á la religion y á la grandeza de alma de S. M. I.: pero seria deshonroso para el santo Padre, que se quisiesen cambiar las ceremonias de la consagracion; á su dignidad debe la entera *observancia* del pontifical, beso de pies &c.

4.º Su Santidad recibirá á todos los Obispos con el mismo afecto y la misma adhesion paternal, esceptuando á los que se han declarado contra su alocucion, ó contra la atestacion del Obispo de Orleans, ó contra el decreto de institucion canónica que se les ha espedido por el Cardenal Caprara, y por último de los que hayan manifestado, desde la dicha institucion, sentimientos poco respetuosos por las decisiones de la santa Sede *sobre los negocios eclesiásticos de Francia*.

El santo Padre protesta que no permitirá que se le presente

madama de Talleyrand, para que no se crea que autoriza unas nupcias que no puede reconocer, y que no reconocerá jamas.

5. ° Su Santidad se conformará á los deseos de S. M. I. en cuanto á la época de la partida de Roma y de la llegada á Francia con tal de que se difiera hasta la *rinfrascata*, esto es hasta principios de otoño, no solo á causa de los calores que el Santo Padre no podria soportar, proponiéndose viajar de dia, y á cortas jornadas, á fin de acomodarse á la piedad de los fieles, sino tambien para poner orden en los negocios ya comenzados de la relijion y de sus dominios temporales, que ecsijen indispensablemente tres meses de preparativos."

Respecto á la cuestion del juramento, el Cardenal Fesch alegó razones que circunstanció con notable viveza de lógica, y que deslumbraron á los Cardenales opositores. Entre veinte, cinco habian aceptado el juramento; pero quince habian señalado dos artículos como irreligiosos, mal sonantes á los piadosos oídos, sospechosos para la piedad del monarca que le prestase, y por consecuencia impeditivos de que pudiese su Santidad coronar y consagrar á tal monarca. El Cardenal Fesch contestó:

"La promesa de respetar y hacer respetar la libertad de los cultos, no es otra cosa que el modo de realizar la tolerancia civil; sin encerrar de modo alguno dicha promesa, las tolerancias relijiosa y teológica, que son los actos interiores de aprobacion y de canonizacion de las otras sectas. Pueden sacarse pruebas del estado de la persona que debe prestar este juramento. El senado sabe muy bien que el emperador que ha de pronunciarle es católico. Este senado que le obliga á jurar el concordato, profesion de fé del emperador, no ha querido obligarle al respeto que encierra en sí la tolerancia teológica, el cual destruiria esta misma fé, y por consiguiente solo ha ecsijido el modo de proteccion de la tolerancia civil."

Concluía el Cardenal pidiendo que se le autorizase para declarar que solo se trataba de obligar al emperador á permitir que los cultos practicados en la nacion se ejercieran libremente , y hacer respetar la libertad de tal ejercicio.

Mediante esta declaracion, añade el Cardenal, y el empeño en que se constituirá S. M. imperial de adherir á las condiciones ecsijidas por S. S. todas las dificultades quedarán vencidas , y el santo Padre persuadirá á la grande mayoria de los Cardenales , que conviene cooperar al bien espiritual de los fieles , por un consentimiento satisfactorio y solemne.

El Cardenal Caprara escribió en el mismo sentido á Mr. de Talleyrand, el 25 de junio , y circunstanció las mismas condiciones, menos las relativas á la situacion personal del mismo Talleyrand , y al ensanche que habia dado á su breve de secularizacion.

CAPITULO TREINTA Y SEIS.

NUEVAS RECLAMACIONES DE LOS OBISPOS EMIGRADOS.—
SU DECLARACION EN FAVOR DE LUIS XVIII.—NEGOCIA-
CIONES DE LA CONSAGRACION.

Pocas jentes habia en Roma que no hubiesen tomado mas ó menos parte en estos debates. A pesar de las recomendaciones de secreto, se habian traspirado, con ayuda de la correspondencia de París, algunas de las cuestiones sometidas á la deliberacion.

Distribuíanse al mismo tiempo ejemplares de las nuevas reclamaciones canónicas dirigidas á la Santa Sede, en 15 de Abril por Monsenior Arturo Ricardo de Dillon, Arzobispo y primado de Narbona, en su nombre y en el de otros doce Obispos franceses. El prelado presenta esta acta como una consecuencia de las espostulaciones; y añade una declaracion, acerca de los derechos de S. M. Luis XVIII.

“Estas actas, dice en carta particular Mr. de Dillon, com-

pletan el empeño en que entramos al terminar nuestras primitivas reclamaciones. No son otra cosa , como V. S. verá, que la continuacion de las conclusiones y reservas , que terminan las *Espostulaciones* , y por consiguiente el pensamiento y el sentimiento de aquellos que han firmado la primer acta.

Reunidos solos en el mismo punto , solos al abrigo de todas las vicisitudes de los sucesos , y bien instruidos , ademas , de los principios y de las intenciones de vuestros hermanos dispersos por el continente , pudiendo en fin reunir solo nuestras firmas , sin añadir nuevas dilaciones á las necesarias en la redaccion de esta obra , nos apresuramos á dirijirlas á vuestra Santidad , de quien tanto interesa y urje que pronto se conozcan estas actas.

“Prosternado á los pies de vuestra Santidad , imploro humildemente su bendicion apostólica.”

Las reclamaciones manifiestan desde la primera página diverso estilo que las precedentes. La muerte del duque de Enghien habia irritado á los Obispos realistas ; y el todo estaba escrito con un calor y entusiasmo vehementísimos. Estas representaciones que llenaron de amargura al Santo Padre , quedaron , empero , sin respuesta.

El Obispo de Orleans recibió en París el encargo de ecsaminar las *condiciones* del Papa transmitidas por el Cardenal Fesch , y la última nota del Cardenal Caprara. Mr. Bernier combate en un informe los argumentos de Roma. Hé aquí algunos fragmentos de su discusion.

“Yo he probado que el juramento del emperador no presentaba el sentido que se le atribuye. Mr. Portalis ha dicho en 15 nivoso , en una nota dirijida al legado :— ”El concorda-

to es un tratado: los artículos orgánicos una lei de ejecucion. Es imposible confundir entre si cosas que no se parecen.“— Yo he debido seguir los mismos principios; y he añadido, que la *concesion* de la libertad de cultos, no es la *aprobacion* de los respectivos dogmas. Sobre los artículos orgánicos me ha parecido que debia contestar de un modo evasivo. Entrar en esta cuestion hubiera sido equivalente á renunciar al viaje; porque se habria puesto en movimiento toda la corte romana. Mas vale diferir este negocio, hasta la venida del Papa á París; entonces no tendrá cerca de sí quien le atormente y juzgando segun su propio corazon fallará mejor. Ademias, dígolo con franqueza, se mezclan con nuestra libertad demasiadas máximas de los antiguos parlamentos, los cuales se suponen el paladion de la iglesia galicana, cuando no son otra cosa que las pretensiones de algunos presidentes y abogados jansenistas, ó mas bien independientes, que deseaban lapidar la autoridad de la iglesia y del monarca, por medio de máximas nuevas. A estas máximas ecsajeradas debemos las murmuraciones de Roma, y el descontento propio en materias eclesiásticas. En cuanto á los constitucionales todo se limita á cuatro Obispos: *Lecoz*, que lo es de Besanzon, y hombre de partido en todos tiempos; *Lacombe*, de Angulema, cabeza soberanamente ecsaltada, *Saurine*, de Estrasburgo, buen sujeto, pero demasiado vivo; y *Raimundo* de Dijon, quien con efecto no guarda el decoro ni la mesura propia de su estado. Estos señores estaban unidos á la Santa Sede, y habíame yo sacrificado por lograr su reunion. Todo estaba concluido, cuando hé aquí que se les ocurre desmentir lo que habian hecho, y ecsaminar la cuestion de los males que habian ó no sufrido. Mas valiera callar; sus imprudencias han renovado las querellas, y hé aquí el oríjen del descontento del Pontífice. Esta cuestion tambien debe decidirse en París así como la del ceremonial. Solo falta

pues, determinar el modo con que ha de ser invitado el Santo Padre. S. M. elejirá entre el envio de dos Obispos como diputados mensajeros, ó la remision de la carta al Cardenal Fesch, para que la presente á su Santidad en consistorio. En ambos casos importa concluir este negocio en Roma, sea por medio del Cardenal Fesch, sea por medio de diputados, y no tratarlo en París, pues que entonces la ida y venida de correos harian el asunto interminable.

Suplico á V. E. reciba estas reflexiones como nuevo testimonio de mi celo, y me permita añadir el homenaje de mi respeto.

Firmado ET AL. OBISPO DE ORLEANS.

La disputa de la santa Sede con la Rusia, tuvo tristes consecuencias. A causa del arresto de Mr. de Vernegues, Monseñor Arezzo, nuncio de su Santidad, recibió orden de salir en el término de ocho dias de san Petersburgo. Hizo este prelado reclamaciones, y al fin se le contestó verbalmente que se le consentiria que partiese *con licencia*, para lo cual era forzoso suponer que la habia recibido de su corte, pero sin revocar la precedente orden.

Por el informe de Mr. Bernier se ha visto, que Napoleon, despues de haber leído la carta y la memoria autógrafa de su tio, habia enviado ambas piezas á Mr. Talleyrand, quien pudo encontrar en ellas mas pormenores que contenia la nota del Cardenal Caprara. Estos documentos pa-

saron al ecsamen del Obispo de Orleans. El nombre de Carlomagno se había pronunciado en las discusiones de Roma; y hasta propuso el Cardenal Caprara señalar para la coronacion el dia de Pascuas, dia en que Carlomagno se coronó en Roma en el año de 800. La referencia á un hombre tan famoso llamó la atencion del gabinete, y tal vez la del emperador mismo. La administracion de Mr. Portalis, que solo tenia el título de consejo de estado, se erigió de pronto en ministerio independiente; y uno de sus primeros actos, fue dirijir una carta al Obispo de Aix-la-Chapelle, autorizándole á celebrar en su ciudad episcopal la fiesta de Carlomagno segun los antiguos usos. Se advirtió al prelado la prócsima llegada de la emperatriz Josefina, y se le indicó señalase dia para la celebracion de dicha fiesta.

La negociacion para el viaje de su Santidad continuaba activamente en Paris. Mr. de Talleyrand dirigió el 13 de julio el siguiente informe al emperador.

" S. M. me ha hecho la honra de remitirme una carta, en la cual su ministro acerca de la corte de Roma, le manifiesta la disposicion del santo Padre, relativamente á su viaje á Francia. Yo he recibido del señor Cardenal legado una nota oficial sobre el mismo asunto. Paso á S. M., la cuenta que me pide del estado actual de esta discusion.

" El santo Padre no ha podido resolver en tan importante

asunto, sin consultar la parte del sacro Colejio residente en Roma; los consejos de los Cardenales están divididos; pero la mayoría se inclina al proyecto de viaje, bajo reservas que es útil discutir.

Estas reservas se fundan en dos dificultades, la una no pasa de mera susceptibilidad ultramontana, relativa á la conducta indiscreta y poco deferente de algunos Obispos, anteriormente llamados constitucionales, respecto á la corte de Roma; la otra dogmática, que trata del juramento que S. M. debe prestar en la coronacion. La dificultad primera puede facilmente desvanecerse. Si algunos Obispos constitucionales, han faltado en sus acciones ó en sus escritos, al respeto y consideraciones debidas á la santa Sede, debe reprendérseles, y hacérseles volver á la sumision, en cuanto está prescrito por los usos y las leyes de la disciplina. En todos casos será el santo Padre en Francia, lo mismo que es en Roma, jefe y cabeza de la religion católica. Su Santidad acojerá á estos Obispos ó rehusará admitirlos cerca de su persona; y ciertamente no permitirá S. M., que ningun eclesiástico, de cualquier grado ó comunión que sea, falte en manera alguna; ni en lo mas leve al respeto que se debe al padre comun de los fieles. La segunda dificultad se subdivide en dos quejas. El juramento dicen los Cardenales, no es católico: 1.º porque consagra la tolerancia de los cultos; 2.º porque asimila al concordato las leyes orgánicas, las cuales mira la corte de Roma, en muchos puntos importantes, como subversivas de la autoridad de la iglesia.

Desde luego puede separarse totalmente esta dificultad y las quejas que la motivan, diciendo que el juramento es un acto accesorio á la coronacion, y que la coronacion es una solemnidad política, que no tiene ninguna analogía con la ceremonia religiosa de la consagracion. La consagracion y la corona-

cion pueden hacerse juntas, ó pueden verificarse en épocas y lugares diferentes.

Pero el juramento, aun cuando debiese prestarse al momento mismo de la unción imperial, y bajo los ojos y los auspicios del santo Padre, nada encierra que pueda ofender su piedad, por ser enteramente político, y no espresar nada relativo á la creencia relijiosa.

Prescribe la obediencia á las leyes del concordato porque en el lenguaje del derecho público las estipulaciones de dos potencias son leyes que los publicistas llaman *leyes de la letra*. Las leyes orgánicas son leyes de otra naturaleza. Ni puede jurar el príncipe que las hará observar porque pueden cambiarse; y si el lejislador hubiese tenido intencion de prescribirlo, no habría dicho *las leyes del concordato*, sino, *las leyes orgánicas del concordato*.

En cuanto á la tolerancia, es en Francia y en la mayor parte de los estados de Europa, un deber político, que en nada afecta al catolicismo de los soberanos y de los estados que ellos gobiernan. En Alemania, en Italia, en la misma Roma y en Francia, están prohibidos el insulto y la persecucion. Compadécese á los disidentes, pero se manda respetar sus opiniones, y el culto que la conciencia les prescribe practicar.

Tales son las observaciones sencillas y decisivas que pueden oponerse á las dificultades de los Cardenales, y no dudo que sean suficientes para disipar toda inquietud en el espíritu del soberano Pontífice. Si S. M. las aprueba, le propondré que se digne autorizarme para adoptar un proyecto de respuesta que me ha sido remitido por el Obispo de Orleans, y que va adjunto al informe que tengo el honor de presentar."

Mr. de Talleyrand debía una respuesta al Cardenal Caprara, y no tardó en remitírsela. To-

dos los argumentos opuestos por la santa Sede se ecsaminan y combaten con dulzura; y demuéstrese en moderado y afluyente estílo, que el objeto del viaje es tan favorable á la relijion, tan útil para la santa Sede, y tan ventajoso bajo todos aspectos para la iglesia, la Francia y la Europa, que no parecia debiese encontrar otro obstáculo que la salud y las fuerzas físicas de su Santidad.

El ministro continúa en estos términos:

S. M. ve con dolor que se quiera indicar, no ha hecho aun cuanto podia hacer, para que el soberano Pontífice responda á su invitacion. Presenta con satisfaccion á la santa Sede y á toda Europa, los títulos sagrados que tiene al reconocimiento de la iglesia. Los templos vueltos á abrir, los altares restablecidos, el culto renovado, el ministerio organizado, los cabildos dotados, los seminarios fundados; el estado pontificio *asegurado*, Roma evacuada de los napolitanos, estos y otros muchos son los beneficios del emperador, para con la iglesia romana. ¿Y qué monarca podria presentarlos mayores? La libertad de cultos es absolutamente distinta de su esencia, y de su constitucion: Carlos V autorizó en la dieta de Spira en 1529 la libertad del culto luterano en Alemania, hasta el concilio jeneral, que ni aun indicado estaba y nunca le reconvino Clemente VII por esta tolerancia. El Pontífice coronó á Cárlos el 24 de febrero del año siguiente. Medidas hay que *la sabiduría dicta, y que las circunstancias mandan*. Demasiado notoria es la moderacion de su Santidad, para que en él pueda suponerse un solo instante el deseo y pensamiento de ecsijir que el emperador de los franceses, proscriba aquellos cultos,

ya ha tiempo establecidos en sus estados , y presente á Europa el riesgo de una segunda revolucion.

Nada pueden sospechar las córtes extranjeras del viaje de su Santidad á Francia. No dudó Francia en reeonocer á su Santidad , á pesar de que su eleccion se hizo en los estados de un soberano extranjero , y entre enemigos con quienes entonces peleaba: ¿ cómo pues , esas potencias , amigas ó aliadas de Francia hoy en dia , verian de mal talante al Padre comun de los fieles , honrando con su presencia este vasto y glorioso imperio devuelto á la relijion? El gabinete de Versalles , aunque poco satisfecho de la conducta de José II jamás vituperó á Pio VI su viaje á Viena. ¿ Qué recelo podría , pues , escitar Pio VII en Paris , cuando Francia no cuenta por enemiga mas que á una potencia , separada de la santa Sede ?

Nada tiene que tomer su Santidad , de las viejas parcialidades que dividieron la Francia. Tan luego como pisare el suelo francés , verá que ya no ecsisten esas parcialidades ó bandos. Cuantos rindieron señalado homenaje á los restos de Pio VI *muerto en el cautiverio*, venerarán arrobados á su digno sucesor. Se darán las órdenes mas terminantes , para que el recibimiento de su Santidad en Francia, sea digno de la grandeza del soberano que le invita , y de la sublime dignidad de la cabeza de la iglesia. La vida de su Santidad , no correrá el menor peligro , que demasiado preciosa la juzgan S. M. y Francia, para que dejen de velar por ella.

Su Santidad recibirá una carta de invitacion , como la desea , por medio del Cardenal Fesch ó de dos Obispos espresamente comisionados.

Al fin de la nota declara Mr. Talleyrand que todos los negocios eclesiásticos y temporales , se tratarán en Paris , de comun acuerdo entre su

Santidad y S. M. Añade que el Papa puede aprovecharse de los primeros y frescos dias de otoño para ponerse en camino, y que el viaje de su Santidad se desea vivamente por todos, menos por los enemigos de la iglesia.

El 2 de agosto, felicitó el Papa á Napoleon por su subida al trono imperial. El breve termina así:

” Solo nos queda que pedirnos, suplicaros, ecshortaros en el Señor, ya que la providencia divina habia llegado á tan alto grado de poder y de honor, á proteger las cosas de Dios, de defender la iglesia que es *una y santa*, y de aplicar vuestro celo á la separacion de cuanto pueda dañar á la pureza, á la conservacion, al lustre y á la libertad de la iglesia católica. Ya nos habeis hecho concebir grandes esperanzas; confiados aguardamos que las realiceis como emperador de los franceses. Concedemos con toda la efusion de nuestro corazon, á vuestra Majestad imperial, á vuestra augusta esposa y á toda vuestra familia nuestra bendicion apostólica.

“ Dado en Roma cerca de santa María la mayor, bajo el anillo del Pescador el 2 de agosto &c. “

Nada empero se omitia para disipar los escrúpulos del Papa, y hacerle conocer el precio de la amistad del jefe de la Francia. El emperador escribió á su Santidad el 15 thermidor:

Santísimo Padre;

En carta del 15 de mayo, vuestra Santidad nos ha manifestado temor de los acontecimientos que pudieran sobrevenir

entre la Rusia y vuestra Santidad, y hemos querido escribir la presente con ánimo de tranquilizar su pecho. El gabinete ruso tiene poca firmeza y es en jeneral hartó inconsecuente. Separado de los negocios de Europa, se precipita en dar pasos que no tarda en retractar. Tenemos razones para ereer que le han ofendido la conducta de Mr. Cassini. Vuestra Santidad no debe mirar con recelo la llegada de nuevas tropas á Corfú; son seis mil hombres: y en el mar negro hay otros tantos. Ya hemos manifestado al rey de Nápoles que nuestra intencion es que ninguna tropa ponga el pie en Italia, y estamos persuadidos de que no serán las de la Rusia las que puedan apoderarse de las islas; proyecto efímero, que abandonará pronto, á menos que no quiera, y esto por ahora nos parece improbable, continuar el proyecto de Catalina, de destruir el vacilante imperio de los otomanos. Vuestra Santidad debe desechar toda inquietud; no habrá desavenencias continentales de consecuencia.

Así, pedimos á Dios que os conserve, santísimo Padre, largos años en el réjimen y gobierno de nuestra Santa Madre la iglesia.

Vuestro devoto hijo, el emperador de los franceses.

Firmado NAPOLEON.

Escrito en el puente-de-Brique, el 15 thermidor, año XII
3 de agosto de 1804.

El mismo correo llevó una carta para el Padre Santo en la que le prometió cumplida satisfacción, con respecto al concordato italiano.

Puente-de-Brique, 3 de agosto de 1804 (El emperador no usará ya del calendario republicano).

Santísimo Padre.

Vivamente nos ha conmovido la carta de vuestra Santidad,

porque siempre nos cabe una parte en sus penas. Hemos hecho se nos diese cuenta del decreto del vice-presidente de la república italiana, relativo al concordato de esta república, del que vuestra Santidad no está satisfecho. Solo tuvo la mira el vice-presidente, de contener á los que pretendian que el concordato fuese contrario á los intereses y derechos de la república. Hemos dispuesto que, sin tardanza, nos envíe el presidente el plan de ejecucion del concordato. Pensamos en sujetar cuanto nos propusiere, á un escrupulosísimo ecsamen; y en impedir que se atente á nada de lo que tenemos convenido. Esperamos que esta, y nuestras anteriores resoluciones, convencerán á vuestra Santidad de nuestra adhesion á los principios de la religion, y á su persona.

Con esto, rogamos á Dios que os conserve, santísimo Padre, largos años, para réjimen y gobierno de nuestra madre la santa iglesia.

Vuestro devoto hijo. &c: (1)

El 15 thermidor (solo el emperador había osado postergar el calendario republicano), Mr de Talleyrand escribió al Cardenal Fesch, que no solo por la ley, sino por la opinion y la voluntad de los que la ponen en práctica, el culto, sus ministros, sus ceremonias estaban protegidas; que la opinion pública se depuraba y robustecia por una dichosa alianza con las ideas religiosas, y con

(1) Siendo ya emperador, preguntó Bonaparte como firmaban sus cartas al Papa los reyes de Francia. Mostráronseles las fórmulas usadas en diversas épocas, y la que habia adoptado Luis XIV. Esta fue la que prefirió Napoleon. Luego se verá, sin embargo, que tambien usó de otra Luis XIV.

un sistema de educacion propio para desenvolverlas de nuevo, en los mismos puntos donde mas se habian debilitado. La influencia de los senadores, en los empleos que se les conferian, continuaba dirijiendo la opinion pública en la misma direccion. Por todas partes las ideas de órden, de moral, de justicia, han vuelto á ser de moda, y la religion, á la cual estas ideas se refieren, gana mucho con su difusion.

" El culto, dice Mr. de Talleyrand, ha comenzado á recobrar su pompa exterior por efecto de las leyes que la permite, y por las libertades particulares de que es objeto. Todas las instituciones civiles se han puesto de nuevo bajo el sello de la religion. Los nacimientos, los casamientos, se han consagrado por medio de solemnidades; y las pompas fúnebres, proscriptas en tiempos en que no se respetaban ni aun las costumbres mas solemnes y patéticas se han restablecido por la sabiduría de un gobierno que busca medios de emulation para la virtud, hasta en los últimos honores hechos á su memoria.

En estas circunstancias en que la opinion pública se depura y robustece de dia en dia, la presencia del Santo Padre en Francia, puede consumir un cambio que S. M. I. tan dichosamente ha principiado. El respeto y la consideracion de que su Santidad goza, hacen facil tan buen écsito. Mas facil le hace todavía la tendencia de todos los espíritus hácia un sistema que ofrece mas reposo á la conciencia y mas consuelos á la desgracia. Todo hasta el olvido de estos principios por el término de diez años, contribuye á indicar mejor la necesidad de una reforma moral, y la jeneracion misma que se habia separado, desea que la que siga se una mas estrecha y mas francamente á la reli-

cion. La Francia es para el Santo Padre un pais nuevamente reconquistado. Su influjo personal fortalecerá mejor los principios relijiosos que dirijen su conducta, y que la pureza de su vida hará todavía mas amables.

Aceptad, señor Cardenal, la seguridad de mi mas alta consideracion.

Firmado C. M. TALLEYRAND.

Por esta época murió Mr. Gandolphe, mi segundo sucesor en Roma. Mr. Cacault bondadosamente se interesó para que á mí se me volviese mi destino, y fuí con efecto nombrado secretario de aquella legacion.

El Cardenal insistía cerca de la Santa Sede, porque se le diese una promesa positiva de que el Papa emprenderia el deseado viaje. Tenia conferencias de dos, tres y cuatro horas con el Cardenal Consalvi; todos los dias se presentaban nuevos obtáculos; en fin, declaró el gobierno pontificio que esperaba la carta de invitacion, que debía contener seguridades de buena voluntad bien pronunciadas, respecto á los negocios de la relijion.

El emperador se decidió á escribir la carta que sigue:

Santísimo Padre:

El dichoso efecto que tiene en la moral y en el carácter de mi pueblo, el restablecimiento de la relijion cristiana, me inclinan á suplicar á vuestra Santidad me dé una nueva prueba

del interés con que mira mi suerte, y la de esta gran nacion, en una de las circunstancias mas importantes que ofrecen los anales del mundo. Yo le ruego venga á dar, en el mas eminente grado , el carácter de la relijion á la ceremonia de la consagracion y de la coronacion del primer emperador de los franceses. Esta ceremonia adquirirá nuevo lustre si vuestra Santidad la practica; y atraerá á nosotros y á nuestros pueblos la bendicion de Dios , cuyos decretos conforman á su voluntad la suerte de los imperios y de las familias.

Vuestra Santidad conoce los sentimientos afectuosos que hace mucho tiempo yo profeso á su persona , y por ellos debe juzgar del placer que me ofrecerá esta circunstancia de darle de ello nuevas pruebas.

Así , pedimos á Dios que os conserve , Santísimo Padre, largos años en el réjimen y gobierno de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Vuestro devoto hijo.

Firmado NAPOLEON.

Escrita en Colonia á 15 setiembre 1804.

Mr. de Talleyrand respondió por su parte al Cardenal Caprara:

" La carta de invitacion se remitirá inmediatamente á su Santidad. El jeneral Caffarelli está encargado de esta honrosa mision. S. M. I., ha querido dar á su Santidad una prueba particular de atencion y respeto , confiando este mensaje á un jeneral adicto á su persona , y que , como testigo habitual de los sentimientos que unen á S. M. I. con la santa Sede, puede con grande ventaja ser su intérprete.

CAPITULO TREINTA Y SIETE.

CARTAS A S. S. — EL PAPA CONSIENTE EN VERIFICAR EL VIAJE.—DICHO DE NAPOLEON ACERCA DE LOS ECLESIASTICOS.—CARTA DEL EMPERADOR AL PAPA.

El jeneral Caffarelli recibió en efecto encargo de llevar á Roma la carta de invitacion. La sustitucion de este jefe á los dos Obispos pedidos por el Papa, si el Cardenal Fesch no era el encargado de entregar la carta á S. S. no disgustó en Roma. Pasaba el jeneral por persona de caracter dulce y se había manifestado muy contento cuando la publicacion del concordato. El Papa lo recibió con benevolencia: la carta se entregó en 29 de setiembre. El 30 fué comunicada á los Cardenales y el 2 de octubre recibió el Cardenal Fesch la siguiente nota:

"El suscrito Cardenal secretario de estado, ha observado, que, en la carta de invitacion se omite decir que el viaje no tendrá solo por objeto la ceremonía de la consagracion y de la coronacion, sino que los intereses de la religion formarán su

fin principal, y que los resultados no pueden menos de ser infinitamente útiles al bien de esta misma religion. El Santo Padre, desde el principio, ha hecho ver por medio del suscrito y del eminentísimo legado, que convenia que este asunto verdadero y necesario en sí mismo, fuese notorio por medio de la carta de invitacion de S. M. y que se diesen sobre este punto las seguridades convenientes. El santo Padre juzga, pues oportuno, reclamar una nueva carta que anuncie positivamente este motivo á fin de que la ausencia de su Santidad de la santa Sede, la interrupcion y el entorpecimiento de grande número de negocios eclesiásticos de alta importancia, sean suficientemente justificados á los ojos del público por el conocimiento de las consideraciones religiosas que los causan, efecto que no podria producir un motivo puramente humano, por poderoso que fuese.

Redobló su actividad el Cardenal Fesch, y recordó que en una carta del 29 mesidor, al Cardenal Caprara decia Mr. de Talleyrand: "Este viaje no tendrá solo por objeto la coronacion de S. M.; los grandes intereses de la religion formarán su principal motivo; los cuales se arreglarán en los consejos mútuos de S. M. y del soberano Pontífice. Los resultados de sus deliberaciones, no podrán menos de ser infinitamente útiles á los progresos de la religion y al bien del estado."

Despues de esta seguridad declaró el Papa que en vista de la empeñada palabra se decidia á dar la suya, pero despues de haber consultado otra vez á los Cardenales. Una grande mayoría de sus

eminencias oprobó el viaje, y empezáronse los preparativos. Su Santidad respondió al emperador que, lleno de confianza en las promesas recibidas y renovadas, iba á partir á pesar de sus enfermedades y de lo crudo de la estacion.

Cuando yo llegué á Roma, el 17 de octubre todo estaba ya decidido para el viaje. El Cardenal Consalvi me recibió con una amistad, con una efusion que en vano intentaria describir. Firmando estaba el correo cuando entré y muchas veces suspendió el trabajo para hablarme y felicitarme. Contóme lo que en mi ausencia había pasado, y su narracion me afligió y me causó sorpresa. Háblome de Mr. Cacault, y añadió que volvía yo á una Roma diversa de la antigua y que no reconocia la sociedad. Calmada esta irritacion me dijo al despedirme. La Europa calla; pero se engaña quien crea que cometerá faltas el Papa; yo aseguró que no caerá en ninguna. La Providencia divina ha puesto á veces á la santa Sede en circunstancias mas dolorosas que la presente; yo aun pienso del primer cónsul, hoy emperador, como pensaba en Venecia. Es un grande hombre, y un grande jenio. Esceptuando la rectificacion de las promesas hechas al Cardenal Caprara, esta carta que el emperador nos ha escrito, es hermosísima. En ella luce la alta filosofía, y tambien hay em-

peños y promesas para quien sabe encontrarlos. Su ayudante de campo Caffarelli se ha conducido muy bien. No son todas las personas que rodean al emperador enemigas nuestras ni de la religion. ¿Vos permanecereis, pues, en Roma? ¡Ah! Se imagina jeneralmente que yo gobierno al Papa; pronto verá el mundo cuanto valor une su Santidad á la modestia; cuanta humildad y cuanta dignidad posee. Yo predigo con la mayor confianza, que no hará ni dirá mas que cosas buenas, bellas, tiernas, y oportunas, y hasta que usará de altivo lenguaje cuando la ocasion lo exija. Yo, por mi parte, le guardaré bien á su Roma para que venga á descansar á ella, y á contarnos con su gracia ordinaria lo que ha visto, y lo que vuestro pais le ha enseñado.

Tambien tuve la honra de ver á su Santidad. Sabia que se habia impuesto el secreto mas absoluto acerca de sus padecimientos y no hice sobre ellos indicacion alguna. Su Santidad me habló de Mr. Cacault y me preguntó si estaría en Paris. Contestéle que la primer persona que encontraría en París en el primer rango, entre las turbas del primer jenio seria el senador Cacault. El Papa solo nombró una vez al Cardenal Fesch, y añadió algunas palabras acerca de M. de Clermont-Tonnerre, que trajo á Roma una recomendacion del

emperador concebida casi en forma de certificado.

“ Mr. de Clermont-Tonnerre, antiguo Obispo de Chalons-Sur-Marne, se conduce beneméritamente. Sin vacilar se ha prestado á los deseos de V. S.; ha dado su dimision, y pasa cerca de la santa Sede. Yo veré con placer cuanto vuestra Santidad se digne hacer en pro de este prelado que yo le recomiendo. “

(*Firmado*) NAPOLEON.

Tambien dice el Papa que Mr. de Clermont pedia se le hiciese mayordomo.” Cargos son estos que nunca damos mas que á personas que conocen el pais; sus hábitos, nuestras leyes, y nuestra etiqueta. Es una gran prelación de palacio, que no puede desempeñarse bien, sino por el que sepa nuestra lengua perfectamente.” Este prelado hizo una solicitud pidiendo el puesto de *majior d' hommes* (maggiordomo); equivocacion de palabras que hizo reir. El Papa, sin embargo, solo quería responder seriamente.

El 29 de octubre juntó el Pontífice un consistorio y dirigió una alocucion á los Cardenales.

“Bien sabe Dios,” decia, “Dios, ante quien humildemente hemos abierto nuestro corazon; Dios hácia quien levantamos las manos con frecuencia en su santo templo, á fin de que oiga la voz de nuestra plegaria, y de que se digne asistirnos; que no nos hemos propuesto sino lo que debemos solicitar en todas nuestras acciones, que es la mayor gloria de Dios, la ventaja de la religion católica, la salud de las almas, y el cumplimiento

de los deberes apostólicos que nos han sido confiados aunque indignos. Testigos sois de ello vosotros , venerables hermanos , vosotros , á [quienes todo hemos dicho y todo explicado , para obtener el socorro de vuestros consejos , y á quienes hemos comunicado sin reserva los mas reconditos sentimientos de nuestro corazon. Y por eso, habiéndose tan importante negocio terminado así por la ayuda divina, y entregados ya á toda nuestra confianza en Dios nuestro Salvador , emprendemos con espíritu gozoso el viaje á que tan graves causas nos incitan. El padre de las misericordias , Dios , como esperamos, bendecirá nuestros pasos , é ilustrará esta época , para engrandecimiento de su religion y de su gloria. “

El Papa cita el viaje á Viena de Pio VI , y dice que todo lo ha dispuesto como la prudencia lo ecsije para que los tribunales, la administracion de los negocios , y los intereses de la santa Sede, no padezcan en manera alguna. Asegura el Papa que el Emperador le ha hecho conocer que su corazon estaba inclinado á aumentar las ventajas de la religion.

En Paris temíanse empero, las dilaciones. Sabíase que el Cardenal Fesch habia empleado en el discurso de la negociacion medios tan vivos é impetuosos que casi se temia fuesen su consecuencia una negativa. La conversacion con el ministro de estado Consalvi llegó un dia á tal grado de violencia, que al concluirse salió el Cardenal tio del palacio ecsaltadísimo y como fuera de sí. Cuando su

decano di portiera le abrió la portezuela del coche, y le preguntó adonde su eminencia gustaba ir, le contestó enfadadísimo: *A casa del diavolo*, dando brida á su pasion, y olvidando que mas de veinte personas le escuchaban, y entre ellas un ministro extranjero. El domestico habia cerrado la portezuela sin proferir una sola palabra, y el cochero guió silenciosamente al palacio de su señor sobre lo cual, los autores de sátiras, que no eran muy parciales al Cardenal Fesch, se entretuvieron largamente.

Los adversarios se servian en el asunto de la consagracion de estas anécdotas, para separar al emperador de su proyecto; pero se irritaba aun mas, como hombre que habia sido capaz de decir un dia en su consejo: "Tal es la insolencia de los eclesiásticos, que en la division de la autoridad con lo que ellos llaman el poder temporal, se reservan la accion sobre la intelijencia, sobre la parte noble del hombre, é intentan reducir mi influjo á la accion del cuerpo; guardan para sí el alma, y me arrojan á mí el cadaver."

En uno de estos momentos de indignacion injusta, consultó á parte á Mr. de Fontanes, que siempre le animaba en los pensamientos religiosos, y apaciguado Napoleon, le dijo estas palabras, ad-

mirables por el contraste que forman con las que acaban de leerse: “solo vos teneis aquí sentido comun , ó recta razon. ”

Y contento consigo mismo , escribió Napoleon al Papa la siguiente carta :

Santísimo Padre,

He nombrado al Cardenal Cambaceres , al senador de Aboville, y á mi maestro de ceremonias Salmatoris , para que vayan á encontrar á V. S. y á presentarle el homenaje de mi filial adhesion , en reconocimiento del testimonio de afecto que V. S. me ha dado en esta circunstancia. He escojido en ellos tres personas de mi aprecio, y que conocen particularmente mis sentimientos por vuestra persona. Tengo el mas grande deseo de ver á vuestra Santidad llegar felizmente despues de tan penoso viaje , de espresarle el alto concepto que de sus virtudes tengo, y de felicitarle por los beneficios que tenemos la dicha de hacer juntos á la religion.

Así yo pido á Dios, Santísimo Padre , &c.

(*Firmado*) NAPOLEON.

Paris 1.º de noviembre 1804.

CAPITULO TREINTA Y OCHO.

DECLÁRASE AL CARDENAL CONSALVI JEFE DEL GOBIERNO PONTIFICIO.—PARTIDA DEL PAPA.—SU LLEGADA Á FLORENCIA Y Á TURIN.—CARTA AL EMPERADOR.—LLEGADA DE S. S. Á FONTAINEBLEAU.

Espidió el Papa en 1.º de noviembre las decisiones que facultaban al Cardenal Consalvi para gobernar políticamente todos los negocios de Roma. El 2 de noviembre, á las siete y media de la mañana, pasó el santo Padre á la iglesia de san Pedro, oyó misa, é hizo una larga oracion. A las nueve emprendió el viaje por el camino de la puerta anjélica. Llenaba el pueblo la via por espacio de una legua, y prodigábale los testimonios del mas afectuoso respeto. Observóse que el Cardenal Antonelli, uno de los miembros del sacro Colejio nombrados para acompañar al Papa, vertia abundantes lágrimas de ternura. El dia 3 llegó el Padre Santo á Radicofani: y el Cardenal Maury le salió al encuentro á cumplimentarle. Es-

tuvieron hablando mucho tiempo. Rogó el Cardenal al Papa, que sin prevenir á nadie, fuese un dia, en Paris, á decir misa á la iglesia del Carmen, donde tantos sacerdotes perecieron. Díjole que una visita semejante, en tal lugar, causaría un efecto notabilísimo en el ánimo de los católicos. Parece que el Papa no pudo ejecutar tan grande y religioso pensamiento. En el discurso de esta conversacion, hablando de los agravios que decia el gabinete de París haber recibido de Roma, dijo el Papa al Cardenal : *ma perchè siete voy tanto odiato da questi Francesi?* Espresion que conmovió vivamente al Cardenal, por recordarle como á desterrado las maldiciones de la patria, y cuál fué la dureza con que se perseguia entonces á los que se tenia por enemigos del emperador.

La comitiva, que habia partido en diversas secciones, y á varias horas, se reunió toda en Radicofani. Componíanla los seis eminentísimos Cardenales Antonelli, Borjia, di Pietro, Caselli, Braschi y de Bayane. El Cardenal Fesch solo iba como ministro de Francia, mas no permite ocultar la justicia cuánto se debe á su celo, á la eficacia y actividad con que disminuia en lo posible las molestias del viaje, y con que superaba todos los obstáculos. Los prelados eran Monseñores,

Bertazzoli, limosnero del Papa, Menochio Sagrista, Fenaia, vice-jerente, Devoti, secretario de los breves dirigidos á príncipes. El Papa hubo necesariamente de llevar consigo á Monseñor Gavotti, mayordomo, y á Monseñor Altieri su Camarlengo. Entre los prelados domésticos, ó familiares, iban Monseñor Testa, secretario de cartas latinas, Calderini, Secretario de embajada, Mancurti, y el padre Fontana secretario de la propaganda; además el maestro de ceremonias Monseñor Zucché, el *crucífero*, Monseñor Speroni, &c. Entre los legos contábanse el duque de Braschi, sobrino de Pio VI, y uno de los signatarios del tratado de Tolentino, el príncipe Altieri, el marqués Sacchetti, superintendente del palacio, y aposentador durante el viaje.

El Cardenal Consalvi, habia unido además, al acompañamiento del Papa una seccion de las oficinas de la secretaria, compuesta de Monseñor Mauri, el abad de Menicucci &c. Y por último, un médico, un cirujano, y quince criados precedian ó seguian la carroza del Papa.

Llegó el santo Padre á Florencia, y la piadosa reina de Etruria le hizo la mas respetuosa acogida. Habia hecho preparar para su Santidad suntuosos alojamientos, y fué la primera á pedir la bendicion al santo Padre.

Suscitóse luego una cuestion importante. Propúsose al santo Padre no proseguir el viaje, y descansar un dia, para establecer entretanto cordones que cortasen las comunicaciones entre Toscana y Bolonia, á causa de una enfermedad epidémica que se habia manifestado en Liorna. Pero Pio VII no tuvo por conveniente seguir este consejo de un agente inglés, cuya adopcion le parecia indigna del carácter de un Pontífice, despues de haber prometido pasar á Francia cuanto antes le fuese posible.

Continuó, pues, el viaje. Esta circunstancia es poco sabida, é ilustra mucho la lealtad del santo Padre, que se decidió en tan importante asunto por sí mismo. El inglés á quien nos referimos, calculó así, como sagaz enemigo que era: Liorna está invadida por una enfermedad contagiosa venida de Málaga. Pueden establecerse cordones sanitarios que separen á Liorna, y temporalmente á Toscana del resto de Europa. Debe publicarse hoy que la enfermedad ha llegado á Florencia, aun cuando esto no sea cierto. Encontrándose aquí el Papa, despues de establecidos los cordones sanitarios, no puede comunicarse con la Italia, ni pasar á Francia, sin que se sospeche que su comitiva lleva la misma enfermedad contagiosa. Si el Papa no quiere que se le acuse de intro-

ducir esta enfermedad, se quedará en Italia, contradiciendo los deseos del emperador, y sin que este pueda quejarse, pues hizo el santo Padre cuanto en su mano estaba para] realizar el viaje.

Fiel á su promesa, aun cuando era en verdad una promesa *arrancada*, salió de Florencia el soberano Pontífice; y tomó el camino de Pistoya á Módena, cambiando de itinerario para no pasar por Bolonia (1) ciudad de los antiguos estados de la santa Sede, ocupada por la república italiana, segun el tratado de Tolentino.

Llegado á Turin el 13 de noviembre, escribió el santo Padre al emperador.

Carísimo hijo en Jesucristo:

Hemos recibido en Turin, adonde llegamos ayer noche por mano del Cardenal Cambaceres, la carta de V. M. de 1.º de noviembre. Las lisonjeras espresiones de V. M. y la atencion que ha tenido, enviándonos tres distinguidos personajes para que nos feliciten en medio de nuestro viaje, nos hacen soportar con mas ánimo y alegría el cansancio del camino. No dudamos que estas decididas pruebas de nuestra adhesion sean agradables á V. M. y provechosas á la relijion, base constitutiva de la estabilidad de los tronos y de la felicidad de las naciones. Fiel á nuestra palabra, nos apresuramos cuanto podemos en nuestro viaje, para satisfacer vuestro deseo: pero la

(1) El autor comete aquí una inecsactitud. El Papa pasó por Bolonia, en cuya ciudad se hospedó en el colejio que hay allí de caballeros españoles, fundado en los tiempos de Petrarca por el Cardenal Albornoz, y que aun subsiste; y en donde solo pueden entrar españoles nobles.

fatiga, y la dilatada y penosa marcha de ayer, el estado lastimoso de los caminos; la falta de caballos tan grande que aun no ha llegado parte de nuestra comitiva, nos fuerzan á descansar un dia en Turin, de concierto con los Cardenales Fesch y Cambaceres, que han reconocido la necesidad imprescindible de hacerlo. Nos sentimos estimulados en este viaje por el deseo de conocer personalmente á V. M. y de procurar á la relijion y á la iglesia las ventajas que forman en la historia de los tiempos una época gloriosa para V. M. y para nosotros. En estos sentimientos concedemos á V. M. con la mas grande efusion de nuestro corazon, la paterna bendicion apostólica.

Dado en Turin el 13 de noviembre del año de 1804, de de nuestro Pontificado el V.

PIUS PP. VII.

El 20 de noviembre respondió así el emperador :

Santísimo Padre.

He sabido con una viva alegría, por la carta de vuestra Santidad, fecha en Turin, que gozaba de buena salud. Estoy deseosísimo de saber como vuestra santidad ha llevado el paso de las montañas. Me lisonjeo de que en esta semana tendré la felicidad de ver á vuestra Santidad y de manifestarle los piadosos sentimientos que me animan; y pasando á mi palacio de Fontainebleau, que está en el camino, apresuraré este deseado momento.

Así, yo pido á Dios, Santísimo Padre &c.

Vuestro devotísimo hijo, el emperador de los franceses.

Firmado NAPOLEON.

Saint-Cloud, 20 noviembre 1804.

El 23 de noviembre escribió el Papa la siguiente carta autógrafa:

A pocas postas de esta ciudad, (Cosne) adonde llegamos á las siete de la tarde, hemos recibido la preciosa carta de V. M. El grande interés que por nuestra salud muestra, es un efecto de su bondad hácia nosotros, que apreciamos infinito. Nuestros secretarios aun no han llegado, y así nos vemos en la precision de cansar á V. M. con nuestros propios caractéres, y de servirnos de un papel poco conveniente, de lo cual V. M. se dignará excusarnos. Nos reservamos espresar de viva voz los sentimientos de nuestro corazon, pues que el cansancio no nos permite entrar en mas circunstancias que las puramente necesarias. Trataremos de llegar á donde os halláis mañana al anocheecer, si es posible, no deseando nada mas que gozar prontamente el placer de ver á V. M., á quien enviamos con toda la efusion de nuestro corazon la paternal bendicion apostolica.

Dado en Cosne el 23 de noviembre de 1804 &c.

El 25 de noviembre llegó el padre Santo muy cansado á Fontainablu, á poco mas de medio dia. Un dia le hacian caminar diezinueve leguas; otro, cuatro. En Nemours habian hecho un nuevo puente, que deseaban le pasase primero el Papa, pero se le hicieron pasar á media noche, *lo que no tuvo ninguna gracia*, segun la observacion del Obispo de Orleans. La relacion oficial que entonces se dió encierra particularidades importantes. El emperador Napoleon, que había salido á caballo *para cazar*, habiendo observado la venida del

Papa le salió al encuentro, en la cruz de Saint-Herem. Seis coches de S. M. se aprocsimaron entonces. El emperador subió el primero á su carroza, segun la política italiana ecsije, para sentarse á la izquierda, y ceder á su Santidad la derecha; y entraron en el palacio entre lineas de tropas, mientras la artillería hacia repetidas salvas. Por una singular coincidencia, los mamelucos eran aquel dia los que precedian la comitiva. Su eminencia el Cardenal Caprara y los grandes oficiales de la casa recibieron al Papa y al emperador á la entrada del palacio. Radiaba la alegria en la frente de Napoleon y el semblante apacible del Papa expresaba una satisfaccion mezclada de embarazo. Fueron juntos por la escalera dorada hasta el salon que dividia los departamentos. Allí su Santidad habiéndose separado del emperador, fue acompañado por el gran Chamberlan, el gran mariscal del palacio, y el gran maestro de ceremonias al alojamiento que le estaba preparado.

Despues de descansar un rato pasó S. S. á visitar al emperador; y volvió á su gabinete acompañado por los grandes oficiales, y por Napoleon; llegando S. M. hasta la mitad del camino. El Papa visitó en seguida á la emperatriz, y dijo posteriormente que había quedado muy satisfecho del recibimiento que habia tenido. Despues recibió su

Santidad á los ministros y grandes oficiales, y habiéndole preguntado Mr. Fouché, ministro jeneral de policía qué le parecía á su Beatitud Francia, contestó el Papa: " Bendito sea Dios, hemos venido por entre un pueblo arrodillado. ¡Cuan lejos estábamos de suponer en tan buen estado á Francia!"

A las cuatro se avisó al Papa que el emperador le iba á visitar: con efecto, fué al gabinete de su Santidad. Intervinieron las mismas ceremonias, que en la visita del Papa al emperador. En cada una de estas visitas el Papa y emperador se estuvieron solos como una media hora. Habiéndole dicho al Papa uno de los de su comitiva, estaba maravillado de que hubiese consentido en ir el primero á ver á la emperatriz; repuso el padre santo: " Hagamos esto mas por Francia: si hay motivo de discordia; no nos le dé nunca la etiqueta, que, ya se sabe, no debe guardarse con tanta escrupulosidad de viaje, como estando en Roma."

Así, antes de entrar Pio VII en Paris, sus primeras palabras fueron de prudencia, paz, y mansedumbre.

CAPITULO TREINTA Y NUEVE.

LLEGADA DEL SANTO PADRE Á PARIS.—DISCURSOS DE LOS PRESIDENTES DEL SENADO, DEL CUERPO LEJISLATIVO Y DEL TRIBUNADO.—DECLARACION FALAZ DE Mr. LECOZ, REMITIDA POR EL EMPERADOR AL PAPA.—RESPUESTA DE PIO VII.

Llegó el Padre santo á París el 28 de noviembre. El 30 se presentó á su Santidad una diputacion de veinte y cinco miembros del Senado. Mr. Francisco de Neufchateau, presidente, le dirigió un discurso cuyo extracto es el siguiente:

Santísimo Padre.

La consagracion de los príncipes cristianos comenzó en nuestra Europa por los monarcas de Francia, á imitacion de la costumbre hebrea. Esta ceremonia fué de institucion divina en la antigua ley; en la nueva, aunque no se considere como indispensable obligacion de los príncipes, los franceses la han mirado siempre como de suma importancia; siempre han querido que la religion santificase los actos civiles para reforzar el freno público de las leyes con el freno secreto de las

conciencias. Con mucha mas razon debian apetecer que sus grandes pactos políticos se hallasen revestidos de la pompa de esta garantía, que graba en el cielo lo que está escrito sobre la tierra. En esta época notable en que V. S. ha tenido á bien venir á consagrar en persona al fundador y cabeza de la nueva dinastía, este acto les hará aun mas venerable la majestad imperial, así como les hará mas cara la autoridad religiosa del soberano Pontífice. Francia merecia, sin duda, este especial favor, su iglesia es la hija primojénita de la iglesia romana.

Habló el orador en seguida del duocentésimo quincuajésimo *tercio* sucesor de san Pedro, y sonrióse el Papa, advirtiendo el error lijerísimo de que no era su Santidad *tercio*, sino *cuarto* descendiente del Apostol. La respuesta del Papa fué corta pero llena de amenidad, de palabras honrosas para Francia, y de elogios á la piedad de la hija primojénita de la iglesia romana.

El presidente del cuerpo lejislativo, el mayor orador de Francia, Mr. de Fontanes, á quien habia dicho Napoleon, que él era el solo que poseia "*sentido comun*" entre todos sus consejeros, debia tambien arengar y estaba el Papa advertido de la celebridad de este orador, el primero que profetizó la gloria literaria de Mr. de Chateaubriand. Dirijióle, pues, su Santidad algunas amenas, lisonjeras frases, y miróle con aquella benignidad celestial é indescribible que le era

característica. Mr. de Fontanes bajó un momento los ojos y habló así:

Santísimo Padre.

Cuando el vencedor de Marengo concibió en el campo de batalla el deseo de restablecer la unidad religiosa, y de volver á los franceses su antiguo culto, libertó á los principios de la civilizacion de una completa ruina. Este grande pensamiento, nacido en un dia de victoria, enjendró el concordato; y el cuerpo legislativo, del que tengo el honor de ser órgano, cerca de vuestra Santidad, convirtió el concordato en ley nacional.

¡Dia memorable, tan caro á la sabiduría del hombre de estado como á la fe del cristiano! Entonces fue cuando abjurando la Francia disformes errores, dió las lecciones mas útiles al jénero humano. Entonces fue cuando ante la humanidad reconoció Francia que todo pensamiento irreligioso es al mismo tiempo impolítico; y que todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad. El restablecimiento del antiguo culto, no tardó en preparar el de un gobierno mas natural en los nuevos estados, mas conforme á los usos y costumbres de Francia. Todo el sistema social, subvertido por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó de nuevo en una doctrina inmutable como el mismo Dios. La religion fue la que civilizó en otros tiempos á los pueblos salvajes; pero era mas difícil hoy reparar sus ruinas que fuera antes fundar sus cunas. El beneficio de haberlo conseguido nosotros se debe á un doble milagro. Francia ha visto nacer uno de estos hombres extraordinarios, que de cuando en cuando acuden al socorro de los imperios amenazados de disolucion y muerte; al mismo tiempo que ha visto Roma brillar en el trono de san Pedro la virtud apostólica de las primeras edades. Su dulce influjo suaviza todos los corazones, y el homenaje universal si-

gue á un Pontífice tan sábio como piadoso , que tán bien sabe distinguir lo que ha de dejarse al curso de los humanos negocios , de lo que ecsijen los intereses de la relijion. Esta relijion augusta viene á consagrar con él los nuevos destinos del imperio francés, y se reviste del mismo aparato que en los siglos de Pepin y de Clovis.

Todo ha cambiado en su derredor ; la relijion es la sola que no ha cambiado.

Ella ve el fin de las familias de los reyes, como de las de los subditos : pero sobre los escombros de tronos que vacilan y se destruyen , y sobre las escalinatas de los tronos que se elevan , admira y obedece el espíritu religioso , la manifestacion de los designios eternos. Nunca el universo ha presenciado mas suntuoso espectáculo ; nunca han recibido los pueblos mas útiles lecciones ; porque acabó el tiempo de las rivalidades entre el imperio y el sacerdocio , y ambos se dan las manos para repeler las doctrinas funestas que han amenazado á Europa con una subversion total. ¡ Ojalá para siempre cedan al unido poder de la relijion y de la política! Sin duda que no saldrá fallido tan noble deseo. Jamas guió á la política en Francia tan alto jenio , jamas ofreció el trono pontificio al mundo , modelo mas respetable y perfecto de virtud."

El Papa no contestó mas que á las últimas palabras, que le habian enternecido , y bendijo casi con lágrimas á Mr. de Fontanes.

Va á cambiar la escena. El mismo dia se presentó á su Santidad una diputacion de diez y ocho tribunos. Temíanse paradojas , reminiscencias políticas de la antigua Roma , y tal vez del tribuno Colá di Rienzi , y del *estado llano*. En grave error

se fundaban estos temores. El presidente, Mr. Fabre del'Ande, pronunció el siguiente discurso que debia producir en el espíritu del Santo Padre una impresion singularmente agradable.

Santísimo Padre:

El tribunado os considera, desde hace muchos años, como á uno de los amigos y de los aliados mas fieles de Francia: y recuerda con los sentimientos de la gratitud mas viva, los servicios que habeis prestado á este pais, aun antes de ser elevado al trono pontificio. Nunca olvidará que en vuestro último episcopado de Imola, supisteis apaciguar por medio de una conducta sabia, ilustrada y paternal, las insurrecciones organizadas contra el ejército francés, é impedir las que le amenazaban. Mas no ha adquirido vuestra Santidad derecho á la admiracion y al amor de los franceses bajo este solo punto de vista. Ajitábanles turbaciones relijiosas que el concordato ha contenido: y nos felicitamos de haber prestado nuestra concurrencia y todos nuestros medios, para coadyuvar en este negocio á vuestra solicitud paternal y á la del jefe supremo de este imperio. Si ecsaminamos la conducta de vuestra Santidad en el gobierno interior de sus estados, ¡ cuántos nuevos motivos de admiracion y de elogio no hallaremos! Vuestra Santidad ha reducido los gastos de todos sus palacios apostólicos; y su mesa, su casa, su economía, se han limitado á las de un simple particular. Vuestra Santidad piensa con razon que la verdadera grandeza consiste menos en el fausto y pompa de su corte, que en el resplandor de sus virtudes, y en su administracion económica y sabia. La agricultura, el comercio y las bellas artes, recobran en los estados romanos su antiguo esplendor. Las contribuciones eran antes arbitrarias, multiplicadas y mal repartidas; vuestra Santidad las ha reemplazado con un sistema uniforme de contribuciones directas é indirectas, suficiente en un pais

cuya situacion no ecsije un grande estado militar , y en donde preside á todos los gastos una severa economía. Hánse abolido los privilegios y las ecsenciones ; y desde el príncipe hasta el último súbdito , paga cada uno en proporcion de lo que posee. El catastro de las provincias eclesiásticas , comenzado en 1775, y el del *agro romano* , principiado por Pio VI, vuestro augusto predecesor , se han terminado , y han recibido la perfeccion de que eran susceptibles. Se ha organizado una oficina de hipotecas y la bolsa de los capitalistas , se abre á los propietarios que se hallan en atraso ; se han concedido primicias á los que formen establecimientos de agricultura ó plantaciones ; la campiña de Roma , tan inculta y estéril hacía mucho tiempo, pronto se hallará cubierta de bosques, como en los tiempos del esplendor romano. Una ley obliga á los grandes propietarios á cultivar sus tierras , ó á ceder , por una módica renta , las que no puedan aprovechar. Por último , el desagüe de las lagunas Pontinas , devolverá á la agricultura , vastos territorios, y contribuirá á la salubridad del aire , y al incremento de la poblacion de aquella parte del estado romano. Necesita el comercio para prosperar desenredarse de todas las tramas de la fiscalía, y del sistema destructor de molestias y prohibiciones ; necesita ser libre como el aire: vuestra Santidad ha proclamado altamente la libertad del comercio. Las monedas de baja ley , fuentes de descréditos y de inmoralidad han sido reemplazadas por otras que valen lo que representan. Fábricas de lanas y algodones se han establecido en Roma y Civita-Vecchia para socorro de los indijentes ; y al llevar vuestra Santidad casi hasta los límites del esceso su caridad para con los pobres, sin reservarse nada para sí, ni para su familia , cuida con particular vijilancia, de que su liberalidad tenga siempre un empleo útil.

La ciudad de Roma, no obstante sus pérdidas, continuará siendo la patria de las bellas artes. Vuestra Santidad ha mandado hacer escavaciones en Ostia y en el lago trajano ; ha

comprado y reunido obras maestras que estaban dispersas é ignoradas; y se ha escombrado el arco de Septimio Severo, y encontrándose la via capitolina.

Tales son los beneficios que han distinguido el reinado paternal de vuestra Santidad, hasta este dia memorable en que viene en medio de nosotros (á invitacion del héroe que la providencia y nuestras constituciones han elevado á la suprema jerarquia) á fijar la bendicion del cielo sobre un trono que es hoy la garantia mas firme de la paz del estado; y á comenzar los destinos que deben asegurar á Francia el lustre de su gloria, la victoria á sus armas, y á todos los franceses la paz y la felicidad.

¡ Qué importante circunstancia ! Apenas han bastado diez siglos para reproducirla. Vuestras virtudes personales, santísimo Padre, merecian la alta recompensa de haber sido elejido por la divinidad, para consumir la obra mas útil á la humanidad y la religion. ”

La fisonomía de Pio VII, estaba risueña, y la alegría se pintaba en todas sus facciones. Respondió con modestia que sus medidas habian sido dictadas por el celo de sus ministros, aunque sus proyectos, para dar buen ejemplo á todos, se dirigian hácia el bien y la felicidad de sus gobernados. Sonrióse el Papa cuando oyó hablar de la moneda de baja ley. Las escavaciones de Ostia, confiadas al célebre Carlos Fea, que todavía vive, y que sus amigos esperan conservar por largo tiempo, han honrado mucho la administracion de Pio VII. Con este motivo se aficionó á la numismática, porque le traian muchas medallas preciosas, encontradas en las escavaciones. El arco de Septimio

Severo, desembarazado entonces, es uno de los trabajos que han sujerido la idea de continuar limpiando el foro de las inmundicias que por todas partes le obstruian.

Había dicho el elocuente Mr. de Fontanes, que no *saldría fallido el deseo* de que las doctrinas funestas que infestaban á Europa, cediesen al doble influjo de la relijion y de la política ¡Vana esperanza! Sucesos estaban ya preparándose que probarian que los discursos, las felicitaciones, la esperanza de inmortalidad, el lustre de las armas, el poder de la espada, hasta las mismas palabras de Napoleon al senado, “*Mis descendientes conservarán por largo tiempo este trono*”, todo, incluso los sufragios de tres millones y medio de ciudadanos, confiriendo la corona imperial á un héroe, debería un dia quedar convertido en humo; porque al fin entre tantas ideas brillantes no habia mas que una verdadera, que fue la emitida por el mismo Mr. de Fontanes al hablar de la relijion: “*todo ha cambiado en derredor suyo; solo ella es inmutable.*”

Los obispos constitucionales, á quienes nadie amaba ni estimaba, hacían por congraciarse con el emperador, y deseaban á toda costa hallarse presentes á la consagracion, sin haber satisfecho las condiciones estipuladas por el Papa.

La misma noche del 30 de noviembre, entregó el emperador al santo Padre, despues de hársela leído rápidamente, una declaracion de Mr. Lecoz. Leyóla despues el Papa con cuidado, y á la otra mañana escribió á Napoleon la siguiente carta:

" Ayer noche, así que para ello tuvimos lugar, ecsaminamos la declaracion del Obispo Lecoz, que V. M., en su bondad, se dignó entregarnos por mano propia. Al recorrerla observamos una circunstancia que no habíamos percibido en *la rápida lectura que de ella hizo V. M.* El dicho Obispo, ha sustituido á las palabras conservadas en la fórmula que redactaron el Cardenal Fesch y Mr. Portalis, "*y sumision á sus juicios acerca de los negocios ECLESIAÍSTICOS de Francia,*" estas otras, "*acerca de los negocios CANONICOS de Francia.*" Entendemos suficientemente la malicia de este cambio, y no podemos admitirla. Nos hemos creido obligados á manifestárselo así inmediatamente á V. M., porque nos hallamos ostigados, y nada ha podido adelantarse todavía, con un corto número de obstinados refractarios. Conocemos lo bastante la piedad y la alta sabiduría de V. M. para estar seguros de que se dignará tomar las medidas necesarias, á fin de que no nos veamos comprometidos, y de que nada pueda turbar ó *mancillar* la augusta y santa funcion de mañana por la mañana. Rogamos al Señor colme de toda clase de bienes á V. M. I., á quien de todo corazon concedemos la bendicion apostólica.

De nuestra morada á 1.º de diciembre del año de 1804, de nuestro pontificado el quinto.

PIUS PP. VII.

CAPITULO CUARENTA.

CEREMONIA DE LA CONSAGRACIÓN. — CORONASE EL EM-
PERADOR A SÍ MISMO, Y CORONA A LA EMPERATRIZ.

Grande era la impaciencia de Napoleon, porque viéndose obligado á abandonar á los constitucionales se sentia como vencido. Determinóse que despues de la consagracion se coronaria él mismo. El 2 de diciembre, á las 9 de la mañana, partió su Santidad del Palacio de las Tullerias, para pasar á la metrópoli, y se apeó de su carroza en el vestíbulo de la grande escalera construida para conducirle á las salas del arzobispado. El Santo Padre hizo despues su entrada en la iglesia. Llevaba en la cabeza la tiara, y acompañábanle dos Cardenales diáconos asistentes, el Cardenal Braschi, sobrino de Pio VI, y el Cardenal francés de Bayane. Delante iba el Cardenal Antonelli, Cardenal Obispo asistente, y detras el Cardenal Caselli, Cardenal diácono en dalmática. En la nave, delante del trono del emperador, á mano

derecha, vió el Papa cuando entró bajo el palio que los canónigos llevaban, al senador Cacault, á quien habia buscado con la vista. Sentado el Papa en su trono, dijo tercias. A las diez salieron el emperador y Josefina de las Tullerias, y poco despues comenzó la ceremonia. Cuando el Papa preguntó á Napoleon si prometia mantener la paz en la iglesia de Dios, *Profiterisne &c.* Napoleon respondió con segura voz, *Profiteor.*

Durante la ceremonia de la consagracion Napoleon y Josefina se pusieron de rodillas al pie del altar, sobre dos almohadones. Concluida la consagracion, recitó el Papa la oracion en la cual se pregunta si el emperador será protector de las viudas y de los huérfanos, y si destruirá la *infidelidad* que se oculta, y la que se manifiesta en ódio del nombre cristiano. Despues de la oracion, cuando se dice: “El cetro de vuestro imperio es un cetro de rectitud y de equidad”, subió Napoleon al altar, tomó la corona y la puso sobre su cabeza. En seguida asió la de la Emperatriz, volvió adonde ella se habia quedado y la coronó. La Emperatriz recibió la corona de rodillas. La música imperial ejecutaba el *Te Deum*, el cual, así como la misa, habian sido espresamente compuestos por Paisiello. La orquesta se componia de quinientos músicos. Concluido el resto de la cere-

monia, volvieron á las Tullerías, la comitiva imperial, y despues la pontificia. (1)

Mr. de Pradt, que hizo de maestro de ceremonias del clero, y que no se separó de Napoleon ni un instante, mientras duró la funcion, dice, que ya fuese cansancio, ya cierta destemplanza de cuerpo, no hizo mas en toda ella que *bostezar*. Los italianos no observaron mas que señales de impaciencia. El Monitor del 3 de diciembre se espresa asi:

Nada podemos decir hoy á nuestros lectores, sobre la augusta ceremonia de la consagracion y coronacion, de la que *nos proponemos referirles* los pormenores. La grandeza de la solemnidad no deja al entendimiento la libertad necesaria para pintar en pocos momentos espectáculo tan magnífico.

Uno de los dependientes inferiores que seguian la corte del Papa, y que sabia muy bien el frances, leyó este anuncio del *Monitor*, del que habló á varios Cardenales. Leyó tambien el número del 4 de

(1) El autor frances no dice aqui terminantemente que el emperador hizo aguardar al Papa una hora en la iglesia, antes que él saliese de su palacio: y que cuando llegó á la Iglesia, y los circunstantes quisieron aplaudir al venerable Pontífice que le salia al encuentro; los contuvo Napoleon con imperioso y bien señalado ademan: y que fuera ya de la Iglesia el consagrado y coronado Napoleon, fué dejado alli Pio VII, como uno del vulgo, envuelto y confundido entre la inmensa multitud del pueblo y concurso. Todos se fueron á cumplimentar á su coronado señor. Cervoni, un antiguo amigo suyo, le daba la enhorabuena, por verle gordo, y no flaco como antes, y con tan prospera salud: Si, respondió el Señor, *ahora estoy bien*

diciembre, y nada halló en él, que se refiriese á la ceremonia: el periódico hablaba solo de la distribución de las águilas (1) y de los *Gentucos* pueblos que profesan la doctrina de Pitágoras, y cuyo gobierno es despótico absoluto, y en donde el Imán es á la vez príncipe militar y príncipe religioso. El *Monitor* del 5 de diciembre traia solo un discurso dirigido al Papa por Mr. Muraire, presidente del tribunal de *Casacion*. En los números del 6 al 16, no hubo artículo alguno sobre la consagración. En el del 17 se contaba solo una historia de Carlomagno, y se citaba este dicho, como por indirecta sin duda; *Imperator romanorum, gubernans imperium*. Se habia llamado la atención, porque siempre se dijo que el *Monitor* revelaria el pensamiento de contento, ó descontento del gobierno: mas nada se leyó en todo el mes de diciembre, sino estas palabras de una inscripción en la fiesta de las casas consistoriales: *Rubicone transgresso, abstinet Roma*, VI. kal. Mart. (25 febrero), que

(1) El consagrado Napoleon dió solemnemente á sus soldados, en el *Campo de Marte*, las águilas imperiales: se tiraron al suelo, entre el lodo y el fango que aquel día abundaban casualmente, las enseñas de la república que habian presenciado las victorias del Rin, de Italia y del Egipto. Los soldados de todos, se habian convertido hasta tal punto en soldados de uno solo! Este desprecio de la gloria, presajaba ya que no se respetaria la libertad.

tradujeron así — “ marcha sobre Roma y la respetar ” — El autor latino dijo muy bien , el traductor muy mal. En suma, en ningun *Monitor* se vió descripción alguna de la consagración y coronación.

Entre tanto carecíase en Roma de noticias del Papa, y aun circulaban siniestros rumores, cuando una noche nos dijo el Cardenal Consalvi que un grandísimo globo areostático, acababa de bajar al lago Bracciano. El 18, se tuvo noticia oficial de este hecho , y se supo, además , que en el globo venia la siguiente inscripción en frances. El globo portador de esta carta , ha sido elevado en Paris el 25 frimario al anochecer, por Mr. Garnerin aeronauta privilegiado por S. M. el emperador de Rusia, y ordinario del gobierno frances , con motivo de las fiestas dadas por la ciudad de Paris á S. M. el Emperador Napoleon. Se suplica á las personas que encuentren este globo , informen á Mr. Garnerin del sitio adonde descienda.

Así , por este globo , partido de Paris el 25 frimario , (16 diciembre) á las siete de la noche, se supo la llegada del Papa á Paris.

Parece ser que en la noche del domingo 16 de diciembre, se dió al viento el globo , en medio de una violenta lluvia y de un cierzo que le arrebató con dirección al delfinado: cartas de Embrun ase-

guraron que allí se vió el globo á las diez de la mañana del lunes 17, como estacionario ó fijo, y que de repente un impetuoso viento le había llevado hácia la costa del Mediterraneo. El mismo dia 17 de diciembre fué impelido el globo hácia el litoral de la campaña de Roma y de allí sobre el lago Bracciano: la niebla del lago le penetró y áblandó, y le obligó á bajar hasta el agua.

Es de notar que muchas personas de Paris y Roma, no creyeron el caso. En esta ultima ciudad sobre todo, algunos publicaron que la llegada de este globo era falsa. La duquesa de Cumberland, cuñada del rey de Inglaterra, quiso apostar conmigo en casa del banquero Torlonia, una enorme cantidad, á que tal globo no habia, y que si le habia, era algun globo que marineros ingleses habrian echado desde el mar, en alguna fiesta de á bordo. Yo solo aposté algunas libras de chocolate, aunque seguro de ganar.

Llevado el globo á Roma y espuesto en el Vaticano, cercado aun de su gran red de seda, que bien valia cincuenta mil reales; y recibidas noticias de Paris que corroboraban el hecho; se probó que este correo de nueva forma habia cortado rapidamente un elemento, que en sus altas rejiones no está sometido al poder de la Gran Bretaña. Una de las cosas que mas confundian era la fecha del 25

frimario puesta por Mr. Garnerin en su aviso, y que se creía, sin razon, correspondiente al 5 de diciembre. Decíase que la coronacion habia sido el 2, que la fiesta se habia dado el 5 de diciembre, y que nada mas comun que la llegada de un globo, en doce dias. Pero lo cierto del caso era, que el globo fué dado al viento el 16 de diciembre á las siete de la noche, y que al otro dia, lunes, ya habia recorrido en veintidos horas trescientas leguas, y estaba cerca de Roma. Obsérvese que solo la extraordinaria impetuosidad de los vientos pudo conducirle con tal rapidez.

Para convencerse de la verdad del hecho basta leer el *Monitor universal* del 28 diciembre. El periódico se equivoca solo tomando la fecha de la carta del Cardenal Caprara, por la de la llegada del globo. El hecho sorprendió á Napoleon tanto, que en una de sus cartas al Papa, habló de él.

En esta época escribieron cartas congratulatorias al emperador los Cardenales que habian quedado en Roma, y entre otros el Cardenal Maury.

Habíanse temido por un momento algunos desórdenes bajo pretesto de robos cometidos por malhechores entre Anagni y Ferentino, bastante inmediato á Roma: pero Monseñor Joaquin Tossi, el elocuente panejirísta de Pío VI, estaba de

Obispo en Anagni, y logró con sus eshortaciones restablecer el orden.

Invitado Rúspoli, el gran maestro abdicatario de Malta, á asistir á la coronacion, dirigió á Roma descripciones de ella, capaces de contristar á los amigos de la santa Sede, pero declaraba al mismo tiempo, que los ministros de las potencias residentes en Paris, no parecían participar de las dolorosas inquietudes que él mismo sufría, sobre todo, si no recomenzaba la guerra con el Austria. Añadía que era por desgracia implacable la guerra con Inglaterra, y predecía grandes males á la Italia, si comenzaban las hostilidades en el continente.

Otros rumores, venidos por diferente conducto, anunciaban que algunos revolucionarios del mediodia de Francia habian llegado á Sicilia, y que fueron presos y conducidos á la Morea.

Entregada Roma á estas alarmantes noticias y escitada por el descontento de la Rusia, manifestaba sin cesar, y delante de los agentes franceses el deseo de volver á ver en su seno á Pio VII. “Las ceremonias han concluido, decian, ¿porqué no se nos da nuestro soberano? Roma le ama y pide su vuelta; y no debe sobrecojer la guerra al Papa en naciones extranjeras.”

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DE MATERIAS.

CAPITULO I.

PÁGINAS.

PROLOGO DEL AUTOR.
INTRODUCCION.

Consideraciones jenerales acerca del reinado de Pio VII.—Su nacimiento.—Entra en el órden de san Benito.—Sus nombramientos de Obispo de Tivoli y despues de Imola.—Su nombramiento de Cardenal.—Guerra en Italia.—Armisticio concluido en Bolonia entre la santa Sede y la república francesa. 1

CAPITULO II.

Victorias de Bonaparte.—Invasion de los estados romanos.—La virjen de san Ciriaco.—Tratado de Tolentino.—Motin de Roma.—Muerte de Duphot. 26

CAPITULO III.

El jeneral Berthier marcha sobre Roma.—El directorio movió la conspiracion tramada contra el Papa.—Proclamacion de la república romana.—Pio VI sacado de Roma, conducido á Siena, y por último á la Cartuja de Florencia. 48

CAPITULO IV.

Turbulencias y confusion en Imola.—El

Cardenal publica una homilia.—Análisis de ella.—Constitucion romana.—Transfiérese Pio VI á Valencia.—Su muerte. . 58

CAPITULO V.

Cónclave de Venecia.—Debates de los Cardenales.—Monsignor Consalvi, secretario del cónclave.—Eleccion del Cardenal Chiaramonti, que toma el nombre de Pio VII.—Opinion del Cardenal de Bernis acerca de la eleccion de los Papas. 79

CAPITULO VI.

Enciclica del Papa Pio VII.—Se embarca para Roma.—Entra en esta capital el 3 de julio.—Bula Post Diuturnas.—Ordenanza acerca de la moneda de baja ley. . . 107

CAPITULO VII.

Batalla de Marengo.—Anuncia el primer Cónsul que quiere tratar con el Papa.—Consalvi Cardenal.—Monseñor Spina en París.—Mr. Cacault enviado á Roma.—El autor nombrado su secretario de legacion. 113

CAPITULO VIII.

Recibe Mr. Cacault la órden de salir de Roma si en el término de tres dias no se firma el concordato.—Marcha á Florencia y el Cardenal Consalvi á París.—El secretario de legacion queda en Roma. 117

CAPITULO IX.

- Carta imprudente del Cardenal Consalvi al caballero Acton.—Mr. Cacault disculpa al Cardenal con el primer cónsul que le recibe benévolaemente.* 129

CAPITULO X.

- Ecsámen del concordato de Leon X y de Francisco I.* 135

CAPITULO XI.

- Concordato de 1801.* 146

CAPITULO XII.

- Personas influyentes para con el Papa.—Sátira.—Carta de Mr. Alquier al secretario de legacion en Roma.—El Cardenal Maury retirado de Roma por órden del primer Consul.—Dudas del Papa acerca de la buena fé del gobierno francés.—Opinion de los romanos sobre el concordato de 1801.* 151

CAPITULO XIII.

- El Cardenal Consalvi solicita presentar el concordato al primer Cónsul.—Madama Murat y Mr. Cacault van á Venecia.—Descontento que este viaje ocasiona.—El Cardenal Consalvi presenta el concordato al primer Consul en una audiencia pública.* 165

CAPITULO XIV.

- Vuelven á Roma Mr. Cacault y el Cardenal Consalvi.—El Cardenal Caprara nom-*

<i>brado legado en Francia.—Carta escrita por catorce Obispos franceses emigrados en Londres, en respuesta á las notificaciones del Papa.—Esposicion de Mr. Bernier.—Incidentes relativos á los regalos que habian de hacerse por el concordato.—Mr. Portalis.—Esposicion de un agente acerca de los Obispos franceses refujiados en Alemania.</i>	169
--	-----

CAPITULO XV.

<i>Respuesta del Papa á una carta del primer Consul.—Solicita el Cardenal Caprara trasladar á Roma el cuerpo de Pio VI.</i>	183
---	-----

CAPITULO XVI.

<i>Influencia de los artistas en Roma.—Manda el primer Cónsul que se entregue á Monseñor Spina el cuerpo de Pio VI.—Documento preparado para el cuerpo legislativo de Francia.—Respuesta de Roma á las peticiones de Mr. Portalis.—Carta de Mr. Cacaault á Mr. Portalis.</i>	190
--	-----

CAPITULO XVII.

<i>Notas del ministro de España al Cardenal Consalvi, relativas á reformas eclesiásticas.—Respuestas de su eminencia.</i>	216
---	-----

CAPITULO XVIII.

<i>Traslacion á Roma del cuerpo de Pio VI.—Descripcion de su funeral.—Esplicaciones del Cardenal Consalvi sobre algunas expresiones de la oracion fúnebre.</i>	223
--	-----

CAPITULO XIX.

Informe de Mr. de Talleyrand sobre los rumores de revolucion en Italia.—Informe relativo á los franceses protestantes. 240

CAPITULO XX.

Objetos de artes secuestrados en Roma por los franceses.—Anunciase que Mr. de Chateaubriand estaba nombrado secretario de la legacion de Roma.—Partida del Conde de Avaray.—Llegada á Roma del jeneral Murat. 248

CAPITULO XXI.

Publicacion del concordato de París.—Carta de Mr. Cacault.—Presentes del Papa á la legacion francesa.—Negociaciones con la Inglaterra. 254

CAPITULO XXII.

Cuestion de Benevento y de Ponte-Corvo.—Publicaciones hechas en París.—El jeneral Soult.—Retrato del primer Cónsul por el escultor Macsimiliano.—Petition de cinco capelos para la Francia.—Vuelve Mr. de Talleyrand al vestido seglar. 259

CAPITULO XXIII.

Pésaro entregado al Papa.—Rentas de Malta en 1783.—Eleccion de Gran Maestro.—Invitacion á Canova para hacer la estatua del primer Cónsul. 299

CAPITULO XXIV.

Muere el Cardenal Luchi.—Aprueba Francia la eleccion del Bailio Ruspoli. Dificultades de los negocios de la legacion en Roma. 308

CAPITULO XXV.

Mr. Duveyrier.—El granadero de la guardia consular.—Concordato con las repúblicas italianas de Luca y de Liguria. 314

CAPITULO XXVI.

Mandas de Monseñor Cornaro.—El conde de Khevenhuller.—Entrada del Conde de Souza.—Regalo del primer cónsul al Papa.—Audiencia de Pio VII á los oficiales franceses de Marina. 321

CAPITULO XXVII.

El Bailio Ruspoli rehusa el gran Maestrazgo de Malta.—Los marineros franceses en las fiestas de pascua.—Retrato del primer Cónsul por Canova —Ofrece el cuerpo diplomático sus respetos al Papa á la entrada de año. 239

CAPITULO XXVIII.

Tribunal de la Rota.—Nombramiento de Cardenales.—Breves del Papa al primer Cónsul, á su esposa y al ministro de Estado.—Nombramiento de gran Maestre de Malta. 338

CAPITULO XXIX.

Fundaciones francesas. — Innobles sátiras contra el Papa. — Hierre un facineroso á Mr. Cacault. — Cenotafio del Cardenal de Bernis. 347

CAPITULO XXX.

Separacion de Mr. Cacault. — Espostulaciones canónicas de treinta y ocho obispos franceses. 356

CAPITULO XXXI.

Reorganizacion de la jerarquía católica en Alemania. — Mr. de Chateaubriand. — Instrucciones del Cardenal Fesch. 366

CAPITULO XXXII.

Llegada de Mr. de Chateaubriand á Roma. — Sus primeras emociones. — Llegada del Cardenal Fesch. 374

CAPITULO XXXIII.

Desempeño del nuevo ministro. — Paccanari. — Negociacion de la Baviera. — Los artículos orgánicos. 378

CAPITULO XXXIV.

Pide el primer Cónsul la estradicion de Mr. de Vernégues, francés, naturalizado ruso, y empleado en la legacion de Rusia en Italia. — Nombramiento de Mr. de Chateaubriand de encargado de negocios cerca de la república del Valé. — Carta del primer Cónsul acerca de Mr. Vernégues. 388

CAPITULO XXXV.

Proclamase Emperador el primer Cónsul. —

Invitacion al Papa para que pase á París á coronarlo.--Negociacion sobre este asunto. 396

CAPITULO XXXVI.

Nuevas reclamaciones de los Obispos emigrados.—Su declaracion en favor de Luis XVIII.—Negociaciones de la consagracion 408

CAPITULO XXXVII.

Cartas á S. S.—El Papa consiente en verificar el viaje.—Dicho de Napoleon acerca de los eclesiásticos.—Carta del emperador al Papa. 423

CAPITULO XXXVIII.

Declárase al Cardenal Consalvi jefe del gobierno Pontificio.—Partida del Papa.—Su llegada á Florencia y á Turin.—Carta al Emperador.—Llegada de S. S. á Fontainebleau. 431

CAPITULO XXXIX.

Llegada del santo Padre á París.—Discursos de los presidentes del Senado , del cuerpo legislativo y del tribunado.—Declaracion falaz de Mr. Lecoz , remitida por el Emperador al Papa.—Respuesta de Pio VII 440

CAPITULO XL.

Ceremonia de la consagracion.—Coronase el Emperador á sí mismo y corona á la Emperatriz. 449



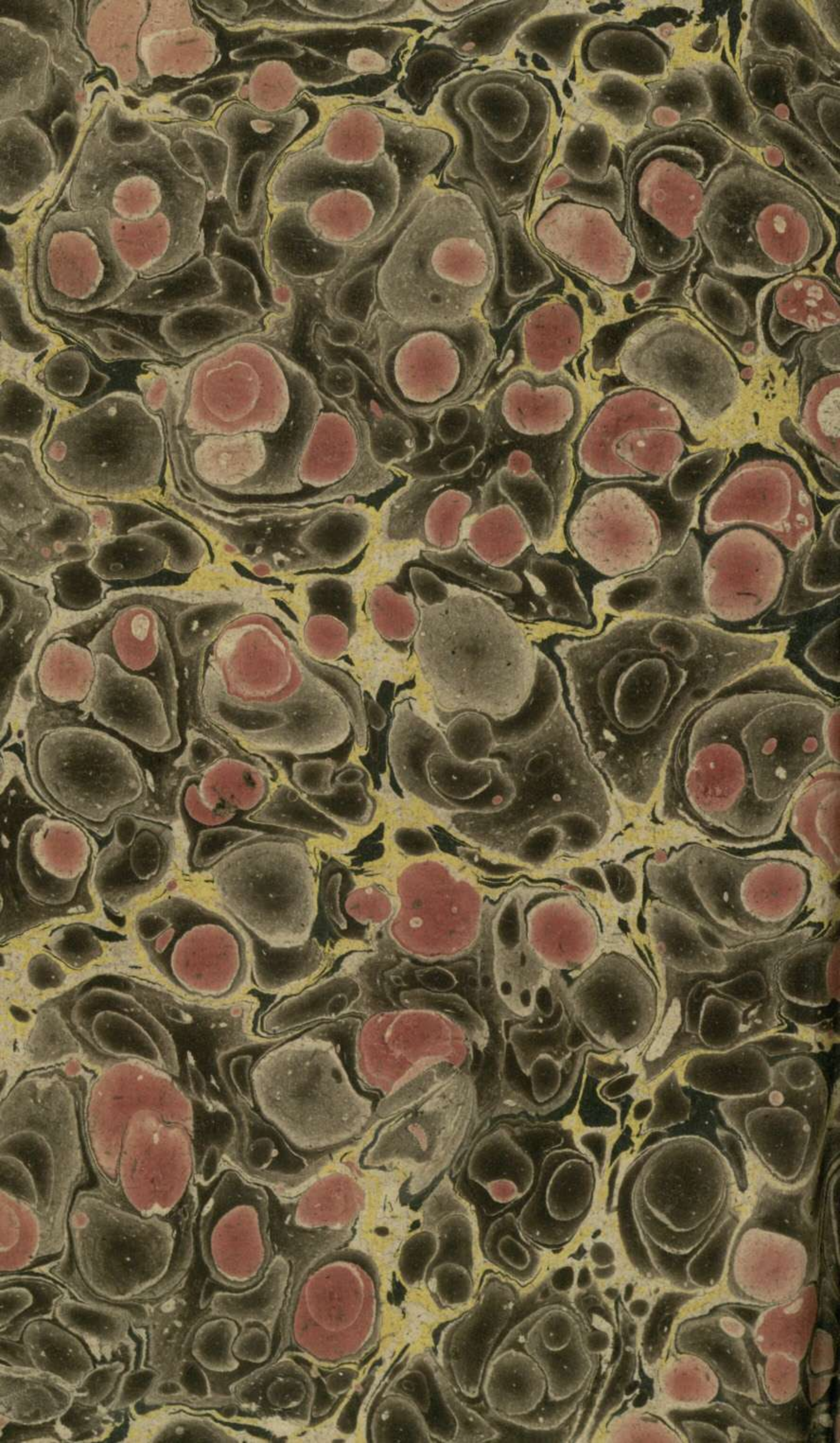
IN VERITATE
LIBERTAS

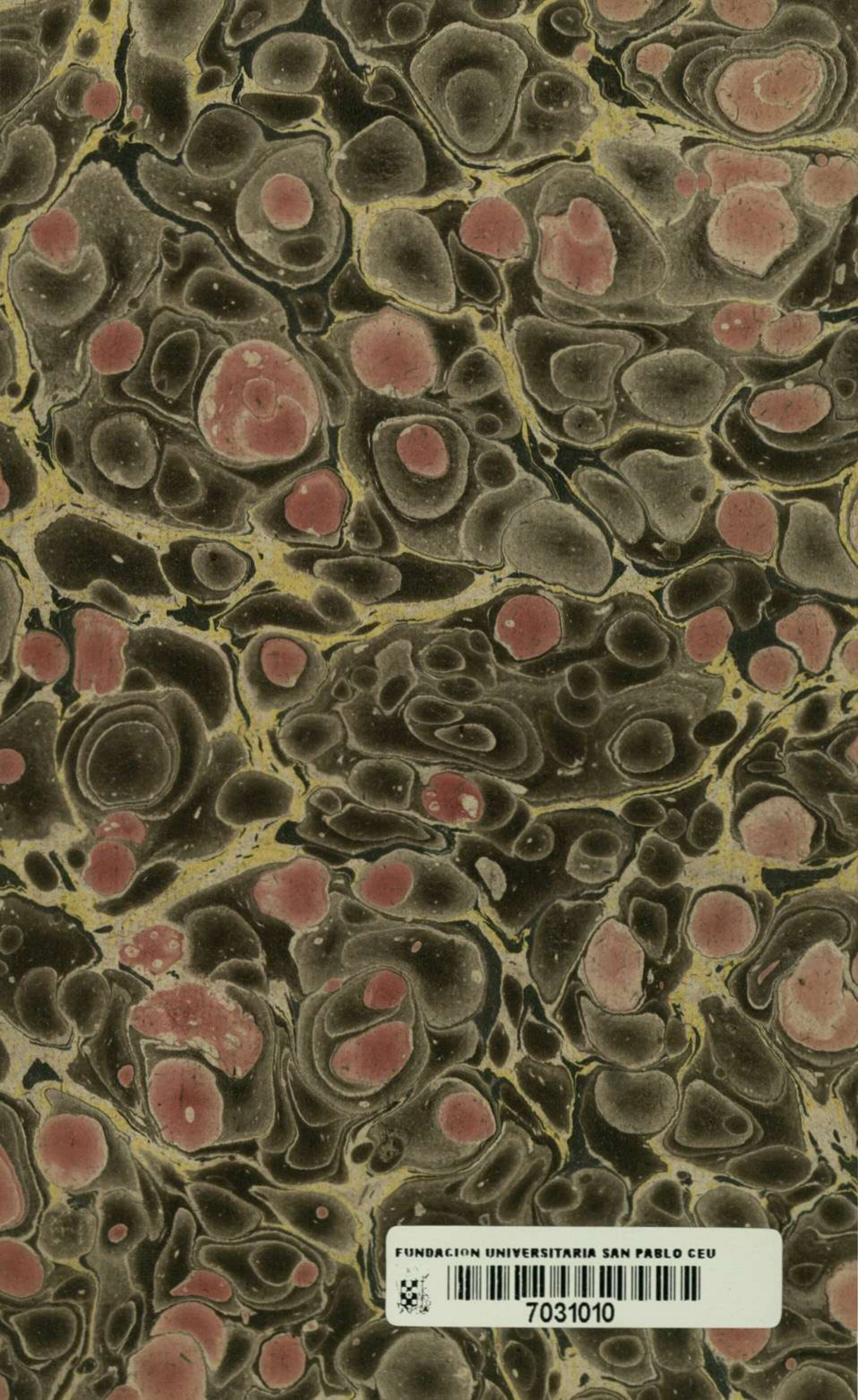
UNIVERSIDAD

DE SAN PABLO CEU

BIBLIOTECA

MUNILLA





FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7031010

